

Margen

3

Revista de Filosofía
y Letras

Revista Margen
Marzo, 1982

Director: Justo Mellado Suazo

Consejo editorial:

Francisco Vergara
Marcelo Mellado Suazo
Justo Mellado Suazo

INDICE

Presentacion

I.- LAS TRANSFORMACIONES DE LA SOCIEDAD CHILENA

Presentación

1.- LA ECONOMIA

- Mariana Schkolnik y Eugenio Tironi:
Sobre el Nuevo Estilo de desarrollo Capitalista Chileno
(Proposiciones N°1)
- José Antonio Valenzuela
Cambios en la Estructura Económica
(Presentación en el Seminario, 9 de Julio)
- Aníbal Pinto
Un Caso de Ortodoxia Frustrada
(Presentación en el Seminario, 9 de Julio)
- Debate
(Mañana del 9 de Julio)

2.- LA ESTRUCTURA SOCIAL

- Alvaro García
Modificaciones en la Estructura de Clases
(Proposiciones N°1)
- Guillermo Campero
Los Cambios en la Estructura Social
(Presentación en el Seminario, 9 de Julio)
- Debate
(Tarde del 9 de Julio)

3.- LAS FORMAS DE DOMINACION

- Jorge Vergara
Institucionalización y Hegemonía en el Estado Autoritario Chileno
(Proposiciones N°3)
- Manuel Antonio Garretón
¿Una Nueva Sociedad? Los Cambios en el Sistema Político
(Presentación en el Seminario, 10 de Julio)
- Manuel Canales
Las Nuevas Pautas de Dominación en la Universidad
(Presentación en el Seminario, 10 de Julio)
- Debate
(Mañana del 10 de Julio)

II.- LA REPRESENTACION DEL PAIS: CRISIS DE UN DISCURSO POLITICO

Presentacion

1.- EL MARCO DE LA CRISIS.

- Eugenio Tironi
Inventario
(Proposiciones N°2)
- Enzo Faletto
Crisis Partidaria y Crisis del Estado
(Presentación en el Seminario, 10 de Julio)

2.- LA VISION DE LA HISTORIA NACIONAL

- Eduardo Muñoz
Historiografía y Acción
(Proposiciones N°3)
- Carlos Ruiz
Sobre las "Visiones Críticas" de la Historia de Chile
(Presentación en el Seminario, 10 de Julio)
- Debate
(Tarde del 10 de Julio, Primer Debate)

3.- " INTERESES OBJETIVOS" Y NECESIDADES HUMANAS

- José Bengoa
Pan y Baratijs
(Proposiciones N°3)
- Mariana Schkolnik
¿Cuales Necesidades Básicas?
(Proposiciones N°3)
- Gonzálo Daniel Martner
Notas Sobre el Problema del "Consumismo"
(Proposiciones N°3)
- Luis Weinstein
Necesidades Humanas y Proyecto Socio-Cultural
(Presentación en el Seminario, 10 de Julio)
- Raúl Gonzáles
La Dimensión de lo Subjetivo
(Presentación en el Seminario, 10 de Julio)
- Debate
(Tarde del 10 de Julio, Segundo Debate)

4.- REQUISITOS DE UN NUEVO SUJETO

- Javier Martínez
Sobre la Alternativa Popular de Integración.
(Proposiciones N°3)

III.- LA APROPIACION DEL PODER SOCIAL: EL PROBLEMA DE LA LIBERTAD

Presentación

1.- CRITICA DE LA NOCION TRADICIONAL DEL "PARTIDO"

- Javier Martínez
Por la Muerte del "Iskra"
(Proposiciones N°2)
- Justo Mellado
Ciencia, Política, Democracia
(Proposiciones N°2)

2.- APROXIMACIONES A LA LIBERTAD.

- Javier Martínez
Sobre la Idea de la Libertad
(Proposiciones N°1)
- Rafael Echeverría
La Idea de Libertad: Algunas Preguntas
(Presentación en el Seminario, 11 de Julio)
- Eduardo Valenzuela
La Aspiración Libertaria y las Ideas Socialistas en Chile
(Presentación en el Seminario, 11 de Julio)
- Luis Razeto
Libertad Individual y Estado
(Proposiciones N°3)
- Norbert Lechner
La Democracia y el Campo de lo Político
(Presentación en el Semianrio, 11 de Julio).

Los textos que publicamos a continuación, son la expresión del trabajo de un grupo de intelectuales que postulan escapar al encierro.

La tarea del intelectual se ha desarrollado siempre como resistencia, como exclusión. Sobre ella, se han ejercido los mecanismos más sofisticados para reducir su tentativa, acallar su voz, desacreditar su discurso.

Pensar, es pensar siempre desde un cierto EXILIO; desde un aislamiento, desde el margen como espacio simbólico. Más aún, el exilado es (tá) obligado a vivir en la FICCIÓN.

El intelectual vive en la ficción de creer que puede ponerse un poco más adelante que todos" y "VER" y "transmitir la VERDAD a todos", para "orientar una práctica".

Esta ficción es necesaria para los EXCLUIDOS, ya que si ni aún en la ficción podemos realizar nuestro "deseo" de algo distinto, de algo "mejor", no nos quedaría más que aceptar el encierro, el silencio de la locura.

Creemos que la tarea de los intelectuales es responder a la misma pregunta que el pueblo judío se planteaba frente a la demora en la llegada del Mesías: ¿qué somos? ¿qué debemos hacer en este tiempo? ¿en este tiempo en que no sucede lo que debería ocurrir? (Foucault).

Pareciera que estamos en un espera angustiosa, y quizás, esta es la condición permanente de nuestra existencia.

El pensar no acepta un orden dado. No acepta orden alguno. El intelectual es siempre el exilado de un orden. Debe pensar en los límites. De allí detecta el orden como poder y el poder como una maquinaria disciplinaria de encierro y exclusión.

El intelectual debe luchar contra estos dispositivos disciplinarios y estar en un estado de DIS-SENSIÖN PERMANENTE.

El disidente es visto por el orden como un loco que hay que encerrar en hospitales psiquiátricos.

Existe un orden de escritura, existe una policía del sentido, existe el hospital psiquiátrico adecuado para recoger y corregir el cuerpo de nuestra letra.

Frente a esto, es necesario RESISTIR y desde el espacio del EXILIO recorrer el camino de nuestro DESEO en forma libre, constituyendo poco a poco la "gaya scienza".

**PARA UNA
NUEVA POLITICA**

Seminario Sur
Julio 1981

PRESENTACION

Con fecha 1° de Abril de 1981, SUR dirigió a un importante número de intelectuales y cientistas sociales del país una invitación a debatir en un Seminario un conjunto de temas que, de un modo u otro, atraviesan la discusión de todos los que se interesan por el futuro nacional sin compartir las orientaciones básicas de la política del actual Gobierno: el carácter, profundidad y viabilidad de largo plazo de las transformaciones estructurales operadas en el país desde 1973 en adelante; la naturaleza de la crisis que afecta al sistema de representaciones políticas que los chilenos mantuvimos en el pasado, y muy especialmente al sistema partidario; el tipo de necesidades e insatisfacciones a los que debe apelar, y desde los cuales es posible construir, una política alternativa; los requisitos de un sujeto colectivo capaz de representar adecuadamente esa propuesta alternativa, así como el carácter y las raíces históricas de los fines de un movimiento de esa especie.

La convocatoria al Seminario señalaba, junto a un desglose de temas y preguntas orientadoras de los debates, algunos antecedentes previos a la discusión misma del Seminario y que contribuyeron a dibujar el marco del mismo:

"A lo largo de aproximadamente un año, SUR ha venido realizando un trabajo reflexivo en talleres y seminarios, de los que ha participado diversas personas comprometidas libremente con la institución y sus propósitos. Este trabajo se ha venido volcando, de una manera sintética, en los tres números de la revista interna PROPOSICIONES (1).

Este trabajo de reflexión no ha podido contar sin embargo, por razones obvias, con el aporte inestimable de otros grupos de reflexión y estudio animados por el mismo propósito de avanzar en la crítica teórica y en la renovación del pensamiento democrático.

Con este fin, hemos resuelto convocar a un SEMINARIO de discusión en torno a los temas que nos parecen centrales en ese proceso de crítica y creación. Muchos de estos temas aparecen apuntados o insinuados en los tres números de Proposiciones, y por eso ofrecemos sus artículos como una referencia para la preparación de las discusiones. Quisiéramos, sin embargo, que el seminario fuese realizado principalmente en torno a presentaciones de personas que no han participado directamente en nuestras actividades de talleres, de modo de establecer un campo de interlocución efectivo con la reflexión que se realiza en otras instancias. Si bien los artículos de nuestra revista pueden servir como punto de referencia indicativo acerca de los temas que se proponen, por tanto, quisiéramos que el seminario se centrara en la discusión de los temas mismos y no sólo en un comentario de los artículos".

Esta publicación recoge el conjunto de las reflexiones presentes en el Seminario: por una parte, se incluyen algunos de los artículos aparecidos en "PROPOSICIONES", que son especialmente atinentes al o a los temas en discusión en cada punto; en segundo lugar, las presentaciones o ponencias realizadas en el Seminario; y finalmente, en el caso de algunos temas, el debate que siguió a esas

presentaciones. (2). Debe tenerse presente que ninguno de los materiales aquí incluidos, por tanto, fueron preparados originalmente para su difusión escrita al público: algunos buscaban sintetizar los contenidos de un debate de taller; otros fueron redactados directamente a partir de la grabación magnetofónica del Seminario, al que se presentaron con el expreso fin de abrir un debate; otros, por fin, corresponden a reacciones polémicas inmediatas en el Seminario mismo, que no han sido alteradas más allá de las rearticulaciones sintácticas que exige el paso del discurso oral a la escritura. Por esta razón, se incluye en cada caso la fecha en que cada planteamiento fue formulado y se indica el cuerpo en que éste se integraba.

Los materiales que aquí se incluyen son ciertamente heterogéneos tanto desde el punto de vista temático como de su preparación previa en algunos casos los planteamientos corresponden a investigaciones concluidas o en curso, en otros a reflexiones de carácter más bien especulativo o, aún, a aproximaciones a un punto de partida desde el cual abordar determinados problemas. En su conjunto, sin embargo dibujan un panorama del estado de la reflexión de un círculo de intelectuales en un momento preciso del desarrollo histórico nacional, aunque éste no comparezca directamente en muchos de los debates, las presentaciones o artículos, su presencia subyace es indudable y contribuye a llenar los vacíos de sentido. El valor documental de los textos que siguen, vistos en su conjunto, debe apreciarse en consecuencia a partir de las claves que entrega para la comprensión de una covuntura teórica en el seno de la intelectualidad crítica; y a partir de ello, para la captación de los terrenos de oscuridad o ambigüedad en que el pensamiento aparece comprometido.

Quizás nada defina mejor el carácter de los materiales aquí incluidos que el epígrafe que preside cada número de "PROPOSICIONES" *"PROPOSICIONES aspira a ser, en el contenido y la forma, expresión del estado actual de la reflexión crítica de un grupo intelectual: reflexión provisoria, parcial, que aspira sin embargo a revisar profundamente el pensamiento dogmático de cualquier especie, rechaza su coagulación en redacciones rígidas o articuladas en extremo. lo que aquí se presenta por eso, más que un conjunto de artículos, es un conjunto de memoranda para un debate en desarrollo."*

la esperanza es que cada memorándum despierte la discusión, la imaginación la creatividad: que estimule al parto de un pensamiento nuevo. Ninguna de las ideas aquí contenidas proclama título alguno de autoridad, ni de verdad establecida. Por eso no se exponen: se proponen, para quien quiera recogerlas, profundizarlas o negarlas".

Bajo la presidencia de la niña LIBERTAD, creación del genial caricaturista QUINO, el seminario fue realizado en Santiago los días nueve, diez y once de julio de mil novecientos ochenta y uno.

J.M.B.

Con fecha 1° de Abril de 1981, SUR dirigió a un importante número de intelectuales y científicos sociales del país una invitación a debatir en un Seminario un conjunto de temas que, de un modo u otro, atraviesan la discusión de todos los que se interesan por el futuro nacional sin compartir las orientaciones básicas de la política del actual Gobierno: el carácter, profundidad y viabilidad de largo plazo de las transformaciones estructurales operadas en el país desde 1973 en adelante; la naturaleza de la crisis que afecta al sistema de representaciones políticas que los chilenos mantuvimos en el pasado, y muy especialmente al sistema partidario; el tipo de necesidades e insatisfacciones a los que debe apelar, y desde los cuales es posible construir, una política alternativa; los requisitos de un sujeto colectivo capaz de representar adecuadamente esa propuesta alternativa, así como el carácter y las raíces históricas de los fines de un movimiento de esa especie.

La convocatoria al Seminario señalaba, junto a un desglose de temas y preguntas orientadoras de los debates, algunos antecedentes previos a la discusión misma del Seminario y que contribuyeron a dibujar el marco del mismo:

"A lo largo de aproximadamente un año, SUR ha venido realizando un trabajo reflexivo en talleres y seminarios, de los que ha participado diversas personas comprometidas libremente con la institución y sus propósitos. Este trabajo se ha venido volcando, de una manera sintética, en los tres números de la revista interna PROPOSICIONES (1).

Este trabajo de reflexión no ha podido contar sin embargo, por razones obvias, con el aporte inestimable de otros grupos de reflexión y estudio animados por el mismo propósito de avanzar en la crítica teórica y en la renovación del pensamiento democrático.

Con este fin, hemos resuelto convocar a un SEMINARIO de discusión en torno a los temas que nos parecen centrales en ese proceso de crítica y creación. Muchos de estos temas aparecen apuntados o insinuados en los tres números de PROPOSICIONES, y por eso ofrecemos sus artículos como una referencia para la preparación de las discusiones. Quisiéramos, sin embargo, que el seminario fuese realizado principalmente en torno a presentaciones de personas que no han participado directamente en nuestras actividades de talleres, de modo de establecer un campo de interlocución efectivo con la reflexión que se realiza en otras instancias. Si bien los artículos de nuestra revista pueden servir como punto de referencia indicativo acerca de los temas que se proponen, por tanto, quisiéramos que el seminario se centrara en la discusión de los temas mismos y no sólo en un comentario de los artículos".

Esta publicación recoge el conjunto de las reflexiones presentes en el Seminario: por una parte, se incluyen algunos de los artículos aparecidos en "PROPOSICIONES", que son especialmente atinentes al o a los temas en discusión en cada punto; en segundo lugar, las presentaciones o ponencias realizadas en el Seminario; y finalmente, en el caso de algunos temas, el debate que siguió a esas

presentaciones. (2). Debe tenerse presente que ninguno de los materiales aquí incluidos, por tanto, fueron preparados originalmente para su difusión escrita al público: algunos buscaban sintetizar los contenidos de un debate de taller; otros fueron redactados directamente a partir de la grabación magnetofónica del Seminario, al que se presentaron con el expreso fin de abrir un debate; otros, por fin, corresponden a reacciones polémicas inmediatas en el Seminario mismo, que no han sido alteradas más allá de las rearticulaciones sintácticas que exige el paso del discurso oral a la escritura. Por esta razón, se incluye en cada caso la fecha en que cada planteamiento fue formulado y se indica el cuerpo en que éste se integraba.

Los materiales que aquí se incluyen son ciertamente heterogéneos tanto desde el punto de vista temático como de su preparación previa. En algunos casos los planteamientos corresponden a investigaciones concluidas o en curso, en otros a reflexiones de carácter más bien especulativo o, aún, a aproximaciones a un punto de partida desde el cual abordar determinados problemas. En su conjunto, sin embargo, dibujan un panorama del estado de la reflexión de un círculo de intelectuales en un momento preciso del desarrollo histórico nacional, aunque éste no comparezca directamente en muchos de los debates, las presentaciones o artículos, su presencia subyace es indudable y contribuye a llenar los vacíos de sentido. El valor documental de los textos que siguen, vistos en su conjunto, debe apreciarse en consecuencia a partir de las claves que entrega para la comprensión de una covuntura teórica en el seno de la intelectualidad crítica; y a partir de ello, para la captación de los terrenos de oscuridad o ambigüedad en que el pensamiento aparece comprometido.

Quizás nada defina mejor el carácter de los materiales aquí incluidos que el epígrafe que preside cada número de "PROPOSICIONES": "PROPOSICIONES aspira a ser, en el contenido y la forma, expresión del estado actual de la reflexión crítica de un grupo intelectual: reflexión provisoria, parcial, que aspira sin embargo a revisar profundamente el pensamiento dogmático de cualquier especie, rechaza su coagulación en redaciones rígidas o articuladas en extremo. Lo que aquí se presenta por eso, más que un conjunto de artículos, es un conjunto de memoranda para un debate en desarrollo.

La esperanza es que cada memorándum despierte la discusión, la imaginación, la creatividad: que estimule al parto de un pensamiento nuevo. Ninguna de las ideas aquí contenidas proclama título alguno de autoridad, ni de verdad establecida. Por eso no se exponen: se proponen, para quien quiera recogerlas, profundizarlas o negarlas".

Bajo la presidencia de la niña LIBERTAD, creación del genial caricaturista QUINO, el seminario fue realizado en Santiago los días nueve, diez y once de julio de mil novecientos ochenta y uno.

J.M.B.

DICIEMBRE 1981.

I.
LAS
TRANSFORMACIONES
DE LA
SOCIEDAD CHILENA

THE
TRANS-AMERICAN
SOCIETY
OF CHINA

LAS TRANSFORMACIONES DE LA SOCIEDAD CHILENA (1973-1980)

Aún cuando no ha sido éste un tema principal en la reflexión de nuestros talleres, es indudable la importancia que tiene la identificación de las principales transformaciones ocurridas en la sociedad chilena en los últimos años para el desarrollo de un pensamiento alternativo adecuado a las circunstancias históricas que vivimos.

Proponemos distinguir analíticamente la discusión de esta parte del seminario en tres unidades temáticas que si bien están interrelacionadas, merecen un tratamiento diferenciado:

1. Las transformaciones en la estructura económica de la sociedad chilena en el período que se inicia en 1973

La discusión sobre este punto ha aparecido muchas veces entremezclada con la discusión acerca de la "viabilidad" del modelo económico en aplicación, o con el problema de sus efectos sociales más inmediatos - distribución del ingreso, marginalidad, etc.-. Parece necesario sin embargo centrar el análisis más específicamente en las transformaciones ocurridas en el plano de las relaciones de producción y de intercambio, en las relaciones de preeminencia o subordinación entre los diversos sectores de la economía, en la redefinición de los agentes económicos principales, etc.. Esto es, someter a interrogación la red de relaciones que se establecen entre los distintos agentes y sectores del proceso económico, la identificación de los principios constitutivos del nuevo orden y su dinámica de funcionamiento, sin buscar extraer de modo inmediato de ese análisis conclusiones acerca de su rodaje efectivo y de sus posibilidades de éxito o fracaso, cuestiones que tienen obviamente que ser planteadas a través de un conjunto de mediaciones de carácter político y social que merecen un tratamiento más complejo que el meramente reduccionista.

Si es posible realizar una distinción, en el análisis de la economía, entre lo que podríamos denominar "variables-estructura" (peso de los distintos sectores de actividad económica desde el punto de vista de la producción, del empleo, de su centralidad en el conjunto de interrelaciones del sistema económico; grado y efectos de la monopolización, dependencia y extranjerización sectorial, heterogeneidades inter e intrasectoriales, etc.) y lo que podría denominarse "variables-niveles" (precios relativos, salarios, inflación, tasas de interés, etc., etc.), podríamos decir que este aspecto del seminario debiera abocarse a identificar en un análisis diacrónico las principales transformaciones en las "variables-estructura" y las fases por las que ha atravesado el modelo en su proceso de constitución; y, por otra parte, a señalar las características de las principales "variables-niveles" que conducirían a una consolidación o a un desbaratamiento del nuevo orden estructural; en otras palabras, se trataría de arribar a la proposición de un modelo analítico de seguimiento de la conjuntura económica, constituido por un conjunto articulado de hipótesis relativas a la relación entre comportamiento de los niveles y consolidación/crisis de la estructura.

2. Las transformaciones de la estructura social que acompañan (sucediendo o antecediendo) las modificaciones en el escenario económico.

Pensamos que es necesario, en el tratamiento de este punto, superar la visión que busca identificar solamente los cambios ocurridos en la situación objetiva de los diversos agrupamientos sociales tomando por referencia las transformaciones en la estructura productiva. Un tratamiento de las modificaciones en la estructura social debiera centrarse no sólo en las relaciones sociales de producción, sino en el conjunto de las relaciones sociales, aún si son éstas establecidas a través de mediaciones tales como el intercambio de mercancías, el lenguaje y la cultura, el poder político. Se trataría pues de discutir no solamente las modificaciones ocurridas en las bases materiales de las clases, sino también en los modos de su existencia efectiva, en las formas de estratificación, etc. Podríamos específicamente tratar este punto buscando establecer el nuevo orden de "centralidades estratégicas" de los agrupamientos sociales, ya sea para la política de conservación o profundización del orden, o para una política que busque antagonizar su vigencia. Esto significa, obviamente, privilegiar la dimensión política en la caracterización de las estructuras sociales.

¿Existen nuevos agrupamientos sociales (clases, capas, estratos, agregados) en el Chile de hoy, diferenciables por su magnitud, peso y naturaleza a los del pasado? Los movimientos sociales efectivos o insinuados en estos años, ¿presentan características nuevas y distintas a las que tuvieron los principales movimientos en el escenario pre-73? ¿Cuáles han sido, si los hay, los factores de génesis y autoafirmación de estos movimientos? ¿Qué tipo de relaciones se establecen entre los movimientos sociales y el nuevo orden social que se impone desde el Estado (resistencia, incorporación conflictiva, apoyo, anomia, etc.)? Estas son algunas de las preguntas que habrían de informar este aspecto de la discusión del seminario.

3. Las transformaciones en el modo de dominación, sin embargo -esto es, de las formas de relación entre Estado y sociedad- merecen un tratamiento diferenciado y no son plenamente reductibles a la dimensión anterior. En particular, el problema de la institucionalización de la dominación autoritaria de los requisitos de su legitimación, así como de los pasos avanzados en esta dirección por el actual régimen chileno, requieren ser evaluados críticamente. Parece superado ya un análisis que identificaba al régimen como un proyecto de mera fuerza reactiva, y resulta necesario por ello evaluar su capacidad de generación de hegemonía, o de rearticulación de la sociedad civil de acuerdo a un proyecto y una voluntad coherentes.

El tipo de preguntas relativo a esta sección del seminario es el siguiente: ¿De qué modo puede caracterizarse el "sistema político" existente hoy en Chile? ¿Cuál es el tipo de mediaciones -si existen en absoluto- entre ese sistema político y la sociedad civil? ¿Hacia qué tipo de esquema político apuntan las tendencias que se visualizan hoy en el proyecto oficial y en la conducta seguida por la oposición? ¿Cuál es el terreno principal en el que se han dado en estos años las pugnas gobierno-oposición, qué periodización puede realizarse desde el punto de vista de la situación relativa de ambos antagonistas, y en qué medida ellas van definiendo un camino específico de "salida democrática"?"

(De la Convocatoria al Seminario, abril 1981)

1. LA ECONOMIA

Sobre el Nuevo Estilo de desarrollo Capitalista
Chileno

Mariana Schkolnik y Eugenio Tironi

ADVERTENCIA PRELIMINAR

Este artículo fue escrito los primeros meses de 1980 y da cuenta esencialmente de las transformaciones en curso en la economía chilena a partir de la reactivación de 1977. La fijación del tipo de cambio, la baja tasa de inversión, la reiterada vocación especulativa de la clase empresarial chilena, la recesión económica internacional, así como limitaciones intrínsecas al "modelo económico" en aplicación, sin embargo, han determinado posteriormente la congelación de este proceso de reestructuración de la base económica nacional. Desde 1980, en efecto, el dinamismo ha provenido casi exclusivamente del auge de las importaciones financiado por un creciente endeudamiento externo: como resultado, los sectores económicos enfrentados a la competencia externa han continuado su deterioro; mientras los exportadores atraviesan por una situación de crisis evidente. Bruscamente, con esto, el tema de la "recesión" ha desplazado del debate al de la reestructuración, que es el tema que aquí se trata.

M.S. - E.T.

3.12.81

A lo largo del período 1973-1979, la economía chilena ha experimentado fuertes transformaciones. Entre éstas, tal vez la más profunda y perdurable ha sido la reestructuración provocada en el aparato productivo, la que conlleva a una superación del estilo de desarrollo capitalista imperante en Chile hasta 1973 (de "industrialización sustitutiva"). Los signos más espectaculares de la señalada reestructuración han sido hasta 1979 la aguda contracción de la producción industrial y de la construcción y el auge de la agricultura y minería. De forma paralela, se ha verificado una extraordinaria expansión de las actividades productoras de servicios ("sector terciario").

Sin embargo, tales fenómenos no se han desarrollado de manera uniforme al interior de los sectores señalados: En la agricultura, por ejemplo, las actividades más expansivas son ahora la silvicultura, la pesca y la producción frutícola; en la minería, por otra parte, el crecimiento se ha localizado en su mayor parte en la producción de cobre, molibdeno, oro y plata; así mismo, la contracción industrial ha sido menos aguda en aquellas agrupaciones procesadoras de recursos naturales con "ventajas comparativas".

El perfil de esta reestructuración intersectorial e intrasectorial ha sido definido por la apertura al exterior impulsada por la política económica. Esta ha determinado una reasignación de recursos hacia los sectores y actividades donde la economía nacional presenta "ventajas comparativas" respecto al exterior. Las exportaciones "no tradicionales", en efecto, han alcanzado una fuerte expansión desde 1975, y su composición da nítidamente cuenta de que las "ventajas comparativas estáticas" disponibles se localizan, en lo fundamental, en aquellos recursos naturales que permiten obtener un excedente (renta) que tiene su origen en la calidad comparativamente privilegiada de estos.

A diferencia de los fenómenos descritos más arriba, la expansión de las actividades productoras de servicios no representa, en estricto sentido, un quiebre con la tendencia que prevaleció en el último decenio de la "sustitución de importaciones"; actualmente, sin embargo, esta expansión ha llegado a niveles sin precedentes, en que el ritmo de crecimiento presenta una constante aceleración. Por otra parte, el "polo expansivo" de estas actividades se desplazó desde aquellas de impacto redistributivo (propiedad de la vivienda, servicios, etc.) hacia otras más propias del actual estilo de desarrollo tales como las financieras y comerciales así como las de administración pública y defensa; y, principalmente, hacia actividades que forman parte del llamado sector informal.

A partir de 1978, sin embargo, se recuperan algunos sectores, tales como la industria y la construcción; y se desacelera el crecimiento de la producción agrícola. Empero, estos fenómenos no logran revertir la reestructuración en marcha del aparato productivo. La minería y las actividades productoras de servicios, por su parte, mantuvieron su tasa de crecimiento anterior.

En el caso de la agricultura, la desaceleración de su tasa de crecimiento desde 1976 no incluye a las actividades forestales y pesqueras, las que continúan su acelerada expansión. La producción frutícola efectivamente disminuye su tasa de expansión -lo que se explicaría por la interrupción del flujo de inversiones en el segundo tercio de esta década- pero su producción permanece por encima de los niveles históricos. El estancamiento de la agricultura, por lo tanto, debe cargarse fundamentalmente a la caída de la producción de los cultivos tradicionales, cuya participación en la producción total del sector ha bajado de forma considerable en los últimos años.

En el caso de la industria, por otra parte, la recuperación reciente no ha sido generalizada y se ha sostenido básicamente en la expansión de las agrupaciones procesadoras de recursos naturales con "ventajas comparativas", lo que refleja y refuerza las tendencias características del actual estilo de desarrollo. La recuperación del sector construcción, así como de algunos rubros industriales desde 1978 hasta la fecha, por su parte, ha sido consecuencia de la leve mejoría del mercado interno, la que se ha traducido en una mayor demanda -acorde, por supuesto, con el concentrado perfil actual de la distribución de ingresos-.

SEGUNDO

Coherentemente con la postura económicamente liberal del Gobierno Militar, la reestructuración de la base productiva del país ocurrida durante su gestión no ha respondido a una planificación estatal normativa sino al estímulo de tres factores confluyentes: la privatización de la economía, la liberación de los mercados y la apertura al exterior. El mecanismo elegido ha consistido, en suma, en la reimplantación e "intensificación" (Moulian-Vergara, 1979) del capitalismo chileno, en el sentido en que se reestablece con fuerza los mecanismos clásicos de funcionamiento de este sistema; y, también en la expansión del mismo, toda vez que se le abren las puertas en sectores antaño vedados (agricultura, salud, previsión, vivienda, etc.). Todo esto en los marcos de una nueva y mucho más estrecha inserción de Chile en la economía mundial capitalista, cuyos requerimientos darán en adelante las pautas definitorias del nuevo perfil de la economía nacional.

La devolución a manos privadas de importantes empresas estatales, el retiro del Estado de ciertos campos de actividad fundamentales (vivienda, salud, educación, etc.) y la definición del capitalismo privado como agente dinámico del nuevo estilo de desarrollo, han significado la reinstauración -ahora sin atenuantes de ninguna especie- del principio capitalista de la maximización de la tasa de ganancia privada como criterio de asignación de los recursos. Mediante la eliminación de las "interferencias y distorsiones" que las políticas económicas imponían sobre el mercado y el sistema de precios (1), estos pueden ahora "emitir libremente sus señales", indicando a los capitalistas aquellos sectores económicos o tipos

el producto de más alta rentabilidad para el capital privado invertido. Ahora, dado que el mercado nacional ha permanecido comprimido y sus "señales", por lo tanto, resultan escasas o demasiado languidecientes, éstas se las ha buscado en el mercado internacional. La apertura irrestricta al exterior, en efecto, ha cumplido ese papel. La rebaja de aranceles -la otra cara de la "apertura"- ha reforzado la indicada tendencia en tanto la leve recuperación del mercado interno ha sido absorbida por la expansión de las importaciones de bienes de consumo.

Por esta vía, los precios internacionales han podido determinar una importante reasignación de recursos -manifiesta en el auge extraordinario de la intermediación financiera, especialmente en la fase recesiva-, y la consiguiente reestructuración del aparato productivo chileno. Dado que la tasa de inversión ha permanecido extraordinariamente baja en los últimos años, resulta paradójal que se esté materializando una reestructuración del aparato productivo de la magnitud aquí descrita. Lo que ha sucedido es que "parte de la depreciación de otros sectores productivos se ha reinvertido en las actividades exportadoras. Así mismo ha habido alguna reconversión inducida por los fuertes cambios de rentabilidades relativas generados por la política económica" (French Davis, 1979). Sin embargo, la ausencia de nuevas inversiones puede terminar por revertir algunos rasgos de la reestructuración capitalista ya alcanzada.

Para la economía chilena, su nueva inserción en la economía mundial implica funcionalizar su estructura productiva a las demandas de la división internacional del trabajo. Por otra parte, obliga a la búsqueda de la inversión extranjera para que aporte capital, tecnología y, especialmente, mercados internacionales (2). Por último, el creciente abastecimiento del mercado interno mediante importaciones que esta nueva relación trae aparejada refuerza las tendencias analizadas más arriba a nivel de la estructura productiva. Todo esto, como es obvio, amplifica y profundiza la dependencia de la economía chilena respecto a la evolución coyuntural y de largo plazo de la economía mundial.

Bajo las pautas del actual patrón de acumulación, el sector externo alcanza una magnitud y diversificación mucho mayores que en el modelo de sustitución de importaciones. Pero la diferencia más sustantiva entre uno y otro modelo radica en el cambio de rol del mismo: mientras en éste último el sector externo actuaba de manera indirecta sobre el desarrollo de la economía proveyendo divisas para la expansión de la industria -verdadero eje del proceso de acumulación-, en el patrón actual el sector externo es el encargado de difundir directamente dinamismo sobre el resto de la economía y de lograr el crecimiento económico.

No es pues el chileno un modelo de "profundización capitalista" (O'Donnell), donde el proceso de industrialización avanza desde los bienes de consumo hacia la producción de bienes intermedios y "de capital de segunda generación" (Valenzuela, 1977). Por el contrario, el actual modelo desplaza a la industria de su antiguo papel de sector líder de la economía. Este papel intenta ahora ser desempeñado por el sector exportador que, al igual que en el modelo de "crecimiento

hacia afuera" (hasta 1930), representa el "centro dinámico de toda la economía" (Tavares, M.C., 1964), lo que hace extraordinariamente sensible y dependiente a esta última de la marcha de la economía mundial (3). En ambos modelos, por otra parte, la canasta de exportaciones está compuesta mayoritariamente por recursos naturales con grados más o menos reducidos de elaboración. Pero, a diferencia del modelo de "crecimiento hacia afuera", en el actual, el sector exportador se encuentra diseminado sectorialmente y compromete a múltiples tipos de productos, es decir, cruza de forma horizontal a todos los sectores productivos.

LA INDUSTRIA DEL SALITRE

ANO	TRABAJADORES (miles)	PRODUCCION (1)	EXPORTACION (2)	PRECIO (3)
1925	60,8	2.525,5	2.518,9	49,09
1928	59,9	3.164,8	2.832,9	40,98
1930	44,5	2.446,0	1.682,0	37,69
1931	16,3	1.126,0	920,0	31,75
1932	8,7	693,0	270,0	24,60

(1) 1.000 tons.métricas; (2) 1.000 tons.; (3) US\$ por toneladas.

COMERCIO EXTERIOR

(En millones de pesos de seis peniques)

ARO	EXPORTACIONES	IMPORTACIONES	SALDO
1925	1.885,9	1.208,3	677,6
1928	1.946,5	1.196,2	750,3
1930	1.326,4	1.400,0	- 73,6
1931	824,7	705,7	118,7
1932	281,8	213,8	68,0

FUENTE: Distintos orígenes, en Atria, Raúl, "Tensiones Políticas y Crisis Económica: el Caso Chileno 1920-1938", en Estudios Sociales, marzo 1973, Santiago de Chile.

El actual estilo de desarrollo capitalista profundiza la "heterogeneidad estructural" característica de la economía chilena. En efecto, a la heterogeneidad heredada (4) se le superpondría un nuevo tipo de dualismo caracterizado por la cristalización simultánea de un segmento exportador que cruza todos los sectores y otro que produce para el mercado interno.

La aptitud o ineptitud para exportar es lo que definiría el carácter dinámico o deprimido de los distintos sectores y actividades productivas. La "apertura al exterior" sólo ha cumplido hasta ahora el papel de "develar" aquellos sectores y actividades con capacidad exportadora, esto es, donde el país cuenta con mayores "ventajas comparativas". En términos estáticos, tal aptitud estaría íntimamente asociada -según se está verificando- a la dotación de recursos naturales del país por cuya explotación y/o procesamiento pueda obtenerse una alta renta diferencial en los mercados externos por la calidad comparativa de los mismos a escala internacional (Vignolo, 1978) (5): de hecho, parece existir una tendencia al desplazamiento de la canasta de exportaciones no tradicionales hacia bienes primarios o industriales de bajo nivel agregado e intensivos en recursos naturales (French Davis, 1979), lo que contrasta con la evolución de aquélla en el pasado.

Por otra parte, parece verificarse que esa aptitud exportadora no se encuentra concentrada en uno o dos sectores o en uno o dos productos, como fue el caso en los modelos de "crecimiento hacia afuera" (trigo y salitre) y de "industrialización sustitutiva" (cobre): por el contrario, el segmento exportador adquiere ahora un carácter multisectorial pues tiende a diseminarse en los diversos sectores y actividades productivas. Empero, la radicalidad y rapidez que asumió el proceso de "apertura al exterior", unido al abandono por parte del Estado de su rol inversor e incentivador de las actividades productivas, han significado la reducción del polo dinámico de la economía sólo a aquel segmento con "ventajas comparativas" estáticas: en efecto, la nueva política económica ha terminado con procesos conducentes a la "creación" de ventajas comparativas en un sentido más dinámico, como fue en algún momento la pretensión del proceso industrializador, por ejemplo.

Al otro extremo de este nuevo dualismo se encuentra el segmento orientado hacia el mercado interno. En general, éste ha permanecido estancado, esto es, se ha recuperado muy levemente con posterioridad a la recesión de 1975-1976. Los cambios habidos en la composición de la demanda como efecto de la distribución regresiva del ingreso, de una parte; y la fuerte competencia externa a que están sujetos la mayor parte de estas actividades como efecto de la "apertura al exterior", de otra, hace altamente improbable una expansión de este segmento. Sin embargo, la contracción de este segmento no es uniforme. Las actividades más afectadas han sido aquellas cuya producción debe competir o es sustituible por importaciones -como sucede con la mayor parte de los bienes industriales-. Ciertas actividades productoras

e bienes y servicios no transables en el mercado internacional y dirigidos hacia el estrato de más altos ingresos conforman un subsegmento que ha comenzado a recuperarse: por ejemplo, servicios financieros, comercio, construcción, bienes perecibles, etc.. De forma paralela se expande notablemente otro subsegmento -el sector informal- constituido por actividades de muy baja productividad, donde es desplazada fuerza de trabajo expulsada de otras actividades.

CUARTO

Es incuestionable que el segmento exportador -estructurado en torno a "ventajas comparativas" estáticas y ligadas a determinados recursos naturales- ha crecido de manera notable en los últimos años. Sin embargo, la hasta ahora lenta y dificultosa recuperación de la actividad productiva llevan a concluir que aún no se constituye en "sector líder" de la economía chilena, esto es, que arrastre con su dinamismo al conjunto de la misma.

La apertura irrestricta al exterior ha venido naturalmente delimitando el perfil de las "ventajas comparativas" de que dispone el país. En condiciones como las actuales, con un abandono del papel inversor del Estado y con la entrega al capital privado del rol de agente dinámico del proceso económico, este perfil está enclavado en un número reducido de recursos naturales (6). De mantenerse el actual estilo de desarrollo, por lo tanto, no cabe sino esperar que se agudice la tendencia ya presente hacia la especialización de la economía en aquellos rubros, y particularmente en la producción de cobre (Tironi, 1978).

La pregunta cuya respuesta define la viabilidad del estilo de desarrollo imperante es, pues, si este segmento exportador enclavado en la explotación y/o procesamiento de recursos naturales es capaz de liderar el crecimiento del conjunto de la economía. Todo conduce a una respuesta negativa; esto es, que el actual segmento exportador posee limitaciones intrínsecas para asumir tal papel.

Las razones de esa respuesta son de diversos ordenes. En primer lugar, está el hecho del carácter de "enclave" de este segmento lo que implica que posee escasos "eslabonamientos" hacia adelante y hacia atrás con el resto de la economía (Tironi, 1978): este fenómeno es todavía más agudo cuando coincide -como en el caso actual- con políticas de liberalización de todo tipo de importaciones y de estímulo a la presencia en este segmento de empresas transnacionales que preferirán un relacionamiento directo con sus subsidiarias en el exterior para abastecerse de insumos y vender sus productos. En segundo lugar, éste es un segmento muy poco intensivo en mano de obra (en especial la gran minería del cobre), por lo que su expansión no acarrea un incremento correlativo del empleo: la concentración de la producción en grandes explotaciones refuerza la señalada tendencia, en tanto éstas son todavía más intensivas en capital. En tercer lugar, debe considerarse que la

exportación de recursos primarios como eje del desarrollo incrementado, necesariamente, la "inestabilidad" de la economía como resultado de la fuerte fluctuación de sus precios en el mercado mundial, fenómeno difícil de compensar mediante la diversificación de la canasta de exportaciones de recursos naturales; procedimiento que posee, por lo demás, un "techo natural", determinado por la dotación de recursos disponibles y por la naturaleza no renovable de la mayor parte de los mismos.

Tal como se ha señalado en los puntos anteriores, el impacto eventual de la explotación de recursos naturales sobre el desarrollo nacional radica en la utilización que se le da a los excedentes que ella genera, es decir, a su "renta diferencial": si éste se emplea para financiar nuevas inversiones en sectores más dinámicos que atenúen la dependencia de la economía respecto a la exportación de sus recursos naturales y generen superiores niveles de empleo, dicho impacto será evidentemente positivo. Sin embargo, esto implica que los excedentes generados sean captados por el Estado para su posterior reinversión bajo una planificación con criterio nacional. La actual política de atracción al capital transnacional -corporizada en el estatuto de la inversión extranjera (D.L. 1.748)- conlleva a la renuncia por parte del Estado chileno de su condición de "rentista" y condena al país a la pérdida del control sobre la mayor parte del excedente generado por la explotación de sus recursos naturales (Vignolo, 1979).

Está pues aún por verse la capacidad del segmento exportador para erigirse en sector líder de la economía, asegurando con ello su crecimiento sostenido y en condiciones de relativo equilibrio. A esto ha apostado -por lo menos hasta ahora- el régimen militar. Como se ha señalado más arriba, caben por lo menos dudas respecto a la viabilidad del proyecto y del éxito, por tanto, de la apuesta: sin lugar a dudas, la tasa de inversión futura -especialmente extranjera, por la naturaleza específica de su aporte (7)- será el indicador más relevante para ir precisando mejor las respuestas a las dudas planteadas.

QUINTO

La reestructuración del capitalismo chileno llevada a cabo desde 1973, ha tenido un impacto claramente negativo sobre el empleo. En efecto, el desempleo generado por la recesión (1975-1976) es el más alto registrado en la historia del país. Con posterioridad, pese a la recuperación de la economía, el desempleo permanece en niveles extraordinariamente altos. De esto se deriva que el perfil de la nueva estructura y composición del sistema productivo tiende a generar un bajo nivel de empleo: en otros términos, que los sectores económicos y los tipos de producción que se han expandido en los años recientes, poseen sobre el empleo una incidencia relativamente pequeña. De ser así, los cambios introducidos sobre la estructura productiva conducirían a un desempleo de corte estructural de enormes dimensiones.

En el caso de la agricultura, el incremento de su participación en el producto total no se ha traducido en una elevación paralela del empleo; en el de la minería, aunque se verifica un aumento en el nivel de empleo, éste resulta insignificante respecto al total; lo mismo ocurre con las agrupaciones industriales procesadoras de recursos naturales, donde el aumento de su participación en el empleo industrial no logra contrarrestar la extraordinaria contracción de este último en las actividades industriales deprimidas, lo que ha tenido como efecto un deterioro espectacular de la ocupación industrial, fenómeno que representa una ruptura radical con la tendencia prevaleciente en Chile desde la década del 30.

La escasa generación de empleos en los años recientes tiene que ver, ciertamente, con la recesión experimentada por la economía chilena. Sin embargo, lo que explica en realidad este fenómeno es el factor estructural enunciado más arriba, debido a lo cual la expansión del actual segmento dinámico de la economía no arrastrará a un crecimiento correlativo de la ocupación -directa ni indirectamente-, dadas las características del mismo (8).

Por otra parte, el bajo nivel de empleo se ha visto acompañado de un notable incremento de la productividad media de la economía, especialmente en la industria y en la agricultura (con la excepción ya mencionada del sector servicios). Este incremento, más que en adelantos tecnológicos y nuevas inversiones, se ha sostenido en una intensificación del trabajo y, por consiguiente, en una elevación de la tasa de explotación: en el caso de la industria, esta elevación de la productividad media probablemente se explique también por un mayor volumen de importación de bienes intermedios, lo que determina un aumento de la producción física -y, por lo tanto, de la productividad-, no así en el valor agregado.

Sin embargo, no cabe deducir de lo anterior que la principal ventaja comparativa de Chile, en los marcos del estilo de desarrollo en aplicación, sea una "mano de obra barata" obtenida de la "super explotación" de la fuerza de trabajo (Marini R.M., 1973) y/o de la producción a precios artificialmente bajos de bienes salario de origen agrícola (Bengoa-Crispi, 1980). La rebaja del costo de la mano de obra, ya sea mediante el pago de una remuneración por debajo del valor real de la fuerza de trabajo o por la vía de reducir el tiempo de trabajo necesario para su reproducción abaratando el costo de sus alimentos, sin duda que ha sido fundamental para la creación y desarrollo de un segmento exportador competitivo a escala internacional. Sin embargo, ello ha actuado solamente como factor de apoyo: la ventaja comparativa principal que la apertura al exterior ha develado ha sido la renta resultante de la explotación de ciertos recursos naturales de calidad comparativamente privilegiada. Si así no fuera y se diera validez a la aseveración aquí comentada, resultaría al menos paradójal la escasa generación de empleo del estilo de desarrollo en aplicación (9).

La recuperación del empleo en los años más recientes ha sido muy heterogénea, lo que contrasta con la relativa uniformidad que experimentaba su evolución en el pasado. Donde más se ha elevado la ocupación ha sido en las actividades productoras de servicios, lo que da cuenta de un incremento espectacular del subempleo o empleo informal: de hecho, ha sido este último fenómeno el que ha estado detrás de la "recuperación" reciente de la ocupación.

En efecto, allí donde ha crecido, el empleo ha tendido a localizarse en ciertas actividades, como en las frutícolas y forestales en la agricultura y oro-plata en la minería: en el caso de la manufacturera por otra parte, éste se desplaza hacia las industrias procesadoras de recursos naturales. Tal como se ha señalado en los puntos anteriores estos procesos han repercutido de manera negativa en la capacidad de generación de empleo de la economía; y arrastran consigo desde alteraciones en la distribución regional de la ocupación hasta cambios en el tipo de mano de obra demandada.

El fenómeno más singular y más importante en lo que se refiere a las modificaciones en la composición sectorial del empleo ha sido el extraordinario incremento de la ocupación en las actividades productoras de servicios. A partir de 1975, el empleo en estas actividades superó la barrera del 50% de la ocupación total, hecho que nunca antes se había registrado (10). Este fenómeno coincide, de manera paradójica, con una fuerte disminución de los servicios estatales en rubros tradicionalmente generadores de empleo (salud, educación, etc.). Y se explica en parte por la notable expansión de servicios financieros y del comercio, como también por el aumento del personal estatal ligado a actividades de defensa. Pero lo que está detrás de este fenómeno es, sobre todo, el incremento espectacular del subempleo o empleo informal, que se localiza aquí por las características mismas que asume el empleo de este sector (servicios personales y del hogar, etc.): el drástico deterioro de la productividad de estas actividades -en circunstancias en que ésta se eleva en todos los restantes- verifica esta conclusión.

La expansión del subempleo o empleo informal, en lugar de atenuarse, se ha venido acentuando en los años recientes. Cabe pues concluir que si hay alguna "recuperación del empleo" ésta se habría sostenido en un desmesurado incremento del subempleo o empleo informal.

Como resultado de los cambios descritos, la estructura social chilena debería haber sufrido fuertes alteraciones. Desde ya puede afirmarse que disminuye el número de obreros (especialmente en la industria) y aumenta de forma extraordinaria el número de trabajadores con empleo ocasional (localizados de preferencia, en el sector agrario) y subempleados en el sector informal, así como los ocupados en servicios financieros y comercio.

Lo anterior afecta de manera negativa al movimiento sindical en tanto su base de apoyo fundamental - los obreros fabriles- es disminuida, mientras se acrecientan sectores sociales tradicionalmente renuentes a la organización y lucha social. Por otra parte, la profundización y ampliación de la heterogeneidad estructural de la economía chilena puede terminar por tener efectos disgregados sobre el movimiento sindical, más aún si ello coincide con una normatividad laboral que estimula la atomización de los trabajadores. La estabilización de altas tasas de desocupación, por último, tiende a quebrar la solidaridad interna de los trabajadores y a inhibir su potencial organización y reivindicativo.

BIBLIOGRAFIA

ATRIA, R. (1973)

"Tensiones Políticas y crisis económica: el caso chileno 1920-1938", Estudios Sociales N° 1, marzo 1973, Santiago Chile.

BENGOA, J., CRISPI, J., CRUZ, M.E. y LEIVA, C. (1979)

"Capitalismo y campesinado en el agro chileno", resultados de investigación N° 1 GIA (Grupo de Investigaciones Agrarias, Academia de Humanismo Cristiano), dic. 1979, Santiago de Chile.

BABY, N. (1979)

"Corea del Sur, un animal económico en dificultades", Le Monde Diplomatique (en español), diciembre, 1979, México.

CARDOSO, F.H. y SERRA, J. (1980)

"Les mélanges de la dialectique de la dépendence", Amérique Latine, N° 1, Centre de Recherche sur L'Amérique Latine et le Tiers Monde (C.E.T.R.A.L.), 1980, Paris France.

DIRECCION DE PRESUPUESTOS
MINISTERIO DE HACIENDA (1978)

Somos realmente independientes gracias al esfuerzo de todos los chilenos", 1978, Santiago de Chile.

FFRENCH-DAVIS, R. (1979)

"Exportaciones e industrialización en el modelo ortodoxo: Chile 1973-1978", CIEPLAN, marzo 1979, Santiago de Chile.

MARINI, R.M. (1969)

"Subdesarrollo y revolución", Edit. Siglo XXI, 1969, México.

MARINI, R.M. (1973)

"Dialéctica de la Dependencia", Edit. Nueva Era, 1973, México.

- OULIAN, T. y VERGARA, P. (1979) "Estado, ideología y políticas económicas en Chile: 1973-1978", CIEPLAN, octubre 1979. Santiago de Chile.
- DONNELL, Gr. (1977) "Reflexiones sobre las tendencias de cambio del Estado burocrático autoritario", Revista Mexicana de Sociología, abril-junio, 1977, México.
- INTO, A. (1973) "Inflación: raíces estructurales" (ensayos), Edit. F.C.E., 1973, México.
- RICARDO, D. (1959) "Principios de economía política y de tributación", Edit. Aguilar 1959, Madrid, España.
- AVARES, M.C. (1964) "Auge y declinación del proceso de sustitución de importaciones en Brasil", Boletín, Económico para América Latina, marzo 1964, CEPAL.
- IRONI, E. (1978) "Recursos naturales y desarrollo: generación de empleo y rentas en el cobre", CIEPLAN, octubre 1978, Santiago de Chile.
- IRONI, E. y GARCIA, A. (1979) "Cinco proposiciones para una interpretación del actual proceso político chileno", SUR, septiembre 1979. Santiago de Chile.
- VALENZUELA, C.J. (1976) "El nuevo patrón de acumulación y sus precondiciones. El caso chileno: 1973-1976", Revista Comercio Exterior, septiembre 1976, México.
- VIGNOLO, C. (1978) "Inversión extranjera en la minería chilena", Oikos (separata), Revista Análisis N° 8, octubre 1978. Santiago de Chile.

- (1) A la inversa, esta "eliminación de distorsiones" y la "liberalización de los mercados" no significa sino dar pase oficial al libre y crudo juego de las "distorsiones estructurales" de una economía capitalista subdesarrollada como la chilena (dependencia, concentración económica, estructuras oligopólicas, etc.).
- (2) La inversión extranjera trae "no solamente capital, sino también incorpora talento gerencial, tecnología, así como acceso a nuevos mercados. En consecuencia, nosotros creemos que aunque tuviéramos un potencial de endeudamiento exterior sería mucho mejor traer la inversión extranjera" ("Declaraciones del Ministro Sergio de Castro a Revista Argentina", El Mercurio, 25 de agosto de 1976, en Somos realmente independientes gracias al esfuerzo de todos los chilenos. Dirección de Presupuestos, Santiago de Chile, 1978). Ver también al respecto: Tironi-García, 1979.
- (3) Aunque no sea si no a modo de ilustración -y para seguir con el paralelo- resulta atinente observar algunos indicadores del impacto que provocó en la economía chilena la "gran depresión" mundial de 1929-1930.
- (4) Esto es, el grado diverso en que cada sector de la economía se relaciona con el resto y con el exterior, incorpora nuevas tecnologías y utiliza mano de obra con distintos niveles de calificación, así como las diferencias en el tamaño relativo de las instalaciones y en las respectivas dinámicas de crecimiento, con las implicancias regionales asociadas esto último (Pinto, 1973).
- (5) Sin embargo, la señalada capacidad para exportar no depende únicamente de las "ventajas comparativas" que poseen los sectores o procesos productivos en recursos naturales. Depende también -en grados más o menos importantes, según el caso- del precio relativo y disponibilidad de otros factores, tales como capital, fuerza de trabajo y capacitación de la misma, tecnología, acceso al crédito interno y externo, acceso a mercados, etc.. El control de la mayor parte de estos factores se encuentra asociado a los niveles de concentración y centralización del capital. Este fenómeno, por lo tanto, genera como resultado un privilegio apreciable que condiciona la "capacidad para exportar" de los distintos sectores y procesos productivos. Esta "ventaja comparativa" se superpone con aquella originada por la disponibilidad de recursos naturales, y ambas se alimentan entre sí. De hecho, se observa una correlación positiva entre los sectores donde se ha localizado prioritariamente el agudo proceso de centralización verificado en los últimos años y aquellos con "ventajas comparativas" en recursos naturales.
- (6) Debe tenerse en cuenta que el origen de los excedentes en el caso de recursos naturales es lo que Ricardo llamó renta; es decir, la parte que queda en manos del "propietario" del beneficio adicional resultante del "menor trabajo necesario" para producir un determinado recurso natural en la tierra de su propiedad, relativamente privilegiada con respecto al tiempo de trabajo promedio necesario a escala internacional. En otros términos, "dicho excedente tiene su origen en el recurso natural" y no en el proceso productivo, "aunque ciertamente la producción y posterior venta del recurso materializan o "realizan" dicho excedente" (Vignolo, 1979).

- (7) "Dos son los requisitos más importantes del desarrollo económico. El primero es el contar con políticas económicas eficientes, racionales y coherentes. Tenemos confianza en que ya contamos con este requisito. El segundo es el poder generar un elevado nivel de inversiones. En esto tenemos deficiencias pues no podemos, a través del ahorro interno, generar el nivel de inversiones que deseamos. Por esta razón, la inversión extranjera -en condiciones favorables para ambas partes- es bienvenida en nuestro país" (De Castro, Sergio, "Palabras del Ministro de Economía ante la Asamblea de Gobernadores del B.I.D.", mayo 1976).
- (8) Ver, al respecto, la Cuarta proposición.
- (9) La tesis que ve en el bajo costo de la mano de obra la "ventaja comparativa" fundamental de Chile, en el mercado internacional, no hace sino repetir -en estas nuevas condiciones- la controvertida teoría de Marini, según el cual, "en el caso de las economías capitalistas periféricas", el proceso de acumulación se funda en la "superexplotación" de la fuerza de trabajo, la que se remunera "a un precio inferior a su valor real" (Marini, 1969, p. 132); esto es, en la obtención de plusvalía "absoluta" y no relativa, como ocurre en los países capitalistas desarrollados. Sin embargo, hay poderosas razones teóricas para poner en duda esta tesis de Marini. (Ver, al respecto, Cardoso F.H. y Serra, J., 1980). A ello se suma, en el caso particular de Chile, la evidencia de que el costo de la mano de obra continúa siendo inmensamente superior a la que se encuentra en otros países que, según la teoría criticada, exhibirán semejante "ventaja comparativa" en la fuerza de trabajo: éste es, por ejemplo, el caso de Corea del Sur, donde un obrero trabaja sesenta horas semanales (promedio nacional en la industria) con una remuneración mensual de US\$ 120 (promedio salarial en la industria textil), cifras que sí permiten afirmar que "la riqueza de ese país es su mano de obra" (Baby, N.; 1979).
- (10) Esta tendencia al incremento del empleo en el sector terciario se venía registrando en Chile desde antes de 1973, y daba cuenta justamente del llamado agotamiento del proceso industrializador sustitutivo. Sin embargo, a partir de ese año, esta tendencia alcanza una aceleración extraordinaria: si en 1960 el empleo en estas actividades representaba el 41.9% del total, en 1969 el 45.4% y en 1972 el 47.2%; éste pasa en 1975 al 54.1%, para llegar en 1977 al 58.6% y al 59.9% en 1979 (Fuente: INE).

Cambios en la Estructura Económica

(Presentación en el Seminario, 9 de Julio)

José Antonio Valenzuela

El tema que voy a tratar es el de las transformaciones estructurales producidas dentro del período 1973-1980. Me voy a referir, especialmente, a la transformación al interior de los principales sectores productivos: minería, industria y agricultura.

Partiré con la minería. Lo primero que aquí interesa destacar es que durante este período ha incrementado levemente su participación dentro del P.G.B (de un 10 a un 11%) aunque ha reducido su importancia en la ocupación de la fuerza de trabajo (de un 3,2% en 1970 a un 2,9% en 1979-1980).

Al interior de la minería, sin embargo, se detectan algunas tendencias bastante importantes. La primera tiene que ver con el incremento de la participación de la Gran Minería dentro del total de la producción de cobre: hoy día, esta participación alcanza un 86% en tanto que en 1970 era sólo del 75%. Paralelamente se ha venido reduciendo la importancia de la mediana minería (que ha bajado de un 21% a un 12%) y de la pequeña minería (que ha bajado de un 5 a un 2%).

Esto ha ocurrido conjuntamente con cambios muy fuertes en la productividad de los distintos sectores. La productividad en general se ha incrementado en alrededor de un 48% en el período, es decir, si en 1972 en la Gran Minería se producían 22 toneladas de cobre por cada hombre ocupado, en 1979 se había llegado a 31 toneladas, mientras en la pequeña y mediana minería la productividad permanece constante: por cada ocupado en ellas se producen 10 toneladas de cobre. El efecto de este proceso es que los incrementos de producción dentro del cobre se traducen, como se señaló más arriba, en un efecto negativo sobre la ocupación.

En el hierro sucede este mismo tipo de modificaciones. Se incrementa la importancia de la mediana minería en detrimento de la pequeña; y se eleva la productividad en la primera en un 100%, en tanto que la segunda cae en un 50% (1). Por otra parte, el salitre y el yodo permanecen en la actualidad a niveles de producción semejantes a los de 1972.

En consecuencia, como características más generales, podemos señalar que la evolución de la minería del cobre en el período 1972-1979 muestra una tendencia al incremento de la producción física hasta el 76 y un estancamiento posterior, una disminución absoluta de la ocupación (hoy día hay menos ocupados en la minería del cobre que los que había hace 8 años atrás) y una concentración de la producción en los grandes establecimientos, con altos niveles de productividad. Estos niveles evidentemente no guardan relación con las remuneraciones de los trabajadores del sector: las remuneraciones

reales de los trabajadores del cobre en 1979 eran un 37% inferiores a las de 1972, y en el caso de la Gran Minería, los salarios eran un 44% inferiores a los de 1972 (2).

Veamos ahora lo ocurrido en la industria; en términos generales, en moneda de igual valor, se puede señalar que en 1977 el valor agregado industrial era un 16% menor al de 10 años atrás (1967). ¿Por qué tomo estos años? Simplemente porque en 1967 hubo un censo industrial y 1977 es el último año del que se dispone de una Encuesta Industrial del INE para el conjunto de todas las empresas. En lo que se refiere a la ocupación, en 1977 se ocupaban cuarenta y seis mil trabajadores menos que los que se censaron en 1967.

Ahora, al interior de la industria, un primer cambio importante tiene que ver con la composición según tamaños de los establecimientos: en 1967 la pequeña industria (de 10 a 49 trabajadores) producía el 26% del valor agregado de la producción industrial, cifra que en 1977 se había reducido a menos de la mitad. Consecuentemente, la pequeña industria ha disminuido su importancia en la ocupación desde un 30% a un 20% del total de ocupados en la industria.

La mediana industria (de 50 a 200 trabajadores), por su parte, durante este período de diez años ha disminuido en alrededor de 10 mil personas, aumentando levemente su importancia porcentual en el conjunto de la industria.

La Gran Industria (de 200 a 1.000 trabajadores), durante este mismo período ha incrementado levemente el valor de la producción (es la única que lo ha incrementado), elevando también muy levemente la ocupación (de 135 a 139 mil trabajadores). En consecuencia tenemos que quien ha pagado los costos de la aplicación del actual modelo es la Pequeña Industria, que ha reducido fuertemente su importancia tanto en la producción como en la ocupación; y se tiene hoy una industria que, en relación a 1972, está mucho más concentrada en empresas de mayor tamaño. Lo singular de este proceso es que ha ocurrido sin que haya variado notablemente el número de establecimientos, lo que significa que son más o menos las mismas empresas, y lo que ocurre es que han venido deprimiéndose las pequeñas e incrementándose el peso de las grandes.

El tercer tipo de cambios que me interesa destacar es el que se refiere a la composición de la producción industrial (3). Para este análisis, he efectuado una clasificación de las ramas industriales según su forma de inserción dentro del modelo. En primer lugar están las "ramas dinámicas", es decir, las que han contado con posibilidades para crecer -y que lo han hecho efectivamente- en función de la demanda externa. En segundo lugar están las "ramas de productos no transables", que siguen produciendo para el mercado interno, y donde el impacto de la apertura externa no afecta más del 25% del valor del producto de la rama. Y en tercer lugar hemos clasificado como "ramas no-competitivas" o afectadas por la competencia externa a aquellas donde las importaciones representan más del 25% del valor de la producción de la rama. Se trata evidentemente de una clasificación de tipo aproximativo y general, donde hay muchos elementos de distorsión (4).

El comportamiento general, sin embargo, muestra tendencias bastante claras. Dentro de la primera categoría ("ramas dinámicas"), están incorporadas esencialmente las conservas de frutas de exportación, la producción de pescado y conservas de pescado, la producción de aceite y harina de pescado y la madera y el papel. Estas ramas en 1972 representaban un 8,3% del total del valor agregado industrial, y ocupaban el 9,2% del total del empleo en la industria. En 1977, eran las únicas ramas que efectivamente habían incrementado la producción (en alrededor de un 20%, llegando a representar el 13% del total del valor agregado industrial) y la ocupación, alcanzando el 17% del empleo industrial. Por otra parte, las "ramas de productos no-transables" (que funcionan principalmente para el mercado interno) (5), representaban en 1972 el 54% del producto industrial, y ocupaban el 42% del empleo del sector. Todas muestran una fuerte caída en la producción y la ocupación en 1975, y hacia 1977 muestran algún nivel de recuperación significativa. Por último, las ramas que enfrentan la competencia de productos extranjeros ("ramas no-competitivas") (6) en 1972 representan casi el 50% del valor total del producto industrial y ocupaban a 110 mil trabajadores (44% del total de la industria sobre 50 trabajadores). Estas ramas presentan una evolución claramente negativa y en 1977 continúan disminuyendo: en efecto, su importancia en el producto y en el empleo cae en ese año al 31% y al 36%, respectivamente (7).

Ahora bien: la primera conclusión que salta de este tipo de análisis es la poca importancia que, tanto dentro de la ocupación como dentro del producto industrial, poseen los sectores posiblemente dinámicos dentro de este modelo: estas ramas representan realmente no más del 13% del producto y del 17% de la ocupación. En segundo lugar si se compara el crecimiento de la ocupación en las "ramas dinámicas" con el crecimiento (o decrecimiento) de la ocupación en el sector orientado al mercado interno, se concluye que el efecto negativo sobre la ocupación y el producto industrial es básicamente similar al efecto negativo de aquella industria afectada por la competencia externa. Son estas las ramas sobre las cuales recae el peso fundamental de la desocupación y de la disminución del producto industrial total.

Ahora, hay otro tipo de conclusión interesante aunque aquí desgraciadamente los datos no son posibles de cruzar en su totalidad con los que señalé arriba sobre tamaño (8). Sin embargo, hay algunos elementos relevantes que se pueden indicar. En 1967, de 24 empresas mayores de 1.000 trabajadores, 17 se localizaban en el sector afectado por las importaciones, o sea, las grandes empresas chilenas (donde se ubicaban, por lo tanto, las grandes concentraciones de obreros) estaban principalmente en las ramas que se han reducido en este período (textiles, metalmecánicos, etc.). Esta situación había significado una reducción del número de empresas de más de 1.000 trabajadores, ya que en las "ramas" mencionadas habían bajado de 17 en 1967 a 9 en 1977, y en las demás ramas el número de empresas de más de 1.000 trabajadores había subido de 7 a 11 en el mismo período. Esto matiza lo señalado más arriba: si bien hay un incremento de la importancia de las grandes empresas en relación a la pequeña empresa dentro de la

estructura industrial, a su vez las empresas más grandes también caen y tiende a producirse un efecto de recomposición de una estructura industrial basada en empresas de menor tamaño que la que existía anteriormente.

Hay otros cambios dentro de la estructura industrial sobre los cuales no hay datos tan concretos, pero que también tienen mucha importancia para el análisis de este seminario. La presión de la competencia externa, el relativo abaratamiento de los bienes de capital importados, así como el hecho que dentro del sector industrial las distintas empresas -dependiendo de su vinculación a grupos económicos o al crédito externo- han tenido posibilidades diferenciadas de acceso al capital, han inducido procesos de inversión y modernización localizados en algunas empresas específicas. No hay cifras respecto a este asunto, excepto datos anecdóticos : que en la industria conservera una empresa instaló una planta automática para producir un millón de tarros al día, por ejemplo; que en el sector textil algunas empresas efectúan procesos de modernización que automatizan el proceso productivo, etc.. Posiblemente, sin embargo, este sea un fenómeno importante y que se da al interior de casi todas las ramas, lo que sin duda tiende a agudizar la heterogeneidad entre las empresas de una misma rama.

En el sector agrícola -brevemente- el tipo de proceso que se da tiene características muy similares a lo que he señalado para el sector industrial. El sector más dinámico (que es el frutícola) no representa más de 70 mil hectáreas (que es menos del 0,5% del total de los recursos de suelo existentes) y debe ocupar no más de 20 a 30 mil trabajadores, de los seiscientos mil trabajadores agrícolas que hay en Chile. Se presenta también aquí una fuerte polarización como efecto de la concentración de capital en algunas unidades altamente capitalizadas en la fruticultura y en algunos rubros de ganadería; en tanto que se da un proceso de descapitalización y pauperización dentro de las restantes unidades productivas. Paralelamente se verifica un proceso de expulsión de trabajadores permanentes y se incrementa un sector campesino autosubsistente, marginal, excluido, sin posibilidades de trabajo estable, formado especialmente por cesantes. El resultado de todo esto es una estructura agraria que se hace cada vez más excluyente, que tiende a polarizarse en términos de concentración y donde no se da un proceso de acumulación estable y sostenido.

Las conclusiones generales que uno saca respecto a esos tres sectores, que representan el grueso de los sectores productivos nacionales, tienden a mostrar características bastantes comunes. En primer lugar, el hecho que los rubros dinámicos son bastantes escasos al interior de cada sector productivo, que representan poco desde el punto de vista de los recursos productivos y de la ocupación que generan. En segundo lugar -y por consecuencia- los sectores tradicionales siguen siendo donde se concentra lo fundamental de la ocupación y de la población que trabaja, tanto en la agricultura como en la industria. Y, por último, en todos los sectores se dan procesos de concentración que no constituyen

opiamente procesos de expansión sostenida, o estable, sino de profundización de la heterogeneidad al interior de los mismos: los procesos de capitalización o de inversión se concentran en algunas unidades altamente productivas, en tanto que gran parte de las unidades (que a su vez tienen la mayor importancia dentro de la ocupación) se descapitalizan y sufren procesos de creciente superización.

AS

Aquí, sin embargo, el problema es menos delimitable porque posiblemente la caída de la productividad se ve influida por cambios en la categorización de los establecimientos (entre mediana y pequeña, particularmente).

Se trata en ambos casos de salario medio por hombre ocupado deflactándolo por el I.P.C. calculado por CIEPLAN. Todas las cifras son datos oficiales del Servicio de Minas del Estado.

Debo señalar que este análisis por ramas está circunscrito a empresas de 50 trabajadores o más, ya que no existe información con este tipo de desagregación para la Pequeña Industria.

Esta clasificación de las ramas se basa en el efecto neto importador o exportador del conjunto de la rama, y en consecuencia no es una clasificación exacta porque dentro de una misma rama evidentemente hay empresas que funcionan para el mercado interno, y otras que exportan.

Aquí se incluyen alimentos, bebidas, tabaco, cuero, calzado, artículos de madera, imprentas, otros productos químicos, derivados del petróleo, caucho, plástico, minerales no metálicos (construcción especialmente), hierro y productos metálicos.

Aquí se incluyen: textil, vestuario, productos químicos, loza, vidrio, maquinarias, artículos eléctricos, materiales de transporte, instrumentos y otras industrias manufactureras.

Hay que subrayar que las cifras en que se sostiene este análisis llegan solamente hasta 1977, año en que los aranceles eran todavía del orden del 30% y el tipo de cambio no se había subvaluado en la forma como ha ocurrido en los años posteriores. Por lo tanto, es muy probable que el tipo de efecto sobre la estructura industrial que aquí se ha señalado se haya agudizado notoriamente en el período posterior.

Como se indicó, en un caso los datos se refieren a la industria en su totalidad, y en el otro a las mayores de 50 trabajadores.

Un Caso de Ortodoxia Frustrada

(Presentación en el Seminario, 9 de Julio)

Aníbal Pinto

Debo partir por una explicación: trataré aquí un tema que no está en el campo de lo que he venido trabajando últimamente ni en el que pienso trabajar en el próximo futuro. En lo que estoy más interesado, en efecto, es en un estudio de reconstitución histórica del período 1930-1973, un proyecto que hemos llamado "Chile entre dos crisis". Esto significa que estamos más interesados en saber por qué llegamos a esto que en el análisis de lo que estamos viviendo. Pero como es obvio, la razón que nos ha motivado a esta retrospectiva es precisamente el saber cómo proyectarnos hacia adelante con el debido reconocimiento de todos los procesos que condujeron a una situación como la que hoy día vive el país.

Sin embargo, es muy difícil sustraerse por completo de lo que pasa; y como "palabras sacan palabras", yo también me he visto impelido a entrar al debate sobre el modelo económico actual -o "modelo ortodoxo" o como quiera llamársele- y he publicado recientemente algunos artículos al respecto (1). Me imagino que es por esto que me han invitado a esta primera sesión del Seminario de SUR.

Mi intervención se centralizará en una apreciación de la naturaleza y -sobre todo- de la solidez de la experiencia económica implementada desde 1973. Con toda sinceridad, debo decir que a este respecto he tenido una posición más o menos doble: Por un lado, nunca participé de la idea de que ella se derrumbaría de un día para otro, y que era sólo cuestión de anticipar en el calendario cuando iba a fracasar este experimento tan flagrantemente odioso para las grandes mayorías. Pero, por otro lado, desde el comienzo tuve un gran escepticismo sobre la viabilidad del modelo; escepticismo que se ha agudizado con el paso del tiempo y al acumularse las evidencias objetivas, lo que me convence de que no se trata de un "wishfull thinking", como lo llaman los ingleses. En realidad, este ensayo tiene bases económicas muy precarias, que no le garantizan de ninguna manera viabilidad a mediano o largo plazo. Más aún, mirado el tiempo que ha transcurrido, creo que su viabilidad llegó al punto de máxima posibilidad por los años 1978 y 1979, y tengo la impresión que ya francamente entró en la curva de declinación. No quiero decir con esto -y valga lo que viene como resguardo- que el modelo se vaya a derrumbar cualquier día de estos, ya que las opciones y alternativas sobre lo que va a ocurrir son múltiples: lo que yo sinceramente pienso, sin embargo, es que el "élan" del proyecto económico ya se esfumó; que está herido de muerte. Más adelante entraré a justificar esta apreciación aquí expresada tan contundentemente.

Es muy común el término de "refundación" o "revolución capitalista" haciendo alusión a los cambios - por supuesto radicales y profundos- de la sociedad chilena por obra del régimen militar: en este seminario

por lo demás, están muchos de los que usan corrientemente estos términos. Se aprecia en este punto una aparente contradicción con lo que he señalado más arriba. Sin embargo, tento la impresión que esta tesis de la "refundación capitalista", circunscrita a ciertos planos bien particulares dentro de un análisis de la sociedad chilena entendida en todas sus dimensiones, tiene mucha validez.

Para entrar al fondo de esta discusión entre los que sostienen la tesis de los grandes cambios y los que argumentan -como yo- que ellos no son profundos, y con el fin de formalizar y resumir, voy a hacer el ejercicio de analizar este problema desde dos ángulos: uno que podríamos llamar del "marxismo escolar"; y otro inscrito en las categorías utilizadas por CEPAL y por una corriente latinoamericana de pensamiento que ustedes bien conocen, sobre todo en lo que dice relación con este asunto de los "estilos de desarrollo" (2).

Desde el ángulo del "marxismo escolar" yo suscribo enteramente la tesis de los grandes cambios en lo que groseramente pudiera llamarse el "estrato de las superestructuras". Efectivamente, en este nivel, los cambios han sido de una radicalidad extraordinaria; lo que representa por cierto un dato inédito, no solamente con respecto a la historia de Chile, sino a cualquier otro proyecto de este signo en América Latina. Estos cambios son visibles y obvios, y sería en realidad absurdo pretender desmentirlos; todavía más, después de un impulso inicial relativamente tímido y parcial, cuando todos esperaban un período de calma y consolidación, ha venido un "segundo viento" (para decirlo en lenguaje boxeril), una segunda ofensiva de una comprensividad que nadie anticipó. En todo esto estoy muy de acuerdo con la tesis de la "refundación capitalista".

Sin embargo, si se prosigue con este enfoque y se analiza lo ocurrido en otros niveles, especialmente el comprendido en el concepto de "modo de producción", se llegará a la conclusión de que los cambios han sido insignificantes. En efecto, tanto en el plano de las relaciones sociales de producción como en el de fuerzas productivas u organización productiva, esto es, a nivel del "modo de producción"; las mutaciones han sido pequeñas y contradictorias; y a la larga, no han creado ninguna base material de apoyo al propósito de "revolución capitalista" que efectivamente se ha ensayado en el plano de las superestructuras, del régimen político, la institucionalidad, de las estructuras de poder, o como se le llame (3).

Miradas las cosas desde otro ángulo -de aquel propio de los llamados "cepalinos"- lo ocurrido en Chile en este plano no puede analizarse sin tener en cuenta el "estilo de desarrollo" que el país venía siguiendo; desarrollo que, para recurrir a un cliché que habría que relativizar e historizar, se puede definir como concentrador, excluyente y dependiente -o, más bien, dependizador (4). Desde este punto de vista, el caso chileno ofrecería un ejemplo de "reductio ad absurdum" -o "reductio in extremis"- de todo aquello que caracterizó al desarrollo chileno (y latinoamericano) en las décadas más próximas. En efecto, la concentración ha llegado a niveles casi paranoicos; y la exclusión -tanto relativa como absoluta- ha alcanzado grados nunca vistos, no sólo en Chile sino en América

latina, salvo en casos de situaciones de tipo estructural como la de las masas indígenas en algunos países de la región. La dependencia por su parte, aunque siguiendo un camino -el de los nexos financieros- que nadie imaginó en los primeros momentos (5), ha hecho a este experimento más subordinado a la variable exterior que ninguno de los que le precedieron; lo que ha tenido lugar -y espero volver sobre esto- en un contexto externo extraordinariamente favorable, que tiende a desaparecer. Así pues, desde el punto de vista de la concentración, de la exclusión y de la dependendización, el ensayo chileno actual constituye básicamente un "reductio in extremis" de lo que fue un patrón tradicional de desarrollo en América Latina.

Yo aquí me voy a concentrar justamente en esta cuestión del desarrollo de las fuerzas productivas -tema sobre el que me he venido preocupando desde hace bastante tiempo-. Porque en términos de las relaciones sociales no han habido cambios radicales: las formas capitalistas siguen predominando (y agregaría que se han intensificado) aunque más y más gentes va quedando fuera, incrementando lo que PREALC y Naciones Unidas han llamado "sector informal" (6). Pero aparte de ello y de lo ocurrido en la estructura de la población activa, no creo que en este plano se puedan encontrar modificaciones cualitativas. Como lo adelanté más arriba, lo mismo y con más fuerza ocurre en el plano de las fuerzas productivas; lo que resta apoyo a los cambios "refundacionales" que han tenido lugar en el orden político e institucional.

Permítanme aquí una digresión que tiene mucho de anécdota. Algo que me motivó muy fuertemente a una reflexión sobre el experimento chileno actual fue la sensación -avalada luego por múltiples testimonios directos- de que la gente joven posee una visión confusa sobre el sistema en aplicación. Siente, por una parte, -y por razones obvias- un claro repudio al llamado "costo social" del modelo; pero, por otro lado, se ha vivido una cierta inhibición o de un complejo casi defensivo motivado por la impresión de que el sistema funciona. Será quizás una porquería, pero funciona... Personalmente pienso que es efectivamente una calamidad, y que además no funciona. Explico este punto de vista es lo que me ha motivado a estas reflexiones.

Se ha cumplido un plazo ya lo suficientemente amplio como para probar la hipótesis que, en términos de fuerzas productivas, esta famosa "revolución" o "refundación" capitalista no ha tenido lugar ni creo vaya a tener lugar en Chile. Si hacemos un análisis dinámico, se podría afirmar -con cierta generosidad, porque aún así duraría un poco- que esa "revolución" tuvo una oportunidad, pero que esa oportunidad ya la perdió: la "refundación capitalista" de la base económica, que debió haber sostenido todo el proceso de cambios efectuado a nivel superestructural, no se hizo en su momento; y ya es muy difícil realizar. La discusión sobre este punto es crucial porque todo el discurso oficial se ha construido justamente recurriendo a un ejercicio de "materialismo histórico" bastante parecido al ensayado en estas páginas. Según ese discurso, se va a crear en Chile un capitalismo joven, potente, quizás con muertos y heridos en el camino, pero que creará finalmente las condiciones para permitir un tipo de vida democrática. Se va a distribuir la propiedad con mayor eficiencia, se van a elevar los ingresos, se diversificarán las

apetencias de los chilenos, las insatisfacciones van a ser menores, disminuirán los resentimientos, hasta llegar al punto de madurez necesario para que, desde esta base, pueda erigirse una convivencia democrática estable. Este es uno de los núcleos del discurso oficial, y no creo estar caricaturizando (7). Ahora bien, si resulta que esa "refundación" de la base económica del país no tiene lugar, todo el argumento se desploma por los pies. Esto es lo que efectivamente ocurre a mi juicio; y éste es el punto donde hay que concentrar la vista.

Entrando ya a justificar mis afirmaciones anteriores parece necesario distinguir entre un análisis concentrado en lo que efectivamente ha ocurrido a nivel de las fuerzas productivas y otro más general referido al modelo "hacia afuera", "aperturista", "de incorporación a la economía internacional" o como quiera se le llame. Son dos cosas distintas: una tiene que ver con el fortalecimiento de las fuerzas productivas strictu-sensu, y el otro con el modo de funcionamiento (hacia afuera, en este caso) de la economía.

Respecto a lo primero, parece claro que, en términos de sus resultados, todos los éxitos del gobierno están basados en una manipulación estadística que a mi juicio es realmente desvergonzada (8). En lugar de tomar -como es lógico- todo el plazo del régimen (8 años), en todas las estadísticas se escoge como base el año 1973 o 1975-76 -y de preferencia estos últimos. Con este procedimiento se obtienen las tasas de crecimiento del 7 o el 9% y las proyecciones de los señores Piñera y Kast, que auguran poco menos que los niveles de los países desarrollados en 10 o 15 años más. Pero la verdad es que si se toma todo el período, la realidad es muy distinta: en 1980 la producción real, esto es, la producción de bienes por habitante fue alrededor de un 2% menor que la de 1974, el año post-catástrofe, post-debacle, post-crisis, etc. (9). Este es un dato bastante difícil de refutar, y no veo que exista un punto de comparación mejor que éste de la producción física por habitante.

Este gobierno, dicho sea de paso, no ha tenido ni los problemas de los gobiernos que se inician ni los problemas de los que faltan dos años para las elecciones próximas, abandonaban su dinamismo para preocuparse de la sucesión. A pesar de estas condiciones y otra vez insisto- en un contexto internacional extraordinariamente favorable para la obtención de recursos financieros, encontramos finalmente este balance. ¿Dónde está todo el dinamismo del que se habla? Como es obvio, en el sector servicios, que en este período (hasta 1980) aumentó casi el 8% per-cápita. Este es un cambio brutal; este sí es un cambio estructural de significación, aunque todo economista sabe que el sector servicios es el sector manipulable por excelencia en las Cuentas Nacionales. Lo importante, sin embargo, es que las cifras oficiales publicadas este año por ODEPLAN no han podido negar el hecho que la producción de bienes por habitante decayó entre 1974 y 1980 a niveles inferior a 1974.

Otro aspecto clave para evaluar lo ocurrido en el plano de las fuerzas productivas es el de la relación o coeficiente ahorro-inversión. Aquí se ha hecho uso de mayor imaginación, y como las cifras eran tan desfavorables, las últimas de ODEPLAN ya hablan de niveles de inversión en 1979 y 1980 superiores al histórico.

Pero la verdad es que en esto yo creo que entramos en el terreno de la falsificación estadística. Yo soy un experto en Cuentas Nacionales, pero quisiera repetir aquí lo que señalé en el trabajo al que aquí me he referido abundantemente: según el mismo Rolf Lüders -que mal que mal es una autoridad, y uno de los economistas más serios que hay en el mundo Chicago- las tasas de inversión hasta 1979 siguen siendo poco menos del 12% (del P.G.B.), contra la tasa histórica del 15 y el 16% alcanzada entre 1960 y 1972. No ha existido, por lo tanto, esa capacidad acumuladora capaz de crear una base productiva más amplia y que a posteriori posibilite y sostenga un régimen democrático -aunque sea más conservador-: de este modo, la tesis oficial se ve contradecida por la poca vitalidad del modelo en su operación concreta.

La contrapartida de lo anterior se encuentra en el asunto del consumismo y del consumo conspicuo. Sobre esto no me voy a extender ya que se ha discutido mucho al respecto. Quisiera sin embargo llamar la atención, por sus repercusiones sociológicas, sobre algo que se presenta ya como una constante histórica: me refiero a esta incapacidad del país, en cada coyuntura de bonanza, de aprovechar sus recursos extraordinario con fines propiamente productivos. Esta constante ha sido llevada ahora al extremo, casi a la locura. Según un cálculo que hacía J.E. Herrera, del endeudamiento exterior, descontado todo lo que se ha pagado, han quedado libres cerca de siete mil millones de dólares. ¿Donde está ese dinero? Esta para mí una de las cosas más misteriosas. Son siete mil millones de dólares: una cantidad que no tiene comparación con ninguna cifra que se haya conseguido en los años 50 o 60, aún descontando la depreciación del dólar y otros factores. En este contexto creo yo, puede entenderse lo del consumo conspicuo (10) que si bien desde el punto de vista económico constituye un derroche, es incuestionable que tiene efectos sociales, culturales, políticos y hasta ideológicos de enorme significación (10).

Se puede concluir, entonces, que en términos de su vocación acumuladora, el modelo se ha probado más que mediocre; y en términos de su vocación consumista, más desordenado, más desenfrenado y más desenfadado que ningún otro en la historia chilena, aprovechando los inmensos recursos conseguidos en el exterior. En suma: desde el punto de vista del desarrollo de las fuerzas productivas, es decir, de una real "refundación" o "revolución" capitalista, no se han verificado cambios sustanciales; más bien lo contrario, un debilitamiento de la base de sustentación y expansión de la economía.

La segunda dimensión a la que me referí tiene que ver con el esfuerzo de realizar una "revolución capitalista" por la vía de dar la espalda al proceso de industrialización basado en el desenvolvimiento del mercado interno, con las deficiencias que bien le conocíamos -y que algunos de nosotros veníamos diagnosticando y criticando desde hace más de 30 años. En síntesis, este proyecto aspira a refundar y revitalizar el sistema económico chileno por medio de su apertura al exterior, incorporando a Chile como una pieza más en el concierto de la economía mundial para beneficiarse de la división internacional del trabajo, a la espera de encontrar en el mercado y en las condiciones externas la fuerza que el otro modelo no logró darle, o que se la dió de manera tan defectuosa (11)

Ahora, ¿qué ha pasado con la "apertura"? De que la ha habido es indudable (basta mirar, por ejemplo, lo que ocurrió con los aranceles) (12). Sin embargo, si se observa la estructura productiva chilena y la parte de ella que se ha proyectado hacia el exterior o que está en condiciones de hacerlo según esta tesis de las "ventajas comparativas" se puede verificar muy fácilmente de que se trata de un segmento muy parcial y pequeño de la economía, aunque es un hecho que las exportaciones no-tradicionales tuvieron un gran dinamismo; y ojalá se sigan desarrollando y con una mejor composición. (Dicho sea de paso, yo no tengo ninguna objeción per-sé a las "aperturas": por el contrario, creo que una de las grandes debilidades del modelo anterior fue su concentración excesiva sobre el mercado interno). Pero esta área del sector exportador no alcanza más allá del 5 o 6% de la estructura productiva chilena, lo que significa que de todos los recursos humanos y materiales de que dispone el país, sólo un 5 o 6% está comprometido en esta expansión de las exportaciones. Se puede discutir ciertamente si es algo más o algo menos, pero ello no modifica sustancialmente la situación. A esto hay que agregar que, dentro de ese 5 o 6%, una gran parte corresponde a actividades que ya estaban montadas, y que si hoy se pueden proyectar al exterior es precisamente por lo hecho en decenios anteriores, especialmente por la CORFO y otras instituciones oficiales. Este es el punto de apoyo, el trampolín desde el cual se pretende abrirse al exterior. Pero queda otro trampolín: el cobre. Paradojalmente, sin embargo, al cobre se le ha prestado muy poca atención pese a ser la fuente tradicional de divisas del país, lo que no puede justificarse exclusivamente por la baja coyuntural de su precio: de hecho, la capacidad instalada de producción de cobre es a comienzos de los 80 igual a la que existía a comienzos de este régimen, y según diversas fuentes (13), parece muy difícil que la Gran Minería alcance en los próximos años el millón de toneladas obtenido en los anteriores. Ello se debe fundamentalmente al prejuicio ortodoxo contra las empresas del Estado y en particular en contra de CODELCO, aspecto por demás conocido y discutido en el último tiempo.

Ahora bien, sobre esta plataforma, sobre este trampolín, ¿puede acaso montarse un modelo de crecimiento hacia afuera? Yo, desde luego, diría que no ha ocurrido, y que ya es muy difícil que ocurra.

¿Podrían las cosas haber seguido otro rumbo? Yo creo que sí. Se puede pensar, en efecto, que si esos siete mil millones de dólares netos que han entrado al país se hubieran dedicado realmente a la expansión de esa plataforma exportadora, si se hubieran hecho inversiones -por ejemplo- en las industrias del papel y de la madera para no exportar directamente los rollos, se podría haber contribuido a justificar a plazo el modelo. Y sin embargo, es evidente que no ha sido así.

Hay en todo esto una exacerbación ideológica del equipo gobernante, que ha ido de contramano incluso con la razón tecnocrática. La mejor ilustración de este fenómeno es lo que ocurre con el tipo de cambio. Dentro de este modelo de crecimiento hacia afuera, es evidente que el tipo de cambio es un instrumento fundamental: no se puede pretender

enchufar una economía más y más en el exterior dejando -como en los viejos tiempos- un tipo de cambio sobrevaluado. Esto en otra época provocaba rápidamente una crisis en la balanza de pagos y una discusión en que se esgrimían los mismos argumentos que ahora (14). Con la diferencia que los opositores y los oficialistas ocupaban las trincheras inversas a las que ocupan en la actualidad: eran los segundos los que querían la devaluación, mientras que los primeros defendían el cambio fijo. Antes, sin embargo, esta situación no alteraba substancialmente el funcionamiento del modelo, dado que éste no se basaba en las exportaciones. Lo que es ahora, cuando el modelo quiere sostenerse en la dinámica de las exportaciones, la mantención del tipo de cambio fijo es una contradicción brutal, cuyos efectos surgen a la vista. La tremenda elasticidad de la demanda por importaciones, junto a la tendencia depresiva de un segmento exportador de suyo precario, ha venido abriendo una brecha en la balanza de pagos a la que no se le pone coto alguno, como se vé en el caso de los automóviles que siguen llegando como si no hubiera pasado nada en el sector externo.

En mi opinión, con el problema del tipo de cambio y con este retraso en las inversiones destinadas a expandir la plataforma exportadora, se han cerrado las posibilidades -si alguna vez las hubieron- de rearmar la economía chilena, pasando de una volcada hacia el mercado interno hacia una economía volcada fundamentalmente hacia el mercado exterior. Esta era justamente la matriz de este modelo de "refundación" capitalista; y la condición fundamental para que éste funcionara, con sus consiguientes implicaciones políticas e ideológicas.

Sinceramente, por tanto, no veo que se haya consolidado en Chile un nuevo modelo, ya sea porque este no tiene viabilidad o porque, además, los impulsores no han obedecido consecuentemente a sus propios requerimientos.

A esto se suma ahora el hecho de que la coyuntura internacional está cambiando en un sentido que, por lo demás, se venía anunciando desde hace mucho tiempo. Es como el cuento del lobo, pero nunca hay que olvidar que, finalmente, en el cuento el lobo se come al pastor. En este caso se venía anunciando la recesión internacional, la estanflación en los países centrales, etc., pero nadie hacía caso: ahora las evidencias son demasiado patentes como para negarla y, por el contrario, se las descubre y magnifica.

Todo esto no significa que se avecine una catástrofe de la economía internacional, pero lo que sí está claro es que se acabó aquel mecanismo providencial que permitía conjugar la falta de capitalización interna, el desequilibrio exterior y el desarrollo insuficiente de las exportaciones: el endeudamiento externo. Tenían toda la razón Herrera y Morales cuando afirmaban en su trabajo (15) -y esto lo dijeron en 1978, lo que es más mérito- que el endeudamiento había pasado a convertirse en una condición de sobrevivencia de esta experiencia: en efecto, si se proyectan las cifras de que se dispone, la tendencia apunta hacia un endeudamiento cada año más pesado. Ahora la situación internacional ha cambiado, y se hace muy difícil conseguir plata, la que además esta mucho más cara:

curiosamente, la política de la administración Reagan en EE.UU., que se esperaba ayudara a la experiencia chilena, le ha dado un apretón brutal, que ha contrapesado su apoyo político.

¿Qué puede ocurrir en este contexto? Yo no pienso en un derrumbe inminente ni que se vaya a cambiar de un día a otro el modelo y a sus administradores (entre otras cosas porque no está claro por qué y quiénes reemplazarlos). No hay dudas que una posibilidad es que devalúen, lo que generará los problemas que ya se han anunciado, particularmente inflación, variable a la que se le ha asignado una importancia política que parece prioritaria a la del mismo crecimiento hacia afuera. En el caso que no devalúen, no hay dudas que se entrará a una fase restrictiva, como la que ya se está advirtiendo. Mi impresión es que otra posibilidad es que la experiencia se mantenga a flote alcanzando algún acuerdo del tipo clásico con el F.M.I.: si no es posible conseguir crédito privado, quizás el F.M.I. se decida a lanzarle un salvavidas (15).

Pero independientemente a cómo se desenvuelva en esta coyuntura, para terminar quiero enfatizar que en Chile no ha tenido lugar ese gran proyecto de "revolución" o "refundación" capitalista. Desde el punto de vista del desarrollo de las fuerzas productivas, esto me parece irredargüible. Lo mismo se concluye si se observa el modo de funcionamiento de la economía, donde el reemplazo del modelo clásico de desarrollo hacia adentro basado en el mercado interno por otro de crecimiento hacia afuera basado en las exportaciones no ha pasado de ser un proyecto cada día menos viable.

NOTAS

- (1) "El Modelo Ortodoxo y el Desarrollo Nacional". Una síntesis de este trabajo fue publicado por MENSAJE, N° 298 y 299, 1981.
- (2) Sobre "estilos de desarrollo" ver, A. Pinto, "Notas sobre los estilos de desarrollo en América Latina", Revista de la CEPAL, Primer Semestre, 1976.
- (3) Como es evidente, esto está planteado aquí con una esquematicidad brutal y sin entrar en una definición precisa de las categorías empleadas.
- (4) "Dependizador" porque decir dependiente no es decir ninguna novedad. Esta última categoría, tiene el inconveniente de que jamás ha habido un país que sea no-dependiente, o absolutamente independiente.
- (5) Inicialmente, la dependización se la esperó desde el lado de la inversión extranjera, lo que parecía congruente con la visión predominante que veía en Chile una simple réplica de aquel movimiento medio mítico de "la acumulación a nivel mundial" -frasecita que, les confieso, me causó siempre una gran irritación por la pretensión explicativa que se le pretendía dar para todos los fenómenos-.

- (6) Ver al respecto los trabajos de V. Tokman y P. Souza: entre otros, "Distribución del Ingreso, Pobreza y Empleo en Areas Urbanas", PREALC, Santiago.
- (7) El paradigma de este discurso está en el artículo de J. Guzmán, "El Camino Político", Revista Realidad, 1980.
- (8) Por cuestión de espacio aquí casi no voy a incluir cifras. Estas pueden encontrarse en mi artículo op. cit.
- (9) Este dato es de ODEPLAN, con toda la manipulación que ya va envuelta.
- (10) ¿Por qué hablar de "consumo conspicuo" en circunstancias que participan de él no sólo los grupos de mayores ingresos? Como se verá a continuación, el acceso a este consumo es muy desigual no obstante un leve "chorreo" hacia otros sectores sociales. Si se hace un cálculo sobre una base de 100 dólares se tendrá que un 85% fue gastado en consumo propiamente conspicuo, es decir, absorbido a lo más por un 30% de la población: lo que hay de chorreo debe contentarse con el 15% restante; y con las baratijas provenientes de Taiwan, Hon-Kong, Sigapul, etc. que llegan a la calle Patronato y a ciertos barrios periféricos de Santiago. Pero estas son las proporciones; las mismas que se encontrarán en el gasto en la construcción, que tanto ha crecido en el último tiempo.
- (11) En este diagnóstico del "agotamiento" del modelo de industrialización en base al mercado interno coincidían la Izquierda con la Derecha. Todavía más, muchas de las críticas que hacen los jóvenes de Chicago a ese modelo son idénticas a las formuladas en el pasado desde la Izquierda.
- (12) No voy a repetir aquí las discusiones de orden más teórico que hay actualmente sobre el "aperturismo". Al respecto he escrito algunas cosas en "El Trimestre Económico" (México) y en la "Revista de la CEPAL" (Santiago).
- (13) Se trata de la opinión de autoridades oficiales, según lo cito en mi trabajo op.cit..
- (14) J.E. Herrera y J. Morales, "La inversión financiera externa: el caso de Chile 1974-78", Estudios CIEPLAN N° 1, Santiago, julio 1979.
- (15) Lanzarle un salvavidas a Brasil es muy difícil (tiene que ser muy grande), pero a los países pequeños es más fácil si se les asigna prioridad política por parte de EE.UU..

Debate

(Mañana del 9 de Julio)

Yo quisiera hacer un breve comentario a la intervención de don Aníbal Pinto. Estoy de acuerdo en general con su análisis, y creo que hay bastante consenso en el sentido que efectivamente no ha habido un proceso de acumulación importante durante los últimos años. La tasa de inversión se ha mantenido baja y, por otra parte, no se ha logrado dinamizar a los sectores exportadores. Sin embargo, pienso que es muy importante agregar otros elementos fundamentales, porque del enfoque del profesor Pinto puede quedar la impresión que los economistas del actual gobierno simplemente se hubiesen farreado durante estos siete años la oportunidad de implementar en Chile un nuevo estilo de desarrollo capitalista.

¿Por qué no ha habido inversión? ¿Por qué se han usado mecanismos de política económica que han desincentivado la producción y han tendido a convertir a Chile en un país comercial y financiero? Es importante tratar de entender por qué ha ocurrido todo esto; descubrir, en otros términos, la otra cara de la moneda. Mi hipótesis en este sentido es que los economistas de Gobierno no son ineficaces, ni ciegos: han cometido errores puntuales pero en términos generales, tienen una visión a largo plazo de la economía chilena y de lo que quieren hacer con ella.

Así por ejemplo, la mantención de elevadas tasas de interés, que resulta inexplicable si nosotros suponemos que lo que ellos quieren es invertir y hacer producir la economía, fue el mecanismo básico que permitió la concentración y la centralización económica alrededor de los grupos económicos, ya que les permitió adquirir gran parte de las empresas del Área Social que se estaban privatizando a partir del control que tenían ellos del sistema financiero. Se trata pues de un fenómeno contradictorio: las altas tasas de interés, que afectan la producción y la inversión, facilitan por otro lado la centralización del capital.

Otro mecanismo que aparece contradictorio con un modelo como el actual, de promoción de exportaciones, es la mantención del tipo de cambio sobrevaluado. Esta política, como se sabe, desincentiva las exportaciones. Sin embargo, el cambio fijo permitió una desliberalizada entrada de capitales externos, lo que ha posibilitado a los grupos la obtención de altas diferenciales de tasas de interés externa respecto a la tasa de interés interna. Esos mismos grupos económicos han obtenido para sus empresas altas tasas de ganancia nada más que por su capacidad de endeudarse en el extranjero. Si el precio del dólar hoy día aumenta -y esta es una razón fundamental que explica por qué no se baja el tipo de cambio- la deuda en dólares que han adquirido esos sectores aumentaría a niveles tales que seguramente su situación se haría insostenible.

¿Qué se concluye de lo anterior? Que la preocupación prioritaria de la política efectivamente seguida no ha sido la producción y la inversión, sino la concentración y centralización de la economía mediante la generación de un monstruoso sector financiero. Por esto estoy de acuerdo con aquella definición de este modelo como depredador, donde las ganancias no provienen de la producción y de la acumulación sino de mecanismos no productivos, de la especulación. Hasta ahora, por ejemplo, no ha existido una verdadera decisión de invertir, salvo las facilidades extraordinarias otorgadas al capital extranjero -pero que tampoco ha llegado como se esperaba-.

Hacia el futuro la situación no es tan catastrófica como para afirmar que este modelo está ya agotado. Podríamos hablar aquí como se lo hizo del modelo de sustitución de importaciones, del fin de una "etapa fácil" de obtención de ganancias en base a la especulación. Ahora, la capacidad que tenga este modelo de subsistir, depende de su aptitud para pasar a una segunda fase necesariamente productiva en condiciones de recesión internacional, con mayores dificultades para insertar la economía chilena y con una reducción de la entrada de crédito externo.

En síntesis, creo que es importante explicarse por qué éste efectivamente no ha sido un modelo acumulador. Y mi tesis es que, hasta ahora, lo que se ha hecho es concentrar y centralizar lo que había, y se ha ganado en base a la especulación interna de capitales; primero en un momento de recesión con altas tasas de interés, y en un segundo momento, apelando a la facilidad que había en el mercado internacional para endeudarse.

ANIBAL PINTO

Nada más que un detalle. Como ya lo señalé, en esta discusión sobre el tipo de cambio los bandos ahora han cambiado de ubicación y además han aparecido nuevos actores. En la discusión chilena tradicional, por ejemplo, los deudores de moneda extranjera nunca tuvieron mucha importancia, porque el gran deudor en moneda extranjera era el propio Fisco, que en general era contrario a las devaluaciones (este a su vez tenía la posibilidad de crear plata, y con un poquito más de pesos lograba comprar los dólares para poder pagar las deudas). Pero ahora no: ahora hay intereses privados poderosos, lo que es otra variable básica en toda esta discusión. En el fondo, todos los deudores están en contra de la devaluación. Se ha creado así un grupo de interés muy decisivo en la cuestión de la política de cambio, que en los tiempos antiguos no existía.

Respecto a lo que dice M. Schkolnik, ahí hay preguntas de mucho calado, difíciles de enfocar en una discusión de este tipo. Yo quisiera recordarle que hay algo un poco tautológico en lo que ella señala: es indudable que si no han acumulado productivamente, es obvio que deben tener otros medios más rentables para usar la plata. El caso de las tasas de interés es típico: la tasa de interés se visualiza primero como una defensa contra las alzas de precios, de manera que quienes inviertan dinero obtengan realmente una utilidad; pero, por otro lado, como el sistema empieza a operar de una manera tan drástica, transforma las tasas de interés en un mecanismo más atractivo que la inversión productiva. Las altas tasas de interés hacen que quién se mete en un negocio de cierto plazo de cierta envergadura se pregunte cómo va a pagar esas tasas. Estas son algunas de las contradicciones del modelo.

M. Schkolnik hablaba de una "vocación depredatoria" del modelo en boga. Yo diría más: se trata de una vocación parasitaria. Porque se ha producido una traslación muy interesante: en Chile hemos vuelto a una economía compradora, como se la llamaba en las discusiones de hace algunos años; del proceso típico de antaño, del importador pasando a industrial, hemos pasado ahora al caso del industrial pasando a importador, mientras crece el sector financiero y aumenta el consumo conspicuo. Esta es la alternativa rentable a la inversión productiva, como es obvio, totalmente congruente con la lógica del modelo.

¿Por qué ha llegado a ocurrir todo esto? Yo creo que para responder esta

junta -no sé si esto no tendrá un tono medio weberiano -hay que distinguir entre la racionalidad instrumental que se supone deben tener los científicos y que es el peso ideológico. No puedo explayarme aquí sobre este punto. Pero obvio que sea posible plantearse sobre otras bases esta empresa de refundación estatista. Por ejemplo, yo creo que solamente una exacerbación ideológica de la usted hacerle suponer que en un plazo breve se pueda sustituir el papel del estado en la economía chilena. Esto no tiene nada que ver con la racionalidad instrumental: usted, puede manejar la balanza pública, la tasa de interés, etc.; pero si usted no tiene una idea de lo que es la presencia histórica del Estado (aparte por supuesto de la discusión ideológica sobre el modo) usted no puede manejar un sistema económico como éste. Aquí han habido cosas que llegan a los niveles de la demencia: todo el shock de 1975 es para mí caso de locura ideológica stricto-sensu. El caso, por ejemplo de la privatización total de las obras públicas más elementales: ¿qué tenía que ver el funcionamiento del modelo, con la inflación y con todo eso el que se vieran haciendo caminos de tierra allá en Collimapu o en Runaico? Estas cosas solamente pueden explicarse con esta combinación de racionalidad instrumental tecnocrática con la irracionalidad al nivel sustantivo; irracionalidad con respecto al carácter histórico de las relaciones socioeconómicas. Otro caso similar es el del cobre: si usted tiene este modelo clásico de "ventajas comparativas" todos habríamos pensado que ahora se van a dedicar al sector minero, al sector de exportación de productos primarios; y lo que hacen es precisamente no invertir ni un centavo en el sector con mayores ventajas comparativas como es el cobre. ¿Cómo lo explica? Lo explica otra vez en términos de la exacerbación ideológica, que va de punta con lo que se podría llamar la racionalidad tecnocrática: se quedaron esperando, como en el viejo modelo, que el cobre llegara capital extranjero.

IVARO GARCIA

Yo quisiera resumir algunas cosas que ya básicamente han sido dichas, pero lo que van a ser importantes para la discusión posterior. Parece claro que el diagnóstico que se haga de la evolución económica debiera reconocer dos fases distintas: una fue la del reordenamiento de la economía, en la que se provocaron transformaciones estructurales que parecen sí haberse llevado a efecto exitosamente que tiene evidente implicancias para el análisis que uno haga de este "nuevo modelo" (por ponerle un nombre); y otra fase distinta donde se ha debido probar la capacidad de reproducción de este modelo y de esta nueva estructura, en la que se demuestran debilidades evidentes.

Ya se han señalado las principales características de este nuevo modelo, y evidentemente hacen de la estructura económica nacional algo distinto de lo que conocimos: una economía privatizada, concentrada y centralizada, atomizada del sector económico, donde se profundiza la heterogeneidad al interior de los sectores entre los sectores, donde se exagera el consumismo sin generar bases materiales para apoyar este proceso, donde se generan ciertas condiciones de competitividad internacional (porque si bien es cierto que al tiempo que se frenan algunas, como la congelación del tipo de cambio, se generan otras por la vía de la baja de los salarios). Estas condiciones estructurales son coherentes con el modelo de crecimiento hacia afuera que se ha propuesto: la centralización y concentración del capital; la privatización de las relaciones externas, que les permite obviar el mundo político que les era contrario a nivel internacional; una disminución considerable de los salarios; y la generación de ciertos mecanismos (el consumo recientemente, las administradoras de pensiones) que tienden a captar a grupos

sociales más amplios. Además de estos cambios estructurales -que son muy significativos- se producen ciertos hechos económicos que tienden a marcar el desarrollo futuro de Chile, ya sea en la actual perspectiva de dirección económica o en otra: es el caso de cuestiones tales como la falta de proyectos de urbanización, las opciones sobre movilización, el tipo de estructura productiva que está resultando del actual experimento, etc., todo lo cual compromete el futuro del país y requiere ser analizado para pensar en alternativas distintas a las actuales. Por lo tanto, la primera conclusión que podríamos establecer es el éxito habido en producir ciertas transformaciones estructurales en la economía: la forma de ser del capitalismo chileno ha cambiado lo que ha tenido un impacto indudable sobre la estructura productiva y un impacto quizás menor sobre la estructura de las clases de la sociedad.

Un segundo elemento que habría que analizar es el de las posibilidades de reproducción que este modelo presenta. Mi impresión es que las posibilidades de las vías de reproducción del modelo se han visto transformadas en este último período. En una primera instancia el modelo tuvo pretensiones taiwanesas o brasileñas, en el sentido que realmente iba a crecer hacia afuera vía generación de una capacidad competitiva nacional. Esta perspectiva concluyó a fines del año pasado (o quizás en el año 79) cuando se optó por aumentar la tasa de captación de plusvalía para permitirse un "tiempo de espera" al capital extranjero, lo que se convierte en el real mecanismo de crecimiento que se propone a la economía. En este marco yo creo se entiende la creciente actividad de la construcción, por generar algún tipo de producción y empleo que yo creo todo el mundo sabe es momentánea; en este marco se entienden también todas las recientes modificaciones del tipo "fondo de administradoras de pensiones", que tienden a centralizar aún más el capital; así se comprende, en fin, la falta de preocupación por generar capacidad productiva nacional a la espera de la llegada del capital extranjero, y la importancia en este contexto del nuevo "Plan Piñera" sobre la inversión extranjera en la minería y el reciente anuncio de una nueva liberalización para la entrada del capital extranjero, etc.. Por lo tanto, creo que el proyecto nacional que tenía en mente el gobierno parece ser distinto al que hoy día está implantando; y se asemeja bastante más a lo que don Aníbal Pinto recién decía de un tipo de desarrollo comprador, en el sentido que Chile cumple un rol de intermediación en el sistema capitalista internacional, ofreciendo mano de obra y recursos naturales extraordinariamente baratos para que sean utilizados por el capital internacional. Por lo tanto, en la segunda fase, la de la reproducción del modelo, hay una conclusión evidente: que su viabilidad depende casi exclusivamente de las condicionantes externas, a diferencia de lo que intuimos podría ser hace dos o tres años cuando veíamos una posibilidad interna de desarrollo del modelo.

MANUEL ANTONIO GARRETÓN

Una reflexión a propósito de lo planteado por don Aníbal Pinto. Primero, sobre esto del intento de refundación capitalista. Yo creo que lo que hay que rescatar ahí, por lo pronto por quienes han o hemos hablado de este concepto, que se trató siempre de poner la palabra "intento" de revolución capitalista. Lo importante -en cualquier caso- es que se apuntaba a la idea de la reorganización de la sociedad desde arriba, al esfuerzo por reorganizar el modelo como funcionaba el capitalismo en Chile y no sólo "el modelo económico".

En segundo término, debo confesar que me deja sorprendido la coherencia de lo señalado en esta oportunidad por don Aníbal con lo que él ha dicho antes

sobre otras etapas de la historia chilena (y yo espero no estar aquí ergiversándolo): en síntesis, el problema es nuevamente que falta una base material para sostener un modelo político. Este razonamiento es el inverso a una afirmación común entre nosotros; esto es, que aquí hay un proyecto económico que anda a la búsqueda de un modelo político, característica más o menos común con otros regímenes autoritarios del Cono Sur: ¡y ahora descubrimos que más bien tienen un modelo político y que están en búsqueda de un modelo económico, que era lo único que parecían tener!

Esto engancha perfectamente con lo que Aníbal Pinto nos enseñó en todas sus obras anteriores. En ellas, Chile aparece como un país con una estructura política fuerte sin base material en qué sostenerse; tesis central a la que se suma su interpretación del "empate político". A nivel de la interpretación histórica, lo básico entonces es esta contradicción entre una base material débil y un desarrollo político fuerte. Ahora estaríamos en presencia más o menos de lo mismo: da la impresión que estos países no tienen base material para nada en definitiva...

Pero hay otro componente que de nuevo reitera con Aníbal y que yo creo que es muy importante: resulta que de algún modo esta tensión o contradicción se ha resuelto en todos los esquemas con un tremendo peso de lo ideológico. Porque el peso de lo ideológico no es ahora tan distinto al presente en el pensamiento de modernización capitalista demócratacristiano y en la "vía chilena al socialismo".

Ahora bien. En los modelos anteriores había un esquema político-social fuerte con una base material débil, pero esa base material (o esquema de desarrollo) se sostenía porque habían muchos intereses involucrados: clases medias, sectores obreros organizados, sectores industriales, etc.. Es así como ese modelo duró muchos años, y debe derivarse que la existencia de una base material débil no lleva necesariamente a la desaparición del sistema político: por el contrario, si ésta desaparece, la raíz habría que buscarla en el plano político, no en la base material. ¿Cuál es la situación de ahora? La base material es otra vez precaria, como lo ha demostrado convincentemente A. Pinto. Pero el problema principal, a mi juicio, no está ahí, sino en el hecho que la cantidad de intereses involucrados en su pervivencia es mucho menor. Su precariedad, por lo tanto, no reside en la "base material débil", sino en la posibilidad de que una persona decida de la noche a la mañana cambiar de modelo. Y el hecho que no se lo cambie se debe probablemente a la inexistencia de un esquema coherente alternativo al interior del régimen.

A lo que voy con todo esto es a resaltar la coherencia que veo en Aníbal Pinto (no sé si estoy exagerando su punto de vista): me llama la atención que, desde el punto de vista metodológico, esta es una perfecta continuación -en términos de la matriz utilizada- de sus artículos sobre el desarrollo económico y relaciones sociales (*). Es aquí cuando uno pregunta, cuando se está frente a una matriz tan coherente que sirve para explicar fenómenos tan distintos, si ella es la más adecuada: pero esto lo planteó estrictamente como una duda en voz alta.

(*) Se refiere a "Desarrollo económico y relaciones sociales" en Chile, Hoy, Ed. Siglo XXI, Santiago, 1970. Este trabajo -en otra versión- había aparecido en El Trimestre Económico el año 1963 (México).

A propósito de la discusión yo me pregunto si nos estamos haciendo nosotros las mismas preguntas que se hacen los que están implementando el modelo. Estamos debatiendo el fracaso o el éxito del tipo de desarrollo; estamos analizando la estructura productiva y estamos suponiendo con esto una preocupación central por Chile y por su desarrollo. Si uno en cambio mira a los sostenedores del modelo -e incluso la caracterización que aquí se hace del mismo como un "modelo comprador"- parece que el interés no es el mismo y las preguntas pueden no ser las mismas. Señalaba don Aníbal, en relación a los efectos del funcionamiento del modelo, que la plata está saliendo para afuera. Si la plata está saliendo para afuera es porque al modelo no le interesa demasiado el desarrollo de este sector geográfico denominado Chile. Y por lo tanto, en términos de su racionalidad mientras se pueda seguir sacando plata el modelo está funcionando.

Por lo que aquí se ha señalado, desde el punto de vista del desarrollo, del crecimiento, no hay posibilidades de una refundación capitalista. En esto hay bastante acuerdo. Pero queda en pie la pregunta por los efectos del funcionamiento del sistema y del intento de imponer una nueva lógica de funcionamiento, de consumo y de privatización, a toda la sociedad. Porque si bien es cierto que no estamos viendo una refundación capitalista, sí estamos viendo un intento de imponer a la sociedad un nuevo tipo de funcionamiento. Y esto tiene un efecto político que va mucho más allá de la mantención, por ejemplo de la estructura productiva en términos fundamentales.

Entonces yo diría que hay preguntas y efectos distintos: unos en cuanto al desarrollo del sistema productivo y otros en cuanto a la formación social. Ahora es evidente que si hubiera un cambio en la estructura social, pero no porque lo primero no haya ocurrido pasan a ser menores los efectos a nivel de la formación social. Y esto lo señalo por una prevención que no ha sido dicha acá: a veces las afirmaciones que este modelo no tiene viabilidad en cuanto modelo de desarrollo nacional nos hacen pensar en alternativas a partir de un país similar al que teníamos el 73. Diría que dentro de la discusión de ciertos sectores esto está muy presente. Creo que, siendo válido que no hay un nuevo tipo de desarrollo, también es válido que hay un cambio en las condiciones sociales que obligan a pensar en una alternativa distinta a la anterior.

2. LA ESTRUCTURA SOCIAL

Modificaciones en la Estructura de Clases

Alvaro García

Publicado en PROPÓSICIONES N° 1, abril 1980

El objetivo central de esta presentación es avanzar ciertas proposiciones respecto al impacto que la transformación en el patrón de acumulación capitalista prevaleciente en Chile hasta 1973 ha tenido sobre la estructura de clases sociales.

En términos estrictos nos interesó revisar cómo se ha visto afectada la posición de clase de los distintos agentes de la sociedad (1). Los resultados cuantitativos de nuestro estudio se resumen en el anexo y llevan a las siguientes conclusiones principales.

- a. El bloque dominante, aunque reestructurado internamente, parece ser de un tamaño semejante al existente en 1970.
- b. El bloque popular ha crecido fundamentalmente en base a la creciente masa de marginados del proceso de reproducción directa de la estructura económica.
- c. El proletariado ha disminuido su fuerza cuantitativa, al interior del bloque popular, en forma notable.
- d. La masa de desocupados e "informales" parecen constituir el grupo cuantitativamente superior al interior del bloque popular.

Además de estos resultados cuantitativos hemos querido avanzar ciertas proposiciones respecto a algunas características del nuevo escenario. Entendemos este esfuerzo como complementario a otro hecho con anterioridad (2) y, por lo tanto, no repetimos las ideas ya formuladas.

1. EL MARCO GENERAL EN QUE SE GESTA EL NUEVO ESCENARIO

La victoria popular de 1970 obedece a una crisis de la hegemonía política burguesa, a una fisura en el sistema institucional de las clases dominantes, en parte producida por el virtual agotamiento del estilo de desarrollo capitalista dominante hasta esa fecha. Reinstaurar o más bien, fortalecer el orden capitalista en Chile necesariamente requería, entre otras cosas, superar la crisis de reproducción ampliada de su estructura económica y, para esto, transformar la forma de Estado prevaleciente. Superar la crisis de reproducción ampliada suponía, por su parte, reorganizar la estructura productiva nacional de modo de lograr mayores niveles de "eficiencia" capitalista (o, en otras palabras, incrementar el poder de acumulación y expansión de la clase capitalista).

El objetivo central del actual gobierno ha sido el de refundar el capitalismo chileno. La reorganización de la estructura productiva nacional supone y conlleva un cambio en la posición de clase de los distintos agentes económicos, como en el conjunto

de relaciones de dominación. En otras palabras, se ha inducido un cambio en la estructura de relaciones y clases sociales subyacente en la formación social chilena.

En estos siete años de Gobierno Militar se han alterado, en forma sustancial, las bases sobre las cuales se desenvolvió la vida nacional. Nos enfrentamos a una nueva realidad y un nuevo terreno, sobre el cual se desarrolla el conjunto de contradicciones y conflictos sociales como el ejercicio del poder. El proceso de instalación de este nuevo escenario se ha hecho directamente en la estructura social y económica (3), sin plasmarse aún en una fórmula político-institucional de carácter global que legitime y establezca este nuevo escenario estructural. Este, sin duda, es el objetivo central del bloque dominante para la presente fase (4).

2. LOS MECANISMOS "FUNDADORES" DEL NUEVO ESCENARIO

Las transformaciones ocurridas en la estructura y el conflicto de clases son producto de dos cambios fundamentales:

- a. La reestructuración económica de la formación social que ha afectado la posición de clase de los distintos agentes.
- b. La transformación de los aparatos de dominación del bloque en el poder y la represión de los aparatos políticos del bloque popular con el consiguiente cambio en el contenido de clase de toda práctica social.

El volcamiento del proceso de realización de la plusvalía hacia los mercados externos y la transnacionalización de la estructura productiva han transformado los polos dinámicos y los procesos coadyuvantes del nuevo estilo de reproducción ampliada de la economía. Así tenemos, por ejemplo, que los sectores productores de bienes salario y sustitutivos de importaciones tienden a disminuir su importancia; al mismo tiempo, que la aumentan los sectores extractivos con ventajas comparativas "naturales", convirtiéndose estos últimos, en el nuevo polo dinámico. La pequeña industria de apoyo al productor para el mercado nacional tiende a desaparecer, a la vez que aumenta el pequeño comercio no rentable (por problemas de escala) pero necesario para el gran productor exportador (5).

El agotamiento del Estado de compromiso y su sustitución por un de corte autoritario que destruye o al menos inmoviliza -vía represión- el operataje político del bloque popular, han transformado las relaciones políticas entre las clases. En concreto, han marginado al bloque popular del sistema político institucional, bloqueando el establecimiento de una sólida relación entre partido y masas que diera, contenido político al conjunto de las prácticas sociales de las clases dominadas; y fortaleciendo, así la crisis política orgánica que atraviesa al movimiento obrero y popular.

EL NUEVO ESCENARIO ECONOMICO Y SU IMPACTO SOBRE LA ESTRUCTURA DE CLASES

Los cambios ocurridos en la estructura productiva ha afectado a posición de clase de los agentes a través de tres efectos rimordiales:

- Cambios en la participación relativa de los distintos sectores productivos en el producto geográfico bruto.
- Concentración y centralización de la propiedad sobre los medios de producción.
- Disminución en la capacidad de absorción productiva de mano de obra en la estructura económica.

Estos efectos han causado las siguientes transformaciones en a estructura de posiciones de clase (6):

El tamaño absolutao del bloque dominante (burguesía, pequeña burguesía propietaria y empleadora y parte de la funcionaria) y de la fracción empleada del bloque popular (resto de la pequeña burguesía, proletariado y trabajadores informales) no ha variado en el período 1970-1978. Esto stignifica que se han engrosado (a un ritmo aproximado del 2 por ciento anual) las filas del ejército de reserva con su consiguiente efecto depresivo en los salarios e inmovilizador en lo político. Sin embargo, estos hechos también han profundizado las dificultades objetivas para fijar una nueva y más amplia mayoría capitalista.

El bloque popular, además de crecer cuantitativamente, ha sufrido grandes transformaciones en términos de la participación relativa de los grupos que lo conforman. Así tenemos que el proletariado industrial y agrario tiende a disminuir su inportancia en forma notable (esto por el estancamiento y readecuación técnica-mayor intensidad en el uso de capital- de estos sectores es).Paralelamente aumentan su peso específico el sector informal, la pequeña burguesía marginal y los desempleados . Estos sectores, que agrupan a la gran mayoría de los miembros del bloque popular, se caracterizan por su atomización y falta de incorporación y ligazón con la plataforma política histórica de los partidos de izquierda. Cualquier forma de proyecto nacional alternativo necesariamente debe dar cuenta e incorporar a esta gran masa de marginados por el nuevo patrón de acumulación capitalista.

Ha existido una rearticulación interna en el bloque dominante. La nueva fracción dirigente está conformada por grupos financieros, asociados y dependientes de capital extranjero, de origen reciente en la historia económica chilena. Estos grupos de apoyan en la dupla fuerzas armadas-tecnocracia, pública y privada (que tienden a adquirir gran peso político) para imponer su proyecto de dominación, perdiendo así todo barníz democrático y nacional

El grupo dominante " tradicional", que había trasladado capitales sde las actividades primarias a la industria sustitutiva y

productiva de bienes para el mercado nacional, se ve desplazado y a las nuevas condiciones del mercado (7).

4.- LA COYUNTURA POLITICA: INSTITUCIONALIZACION DEL NUEVO ESCENARIO

El objetivo político central del bloque dominante es encontrar una fórmula institucional que asegure la instalación estable del nuevo escenario estructural. Este afán del bloque dominante se realiza en circunstancias en que el movimiento antidictatorial emergente entreabre puertas del escenario político nacional - en parte por las 'aperturas' conferidas por el propio régimen-

La imposición por parte del Gobierno Militar de una forma "institucionalizada" de dominación le exige a éste entrar en un terreno que estimula y viabiliza la acción social reivindicativa opositora. La clave del problema político de hoy consiste en la capacidad que el bloque popular presenta para ampliar la lucha reivindicativa y poner en movimiento al conjunto de las fuerzas sociales, haciéndolas cuajar en una alternativa política global a la del bloque dominante. De lo contrario, el proceso de afincamiento definitivo del nuevo escenario -vía 'institucionalización'- no encontrará mayores obstáculos.

5. EL BLOQUE POPULAR EN EL NUEVO ESCENARIO: CRISIS Y DESAFIOS

La acción "revolucionaria" en lo estructural del Gobierno Militar, la derrota de 1973 y la constante represión que ha sufrido en particular sus representantes políticos, han desembocado en una profunda crisis del movimiento popular.

El nuevo escenario nacional hace que las "ideas fuerzas" del pasado no movilicen a la nueva configuración de actores e intereses del bloque popular. Esto ha provocado un creciente divorcio entre los partidos y las masas. Este no sólo obedece a las condiciones de represión sino además, y fundamentalmente, al hecho de que la "izquierda" política ha sido incapaz de presentar proposiciones claras ante el nuevo escenario estructural. Así, su universo teórico-doctrinal está profundamente alejado del sentido común de las masas. Esto último, es particularmente válido respecto a los grupos marginados del proceso directo de reproducción del actual modelo (8): fracciones de la pequeña burguesía, trabajadores informales y desocupados que, como ya dijéramos, tienden a adquirir una importancia cuantitativa y fundamental. -

- (1) Véase: E. Tironi y A. García, "Cinco Propositiones para una interpretación del actual proceso político chileno", documentos de trabajo SUR, A1-1, septiembre 1979.
- (2) Por posición de clase entendemos la relación del agente económico con los medios de producción (propiedad y posesión de los mismos). Distinguimos este concepto del de posición social que incorpora la doble relación de los agentes con los medios de producción y con el resto de los agentes, relaciones o prácticas de clase.
- (3) Ejemplos de esto son las "7 modernizaciones" a que el General Pinochet hacía mención a principios de este año (trabajo, salud, previsión, educación, etc.). El proceso de concentración y centralización del capital constituye otra de las modificaciones centrales.
- (4) De lo que cabe concluir que la contradicción democracia-dictadura (cualquiera sea el aspecto que esta última se dé) es la principal del período.
- (5) Este pequeño comercio y, en general, la pequeña empresa productora de bienes salario se ve fortalecida en el actual modelo ya que tiende a proveer a la masa asalariada con los bienes necesarios para su subsistencia a un precio que el gran productor o distribuidor no puede lograr. Esto obedece al hecho de que el tamaño de la firma del gran productor no hace rentable la venta a pequeñísima escala (el octavo de azúcar); sin embargo, esto es todo lo que el trabajador puede financiar con el actual nivel de salarios. Este argumento, evidentemente no es válido para aquellas ramas productivas que presentan grandes economías de escala (artículos eléctricos, por ejemplo), donde tiende a dominar el capital transnacional (vía importaciones).
- (6) En el ANEXO adjunto se da a conocer alguna evidencia empírica que corrobora estas proposiciones.
- (7) Dado que el tratamiento de los conflictos al interior del bloque dominante constituye la preocupación central de las "Cinco Propositiones..." ya mencionadas, hemos preferido no repetir aquí los planteamientos hechos en dicho documento.
- (8) Por grupos marginados entendemos aquellos que no tienen un rol directo en la reproducción del actual estilo de desarrollo capitalista. Esto no quiere decir que no cumplan un rol funcional al sistema, sino que no participan -sino en forma indirecta- en el proceso de generación de plusvalía. Estos grupos han sido los relativamente perjudicados por el nuevo patrón de acumulación.

ANEXO METODOLOGICO Y DE RESULTADOS CUANTITATIVOS: ESTUDIO DE LOS AGENTES SOCIALES OCUPADOS

En este anexo queremos describir brevemente la metodología y fuentes de información utilizadas para hacer el estudio comparativo (1970-1977) de los agentes sociales ocupados. Dado que el estudio hecho por E. de Ipola y S. Torrado (1) ha constituido una fuente de información primordial para el presente trabajo y que en dicho estudio se hace una evaluación detallada de las fuentes de información refiero al lector a la fuente primaria. El ejercicio que se presenta a continuación tiene como fin determinar la posición de clase de los agentes económicos. Para este efecto se compara la "estructura de posiciones de clase" prevaleciente en 1970 y 1977. Esta estructura se entiende conformada por los siguientes grupos y subgrupos:

- a₁ - Burguesía
 - Pequeña burguesía propietaria
- a₂ - Empleadora (Em)
- a₃ - Trabajador por cuenta propia (TCP)
 - Pequeña burguesía funcionaria
- a₄ - Asalariado
- a₅ - T.C.P.
 - Pequeña burguesía marginal o improductiva
- a₆ - Altamente calificada
- a₇ - Resto
 - Proletariado
- a₈ - Altamente calificado
- a₉ - Resto
- a₁₀ - Trabajadores informales

Estas categorías corresponden a las logradas por el programa OMUECE aunque se ha desagregado en forma distinta; a continuación caracterizaremos (por vía del ejemplo) cada una de las categorías.

- Burguesía: compuesta por aquellos grupos o personas que detentan una relación de propiedad y/o posesión sobre los medios de producción. Por ejemplo, los empleadores que son: empresarios, técnicos, mayordomos y/o capataces agrícolas; Directores-Gerentes profesionales o técnicos en la industria manufacturera y servicios productivos; además por los vendedores-propietarios y los agentes comerciales y de seguro.

A los anteriores se le debe sumar la burguesía funcionaria. Por ejemplo, empleadores que son: profesores universitarios, secundarios, primarios y afines; Ejecutivos de la administración pública; abogados, jueces y magistrados.

La pequeña burguesía propietaria: se caracteriza por detentar una relación de propiedad, posesión, control técnico y detentación sobre los medios de producción. Por ejemplo, los trabajadores por cuenta propia o familiares no remunerados (FNR) que son: empresarios, mayordomos - capataces agrícolas; directores-gerentes, profesionales y técnicos en los servicios productivos y en el proceso de circulación; los obreros calificados (aunque se les clasifique como empleadores).

Al interior de esta categoría se distinguió entre empleadores y T.C.P. o F.N.R..

La pequeña burguesía funcionaria: está compuesta por las mismas categorías que la burguesía propietaria con la diferencia que éstas son T.C.P. o F.N.R. salvo el caso de los procesos ideológicos en que se incorporan algunos empleados y empleados u obreros,

Al interior de esta categoría se distingue entre asalariados y T.P.C..

La pequeña burguesía marginal o improductiva: está compuesta por aquellos que tienen control técnico o detentación sobre los medios de producción y realizan labores improductivas o indirectamente vinculadas a los procesos económicos, ideológicos y jurídico-políticos. Por ejemplo, los empleados u obreros que son: agentes comerciales y de seguros, empleados de oficina y del comercio, trabajadores independientes establecidos o no, conductores de vehículos motorizados, técnicos en comercio, servicios médicos y similares. En general aquellos obreros y empleados que trabajan en el proceso de circulación, indirectamente económico, ideológico y jurídico-político.

Al interior de esta categoría se distinguió entre los altamente calificados y el resto.

El proletariado: se caracteriza por detentar relaciones de control técnico y/o detentación sobre los medios de producción. En general está compuesto por empleados y obreros, calificados o no, que son productores directos; tales como los del sector agropecuario, transporte, almacenamiento, servicios productivos y los trabajadores independientes en la industria familiar, establecida o no.

Al interior de esta categoría se distinguió entre los altamente calificados y el resto.

Los trabajadores informales: son definibles por la índole de la actividad que desarrollan. Estas actividades aparecen vinculadas en forma indirecta al proceso de reproducción capitalista. Esta

categoría está compuesta por empleados, obreros, T.C.P. y F.N.R. no calificados que laboran en sectores como el extractivo, transporte, servicios productivos y personales; desarrollando tareas tales como: conductores de vehículos no motorizados, lustrabotas, mozos y faenas afines, servicio doméstico, etc..

Los cambios en la estructura de posiciones de clase se entienden producidas por tres efectos primordiales: el proceso de concentración y centralización del capital; el cambio en la importancia relativa de los distintos sectores productivos en la estructura global y el efecto que estos dos hechos han tenido sobre el empleo (estructura y demanda de trabajo) (2). El primero de estos efectos no puede ser estudiado con la información disponible (3) y, por lo tanto, nos concentraremos en el segundo y tercer efecto sobre la estructura de posiciones de clase.

Para estudiar los cambios ocurridos en la estructura productiva global y sus efectos sobre el empleo, se desagregó esta estructura en 8 sectores:

- b₁ Agropecuario
- b₂ Minería
- b₃ Industria
- b₄ Construcción
- b₅ Electricidad, gas, agua y servicios de salud
- b₆ Comercio
- b₇ Transporte, almacenaje y comunicaciones
- b₈ Servicios
- TOTAL

Los cambios ocurridos en la estructura sectorial del empleo fueron obtenidos en la Encuesta Continua de Mano de Obra (1969-1972), y de la Encuesta Nacional de Empleo (1975-1977), ambas del Instituto Nacional de Estadísticas. A continuación presentamos dos cuadros que resumen la información al respecto.

CUADRO N° 1

EMPLEO Y DESEMPLEO DE LA FUERZA DE TRABAJO (miles de personas)

AÑO	FUERZA DE TRABAJO	OCUPADOS	PORCENTAJE DESOCUPADOS
1968	2.875,5	2.699,5	5,5
1969	2.885,6	2.774,2	3,9
1970	2.941,8	2.836,2	3,6
1971	2.967,0	2.875,8	3,1
1972	2.981,0	2.887,9	3,1
1975	3.183,5	2.715,9	14,7
1976	3.151,2	2.741,7	13,0
1977	3.124,5	2.762,8	11,8
1978	3.393,8	2.921,0	13,9

Podemos notar que la cobertura de nuestro trabajo (al referirse a la fuerza de trabajo) es de un 43% de la población mayor de 12 años y 31% de la total.

CUADRO N° 2

ESTRUCTURA OCUPACIONAL POR SECTORES PRODUCTIVOS. (Miles de personas y porcentajes en paréntesis)

AÑO SECTOR	1970		1971-1972		1977	
b_1	588,9	(20,9)	53,6	(18,7)	567	(20,1)
b_2	64,9	(2,3)	57,0	(2,0)	124	(4,4)
b_3	630,7	(22,3)	691,0	(24,1)	374	(13,3)
b_4	215,8	(7,6)	229,0	(8,0)	101	(3,6)
b_5	18,6	(0,7)	17,0	(5,9)	28	(1,0)
b_6	388,4	(13,8)	381,0	(13,3)	452	(16,1)
b_7	229,8	(8,1)	248,0	(8,6)	189	(6,7)
b_8	685,1	(24,3)	711,0	(24,8)	974	(34,6)
TOTAL	2.823,2	(100)	2.870,0	(100)	2.809	(100)

Por último se utilizó una tabulación especial de la muestra del Censo de Población de Chile en 1970 (elaborada por el programa OMUECE y contenida en el trabajo de Ipola y Torrado) que permitió construir una matriz (Z) de coeficientes (z_{ij}) de posición de clase por sector productivo para el año 1970. La matriz Z tiene la siguiente forma:

$$1) \quad a_j$$

$$z^t = \begin{matrix} z_1 & 1 & \dots & z_1 & 10 \\ \vdots & & & \vdots & \\ z_8 & & & z_8 & 10 \end{matrix}$$

donde los a_j se refieren a la estructura de posición de clase

y los b^t_i se refieren a los sectores productivos (i) en los distintos años (t).

Los coeficientes de la matriz Z para el año 1970 son los siguientes:

$$Z^{1970} = \begin{pmatrix} 0,016 & 0,006 & 0,310 & 0,0 & 0,0 & 0,0 & 0,014 & 0,010 & 0,512 & 0,132 \\ 0,029 & 0,005 & 0,062 & 0,0 & 0,0 & 0,0 & 0,068 & 0,041 & 0,786 & 0,009 \\ 0,032 & 0,014 & 0,227 & 0,0 & 0,0 & 0,0 & 0,076 & 0,035 & 0,606 & 0,010 \\ 0,032 & 0,005 & 0,061 & 0,0 & 0,0 & 0,0 & 0,048 & 0,067 & 0,765 & 0,021 \\ 0,041 & 0,0 & 0,010 & 0,0 & 0,0 & 0,0 & 0,258 & 0,095 & 0,592 & 0,012 \\ 0,084 & 0,001 & 0,367 & 0,0 & 0,0 & 0,008 & 0,400 & 0,0 & 0,0 & 0,14 \\ 0,027 & 0,021 & 0,167 & 0,0 & 0,0 & 0,0 & 0,149 & 0,036 & 0,571 & 0,029 \\ 0,042 & 0,0 & 0,005 & 0,245 & 0,165 & 0,017 & 0,236 & 0,0 & 0,0 & 0,341 \end{pmatrix}$$

La matriz Z fue multiplicada por el vector b_i^t de empleo sectorial para el año 1970 y 1977; obteniendo así la estructura de posiciones de clase (C^t) para ambos años.

3)

$$C^t = b_i^t z$$

Los resultados por categoría (4) se resumen en el Cuadro N° 3 y fueron obtenidos mediante la siguiente fórmula:

4)

$$C_i^t = \sum_{j=1}^8 b_i^t z_{ij} \quad \text{para } t = 1970 \text{ y } 1977$$

$$i = 1$$

CUADRO N° 3

ESTRUCTURA DE POSICION DE CLASE PARA EL AÑO 1970 Y 1977

(En porcentajes del total)

AÑO	CATEGORIA POSICION DE CLASE	a_1	a_2	a_3	a_4	a_5	a_6	a_7	a_8	a_9	a_{10}
1970		4,1	0,6	17,3	8,2	0,5	0,4	14,1	1,6	40,3	12,9
1977		4,0	0,5	17,1	11,6	0,8	0,7	17,6	1,5	29,0	17,2
Cambio porcentual		-2,4	-16,6	-1,2	41,5	60,0	75,0	24,8	-6,3	-12,0	33,3

Este ejercicio se repitió para estudiar a un mayor nivel de desagregación el sector industrial manufacturero (5). Al interior de éste se distinguieron tres subsectores: el productor de bienes de consumo no-durable (b_3'); el productor de bienes intermedios (b''_3) y el productor de bienes de consumo durable y de capital (b'''_3). Los resultados obtenidos se resumen en el Cuadro N° 4.

CUADRO N° 4

CLASES SOCIALES Y CAPAS DE CLASE EN SUBSECTORES DE LA INDUSTRIA MANUFACTURERA (En miles de personas)

	b'_3		b''_3		b'''_3		PORCENTAJES	
	1970 - 1977		1970 - 1977		1970 - 1977		1970 - 1977	
a_1	3,3	3,0	4,8	12,0	5,4	4,0	3,9	5,5
a_2	1,0	1,0	0,0	0,0	0,0	1,0	1,0	0,0
a_3	22,0	22,0	6,5	14,0	8,0	5,0	16,2	10,0
a_4	0,0	0,0	0,0	0,0	0,0	0,0	0,0	0,0
a_5	0,0	0,0	0,0	0,0	0,0	0,0	0,0	0,0
a_6	0,0	0,0	0,0	0,0	0,0	0,0	0,0	0,0
a_7	7,7	7,0	11,4	25,0	13,6	9,0	9,5	10,0
a_8	2,7	2,0	5,6	12,0	6,8	19,0	3,9	5,0
a_9	62,4	57,0	70,0	151,0	64,7	252,0	64,7	66,0
a_{10}	1,0	1,0	1,2	3,0	1,3	5,0	1,0	1,0

- 1) Teoría y Método para el estudio de la estructura de clases sociales (con un análisis concreto: Chile, 1970). Programa de actividades conjuntas ELAS-CELADE (PROELCE), 1976.
- 2) Si estuviéramos estudiando la posición social de los agentes sería esencial revisar, entre otras cosas, los cambios ocurridos en el Estado.
- 3) Este requiere de información cuantitativa y cualitativa de la cual no disponemos. Sin embargo, en el texto de este trabajo, se hacen algunas referencias al respecto.
- 4) Sólo se presentan los resultados agregados, aunque se cuenta también con los resultados desagregados por categoría de posición de clase para cada sector económico.
- 5) La forma de ecuaciones es exactamente la misma a las presentadas anteriormente.

Los Cambios en la Estructura Social

(Presentación en el Seminario, 9 de Julio)

Guillermo Campero

Las reflexiones que siguen buscan plantear preguntas que parecen especialmente relevantes en el momento actual y abrir un debate cada día más necesario. Son más bien apreciaciones impresionistas y, por ello, quisiera excusarme desde ya de la tarea de ofrecer a cada afirmación la evidencia empírica correspondiente: más bien buscaría presentar una visión de conjunto capaz de alumbrar futuras investigaciones, en la plena certeza además de que ellas muy probablemente podrían demostrar inexactitudes contenidas en las hipótesis que aquí se plantean.

OBSERVACIONES METODOLOGICAS PREVIAS

Me parece importante señalar, antes que nada, que desde un punto de vista metodológico resulta difícil -y a menudo bastante simplista- establecer una relación simétrica entre transformaciones en la estructura económica, y la estructura social. Hay intentos hechos en muchas ocasiones, y la verdad es que, por lo menos para mi gusto, tienden más a simplificar que a explicar lo que sucede. Los análisis que se ligan al estudio de la estructura social debieran tener fundamentalmente un énfasis histórico; me parece que es ésa la aproximación que en definitiva, sustentándose sobre una reflexión de orden estructural, permite dar cuenta de lo que sucede, no tanto con las condiciones formales o con los perfiles que adquiere el cuerpo social en un momento determinado, sino con algo mucho más importante, que es su comportamiento.

De manera que voy a tratar de referirme a un conjunto de ideas que podrían ser útiles para comprender el comportamiento de los actores sociales. Sin embargo, puede hacerse alguna referencia -pese a la falta de una observación empírica adecuada- en términos de lo que podrían ser las condiciones estructurales del cuerpo social.

En primer lugar me parece razonable señalar que, es mi impresión que los componentes del cuerpo social no han seguido un ritmo, ni han tenido una dinámica equivalente a las transformaciones de la estructura económica. Es decir, si bien hay transformaciones importantes como las que aquí se han explicado, en términos de la estructura productiva y las proporciones que adquieren los distintos sectores respecto de lo que eran históricamente- tengo la impresión de que al nivel de la estructura social esto no sucede con la misma rapidez; me parece que esto siempre es así, y por algunas razones absolutamente normales. Las transformaciones en la estructura social go coexisten necesariamente con las transformaciones que se dan el orden de su base material. Son consecuencias que se van

perfilando posteriormente y que van generando un perfil que no es analizable en el mismo momento, que no es coetáneo con las transformaciones de la estructura productiva.

En segundo lugar, porque para que ocurrieran transformaciones radicales en la estructura social, me parece que deberían haber sucedido en Chile transformaciones mucho más profundas que las que ocurren hoy día, desde el punto de vista de la base material de la sociedad chilena. Entendemos muy claramente que se ha producido una transformación radical de la estructura social, por ejemplo, cuando estamos en presencia del paso de un modo de producción a otro. Es decir, hay una estructura social que se da en el capitalismo y que es claramente distinta a la que se da en la sociedad feudal; allí hay transformaciones realmente sustanciales. Pero al interior de una misma lógica, al interior de un desarrollo que sigue siendo capitalista, no puede darse una trastocación total de un tipo de sociedad por otra completamente diferente. Por lo menos esto es así, en un plazo como el que nosotros tenemos bajo estudio. Esto es un primer punto de discusión. A mí me parece que éste es un punto metodológico de acercamiento importante: No suponer que, porque el sistema productivo sufre ciertos cambios, ciertas radicalidades, vamos a encontrar necesariamente una transformación de similar magnitud en los agentes sociales. Tal vez en un proceso de largo plazo esto podría ser así; yo pienso en todo caso que, en el período que tenemos bajo observación, no es necesariamente así. Esto no quiere decir en absoluto que estemos en una situación estática. Hay que reconocer -como se señalaba recientemente- que no estamos en la misma sociedad de 1973. Hay cosas importantes que han pasado y de allí la necesidad que hubiera una preocupación mayor por plantearse algunas hipótesis respecto de esto; reflexionar y buscar algún tipo de antecedentes, que sitúen las transformaciones en su magnitud y potencialidad de permanencia efectivas.

2. LAS TRANSFORMACIONES EN LA CLASE OBRERA

Cuando hablamos de estructura social, de algún modo hablamos de clases. Esta es, por lo menos una opción para poder ingresar en este tema; y si habláramos en este sentido y pensáramos en un actor o un sujeto que nos ha preocupado históricamente, evidentemente llegamos rápidamente a la clase obrera. Podríamos hacernos la pregunta: ¿qué ha pasado con la clase obrera? Y la pregunta es importante, refiriéndose a un actor tan principal desde el punto de vista ideológico y político, al menos.

En primer lugar, quisiera hacer una afirmación. Mi impresión es que hoy día en Chile no existe una nueva clase obrera; y quiero hacer énfasis en esto porque por lo menos en esta área de investigación, ha existido -principalmente por parte de los investigadores jóvenes- la tendencia a obnubilarse con la presencia de transformaciones radicales en ciertos aspectos de la base material y concluir inmediatamente que la "vieja clase obrera" existente en Chile hasta 1973, está en vías de extinción. Hay

de relaciones de dominación. En otras palabras, se ha inducido un cambio en la estructura de relaciones y clases sociales subyacente en la formación social chilena.

En estos siete años de Gobierno Militar se han alterado, en forma sustancial, las bases sobre las cuales se desenvolvió la vida nacional. Nos enfrentamos a una nueva realidad y un nuevo terreno, sobre el cual se desarrolla el conjunto de contradicciones y conflictos sociales como el ejercicio del poder. El proceso de instalación de este nuevo escenario se ha hecho directamente en la estructura social y económica (3), sin plasmarse aún en una fórmula político-institucional de carácter global que legitime y establezca este nuevo escenario estructural. Este, sin duda, es el objetivo central del bloque dominante para la presente fase (4).

2. LOS MECANISMOS "FUNDADORES" DEL NUEVO ESCENARIO

Las transformaciones ocurridas en la estructura y el conflicto de clases son producto de dos cambios fundamentales:

- a. La reestructuración económica de la formación social que ha afectado la posición de clase de los distintos agentes.
- b. La transformación de los aparatos de dominación del bloque en el poder y la represión de los aparatos políticos del bloque popular con el consiguiente cambio en el contenido de clase de toda práctica social.

El volcamiento del proceso de realización de la plusvalía hacia los mercados externos y la transnacionalización de la estructura productiva han transformado los polos dinámicos y los procesos coadyuvantes del nuevo estilo de reproducción ampliada de la economía. Así tenemos, por ejemplo, que los sectores productores de bienes salario y sustitutivos de importaciones tienden a disminuir su importancia; al mismo tiempo, que la aumentan los sectores extractivos con ventajas comparativas "naturales", convirtiéndose estos últimos, en el nuevo polo dinámico. La pequeña industria de apoyo al productor para el mercado nacional tiende a desaparecer, a la vez que aumenta el pequeño comercio no rentable (por problemas de escala) pero necesario para el gran productor exportador (5).

El agotamiento del Estado de compromiso y su sustitución por un de corte autoritario que destruye o al menos inmoviliza -vía represión- el operataje político del bloque popular, han transformado las relaciones políticas entre las clases. En concreto, han marginado al bloque popular del sistema político institucional, bloqueando el establecimiento de una sólida relación entre partido y masas que diera, contenido político al conjunto de las prácticas sociales de las clases dominadas; y fortaleciendo, así la crisis política orgánica que atraviesa al movimiento obrero y popular.

2. LA ESTRUCTURA SOCIAL

específicas y el compartamiento obrero. Algunos han señalado que lo probable sería que los trabajadores situados en estos sectores de punta, podrían tener un comportamiento distinto que los trabajadores de las grandes agrupaciones más deterioradas o menos favorecidas dentro del modelo. Esto no parece ser así. Los sectores que se han movilizizado, que tienen una presencia pública importante dentro de la vida sindical, y dentro de la vida política del país, o al menos que se esfuerzan por recuperar una ciudadanía política y una participación en las tomas de decisiones, son los mismos sectores que históricamente cumplieron ese rol. La diferencia es que, evidentemente, hoy día su fuerza y su peso son mucho menores.

Estos sectores hoy día no pueden mover ninguna influencia y no encontramos diferencia sustantiva con otros sectores obreros mejor integrados en los marcos económicos del modelo. Esos sectores mejor integrados tienen en su contra una menor organización, una menor tradición histórica de lucha, de afiliación política y tienen condiciones materiales muy concretas que impiden que en el corto plazo ellos puedan efectivamente constituir un movimiento organizado: sectores dispersos, pequeños establecimientos, distancias geográficas muy grandes entre una planta y otra, en fin, circunstancias que históricamente impidieron que allí se desarrollara un sindicalismo importante y que siguen impidiéndolo ahora.

De manera que, desde el punto de vista del comportamiento, de la acción sindical, son los trabajadores textiles, los metalúrgicos etc... los que están centralmente en la base de la sustentación de lo que es hoy día la acción sindical en Chile.

Pero hay un segundo grupo que es muy importante. Este segundo grupo es el que está vinculado a las grandes empresas del Estado. En general, desde el punto de vista del análisis del sindicalismo se tomó poco en cuenta a este sector. De alguna manera nunca estuvo ligado directamente a las tradiciones sindicales que se expresaban en la CUT. Un sector de mucha mayor autonomía y capacidad de presión precisamente por pertenecer a empresas grandes, a menudo estratégicas y con una visión mucho más corporativa del sindicalismo. Mucho menos clasista que los trabajadores textiles, metalúrgicos o de la construcción y que tenían la capacidad de resolver sus problemas mucho más eficazmente, sin necesidad de una mediación política tan directa. En general, en torno a la CUT, se situó un sindicalismo muy ligado a la acción político-partidista. En parte, porque eran más débiles desde el punto de vista estructural, que estos otros. Allí se desarrolló el sindicalismo más combativo, ligado a la acción política. Este otro segmento de trabajadores, ligados a las grandes empresas estatales, con una visión mucho más corporativa, con una eficacia más directa para resolver sus problemas, es un sector que cobró importancia política después del pronunciamiento militar. Precisamente porque no estaban ligados al sindicalismo histórico y tenían posibilidades de resolver eficazmente presionando directamente al gobierno; mientras el otro sector, al perder su mediación política que eran los partidos, estaba en una condición mucho más desvalida.

Si uno observa la historia sindical después del 73, se da cuenta que los esfuerzos mayores por montar un sindicalismo alternativo a la CUT, vinieron de trabajadores ligados a la Compañía de Acero del Pacífico, a la Electricidad (ENDESA), a los trabajadores del Cobre, a ENAMI, a los Portuarios, a Ferrocarriles del Estado. Estos son los sectores que se movilizan, que logran tener una presencia y que están en la base de los esfuerzos fracasados por organizar un sindicalismo alternativo.

Los actores históricos parecen ser más o menos los mismos. La diferencia no está en que hayan aparecido nuevos actores sociales: la diferencia está en que los mismos tienen una potencialidad diferente. En estos dos casos anotados, unos y otros se encuentran con la responsabilidad de influir sobre el cambio social. Pero lo característico de la situación actual es que unos y otros son agentes puestos fuera de las posibilidades de influencia y de ingerencia en las transformaciones y en el cambio social. Ese es un cambio extremadamente importante. Que no tiene que ver estrictamente con su condición estructural, sino que está centrado también -y principalmente- en el desbaratamiento del sistema político. Al producirse un cierre de las mediaciones políticas estos sectores no han encontrado nuevos mecanismos de mediación; y la capacidad irrestricta que tiene la fuerza del régimen para enfrentarse a ellos de una manera que haga inútil toda posibilidad de acción tradicional respecto del Estado y el régimen, hace que, pese a su fuerza, su realidad fundamental sea la de estar fuera del espacio central donde las decisiones se producen.

LAS CLASES MEDIAS

Me permitiría usar un concepto general y muy grueso, con todos los riesgos que conlleva. Voy a hablar de los sectores medios o capas medias. Fenómeno complejo, heterogéneo y difícil de definir a menudo, pero sobre el cual quisiera señalar al menos dos ideas.

En Chile, históricamente, este gran conglomerado de capas medias estaría definido por tres aspectos principales:

En primer lugar por su rol político. Entendiendo por esto, su rol de dirigentes políticos específicamente y por otro lado de administradores del Estado. Una especie de tecnoburocracia del Estado. Un rol político de dirigentes y administradores.

Un segundo aspecto es su rol intelectual: las capas medias siempre fueron en Chile de alguna manera una capa dirigente e intelectual, encargadas de representar al resto de la sociedad lo que ésta era.

Y en tercer lugar también estaban definidos estos sectores, por su ligazón a un sistema de estratificación y movilidad social. Son sectores definidos por su rol político, por su rol intelectual y por su papel en un sistema de estratificación y movilidad social.

Como fruto de una articulación entre estos tres elementos históricamente determinados en Chile, las capas medias admitieron

(al interior de lo que hemos conocido como "Estado de compromiso"), una cierta asociación, una cierta alianza con las capas populares, con la clase obrera, especialmente con sus expresiones políticamente más organizadas. Este estaba ligado al rol que estas capas medias jugaban dentro del Estado y al carácter distributivista, populista, de compromiso social amplio, de ese Estado. Ligaba a estos sectores la posibilidad de proyectos comunes, que expresaran su alianza. Por el rol dirigente, intelectual, por su involucramiento dentro de lo que era la estrategia estatal y el rol que ellos cumplían dentro de ella. Por la concepción del Estado como un actor integrador de la nación opuesto muchas veces a los intereses de una burguesía nacional o extranjera. (El Estado como un cuerpo más o menos independiente, con una autonomía relativa, respecto de la burguesía, que lo hacía pensarse a sí mismo como un factor importante en la política de democratización). Es por allí que logran, entonces, su capacidad de conducción, de obtener un poder de conducción política. Y por lo tanto su capacidad de presión y emergencia. Capas medias y capas populares en la común tarea emergente de destruir primero un estado oligárquico y posteriormente la construcción de un estado de compromiso relativamente favorable para estos sectores.

Sin embargo, a partir del golpe militar, estas capas medias -o segmentos importantes de ellas- pierden su rol intelectual o al menos lo ven fuertemente disminuido. Son menos importantes desde el punto de vista de portadores de un pensamiento intelectual y político capaz de ser representativo de amplios intereses. Son reemplazados en este rol por el papel ideológico que cumplen otros sectores, venidos de otras partes (por ejemplo por la influencia ideológica del factor militar, que creo entra a jugar un papel no puramente represivo, no puramente de aparato de contención, sino que también tiene y desarrolla un rol ideológico importante).

Pierden también su rol de administradores o de capa tecnoburocrática del Estado, a lo menos en cuanto al status que tenía su participación en la situación anterior. Pérdida, reducción de este lugar y esta posición.

En consecuencia mi hipótesis sería que segmentos importantes de las capas medias son aislados de esta doble dimensión social y política. Se transforma el rol del Estado a una situación nueva y los factores de alianza, los factores de convergencia entre capas medias y capas populares, se ven fuertemente afectados. Hoy asistimos en consecuencia a un proceso distinto en el cual las capas medias se desligan, se desasocian de las capas populares. No tienen más un proyecto común, no hay más una emergencia social que los involucra en conjunto con las capas populares; no pueden jugar el rol que jugaban antes como dirigentes políticos, tecnoburocráticos o intelectuales. ¿Qué es entonces lo que de alguna manera se exacerba? Su rol de movilidad social, es decir, el tercer elemento. La posibilidad de incorporarse dentro de una situación que no dominan, dentro de una situación en que han perdido conducción, es decir, que al igual que las capas populares, están fuera de la posibilidad de influir sobre los cambios sociales, de ser actores y sujetos del cambio social. Se pliegan a los procesos de transformación existentes, sobre la base esencialmente del

desarrollo de una línea históricamente existente, hoy día exacerbada, de movilidad social. Asumen las pautas ideológicas de un tipo de desarrollo y de un tipo de sociedad dentro de la cual logran de alguna manera recuperar una posición que les es cara.

MAYOR HETEROGENEIDAD DE LAS CAPAS MEDIAS

Las capas medias siempre fueron de alguna manera heterogéneas, casi por definición. Es difícil formalizarlas de una manera muy concreta. Encontramos allí desde los trabajadores por cuenta propia hasta los profesionales bien ubicados, los administradores con cierta estabilidad en el empleo, etc... Hay sin embargo, una heterogeneidad en desarrollo; porque, si bien había muchos factores de heterogeneidad, había por lo menos uno de homogeneidad importante, ligado a los roles ya señalados: era el factor cultural-educativo. Yo diría que estas capas medias, si en algo se identificaban, era en la frontera de la cultura. Al menos, en su autoimagen, en su autodefinición, como una capa relativamente culta y preparada.

Las transformaciones que se dan desde el punto de vista de la monopolización y las dificultades del acceso a la educación, sobre todo a la educación superior, y a la educación altamente tecnocrática, tienden a romper en el futuro este factor de homogeneidad; en este mundo de las capas medias, encontramos tal vez dualizaciones más profundas, que han roto ese elemento de unidad. Las fronteras de este mundo culturalmente semejante son más distantes y también los beneficios en términos de status y de posición social adquiridos por el acceso a una educación mucho más diferenciada y mucho más estratificada. Esto nos muestra una situación esencialmente rupturista respecto a la posibilidad de considerar a estas capas medias como un conjunto.

¿Cuáles son las consecuencias de esto en términos de comportamiento? No lo sé específicamente; sin embargo, si observamos las movilizaciones sociales que pueden ser atribuibles a estos sectores, los colegios profesionales, los taxistas, otros grupos sociales, yo diría que la gran defensa es una defensa corporativa. Son movilizaciones sociales que están reflejando la necesidad de no perder una posición que asegure esta forma de homogeneidad, que les permita ser más semejantes entre sí; influir sobre el mercado del trabajo y tener una posición como cuerpo, respecto del Estado y otros sectores sociales. Al desarticularse hay una posible quiebra de su homogeneidad; los comportamientos políticos son imprescindibles tal vez, porque la defensa corporativa tiene sus límites, y no logra convocar a otros sectores sociales distintos de ellos; por lo tanto, se presenta una interrogante mucho mayor que en las capas populares, en particular que en la clase obrera. Este último sector es mucho más predecible. Me atrevería a decir que en un proceso de apertura, en un tiempo mediano o inmediato, es posible que las expresiones políticas que tuvieron vigencia dentro de la clase obrera se reestructuren de la misma forma. Que no asistimos a la aparición de un "partido trabajador" por ejemplo, sino que asistamos tal vez a algún tipo de convergencia, tal vez

a alguna forma de rearticulación de las expresiones políticas, pero en lo fundamental, mi impresión es que en un plazo inmediato las condiciones no han variado de tal manera que permitan pensar que allí se están generando expresiones políticas radicalmente distintas. En los sectores medios la situación es mucho más incierta por los cambios antedichos.

LAS CLASES DOMINANTES

Finalmente, respecto de las clases dominantes yo diría dos cosas fundamentalmente. En primer lugar, no estoy seguro si podríamos sostener que estamos frente a la aparición de una nueva burguesía, sin matizar adecuadamente esta afirmación. Más bien hay una evolución de la burguesía, una recomposición a una situación nueva junto a la aparición de segmentos líderes dentro de esta burguesía, tecnocráticamente mejor preparados, "más cargados a la especulación que al producto", como dicen entre ellos mismos, que asumen un rol de conducción, de dirigencia que es importante, pero que no hacen desaparecer al conjunto de una burguesía antigua; sí a sus sectores más débiles, sí al empresariado materialmente menos fuerte. Pero encontramos una capacidad de readecuación, de pasar del producto a la especulación, de pasar de la fábrica a la financiera. Sin embargo, no hay un nuevo segmento tan distinto, tan diferente, que se oponga como en algún momento histórico se opusieron terratenientes y capitalistas; aquí hay una base de convergencia y ductibilidad que es importante tener en cuenta.

Estos sectores conductores de la burguesía se caracterizan en su comportamiento por dos elementos; por una parte están ligados a una burguesía de carácter internacional, forman parte de lo que podríamos llamar una burguesía transnacional. Tienen sus comportamientos su manera de vivir, su manera de pensar, adhieren a un corpus ideológico internacional, ligado al pensamiento de una burguesía a nivel del capitalismo mundial. Sin embargo, a la vez que son miembros de esos sectores transnacionales, son miembros también de una dominación interior. No están separados desde el punto de vista de una politización (nacional-transnacional). Hay diferencias y muchas formas de heterogeneidad, pero en definitiva hay una solidaridad fundamental. Se es miembro de una nueva burguesía internacional, pero a la vez se es solidario de una dominación interna. Si no, no se explica que, en los períodos más críticos del año 75 y 76, los sectores empresariales desfavorecidos no fueron nunca a la pelea definitiva (ver texto de Tomás Moulian y Pilar Vergara). Siempre aceptaron a la larga la apuesta del modelo con todas las contradicciones que esto les significaba.

No encontramos por lo tanto, el surgimiento de forma antagónica que pudieran autodestruirse entre ellas para dar lugar a una forma de conducción distinta y renovada. Hay más bien un proceso de recomposición donde los líderes son distintos, conducen los que tienen la capacidad de conducir, los que tienen un concepto de economía y política más desarrollado, y que suma detrás de ellos a los viejos sectores "cargados al producto..."

Mi impresión es que hoy día estamos en una sociedad que ha perdido, o que está en proceso de pérdida, de una idea nacional representada por el Estado; pareciera que las clases sociales en esta sociedad no fueran los actores principales. Da la impresión que aquí no hay conflictos de clases claramente identificables como tales. Da la impresión que estamos en presencia de un solo y gran actor que es el Estado. Un Estado que no tiene las funciones que tenía en sus aspectos económicos pero que, expresado en sus aspectos de coacción y en sus instrumentos coercitivos, es el gran actor. Por esta razón es que los actores sociales parecen ajenos a las transformaciones y a los movimientos de cambio social. Parecen estar exonerados de esta situación, bloqueados de tal manera de influir en ellos que ni las movilizaciones surgidas en el campo popular, ni las de los sectores medios, ni las que han surgido en el propio campo dominante, darían la impresión de haber tenido la capacidad de quebrarle la mano. Esta es una situación bastante inédita, una situación, ahora sí, totalmente nueva en Chile. Este país, con un sistema político bastante abierto, acostumbrado a practicar el compromiso y la posibilidad de interinfluencia entre sectores sociales organizados, se encuentra hoy día frente a una situación monolítica, con un Estado que es más fuerte que nunca y no más débil, y donde los actores sociales están fuera de la cancha.

No hay hoy día movimientos sociales en Chile. No los hay. Hay movilizaciones, hay conflictos entre sectores sociales y políticas públicas que hay que estudiar; que hay que ver cuál es su carácter y su naturaleza; pero no asistimos a una historia protagonizada por los actores sociales. Asistimos a una historia protagonizada por el Estado y por la fuerza militar.

NOTAS

- (1) Se refiere a la exposición de José Antonio Valenzuela.

Debate

(Tarde del 9 de Julio)

GONZALO D. MARTNER

Una cuestión que me parece importante anotar es el nuevo tipo de relación que se establece entre el Estado y las demandas de la clase obrera. Parece haber, en este sentido, un desvío de la presión desde el Estado hacia las comunidades o corporaciones socioeconómicas más pequeñas: es el caso por ejemplo del Plan Laboral, que pareciera orientarse a descomprimir el Estado desviando las presiones, las demandas reivindicativas y las demandas políticas hacia la unidad básica, es decir, la empresa; de igual modo la reforma a la previsión social apunta también a descomprimir de demandas al Estado, dirigiéndolas en cambio hacia unidades privadas como las Administradoras de Fondos de Pensiones; y los ejemplos podrían multiplicarse. ¿No implica esto una modificación importante desde el punto de vista de la constitución de movimientos sociales?

GUILLERMO CAMPERO

Tengo mis dudas al respecto. Sin duda esa es la ideología, la estrategia del régimen. Pero dudo que eso se haya logrado en grado significativo. Las organizaciones de los trabajadores a nivel nacional están cercenadas en su capacidad de demanda; sin embargo, desde el punto de vista de cómo se conciben y plantean las demandas de los trabajadores, esa "descompresión" no parece haber sido exitosa. Si uno analiza las demandas de los trabajadores a nivel de empresa, constata en efecto que en lo esencial ellas se plantean como presión respecto del Gobierno; los trabajadores no se dirigen a los patrones, sino que se dirigen al Gobierno: los trabajadores discuten las bondades del Plan Laboral, la necesidad de cambiarlo; discuten sobre la eficacia de la huelga no en relación a la confrontación con el patrón, sino frente a las normas del Plan Laboral; es una demanda que se enfrenta a una política estatal, no a las decisiones del empleador inmediato.

Esto es notorio en el análisis de prensa respecto a las demandas de los trabajadores de base: este análisis (sin duda de un material de carácter parcial, porque no todas las demandas de los trabajadores llegan a aparecer en la prensa) ha arrojado por ejemplo, en un estudio que estamos por concluir, el dato de que casi el 50% de las demandas de sindicatos de base están dirigidas principalmente al Gobierno, y no a los patrones; es tan claro que el interlocutor es el régimen, el Estado, y no la empresa, que cuando los trabajadores dicen "estamos mal" agregan que ello es obra de "una política de importaciones que hace quebrar a las industrias (textiles, electrónicas, etc.)", cuando demandan aumento de salarios, junto al petitorio y fundamentándolo señalan que es necesario "fijar otra política de aranceles", y así sucesivamente. Más bien habría que preguntarse por qué esta orientación no se traduce en una politización; y creo que eso tiene que ver sobre todo con deficiencias de los mediadores políticos, más que con el "empedrado".

JOSE BENGOA

Otro aspecto en que pareciera haber un cambio importante es en lo que

amos llamar la posibilidad de ampliación de la demanda obrera al resto de los sectores populares y a la sociedad en su conjunto. En la exposición mencionaba las posibilidades de ampliación y alianza hacia los sectores pesados y también, al referirse al problema de la burguesía, había una tesis implícita de la unidad de la burguesía y en consecuencia (entendiendo se deriva de allí) las dificultades de ampliación y alianzas hacia ese sector (hacia sus fracciones "nacionales", etc.): en consecuencia, el conjunto de las ampliaciones y alianzas que había logrado hacer históricamente la clase obrera hacia el resto de la sociedad -y sobre todo hacia los sectores populares no obreros- se ve fuertemente afectada. Respecto a eso, quiero tocar brevemente un aspecto que no se abordó en la exposición y que se refiere a la llamada "alianza obrero-campesina".

En el pasado, tal alianza o ampliación se realizó en base a dos reivindicaciones principales: la reivindicación salarial, entendiendo que el campesinado era semi-asalariado; y en base a la reivindicación tierra y reforma agraria. En la medida en que se han producido cambios profundos de estructura de la base material donde opera ese campesinado, en que buena parte de él ha pasado a tener ya no una situación asalariada, sino que directamente productiva o bajo la forma de la pequeña propiedad, parece necesario revisar la importancia de esas dos reivindicaciones. El aumento de los pequeños propietarios ha sido en efecto muy importante como resultado de las parcelaciones de la tierra agraria, mientras otro sector campesino ha pasado a constituir un "proletariado rural", compuesto especialmente de trabajadores temporales y estacionales. La base misma entonces de la alianza obrero-campesina se ha visto reducida al cambiar el carácter y los intereses del campesinado. Creo que estos hechos ponen a la clase obrera en una situación de aislamiento relativo y particular. La capacidad de aglutinar a una masa popular debe ser entonces planteada cuando menos, para llegar a tener una eficacia cercana a la del pasado.

ENIO TIRONI

Guillermo Campero ha insistido en el carácter de hipótesis de trabajo que tienen muchas de sus afirmaciones, y creo que eso es importante recalcarlo; por nuestra parte, en una investigación que estamos concluyendo con Javier Martínez acerca de las transformaciones ocurridas en estos años en la estructura de la clase obrera, hemos llegado a conclusiones distintas al menos en un aspecto: nos parece que, al contrario de lo que planteaba Campero, puede decirse empíricamente un proceso de creciente heterogeneización interna de la clase obrera; naturalmente esto no conduce a conformar una "nueva" clase obrera ni mucho menos, pero sí refuerza algo que se planteaba en la exposición: la debilidad actual de la clase obrera, y especialmente la creciente dificultad de alcanzar (desde una orientación estrictamente economicista) un efecto clasista y unitario que represente a un sector cuyos intereses se han diversificado internamente mucho más. Quería sólo señalar esto, aunque no me parece que sea productivo debatirlo aquí sin tener al frente cada uno de los instrumentos de medida, sin poder criticar la lógica de las clasificaciones una a una, etc.. Lo dejo entonces simplemente anotado.

Quería sin embargo referirme a otro punto, que me parece de extraordinario interés en la exposición: su enfoque metodológico. Tengo la impresión de que las proposiciones más importantes que ha hecho Campero son congruentes con el enfoque que adopta, al hablar de las clases no sólo como "lugares en la

estructura", sino como sujetos políticos. Pero creo, también, que en ocasiones dejé de lado ese enfoque...

GERMAN BRAVO

Quería también referirme al enfoque metodológico. Porque, aunque me parece que conduce a razonamientos muy interesantes, veo en él de algún modo una insistencia exclusiva en el comportamiento político de los actores sociales, dejando de lado otras cuestiones que tienen que ver más con la ideología y que parecen decisivas: por ejemplo, los fenómenos de re-socialización a través del mercado. Hay una vida cotidiana que no se manifiesta a través de estos elementos de representación política; y, si no son las clases los actores centrales, parece imprescindible conocer cómo se comportan los individuos concretos y qué ocurre con sus valores (incluso de individuos no ligados directamente a movimientos orgánicos: la juventud, los trabajadores no sindicalizados, las mujeres, etc.). ¿Existe, en algún grado significativo, una captación ideológica del sistema?

Al plantear esto me doy cuenta que el tema sometido a debate tiene que ver con las transformaciones ocurridas en la estructura social, mientras que estas observaciones se refieren más bien a cómo los actores perciben la realidad. Sin embargo, de alguna manera esto es una reacción a la conclusión de que no hay aquí mayores cambios desde el punto de vista de los agentes sociales. En realidad uno palpa una transformación evidente, pero esa transformación no logro captarla por el método que empleamos para analizar las cosas.

JOSE JOAQUIN BRUNNER

Debo decir también que, aunque la exposición me ha parecido extraordinariamente sugerente, tengo frente a ella una reacción ambigua: porque siento, de algún modo, que Campero afirma por un lado que no hay nuevos actores (o al menos muy poco) el postulado de que existan) y por otro lado afirma que estamos frente a una situación enteramente nueva. Pareciera que, a pesar de las precauciones iniciales en el sentido de no considerar a los actores sociales como "anclados en la estructura social, ese argumento está siempre presente de algún modo con trasfondo de la afirmación de que los cambios no han sido tan profundos y que, más bien, estamos en presencia de algunas recomposiciones, modificaciones laterales o adjetivas, etc.. Y eso no permite, después, hacer el análisis de nuevo respecto al comportamiento de los actores sociales.

En este sentido quisiera anotar una forma de aproximación, desde otro punto de vista, al problema del comportamiento de los actores sociales, y que tiene que ver fundamentalmente con tres aspectos: los mecanismos de integración social, los de control social y finalmente, los mecanismos de conflicto y aprendizaje colectivo.

Creo que, en el período pre-73, el gran eje de la integración social estaba planteado en torno a la ampliación y a la pugna: en torno a cómo se ampliaba el esquema de distribución del beneficio. Es lo que se ha llamado "democratización sustantiva de la sociedad", modernización, etc.. En la etapa actual, el gran cambio que se ha producido no tiene tanto que ver a mi juicio con la modificación del perfil de la estructura productiva, sino con la introducción de un nuevo mecanismo de integración social: el mercado, entendido éste no sólo como un mecanismo económico, sino como un mecanismo sociológico que permite, a través

de la estructuración de ciertas situaciones (que Weber llama "situaciones de mercado"), reorientar completamente las formas de integración en la sociedad, haciéndolas descansar en la capacidad que tengan los individuos de expresar monetariamente sus demandas. El análisis del mercado, como hecho de racionalización de los comportamientos en función del cálculo del capital -hecho estrictamente sociológico- tiene una importancia muy grande para ver un cambio fundamental en el comportamiento de los actores sociales.

Por otro lado, la gran característica de la etapa anterior -para simplificar- consistía en que los mecanismos de control eran negociados políticamente: significaba una forma de legitimar esos mecanismos de control, de oponer resistencia, de jugar dentro de ellos, para los distintos actores sociales. La gran característica de hoy día es la existencia de situaciones de poder que, de alguna manera, son incontrarrestables. Así como el mercado crea situaciones frente a las cuales se racionalizan los comportamientos de una manera determinada, la estructuración de un nuevo modelo de dominación da lugar a "situaciones de obediencia" frente a las cuales el comportamiento también se racionaliza en función de la máxima productividad de la obediencia individual. Eso vuelve a cambiar el comportamiento de los actores, tanto colectivos como individuales.

En términos de los mecanismos de conflicto y aprendizaje colectivo, creo que en la etapa anterior la característica esencial de esos mecanismos estaba dada por la masificación de las presiones sociales y por su organización social y política; y que ése era, a la vez, el gran mecanismo de aprendizaje colectivo en la sociedad. Las organizaciones sociales y los partidos constituían de alguna manera el mecanismo a través del cual esta sociedad hacía su aprendizaje e iba constituyendo una memoria colectiva y desarrollando, al mismo tiempo, una forma de identificación nacional. Hoy día estos mecanismos de conflicto y aprendizaje colectivo están puestos en términos de competencia inter-individual, que operan a través de los dos elementos antedichos: el mercado como elemento de racionalización, y las situaciones de poder que racionalizan los comportamientos en términos de obediencia. Y eso, a mi juicio, quiebra por el medio la posibilidad de aprendizajes colectivos. Esta sería una sociedad sin capacidad de desarrollar ese tipo de aprendizaje y, por lo mismo, incapaz de generar identidades colectivas: lo que tiene que ver, ciertamente, con la no-existencia de movimientos sociales de que hablaba G. Campero.

JORGE VERGARA

Me parece interesante remarcar la conclusión que ha anotado G. Campero, respecto al rol del Estado en la constitución de las clases y, más en general, en la modelación de la sociedad chilena. Estamos acostumbrados a razonar según el modelo teórico europeo, según el cual el lado activo, el lado dinámico, proviene de las clases sociales mismas. Pero aquí en Chile, al menos, las formas de estructuración de las clases (no sólo ahora, sino históricamente) aparecen bastante precarias. De la impresión de que existieran más bien núcleos de clase, que sólo alcanzan alguna realización con el apoyo directo de políticas estatales (políticas económicas particularmente): el Estado tiene un papel fundamental en el modo cómo en cada fase se va recomponiendo la estructura de clases. Y en este caso lo veremos una vez más: tendríamos en Chile, hoy día, una clase "dominante" que en realidad se cohesionaría alrededor del Estado autoritario pero que no logra constituirse a sí misma realmente como clase dominante, pese a todos sus esfuerzos; que no logra, en otras palabras, "independizarse" del Estado constituyendo su propio aparato hegemónico. Esto lleva desde luego a cuestionar aquel modelo teórico según el cual el Estado es sólo un instrumento

de clases ya constituidas: aquí da la impresión, más bien, de que no hay clases pre-constituidas, sino sólo núcleos que requieren del Estado para adquirir existencia efectiva. Esto hablaría entonces, también, de una debilidad del proceso de capitalización y de desarrollo de las fuerzas productivas...

MANUEL ANTONIO GARRETON

Confieso que, aunque las exposiciones han sido tremendamente convincentes, no estoy convencido. Mi duda es si no hay rondando entre nosotros una suerte de "esencialismo de las estructuras"; si no hay una extrapolación, más allá del tema de la estructura, de su legalidad a la de los sujetos. Tengo la impresión de que, aún si no hubieran cambios sustanciales en la estructura, la medida en que en una sociedad cambia el modo de constitución de los sujetos sociales debe entenderse que han cambiado las clases. A menos, claro, que definamos las clases simplemente en términos de una posición estructural y luego las dotemos de vida: a eso es lo que me refiero con esto del "esencialismo".

Puede ser que en Chile, en términos estructurales, no pueda hablarse de existencia de una nueva clase obrera: no hay un flujo especialmente relevante de migraciones, no hay un polo nuevo que reúna grandes concentraciones obreras nuevas, etc.. Pero, en Chile una clase obrera sin partidos políticos es una nueva clase obrera; del mismo modo que puede decirse que una clase obrera sin Perón en Argentina es una nueva clase obrera, por ejemplo.

La definición de los sujetos no se puede reducir a su caracterización en la estructura. En caso contrario, buscando transformaciones profundas y significativas en la estructura (y en la estructura definida conforme a un particular concepto), sucede lo que de algún modo se ha venido perfilando aquí a través de las exposiciones de A. Pinto y G. Campero: es decir, que casi nada ha cambiado en este país respecto al año 1973. Y entonces, ¿cómo dar cuenta de la sensación de que sí, evidentemente, las cosas han cambiado?

G. Campero concluía su exposición diciendo que hoy, en Chile, no hay movimientos sociales. Entonces, me parece, más de algo cambió. Cambió algo de algo medular, vertebral en la sociedad chilena. Hay entonces un problema con el concepto mismo de estructura social; por decirlo de algún modo, yo reclamo para ese concepto una similitud mayor con la fisiología y no tanta, como estamos acostumbrados, con la anatomía.

GUILLERMO CAMPERO

Creo que, por lo menos, la idea de motivar una discusión se cumplió. Y admito que la mayor parte de las cosas que planteé pueden ser objeto de un debate puesto que sobre muchas de ellas es grande nuestro desconocimiento.

Se ha señalado una cierta ambigüedad en lo que he dicho, y creo que es cierto. Pero creo también que la situación es ambigua; uno puede dotarla de cierta coherencia, para poder explicarla y describirla, pero efectivamente hay niveles y esferas que resultan difíciles de formalizar: el formalizador encuentra que la realidad histórica es bastante más matizada y ambigua que lo que sus formalizaciones permiten.

Voy a tocar, desordenadamente quizás, algunos puntos a los que se ha alu-

En primer lugar, respecto de la "sociología de la cotidianidad", o los cambios que suceden en la mentalidad de las personas, en su manera de comportarse. Yo diría que, en los estudios que al momento se conocen respecto de actores relevantes -por ejemplo, de la clase obrera- siempre ese problema ha existido: una cosa es clase obrera vista como clase, es decir, como actor movilizad y colectivo, y otra cosa son los trabajadores en particular, que son una multiplicidad de situaciones heterogéneas, como un espejo roto. Habría que preguntarse si es en las situaciones de crisis, o en los momentos privilegiados de la historia, donde se entiende el fenómeno; si acaso éste se entiende reconstituyendo las cotidianidades particulares o si éstas, en definitiva, se agrupan en torno de grandes tendencias y problemáticas colectivas.

Otro punto es esto de lo antiguo y lo nuevo que es bastante complejo. En Francia, por ejemplo, hemos visto recientemente cómo, después de una serie de estudios muy interesantes y de movimientos muy interesantes (el feminista, el anti-nuclear, el regionalista, etc.), de pronto es elegido presidente Francois Mitterrand y los anti-nucleares, las feministas y los demás entran a militar al Partido Socialista: una vez más se recompone, así, una alternativa que parecía destruida dentro de las orientaciones de acción fundamentales de una sociedad post-industrial. Lo que parecía antiguo se hace nuevo y vice-versa.

Me parece muy importante lo que planteaba Brunner a propósito de los mecanismos de integración, de control y de aprendizaje. Haría nada más que una anotación al respecto, que se refiera al problema del mercado visto sociológicamente como un mecanismo de integración. Me parece que él tiene razón si el asunto se plantea a nivel individual, en que los problemas de la competitividad y además aparecen de modo muy claro: Pero me preguntaría al mismo tiempo qué es lo que explica que, perdidos o anulados en grado importante los mecanismos de mediación política afincados en la historia de los trabajadores, aparezca y reaparezca constantemente esta búsqueda de mediación política para las demandas obreras, más allá del mercado. El rol de la Iglesia ha sido en ese sentido fundamental: el razonamiento de los sindicatos pareciera ser que a falta de partidos está la Iglesia, y en consecuencia la Iglesia pasa a ser interpelada como lugar de recomposición de las identidades colectivas. A la vez, entonces, que hay estos mecanismos de integración y de aprendizaje distintos, estas competitividades individuales, esta desintegración del campo popular, etc., hay también una búsqueda orientada a recuperar un aprendizaje colectivo.

Hay en todo esto un viene y va, un nuevo y un antiguo, que están entre sí en una relación compleja. Una sociedad que no se resigna a ser atomizada, y que está siendo atomizada al mismo tiempo; pero que busca entonces, nuevamente, la mediación política, sea ésta la de sus viejos partidos, la de nuevos partidos o convergencias, la de la Iglesia.

En relación a esto último, aparece aquí una especie de historia extraña. Hemos dicho durante tanto tiempo que todo cambia, y resulta que ahora decimos que no cambia. Hay en esto quizás una reacción frente a ciertos excesos, frente a una cierta obnubilación, en determinados momentos, que nos hacía pensar que los cambios habían sido de tal naturaleza que estábamos, poco menos, en otro planeta. Pero quizás no estamos en otro planeta: estamos sólo en otra situación, brutalmente distinta en muchos aspectos, pero que de pronto se hace inteligible también no sólo desde lo nuevo sino desde los elementos antiguos que perviven bajo nuevas formas de adaptación.

La idea de que la clase obrera chilena es hoy otra clase obrera, en la

medida en que no existen sus partidos, me parece realmente importante. Hay sin embargo un terreno de discusión allí, en torno a si es efectivamente, una clase sin partido; yo diría que es una clase sin mediadores políticos capaces de referir sus intereses a los del conjunto de la Nación, al conjunto de los restantes sectores sociales; y en ese sentido es, obviamente, distinta a la clase del pasado; pero hay también una búsqueda de constitución de esos mediadores, y en eso hay continuidad con el comportamiento del pasado. Debe decir, sin embargo, que el punto me parece sumamente relevante.

3. LAS FORMAS DE DOMINACION

Institucionalización y Hegemonía en el Estado Autoritario Chileno

Jorge Vergara

Versión abreviada y parcial de un
informe de investigación presentado
a **CLACSO**

Publicado en PROPOSICIONES N° 3, marzo 1981

Es frecuente en los análisis sobre regímenes autoritarios latinoamericanos encontrar referencias o tematizaciones sobre lo que podemos denominar su situación hegemónica. Nos interesa por ahora examinar la capacidad hegemónica del estado y bloque de poder en Chile como una parte de un estudio posible sobre las condiciones que debe reunir una estrategia hegemónica popular.

Esta puede ser entendida como un proceso de deslegitimación y creación de una hegemonía de nuevo tipo. El análisis de la capacidad hegemónica de los sectores dominantes parece necesaria en la formulación de dicha estrategia popular. El estudio de esta capacidad es asimismo una vía para abordar el análisis del conformismo y resistencia que se observa en estos regímenes, y el modo problemático o conflictivo en que en ellos se produce la integración social.

Nos situamos así en una concepción de la autonomía (relativa) de la política, que permite cuestionar los enfoques mecanicistas y/o economicistas que tienden a deducir las principales características de estos autoritarismos de los cambios de inserción de sus economías dependientes en el mercado mundial.

El objetivo preciso de este trabajo es examinar críticamente la afirmación común de que el autoritarismo chileno es un sistema de dominación carente de hegemonía.

En el estudio de la situación hegemónica de regímenes autoritarios latinoamericanos suele usarse una conceptualización dicotómica que hace difícil sino imposible aprehender sus procesos de hegemonización o pérdida de hegemonía. Se opone, rígidamente, por ejemplo: acumulación - legitimidad, lucro - participación, coerción - consenso, fuerza - gobierno legítimo, dominación - hegemonía, autoritarismo - democracia, etc.. Privilegiando estos regímenes la acumulación en desmedro de la legitimidad, la coerción en relación al consenso, se tiende a la conclusión que nos encontramos en presencia de bloques de poder y Estados carentes de hegemonía, sostenidos principal y exclusivamente por la coerción.

El origen de tal procedimiento radicaría en identificar, por una parte, autoritarismo con dominación carente de hegemonía y, de otra, democracia con hegemonía. Sin cuestionar el supuesto de que la democracia es el único espacio de constitución de hegemonía, no podemos explorar la posibilidad de que nos encontremos frente a una nueva hegemonía. La experiencia histórica vivida en nuestro país inclina a convertir este supuesto en un prejuicio. Para nosotros no es fácil pensar que este programa autoritario de transformación de la sociedad que niega la democracia, pueda llegar o haya llegado a ser hegemónico.

Siguiendo esa línea se sostiene que si un régimen no es democrático sólo puede mantenerse por la fuerza, absolviendo con ello a la democracia de tal defecto. Se recuerda el axioma de

que la fuerza es una forma deficiente (subóptima) de dominación que no puede llegar a ser hegemónica, comprometiéndose así la consolidación y perdurabilidad de un régimen de este tipo (1).

Se ha sostenido, por ejemplo, que el régimen chileno "no tiene posibilidades de institucionalización y hegemonización (...) aunque (...) ésto no contradice la posibilidad de una prolongada estabilización" (2). De este modo, el autoritarismo no sería más que un paréntesis de excepcionalidad entre dos períodos de normalidad democrática.

Debemos cuestionar el supuesto de que la democracia es el espacio de constitución de hegemonía; liberar la equivalencia hegemonía=democracia, señalando que se trata de problemas de diferente carácter. La hegemonía se refiere al carácter que asumen diferentes tipos de dominación social, una de los cuales son las democracias históricas. Una democracia -por ejemplo, el Estado de compromiso chileno- puede sufrir una crisis hegemónica, o un autoritarismo ser hegemónico. De ambas situaciones hay ejemplos en la historia latinoamericana.

CONCEPCION Y PRACTICA DE LA POLITICA AUTORITARIA EN CHILE

1. Contenido de la institucionalización

Queremos situarnos en la actual fase del régimen autoritario. En este período que se inicia en 1976 con la dictación de las Actas Institucionales, o más bien en junio de 1977 con el Discurso de Chacarillas, comienza un extensivo y profundo proceso de institucionalización que, en su primera parte, llega hasta la nueva constitución.

Puede distinguirse entre institucionalización política y socio económica (3). La primera ha sido más lenta, por momentos vacilante. Se ha resuelto en sus líneas generales en el sistema jurídico y político establecido en la nueva constitución aunque subsistan importantes cuestiones pendientes, por ejemplo, el status de los partidos políticos. Esta resolución es sólo jurídica, diferente es el problema del funcionamiento del sistema instaurado. En la parte provisoria de la constitución se institucionaliza acrecentado el liderazgo personal del General Pinochet y se zanja el problema de la sucesión. En su parte permanente se crea un sistema de democracia tutelada por las Fuerzas Armadas en el cual un conjunto de organismos burocráticos estatales pueden ejercer severo control sobre la nación y sus representantes. El ejercicio de los derechos humanos, personales y políticos queda sometido al garante de dicha libertad, es decir, la cúpula del Estado Autoritario. Este se autolimita solamente respecto a los derechos económicos: así, el modelo de acumulación monopolista es constitucionalizado.

La institucionalización social y económica tiene un doble significado. Por una parte, es un proceso de "desestatización", de reducción del aparato del Estado, de los "servicios públicos" y organismos estatales creados para satisfacer las necesidades sociales. Por otra significa la ampliación del mercado, un programa

de mercantilización de las relaciones sociales orientado a la refundación del capitalismo en Chile.

El desarrollo desigual y el retraso relativo de la institucionalización política se explica en el discurso oficial como el lapso necesario para la creación de condiciones que solidaricen a los sectores subordinados con el sistema. En lo económico los sectores gubernamentales esperan que se vaya produciendo un mejoramiento efectivo de los niveles de vida; en lo político se aguarda la consolidación del conformismo y de la desesperanza colectiva tanto sobre la posibilidad y efectividad que pudiera alcanzar la oposición, como del surgimiento de una alternativa viable.

Sintetizando puede decirse que la institucionalización comprende:

- a) El liderazgo personal, condición necesaria para mantener el equilibrio interno del bloque de poder y la voluntad política de continuar el programa de "modernizaciones".
- b) El núcleo hegemónico de dicho bloque en el aparato del Estado, es decir, el grupo económico tecnocrático o "equipo económico".
- c) El poder tutelar y suprapolítico de las Fuerzas Armadas y los principales aparatos burocráticos estatales.
- d) El carácter restringido y condicionado de la participación ciudadana en la futura generación de representantes políticos.
- e) Las transformaciones estructurales mencionadas.

Sobre la necesidad del proceso de institucionalización se han ofrecido diversas interpretaciones que podrían ser complementarias. Indiquemos dos de las más importantes:

- La consolidación del autoritarismo requiere una institucionalización que lo exprese y lo reafirme ahora sobre bases de consenso formal. Esto requiere de algún grado de recuperación democrática para mejorar los niveles de vida de la población (4).
- Habría una erosión de la legitimidad inicial producida por las políticas económicas; la cuestión de los derechos humanos y las demandas de participación y libertad política que han aumentado desde 1977. La institucionalización trataría de responder a esta demanda de relegitimación (5).

2. La estrategia de despolitización

El proceso de institucionalización forma parte de una práctica y concepción de la política. Esta constituye su marco y le otorga, en importante medida, su significación.

Analizando lo sucedido desde 1973 puede decirse que el autoritarismo ha decretado la desaparición de la actividad política e impulsado una estrategia de despolitización de la sociedad.

Durante su fase de instauración, hasta 1977, el sistema político es coercitivamente cerrado. Se reprime y disuelven las organizaciones políticas. Sobre la izquierda se ejerce una estrategia represiva destinada a terminar con sus organizaciones políticas y paralizar a sus miembros. Hacia el centro político se dirige una estrategia diversificada que comprende represión selectiva; llamados a cooperar con la 'reconstrucción nacional'; y una campaña de desprestigio destinada a aislarlo y neutralizarlo.

Al suprimir el sistema político-partidario y el espacio público en que se constituía se eliminan las mediaciones entre Estado y sociedad. La supresión de estas mediaciones produce un vacío o crisis en la integración de la sociedad, que permite la instauración y fortalecimiento del nuevo Estado y su programa de transformación. Queda pendiente el problema de la reorganización política de la sociedad, que la institucionalización política ha tratado de resolver.

En la fase actual de consolidación se ha recreado el espacio público controlado por el Estado y los grupos con nuevas características que requieren cuidadoso análisis. Respecto a la oposición política se ha optado por una estrategia de control y limitada represión destinada a impedir su eficaz reestructuración y a mantenerla aislada de los movimientos sociales.

Dicha estrategia es complementada por la difusión de un discurso que presenta la actividad política como obsoleta, mera manipulación o extremismo destructivo.

Se ha reescrito la historia nacional, especialmente la del período del Estado de compromiso. Este aparece como la edad oscura, la época de las "oligarquías partidarias", del creciente estatismo que inhibiendo la iniciativa privada habrían causado el estancamiento económico. Los gobiernos del período habrían carecido de "reglas generales" permanentes orientadas al "bien común": por ello, habrían favorecido sólo intereses particulares. Imbuidos en una concepción de democracia irrestricta y permisiva, habrían tolerado y estimulado la lucha de clase y con ello habrían dejado que se menoscabaran los principios fundamentales del ser nacional: la autoridad, el presidencialismo y el nacionalismo. Todo esto habría conducido a la pérdida de la unidad nacional y, finalmente, al "caos" y la amenaza de la independencia nacional.

La crítica al partidismo se complementa con el rechazo a la teoría liberal democrática, en especial al principio de la división de poderes del Estado. Se sustituye el modelo clásico de equilibrio de poderes diversos por el de unidad del Estado en el poder del gobierno. No pueden existir poderes ajenos al gobierno, señala el General Pinochet (6). Esta concepción explica algunas características de la institucionalidad política "definitiva" que se pondría en vigencia a fines de la década del noventa. Por una parte, y desde ahora, el poder judicial de acuerdo al sistema de estados de excepción carece de atribuciones para cautelar la defensa de los derechos humanos; por otra, el ultrapresidencialismo implantado despoja a los representantes parlamentarios de las facultades de control sobre el ejecutivo que le proporcionaba la Constitución de 1925.

Estas concepciones y programas se adecúan a un proceso real de sustitución del poder representativo por el de poder delegado que viene desde la implantación del estado autoritario. El poder político y social fue concentrado en la cúpula civil-militar del Estado quien la delega fraccionadamente en directivos que a su vez lo subdelegan y dividen. Los nombramientos son inmediatamente revocables por la autoridad inmediata. El funcionamiento de la unidad del poder estatal implica, entre otros aspectos, la inseguridad laboral permanente de los funcionarios que, sin embargo, le debe incondicionalidad y cuyos derechos se han reducido considerablemente. En ciertas instituciones estatales especializadas -Fuerzas Armadas, aparato judicial, entre otras- este sistema se mediatiza pero obedece a los mismos principios. Esta peculiar militarización del aparato estatal lo ha cohesionado práctica e ideológicamente. Ha contribuido a que se cierre sobre sí mismo haciéndose impenetrable a las demandas sociales, pero permeable en sus más altos niveles a los representantes de empresas o grupos económicos nacionales o extranjeros.

El Estado autoritario continúa siendo un Estado educador y formador. Debe, como condición de su consolidación, aplicar diversos procedimientos para transformar los individuos aislados en el "hombre colectivo" que representa. (Hay una 'función educativa' positiva y otra 'represiva y negativa' indica Gramsci). El Estado educa no sólo a través de la escuela, de su discurso ideológico, de los medios comunicativos que controla directa o indirectamente, de sus 'aparatos ideológicos'; sino también a través de sus aparatos represivos, judiciales, etc..

La represión tiene un aspecto afirmativo, es una forma de autodespliegue del poder autoritario que se cierne autónomo sobre la sociedad civil. Como violencia física, acción del poder sobre los cuerpos, se transforma en ejemplo social, en educación reflejada sobre los límites y peligros de la disidencia. No pretende persuadir a la oposición. Le exige reducirse a una forma privada de pensar, la renuncia a difundir sus opiniones (7).

De este modo, la utopía autoritaria de la armonía natural de la sociedad en la que el conflicto y la contradicción son productos de minorías anónimas adquiere una realidad organicista. El Estado aparece depurando a la sociedad de sus elementos negativos, así como el médico extirpa el cáncer o la zona enferma. Así podrá reaparecer la tendencia originaria de la sociedad a subordinarse a la autoridad. ("Los pueblos, como las mujeres, buscan los hombres fuertes", dice Enrique Ortúzar).

En las transformaciones estructurales el papel educativo del Estado asume la forma de autoritarismo ilustrado. El axioma es aquí el pleno conocimiento del Estado respecto al bien común: la opinión de los sectores afectados o de los especialistas independientes es irrelevante. Cada sector social "modernizado" es como una materia moldeable sobre la cual el Estado y el capital han aplicado una nueva forma. Es la paradoja de un proceso de desestatización exigido por el Estado; del intervencionismo estatal para imponer el no-intervencionismo.

El programa de despolitización de la sociedad es un intento de substraer la actividad política de la sociedad. Hacerla privada, conspirativa y opaca no sólo para la oposición ilegalizada sino también sumergirla en el interior del Estado y del bloque dominante. Allí se forman sectores y fracciones que están en constante variación. Estas fracciones en el interior del aparato estatal tratan de controlar los centros directivos (ministerios, organismos superiores de asesoría y planificación, etc.). Así se puede influir y orientar al hermético y no formalizado proceso de toma de decisiones. La opinión pública recibe sólo indicios y rumores de estas pugnas.

Estas prácticas son expresión de una concepción absolutamente no participativa de la política, cercana al autoritarismo puro que no requiere de participación ni activación social (8). Se ha sostenido que, careciendo este tipo de Estado de un sistema mediador no podría regular ni canalizar las demandas económicas y sociales que provengan de los sectores populares y medios. En el caso chileno, su ausencia se debería a las necesidades de aplicar el programa de reformas estructurales. Este régimen no se legitima en la medida en que satisface demandas sociales sino más bien se autolegitima cumpliendo su propio programa de radical modernización capitalista. Los esfuerzos de los sectores corporativistas de crear movimientos cívicos de apoyo han encontrado resistencias insuperables al interior del bloque de poder. Estos movimientos no se consideran necesarios ni siquiera para la formación y selección de equipos políticos o técnicos. Las universidades intervenidas y un conjunto de organizaciones privadas cumplen tal función. Se ha ido creando una élite de poder civil y militar cohesionada con un estilo propio de vida; una subcultura exclusiva con sus propias claves y ritos.

La estimación de la participación como innecesaria y contraproducente favorece el desarrollo de tendencias tecnocráticas, uno de los fundamentos de la 'ilustración' autoritaria. Se sostiene que los principales problemas de la sociedad son de carácter técnico y el capitalismo es la única vía de desarrollo. Así, la decisión técnica asegura el único tipo de eficacia posible. La doctrina tecnocrática se complementa recíprocamente con el neoliberalismo y con la tesis del fin de las ideologías.

La profunda convergencia entre sectores tecnocráticos y los altos mandos de las Fuerzas Armadas -en las que el verticalismo y el liderazgo personal han alcanzado los mayores niveles- constituye una de las características principales del régimen. Esta alianza constituye un núcleo hegemónico en el seno del Estado y del bloque de poder (9). Su función es relevante: articular 'la lógica del poder' y 'la lógica de acumulación'. La institucionalidad política, como las transformaciones estructurales, se orientan a consolidar y facilitar la expansión de su capacidad hegemónica.

El autoritarismo no consigue sino parcialmente, sin embargo, su propósito de despolitización de la sociedad. Esto no se debe a fallas o vacilaciones de su sistema represivo sino más bien a la dilusión de lo político en la vida social. Surgen entonces formas inéditas de politización y se modifican profundamente las anteriores. Se produce una sorda polarización que se expresa más que en posiciones políticas y partidarias en divergentes estilos de vida, de ética y concepciones de la realidad. Se rompe la unidad que

había alcanzado la cultura nacional en el estado de compromiso; se desarrollan subculturas con escasa o superficial comunicación. Como referencia constante de la vida cotidiana hay un 'nosotros' frente a un 'ellos'. Los propios símbolos nacionales adquieren significaciones muy diferentes para estos amplios grupos de identidad. Los espacios o instituciones de convergencia social y política se reducen. Incluso las instituciones religiosas ecuménicas perciben con nitidez esas tensiones y polarizaciones.

Los conflictos no han desaparecido de este orden autoritario, revelando como irrealizable el modelo autoritario de la sociedad de armonía natural. Los gobernados expresan en ellos su voluntad de participar en la solución de sus problemas. Surgen atomizados unos de otros, en medio de la dispersión social, superando dificultosamente las amenazas y el temor. Pocas veces llegan a desarrollarse más allá de ciertos límites y sólo excepcionalmente se resuelven. El Estado los rechaza al carecer de procedimientos institucionales para regularlos y resolverlos; su desarrollo podría revelar las relaciones de poder que oculta la práctica y concepción autoritaria de la política. El Estado declara resuelto el problema del poder y el orden y entonces los conflictos propiamente políticos son anatemizados y sofocados desde su inicio. Los conflictos sociales continúan produciéndose aunque excepcionalmente consigan cohesionar sectores importantes y alcanzar repercusión nacional. El Estado los presente como irreales, es decir, indudable o probablemente conflictos políticos encubiertos. Cree percibir allí indicios de una vasta conspiración. No puede concebir que surgan de la misma dinámica por la presencia de elementos externos al movimiento social que persiguen fines ajenos a éste.

El Estado autoritario refuerza, en cierto sentido, lo que creía haber anulado. Al negar a la política su espacio propio contribuye a que ésta se haga ubicar. Las decisiones de la autoridad sin explicación convincente se atribuyen a razones políticas. A su vez las luchas sociales tienden a politizarse en la medida en que los movimientos sociales adquieren autonomía y conciencia de su poder social. En esta compleja dinámica de negación/difusión de la política los espacios pre-políticos se politizan.

Si la estrategia autoritaria busca la des-subjetivación social, la pérdida de carácter de sujeto popular y social de los sectores subordinados, en la vida cotidiana continúa la 'resistencia' y el esfuerzo de conservar y recrear la propia identidad (nacional, cultural y social).

La mantención del lenguaje habitual -que no ha sido permeado por los neologismos y redefiniciones del discurso autoritario- conserva una referencia a un sentido común y contribuye a la identidad colectiva. El recuerdo y el desarrollo de la conciencia histórica de los sectores subordinados ayuda a afirmar la identidad -por vía diferente a la de los símbolos y reiterativas apelaciones a la tradición del discurso gubernativo. Lenguaje común y memoria colectiva permiten a pensar en un nuevo proyecto colectivo.

Algunos actos públicos (culturales, religiosos, etc.) asumen un carácter privilegiado. Son espacios de encuentro, de integración

de esperanzas, dolores y alegrías. Surgen nuevas formas de solidaridad que van más allá de lo asistencial, que ayudan a sobrevivir, a sobrellevar el dolor de las situaciones límites (miseria, persecución, cesantía, etc.). Estas situaciones y la reflexión sobre el dolor compartido redefinen y decantan la actitud ante la vida; contribuyen a que empiece a recrearse en el seno del orden autoritario la experiencia de la igualdad y la conciencia de intereses comunes.

En estas prácticas y experiencias van constituyéndose sujetos autónomos y, si es efectivo que la praxis engendra racionalidad, estamos en presencia de los gérmenes de una nueva racionalidad, una nueva forma de sociabilidad democrática y popular (10).

LA HIPOTESIS DE LA HEGEMONIA FACTICA

Desde la conceptualización de Gramsci podría decirse que el Estado autoritario chileno se encuentra en una fase económico-corporativa. En ella la sociedad civil se presenta como informe y caótica frente al Estado que asume un carácter autoritario. Esto excluye sectores y clases que no forman parte del bloque en el poder, se cierra sobre sí y carece por tanto de expansividad respecto a la sociedad. En este "período de la lucha por la fundación y consolidación de un nuevo poder" predomina la coerción, lo militar, lo dictatorial.

El esfuerzo estatal se concentra en la refundación económica y los proyectos culturales quedan supeditados a ella. Predomina en lo cultural "la crítica del pasado que tenderá a olvidar y destruir". Sólo consolidando la dominación estructural será posible conquistar una nueva hegemonía.

En este período no hay coordinación entre los intereses del bloque dominante y los de los sectores subordinados. Estos últimos no son considerados y los primeros se ejercen sin contrapeso. En la sociedad civil no se ha desarrollado un aparato organizacional hegemónico capaz de generar consenso. Esta es una fase pre-hegemónica.

La consolidación de la dominación estructural y el desarrollo de un aparato hegemónico cultural que dirija la sociedad conducen a una nueva fase ético-política en la que se sustituye el predominio del Estado sobre la sociedad civil por el del predominio de esta última. Esta nueva fase corresponde en términos generales, a lo que llamaríamos dominación hegemónica en la que el Estado y bloque dominante poseen una política hegemónica (11).

Los análisis que hemos realizado permitirían señalar que el autoritarismo chileno se encuentra en una fase pre-hegemónica, o bien que sólo es parcial o insuficientemente hegemónico.

El desarrollo precedente puede dar cuenta de aspectos importantes del proceso social chileno. Sin embargo, no puede responder a una pregunta central. Si el autoritarismo no ha llegado a ser hegemónico: ¿Cómo se explica su eficacia práctica, es decir, su capacidad para dirigir la vida social? Correlativamente,

las dificultades de reconstitución del movimiento popular y de creación (o recreación) de una voluntad nacional democrática, ¿no podrían estar expresando un proceso de hegemonización de nuevo tipo por parte del Estado y bloque de poder?

De la hipótesis anterior parece colegirse que el surgimiento de un nuevo orden social requiere un desarrollo hegemónico de creación de consenso. En Chile parece haber surgido un orden que, en ese sentido, no sería plenamente hegemónico, pero que es cualitativamente diferente a la mera coerción, dominio y fuerza. Este nuevo orden parece capaz de producir una forma sui generis de integración social, diferente cualitativamente al Estado de compromiso democrático, que consigue reunir y coordinar en la práctica a diferentes sectores nacionales. El poder, a través de un complejo proceso, parece haberse interiorizado y mediatizado. Se diría que está produciéndose una forma de dirección social que consiste en el condicionamiento de las conductas, el control de los cuerpos y de los actos, más que en la aceptación conciente y racional.

Este proceso de transformación del poder en orden es notablemente expansivo y comprende los sectores populares, incluso los más marginados. Estos carentes de capacidad de presión, desorganizados, enfrentados al problema de la supervivencia llevan a cabo un esfuerzo cotidiano de inserción en el nuevo orden. Realizan una "inversión en el orden: se invierte energía, ilusiones, conocimiento (...) se adapta el comportamiento a las supuestas 'reglas del juego' en miras de ser gratificado y recibir algún día sus retribuciones" (12). Esta inversión adaptativa suele ser mayor en los sectores más desposeídos. Quien no tiene sino la insatisfacción de sus necesidades básicas apuesta toda su energía a la sobrevivencia en el orden. Las experiencias límites como el hambre, la cesantía y el temor, entre otras, privatizan, aíslan y despolitizan. La comprensión de estos fenómenos se ve dificultada por la vigencia de concepciones economicistas sobre las clases sociales y los procesos políticos. Se tiende a creer que la mayor oposición a un sistema de dominación debe encontrarse en los sectores populares en mayor medida marginalizados que 'no tienen nada que perder'; que hay una relación proporcional o tendencial entre miseria y rebeldía.

El hambre, por ejemplo, encierra a la persona en su dolorida individualidad; esfuma su dimensión social, disminuye sus demandas a la sobrevivencia, deshistoriza y despolitiza. La cesantía se vive de modo similar. Aunque el cesante sepa que su problema es colectivo, al perder su trabajo pierde la posibilidad de conexión real con sus antiguos compañeros. Tampoco consigue asociarse a otros cesantes: éstos son y aparecen para él como sus competidores. Está urgido por resolver el problema del cual depende su subsistencia y la de su familia. Al prolongarse, su rol familiar se trastorna; sus relaciones personales se alteran; se ensimisma y tiende a conductas evasivas o autodestructivas (alcoholización, etc.). Los vínculos nacionales se debilitan y busca emigrar; en no pocos casos se producen alteraciones reactivas de conductas.

Parte importante de los cesantes se incorporan al 'sector informal'. El proceso económico chileno ha significado -a diferencia de los procesos clásicos de capitalización- la desproletarización de importantes sectores; la reducción cuantitativa y el cambio cualitativo regresivo del papel de la clase obrera en la sociedad chilena. Este 'nuevo' sector se ha incrementado. No se trata sólo de un fenómeno de marginalización que afecte a los sectores populares. Se ha extendido con modalidades sui generis a los sectores medios, especialmente de ex-empleados. Todos estos grupos, por la diversidad de sus situaciones y su fraccionamiento, son muy difíciles de organizar y de cohesionar.

Estos sectores aumentan su 'inversión en el orden' y su solidaridad con el mismo. Así, su problema no es que haya nuevas 'reglas de juego' sino cómo aprehenderlas e incluirse en ellas, desplegando en ello una gran capacidad de espera y esperanza.

Este proceso adaptativo ha venido acompañado y reforzado por los cambios en la red de instituciones y organizaciones privadas propias del Estado de compromiso. Se han redefinido las relaciones entre individuos y organizaciones, con resultado de empobrecimiento de la posibilidad de participación. Las nuevas organizaciones independientes realizan un importante esfuerzo de reconstitución de la sociedad civil, devastada por la estrategia autoritaria.

Una de las innovaciones del Estado autoritario es la liberalización de todos los submercados y su programa de mercantilización para todas las relaciones sociales. En la actualidad el mercado aparece como: a) la organización técnica de la sociedad; b) su regulador natural en la asignación de bienes y servicios; c) el criterio de legitimación de la institucionalidad política; d) la medida de la eficiencia económica de todos y cada uno y e) el juez impersonal que recompensa o castiga según corresponda.

El mercado ofrece una participación diferenciada: a cada cual según su dinero o capital. El precio homogeniza y diferencia los bienes, o convierte en mercancía lo que habitualmente no lo era: las cualidades y conductas humanas, entre otros. De modo semejante las personas pueden ser clasificadas y jerarquizadas de acuerdo a su posición en las diferentes áreas del mercado. La diversidad de necesidades tiende a reducirse a la necesidad de dinero. Las desigualdades en el mercado parecen poder atenuarse dentro de sus límites; el problema se traslada a conseguir individualmente una mejor inversión. En apariencia el mercado podría satisfacer todas las necesidades y demandas. La "impersonalidad" del mercado oculta las condiciones políticas y sociales de las que proviene la desigualdad de la inserción.

El poder de la dominación se ejerce en cada una de las áreas del mercado, especialmente, en el consumo y en lo laboral. Las profesiones, capacidades, experiencias, son discernidas en el mercado laboral de acuerdo a las variables necesidades del capital. El consumo no es sólo una dimensión privada, tiene una relevante dimensión pública: diferencia, 'identifica', excluye, potencia y concede simbólica y materialmente nuevas cualidades a sus

beneficiarios. La ostentación no es un error de cálculo de la clase propietaria: aumenta la pobreza relativa de la mayoría, avasalla y separa; se convierte en modelo de vida y con ello reproduce la desigualdad. El anterior modelo económico industrializador y el énfasis en la inversión por ahorro interno conlleva una imagen de sobriedad. El lujo del industrial refería de una manera directa al obligado ascetismo de sus asalariados. La situación actual es diferente. En una situación económica alterada por los grandes flujos de deuda externa el dinero parece generar dinero y la distribución pareciera haberse convertido en fuente de valor. La riqueza de unos parece no guardar relación con la pobreza de los más. El mayor ingreso parece sólo proporcional a la eficiencia desplegada en el mercado; el bajísimo nivel de salario se ha convertido en una 'ventaja comparativa' para el modelo económico.

La crítica de la "impersonalidad" del mercado puede hacerse al menos a dos niveles. Primero, develando los supuestos políticos y económicos que permiten el funcionamiento de las leyes del mercado como lo hizo Weber (13). Segundo, mostrando los procedimientos de control del mercado que conducen a los conocidos fenómenos de concentración de propiedad e ingreso y el carácter oligopólico de la producción y distribución, entre otros aspectos. Por ahora sólo queremos destacar su capacidad para regir la vida y la muerte de los sujetos a través de sus múltiples circuitos.

Las prácticas sociales inmersas en esta propagación y profundización de las relaciones mercantiles tiende a generar una nueva racionalidad y nuevos modos de relación. El proyecto personal de vida tiende a estructurarse en una secuencia ascendente: trabajar - producir - consumir - ahorrar - trabajar más - producir más, etc.. La propia vida se siente como un negocio, el tiempo como capital, y las conductas como inversión o gasto. Se busca aumentar los rendimientos, maximizar el tiempo, habituarse al cálculo de utilidad y excluir lo gratuito. El sujeto se desdobra: una parte suya aparece como sede de preferencias, deseos e impulsos; la otra, como un computador que calcula costo-beneficios (el sujeto portafolio de Friedman). "El cálculo mercantil trata de absorberlo todo; y donde no puede establecer realciones mercantiles efectivas, las establece por lo menos imaginarias. Se trata de un totalitarismo mercantil sin ningún límite al cual ya nada ni nadie debe escapar" (14). Ningún totalitarismo político pretendió englobar a tal punto la interioridad de los sujetos.

Exhibiendo el mercado tal capacidad de regular relaciones sociales, el intervencionismo estatal se muestra como obsoleta irracionalidad. Se trata de eliminar todo acceso no proporcionalmente monetario a bienes y servicios y toda política redistributiva. Así el sujeto, en los más diversos momentos -ofreciendo su fuerza de trabajo, demandando bienes o servicios en su esparcimiento- debe enfrentarse atomizadamente a un mercado monooolizado.

El orden mercantil -autoritario tiende a transformar los sujetos al redefinir lo que eran sus demandas básicas anteriores de trabajo, vivienda, salud, etc.. El Estado no-intervencionista chileno se exime de responsabilidad frente a las demandas colectivas, salvo

organización mercantil del tiempo libre (deportes, juegos, show de caridad, etc.) se ofrece como reemplazo de la participación social.

Se han producido profundas transformaciones en la conciencia nacional, especialmente en los sectores populares. El deseo de participación parece haber sido desplazado por la adaptación a las nuevas condiciones. La rebeldía y las tendencias libertarias se han atenuado considerablemente, y no sólo por el temor. "Los rebeldes se transformaron en semi-rebeldes, y éstos en resignados" (15). La conciencia democrática cede lugar a la aceptación de la desigualdad institucional y de la concentración de poder. La certeza ampliamente difundida en el movimiento popular de representar la renovación social, la superación de la crisis estructural de la sociedad chilena, retrocede visiblemente frente a esta contrarrevolución neoconservadora.

En su fase actual, la sociedad chilena parece experimentar una necesidad de orden y seguridad que un régimen autoritario satisface, en cierto sentido. Una parte importante de la población no se siente amenazada por la discrecionalidad del aparato estatal ni percibe la relación interna entre modelo político y económico y coerción. Las reformas estructurales aplicadas simultánea e inflexiblemente no encuentran respuestas importantes de rechazo. La oposición, por su parte, no encuentra modos eficaces de canalizar y explicitar las resistencias de los sectores afectados.

La experiencia histórica del decenio 1964-1973 parece haber producido un generalizado sentimiento de inseguridad y deseo de orden. La rapidez, extensión y profundidad de las "modernizaciones" de este período han diluido el recuerdo de lo que significaran las reformas estructurales del decenio anterior, que conmovieron a una sociedad de lento ritmo de cambio social y político: a) La excesiva ideologización; b) la dependencia del ritmo y modalidades de esas reformas a las variaciones que iba experimentando la configuración de las fuerzas políticas y sociales y; c) las modalidades que adquirió la lucha social y política del período, parecen haber contribuido a producir actitudes de desconfianza respecto a estas reformas que alteraban o pretendían reemplazar los patrones capitalistas tradicionales.

El centro político y la izquierda fueron muy perceptivos a las tendencias mayoritarias hacia el cambio social, pero no lo fueron hacia la aspiración de orden y definidas 'reglas del juego' presentes también en la conciencia nacional. Se podría decir que no había una clara concepción del nuevo orden social al que se orientaban tales reformas. Ni la 'revolución en libertad' ni 'la vía chilena al socialismo' alcanzaron a convertirse en sentidos de orden alternativos. Tal vez no hubo el suficiente tiempo histórico, tal vez no lograron desarrollar un grupo de 'intelectuales orgánicos' que descubrieran los modos de integrar estos programas de reformas a las prácticas sociales y políticas existentes. En modo importante habría contribuido a ese desfase el que la forma de conceptualizarlos era excesivamente tributaria de doctrina y categorías eurocentristas.

El conjunto de procesos y condiciones mencionadas permiten afirmar que estamos en presencia de un nuevo tipo de dirección social, una hegemonía fáctica que reside y se reproduce cotidianamente por el curso de las cosas, por el peso de los hechos: que legitiman el poder ejercido por el Estado y el bloque de poder.

Suele entenderse el poder de manera restringida e insuficiente. Se lo reduce a algunas áreas de la sociedad, casi exclusivamente la política y la economía. Se lo cosifica y determina como un producto o propiedad de organizaciones. Así se identifica metáfora y referente al hablar de 'cuota' o 'concentración' de poder. Se lo cree una institución, una estructura que coexiste y es poseída por realidades pre-constituidas de sujetos o relaciones sociales. Se lo percibe negativamente, especialmente en su capacidad impositiva y punitiva más que en su positividad, su aptitud generadora de realidad. En suma, se le separa de las relaciones sociales y se lo considera lógicamente posterior a ellas.

De ahí que resulta difícil o imposible comprender esta forma de hegemonía que opera a través de mecanismos fácticos de trasmutaciones del poder en orden. El poder en y de determinadas relaciones sociales transforma los sujetos, produce y modifica el conjunto de las relaciones sociales.

El poder autoritario y del capital no son potencias ajenas a la sociedad chilena. Corresponden a relaciones sociales coaguladas, repetitivas, a una configuración global de la sociedad. La 'autonomía' del poder semeja el fetichismo de la mercancía. En su movimiento oculta la trama de relaciones sociales que lo posibilitan y cristalizan. Creatura de la práctica social alienada, se ha 'objetivado' y hoy pretende transformar sus generadores en súbditos, transformarlos a su medida.

La subversión del poder autoritario-mercantil se muestra como estrategia de disciplinamiento; como la capacidad de un bloque de poder organizado alrededor y en el estado para someter a la sociedad chilena a un proceso de disciplinamiento de acuerdo al doble criterio de obediencia y utilidad. Se trata de una técnica minuciosa de control social de las conductas a través del control de los cuerpos, de los espacios, de la medida y sentido del tiempo. La disciplina es eficaz y parca. Es lo opuesto a un proceso de concientización y de cambio en las prácticas por variación de las concepciones. La disciplina condiciona, enseña a hacer correctamente. Cumplido su ciclo, formado el sujeto disciplinado, no se necesita de la persuasión y el consenso. La conciencia del dominado se ha convertido en un conjunto confuso de representaciones fragmentarias y opuestas; de convicciones congeladas, conservadas por esfuerzos voluntario e inercia pero incapaces de manifestar a su práctica.

La disciplina homogeniza desde fuera las prácticas, uniforma las diferencias individuales, reclasifica e instaura nuevas jerarquías. Es el poder del método y el método del poder autoritario. Es centralizada y produce la centralización; regulariza y elimina la espontaneidad.

Su ejercicio supone la sociedad como un sistema desordenado e indócil que debe ser configurado y 'funcionalizado'. Para ello se destruyen los antiguos modos de enlazamiento, agrupamiento y filiación y se crean nuevos sistemas normativos de conexión entre los sujetos.

La hegemonización fáctica es la técnica de creación del hombre disciplinado que se mueve en consonancia de un conjunto de señales y advertencias, de premios y castigos, que aunque insatisfecho no puede ya concebir una nueva vida social. Es la fascinación del orden autoritario que constriñe y empobrece la vida, pero proporciona un cierto tipo de seguridad.

El orden autoritario es la creación de "situaciones de poder" y la obligación de definirse en favor o en contra, impidiendo el surgimiento de nuevas alternativas y de espacios de competencia hegemónica. Crea sujetos disciplinados, obedientes y útiles y posee una eficacia negativa para dificultar o impedir el surgimiento y transformación de sujetos democráticos, de nuevos sujetos sociales autónomos, no sólo a través de la represión directa sino de los múltiples mecanismos capilares disciplinarios que recorren la vida cotidiana que condicionan y adaptan a la nueva situación. Se inhibe de este modo los esfuerzos de recreación del movimiento popular; de encuentro y desarrollo de prácticas liberadoras; de poder invocar a la sociedad en conjunto; de crear nuevas formas de comunicación popular, nuevos espacios y situaciones de competencia hegemónica, de deslegitimación del orden autoritario.

NOTAS

- (1) Sobre la fuerza como forma subóptima de dominación véase Guillermo O'Donnell Dependencia y autonomía. Capítulo 1, Ed. Amorrortu, Argentina y el Francisco Delich, op.cit.
- (2) Jorge Tapia, "La Doctrina de Seguridad Nacional y el rol político de las Fuerzas Armadas" en Nueva Sociedad N° 47, 1980, Venezuela.
- (3) Manuel Antonio Garretón, Institucionalización y oposición en el régimen autoritario chileno, Papers del Latin American Program, Woodrow Wilson International Center, Smithsonian Institution, USA.
- (4) Alvaro García y Eugenio Tironi, Cinco Proposiciones para una interpretación del actual proceso político chileno, SUR, Chile, 1979.
- (5) Tomás Moulian y Pilar Vergara; "Ideología y políticas económicas en Chile: 1973-1978" en Estudios CIEPLAN N° 3, 1980.
- (6) General Augusto Pinochet, "Discurso del 11 de septiembre de 1979", Diario El Mercurio, del 12 de septiembre de 1979, Santiago, Chile.
- (7) Michel Foucault, Vigilar y Castigar, primeros dos capítulos, Ed. Siglo XXI, México, 1975.

- (8) Tomás Moulian y Pilar Vergara, op. cit..
- (9) Manuel Antonio Garretón, op.cit. y también "Problemas de hegemonía y contrahegemonía". Doc. de Trabajo en el Seminario "Hegemonía y alternativas políticas en América Latina", Instituto de Investigaciones Sociales, Morelia, UNAM, México.
- (10) En este breve desarrollo he seguido la línea de exposición de Ximena Barraza: "Notas sobre la vida cotidiana en un orden autoritario" en Araucaria de Chile, N° 11, Ed. Michay, España, 1980.
- (11) Antonio Gramsci, cit. en Juan Eduardo García-Huidobro, "Concepción Gramsciana del Estado", CIDE, Santiago 1981.
- (12) Ximena Barraza, op.cit..
- (13) Max Weber señala que:
 - a) "los precios en dinero son productos de lucha y compromiso, por tanto resultados de constelación de poder,
 - b) "El cálculo riguroso del capital está, además vinculado socialmente a la disciplina de explotación y a la apropiación de los medios de producción materiales, o sea, la existencia de una relación de dominación.
 - c) Sólo en conexión con la forma de distribución de los ingresos puede decirnos algo la racionalidad formal sobre el modo de abastecimiento material".

Economía y Sociedad, Ed. Fondo de Cultura Económica, México 1964, 2a ed. p. 84.

Norbert Lechner comenta: "Hay pues, según Weber, valores implícitos al funcionamiento 'objetivo' del mercado: la lucha de intereses, las relaciones capitalistas de producción, la distribución de los bienes según el poder adquisitivo de cada uno". El proyecto neoconservador, y la democracia, donde vienen las citas de Weber.
- (14) Vd. La notable crítica a Friedman de F.Hinkelammert, Las armas ideológicas de la muerte", Ed. Sigume, España, 1977.
- (15) Mario Benedetti, La Tregua, Ed. Universitaria, Chile, 1974.

¿Una Nueva Sociedad? Los Cambios en el Sistema Político

(Presentación en el Seminario, 10 de Julio)

Manuel Antonio Garretón

Según la Convocatoria al Seminario, yo debería referirme al sistema político. Pues bien, para contradecir la regla aquella de que nadie habla jamás del tema que se le ha solicitado, yo hablaré en esta ocasión precisamente sobre la materia, esto es, sobre el sistema político. Pero empezaré ubicando el problema en el contexto más general de las transformaciones sociales y del debate realizado en este seminario al respecto.

Es evidente que el estado de ánimo últimamente ha cambiado entre nosotros. En 1980 parecía haber consenso en que el régimen militar chileno era fuerte; y se le veía como una máquina transformadora perfecta y arrolladora, frente a cuyos triunfos se escuchaban sino algunos quejidos e invocaciones del pasado. Los casos de CRAV (la quiebra, como efecto de una acción especulativa, de una de las más grandes empresas privadas del país) y de Calama (el asesinato de dos funcionarios de un banco y el robo de más de un millón de dólares por parte de dos agentes del C.N.I.), han modificado ese estado de ánimo, al punto que hoy en este seminario -por ejemplo- parece que no se reconociera ningún cambio en la sociedad chilena. Hay que preguntarse por esto. No me parece banal, por tanto, haber partido con esta constatación.

El cambio en nuestras apreciaciones primarias insinúan a mi juicio un fenómeno muy importante: la crisis del modelo fundación del régimen militar chileno. Esta crisis deja presente el predominio de su otra cara: la de la represión. Como resultado de esta crisis, aparece con redoblada fuerza su dimensión defensiva, reactiva y mientras parece agotarse su capacidad transformadora, recrudecen sus rasgos represivos.

A mi juicio, sin embargo, no estamos en presencia de un gobierno dedicado a administrar una crisis, como sería el caso típico de los regímenes argentino y uruguayo; y menos aún de un gobierno únicamente preocupado de asegurar la continuidad y de "salvar los muebles" desde el punto de vista de las instituciones armadas, como pudieran ser otras situaciones históricas. En nuestro caso, no diría que se haya agotado el modelo fundacional del régimen: prefiero hablar de una coyuntura de crisis de ese modelo.

Se nos ha señalado aquí que los cambios estructurales no han sido tantos ni tan profundos como uno se los imaginaba. Parece también que los cambios institucionales, es decir, los que se refieren al sistema de edificación de reglas del juego, han llegado a un tope después de la Ley de Universidades y la

previsión. Cuando nos referimos al sistema político o a las relaciones políticas, sin embargo, creo que no importa mucho la cantidad de cambios estructurales e institucionales que hayan habido. Desde el punto de vista político las preguntas básicas son dos: la primera, si se ha desarticulado o no el sistema político preexistente; la segunda, si éste ha sido o no reemplazado por otro. Estas son, lo reitero, dos preguntas diferentes. Y cuando hablo de sistema político quiero referirme a la manera como se constituye y funciona una sociedad; lo que muchas veces he llamado -tal vez discutiblemente- su columna vertebral, es decir, el eje sin el cual el cuerpo social -aunque mantenga intactas sus partes- queda totalmente desarticulado, informe, irreconocible.

En mi opinión, si se admite que han habido en el último período cambios estructurales e institucionales de significación que han afectado a la sociedad en su conjunto, aún cuando no se hayan generado estructuras e instituciones distintas y alternativas, se debe admitir también que existe un orden nuevo, constituido tanto por lo que fue desarticulado como por lo que subsiste del pasado -como también, por supuesto, de lo nuevo que se intenta edificar-.

Dicho de otra manera. Si se desarma por un tiempo continuado aquella triple correlación sobre la que se constituyó la sociedad chilena desde los años 20 (y que definiremos enseguida) se tiene una nueva sociedad. Quizás no el "nuevo orden" que el actor dominante quería implantar, pero sí una sociedad diferente. En efecto, si se termina con la industrialización sustitutiva de importaciones donde el Estado era el agente principal, con el sistema político democrático y todo lo que ello implicaba (partidos políticos, elecciones, etc.), con el proceso de democratización sustantiva, esto es, con la incorporación segmentada y parcial de nuevos sectores sociales al sistema; si se termina con todo esto, bueno, se ha creado una nueva totalidad social. Sigue quizás presente simultáneamente lo nuevo y lo viejo -porque buena parte de la antigua sociedad sigue existiendo-; pero aquellos elementos que desaparecieron, aunque no hayan sido totalmente reemplazados, dan lugar a una nueva sociedad, que puede ser precaria, en vías de transición, lo que se quiera; pero que es indudablemente nueva...

Comprender la peculiar naturaleza de la sociedad chilena actual me parece crucial para comprender los tipos de conflictos que se dan en su seno. A unos los podemos denominar de orden diacrónico. Se trata de la resistencia contra los intentos de transformación de la sociedad, donde el principio de identidad del que se opone es el pasado: es el caso por ejemplo de la defensa del sistema de reparto -el mismo que antes se criticó- frente al sistema de capitalización individual en la previsión. Otro tipo de conflictos son los que pueden denominarse de orden sincrónico, es decir, aquellos que tienen su origen al interior de las nuevas estructuras e instituciones (1). Tengo la impresión en nuestro caso que en muchos planos estamos en presencia todavía del viejo conflicto de resistencia, pero que, crecientemente, se hacen

presentes las contradicciones del orden nuevo. Un caso típico es el de las universidades, donde el conflicto se desplazó -a raíz de la legislación reciente- al interior de la nueva institucionalidad (o aún no logra desplazarse enteramente y de allí el reflujo en que ha caído el movimiento estudiantil...).

Así como no hay que obnubilarse con los éxitos o fracasos del modelo económico, tampoco hay que hacerlo con la crisis o reflujo del momento fundacional del régimen. Insisto: es posible que éste fracase en su proyecto histórico y que se transforme gradualmente en un gobierno de administración de crisis, y de tumbo en tumbo derive a un régimen de término; pero ello no nos exime de una reflexión sobre el tipo de sociedad en que estamos hoy día, evidentemente nueva en relación a la anterior. El inventario de todos los cambios estructurales e institucionales no da cuenta sino de la punta visible de las transformaciones que han sacudido a la sociedad, como lo que aparece en la superficie del agua en el caso de un iceberg. Lo crucial -como ya lo indiqué- es la desarticulación del sistema político, sin el cual Chile no es más que una determinada población sobre un determinado territorio. Este fenómeno, influye directamente sobre la constitución de los sujetos sociales; sobre aquello que hace que una sociedad sea algo más que un conjunto de individuos. Aquí está lo revolucionario de los cambios recientes: se ha transformado sustancialmente -con la destrucción del sistema político- la manera como la sociedad chilena se constituía a sí misma (2).

Dicho lo anterior debo agregar que, en Chile, no ha habido un proceso de refundación política, es decir, no se ha logrado crear un nuevo régimen político. Me refiero, con esto, a la configuración del Estado, más las relaciones del Estado con la gente o las clases sociales. En otros términos, por régimen político me refiero al Estado y al sistema de mediaciones entre éste y la sociedad civil. En Chile ha habido una desarticulación, una eliminación del antiguo régimen político; pero éste no ha sido aún sustituido por otro (3).

¿En qué ha consistido, por lo tanto, el famoso proceso de "institucionalización" del régimen chileno? En mi opinión, no se trata de la institucionalización de un régimen autoritario sino la de un régimen militar, con reglas el juego sometidas exclusivamente a la legitimidad de la dominación de las instituciones militares. Hay pues dos procesos de institucionalización: uno, el del régimen militar, que se desarrolla actualmente; y otro, el de un régimen político concordante con el proyecto de transformación capitalista en curso. Ambos procesos no deben confundirse. Me referiré inicialmente al primero.

Hasta el discurso de Chacarillas en 1977, el esfuerzo de institucionalización del régimen fue claramente del tipo militar, del tipo "bordeberriano". La tesis era que la democracia había terminado su ciclo histórico, y que se trataba ahora de depositar el poder de manera permanente en las FF.AA.. Este proyecto sin embargo fracasó, por razones a las que no me referiré ahora. A partir de Chacarillas, se emprende la tarea de institucionalizar

el régimen militar, pero comprendiendo su carácter transitorio; postulando a futuro, un modelo político autoritario perfectamente congruente con el proyecto de refundación capitalista en desarrollo. Todo el período de "transición" contemplado en la nueva constitución plebiscitada en 1980 representa precisamente la institucionalización del régimen militar; y lo que ofrece desde 1989 en adelante es, recién, un régimen político autoritario "en forma". Por lo tanto, lo que el plebiscito institucionalizó no fue el nuevo modelo político del proyecto histórico de las clases dominantes chilenas sino el sistema político del 11 de septiembre de 1973 que pasó de gobierno "de facto" a dictadura constitucional".

Como se ve, entonces, no ha sido este el caso de un proyecto histórico que contaba con un modelo político pre-definido: éste ha venido siendo buscado, dificultosa y contradictoriamente.

Sin embargo, ¿cómo podría definirse con más precisión el sistema político al que se aspira? Hasta 1973 lo que había en Chile eran espacios heterogéneos de dominación y un referente global homogeneizador a nivel del Estado. El intento actual, a la inversa, consiste en la homogenización de los espacios de dominación con el fin de evitar el referente global (el Estado) y eliminar toda relevancia al sistema político de representación (partidos, parlamento, etc.). El principio es pues tratar de quebrar al máximo la racionalidad y el cálculo político de la gente. En otros términos, que el sistema de procesamiento de todos los conflictos sea común -el mercado, reforzado por la atomización de las demandas y el control represivo-; que la referencia al Estado sea la menor posible; y que el sistema de representación política pierda su importancia. Congruentemente con este modelo, se plantean para el futuro sistemas electorales muy diversificados (tipo Tullock), en los que se elimina de raíz la posibilidad de plantearse cada seis años ante alternativas globales del tipo "revolución en libertad" o "vía chilena al socialismo", es decir, proyectos radicales de cambio.

¿Cuál es la condición para que ese sistema político funcione? No el éxito del modelo económico, como a veces simplistamente se supone. Basta, simplemente, que éste funcione, que dé de comer mínimamente al menos al grueso de la población y, sobre todo, que mantenga su capacidad de transformación de la sociedad. Desde este punto de vista, por lo tanto, el éxito del modelo económico no debe medirse en su capacidad de acumulación sino en su capacidad -al mismo tiempo- de transformar la sociedad y de convertirse en el modelo referencial de las relaciones sociales. Este es el primer requisito para la marcha del sistema. El segundo, la configuración en el corto plazo de una clase política, de un grupo dirigente que pueda ganar la representación del modelo en aplicación. Este es, a mi juicio, el problema de la refundación de la derecha chilena, en el que se juega -por lo demás- la importancia de los sectores "duros" y "blandos" al interior del régimen.

Voy a hacer una digresión sobre el tema de los "duros" y "blandos", sobre su importancia histórica. Según lo indica la experiencia, su importancia no reside en su capacidad de ejercer

influencia al interior del régimen, sino en su capacidad eventual de chantajearlo desde fuera, desde una alternativa que cope el hueco del centro político. Tengo la impresión que esta posibilidad es en Chile muy remota; es decir, que no hay alternativa para "duros" y "blandos" fuera del régimen. Sus conflictos y polémicas se reducen pues a luchas por influencia y por cuotas de poder. Esto tiene su importancia en tanto va definiendo el mecanismo de relaciones internas en ausencia de partidos políticos y de canales abiertos de participación y discusión públicas, y porque es evidente que de estos núcleos van a surgir el o los futuros partidos de la derecha chilena. Pero, a menos que haya una crisis del tipo de la que enfrentó Ibáñez el 31, o del tipo de Grecia y Portugal en los 70, con la posibilidad consiguiente de establecer alianzas con sectores ajenos al régimen, la dinámica de la transformación del cuadro actual depende de esta polémica "duros" - "blandos".

Para terminar quisiera hacer algunas observaciones sobre los problemas que se plantean a esta peculiar institucionalización del régimen chileno. Uno de ellos es el fenómeno de la personalización. Se ha señalado desde hace mucho tiempo que ésta es una de sus características. La paradoja de la institucionalización del liderazgo personalizado es que le resta capacidad de maniobra. Hasta el año pasado, para poner un ejemplo, frente a cualquier crisis de legitimidad interna era de esperar un golpe de mano absolutamente original (salida del General Leigh, consulta de enero de 1978, llamado a plebiscito, etc.): en la actualidad, frente a casos como el de CRAV y Calama, resulta mucho más difícil imaginar salidas de similar tenor. De este modo, la institucionalización restringe movilidad a la acción personalizada en las condiciones de un régimen que sigue dependiendo en gran medida de ese recurso.

Un segundo problema que percibo es el de la relación del régimen con la sociedad. Concretamente, éste carece absolutamente de un sistema de procesamiento de demandas, y no existe un espacio ni un interlocutor para tales planteamientos de masas. La única excepción creo que es el Plan Laboral, que consiste justamente en un procedimiento que procesa las demandas en el universo laboral. ¿Pero qué ocurre con los pobladores sin casa?, ¿con las huelgas de hambre?, ¿con las declaraciones?; ¿a quién pueden ir dirigidas las protestas?, ¿quién contesta? No hay pues correspondencia entre la acción contestataria y el tipo de respuesta. La apertura de arenas políticas, de sistemas de procesamiento de demandas, es una salida que no se puede descartar en caso de una crisis mayor del personalizado régimen militar chileno.

Veo que el tiempo ha terminado. Hubiera querido decir algunas palabras sobre la situación y perspectivas de las oposiciones. Lo haré en intervenciones posteriores en este seminario.

- (1) Un caso típico de estos dos ordenes de conflicto puede encontrarse en el siglo XIX entre los obreros que destruían la nueva maquinaria y los que se organizaban en sindicatos: en el primer caso (diacrónico) se trataba de una resistencia al cambio; en el segundo (sincrónico), de una incorporación al orden ya constituido.
- (2) Obviamente, no quiero meterme aquí en una compleja discusión de tipo metodológico acerca de qué es lo que constituye a una sociedad. Adelanto, sin embargo, que a mi juicio no lo hacen las relaciones de producción, ni las fuerzas productivas, ni el sistema jurídico-político, en general. No participo, bajo ninguna de sus formas, del funcionalismo althusseriano. Una sociedad es algo demasiado complejo, y cada una de ellas tiene su particular modo de constituirse. Es así, por ejemplo, como en algunos casos la eliminación del sistema político no es relevante, y las transformaciones de la sociedad son resultado mucho más directo de los cambios en las estructuras económica y social.
- (3) El caso es diferente, por ejemplo, en Brasil. Allí ha habido una refundación política a partir de las transformaciones económicas y sociales llevadas a cabo desde 1964. De hecho, el sistema actual de actores políticos tiende a emerger desde el propio régimen y de la sociedad post-64, aunque se encuentren múltiples referentes en la historia anterior.

Las Nuevas Pautas de Dominación en la Universidad

(Presentación en el Seminario, 10 de Julio)

Manuel Canales

Quisiera ubicar la discusión acerca de las formas que adopta hoy la dominación política a través del planteamiento de un caso concreto, el de la Universidad. Creo que podemos ver este caso enfocándolo desde dos puntos de vista: el primero tratando de enfocar los mecanismos y espacios a través de los cuales se ha desplegado el poder en la Universidad, y el segundo aludiendo a los efectos que esto ha generado en la situación del movimiento estudiantil como actor en la vida universitaria.

Para tratar este asunto, adopto intencionalmente la perspectiva del que ejerce la dominación; por una parte esto me permite neutralizar, de algún modo, las tendencias interpretativas que fluyen inmediatamente cuando uno ha sido un actor partícipe del movimiento estudiantil del que voy a hablar. Por otro lado, la adopción de ese punto de vista permite apreciar ciertas tendencias que hasta ahora, al menos, no han sido revertidas en el caso universitario.

Lo que permite hacer inteligible el despliegue del poder en el caso universitario es, a mi juicio, la aplicación y el ejercicio conjunto tanto de mecanismos de castigo como de mecanismos de incorporación. De los efectos que se derivan de este interjuego, me parece, se ha venido estructurando una nueva forma de dominación en el caso universitario, específicamente respecto al movimiento estudiantil. Voy a tratar de referirme en primer lugar a los mecanismos de castigo, para luego pasar a los mecanismos de incorporación.

1. El despliegue del castigo

Lo primero que hay que entender en el caso universitario es que, si bien han habido en este último tiempo modificaciones que implican una reafirmación de la propuesta universitaria del régimen al mismo tiempo persisten -e incluso en ocasiones se acrecientan- las disposiciones tendientes a sancionar y los mecanismos encargados de reprimir alternativas. Parece importante señalar esto porque, de tanto insistir a veces en el momento "fundacional" de la acción del régimen, tendemos a olvidar la persistencia de mecanismos creados en el momento anterior, en el momento de "reordenamiento". Hoy estos mecanismos siguen operando, aunque con características claramente distintas.

Lo distinto del castigo que se aplica en estos momentos, respecto del que se aplicaba en los primeros momentos de la autoridad militar en la Universidad es a mi juicio lo siguiente: ahora, tanto el castigo como el castigado dejan de ser la mera "actualización" de una relación de superioridad entre el dominante y el que

recibe el castigo. Hoy día aparece importante considerar, al mismo tiempo, la relación entre quien castiga y quien es castigado como una intermediación, a través de la cual el dominante "emite señales" y mensajes al resto de los estudiantes, que observan el castigo. Me parece esto particularmente importante, por cuanto tanto la forma de los castigos, como el momento en que se aplican, se inscriben en la perspectiva de captar la atención del resto de los estudiantes, que presencian, o son el auditorio, de este acto de castigar.

Esto me parece importante como elemento que diferencia la situación de hoy con la de ayer, es decir, con las medidas de sanción aplicadas en un primer momento. Parece haber desaparecido eso que alguien llamó una vez, parodiando la terminología de los economistas, la "perfecta elasticidad de la represión". Hoy parece haber al menos una acumulación relativa entre la necesidad de derrotar al que se castiga por un lado, y al mismo tiempo sin embargo de lograr que el castigo se constituya en una señal que genera realidad en torno a aquellos que presencian el castigo. El castigo pasa a ser un mecanismo de institucionalización (como antes la publicación de la ley en el Diario Oficial: la forma de inaugurar una disposición es castigar a alguien por violarla); con ello, sin embargo, el castigo comienza a tener una cierta racionalidad inteligible (a diferencia del pasado).

Voy a tratar de mostrar esto a través del ejemplo de tres o cuatro tipos de castigo que han sido los más recurrentes, y que a mi entender expresan tanto esta voluntad de derrotar al que recibe la sanción, como de transmitir mensajes y construir realidades para los que presencian el castigo.

El primero es el castigo por la falta cometida.

En este caso hay la constitución de, como dice Foucault, la cadena entre el crimen y la sanción. Se trata de mostrar que a cada falta le acompaña y sigue, necesariamente, casi como si hubiera entre ellas un lazo de pertenencia, una sanción o un castigo. Es la demostración de que ninguna falta, ningún pecado, pueden quedar impunes. Y esto (que a niveles personales puede generar desvinculamiento, apatía) a nivel colectivo tiene como consecuencia la pérdida de la perspectiva de que ganar es posible. Voy a citar un ejemplo: a principios de 1981 se realiza una huelga de hambre en rechazo de una medida que relega a siete u ocho estudiantes universitarios. En ese movimiento participa un delegado de una Escuela, representando a los alumnos de ella. A los días de la huelga de hambre, sin embargo, los alumnos de esa Escuela deciden retirarlo: no por considerar que el acto de protesta no tenga legitimidad, o no sea pertinente, sino como ellos lo señalaron públicamente en esa oportunidad, por la conciencia que tenían de que serían incapaces de defender a su compañero en huelga de hambre frente a futuras (y seguras) sanciones y, por otro lado, a la certeza de que ésa era, una vez más, una pelea perdida.

La consecuencia del primer tipo de castigo es pues ésa: cuando siempre se acompaña el castigo a la falta, la posibilidad de transgredir los marcos que se ofrecen a la participación estudiantil

supone el riesgo -y, más que el riesgo, la seguridad- de la sanción; la pérdida de la perspectiva de triunfo como posibilidad sigue inmediatamente a esta situación.

El segundo tipo de castigo que me parece importante es el castigo preventivo. Se trata aquí del castigo que antecede a la falta. Es el juez que anuncia el delito y muestra al verdugo antes de que los hechos mismos se consuman.

Por un lado, el objetivo de este tipo de castigo parece ser el de impedir el estallido efectivo de un conflicto que, para la autoridad, aparece como claramente previsible. Tal ocurrió por ejemplo a comienzos de 1981, con la relegación y la sanción a los estudiantes de la Universidad Técnica y de la Universidad de Chile, previas a la gestación de un conflicto que se suponía agudo, sobre todo en el caso de la U. Técnica. El castigo, por un lado, avisa a los estudiantes que se están tomando las medidas necesarias de modo que, cualesquiera que incurra en rebeldías, será sancionado; por otra parte, el castigo es un obstructor físico y material de la posibilidad de emergencia de cualquier conflicto, al descabezar al movimiento estudiantil; pero, en tercer lugar, hay aquí un refuerzo de la relación falta-castigo que veíamos en el caso anterior: no solamente se establece como necesaria la relación entre la falta y la pena, sino que esta relación se establece como anticipable y es, en consecuencia, anticipada.

Un caso interesante, por ejemplo, fueron también las amonestaciones que muchos estudiantes (en particular dirigentes estudiantiles) recibieron a principios de año: tales amonestaciones lograron, además de los efectos anteriores, otros efectos muy importantes sobre los amonestados y su relación con sus compañeros.

La amonestación, por cierto, no logra estigmatizar al afectado, desubicándolo y aislándolo, como al portador de una peste. Es más, muchas veces genera entre ellos algún grado importante de solidaridad. Pero sí logra aislarlo en un aspecto específico, que es su participación en el "activo democrático", como se le llama en la Universidad. En su capacidad de convocar a ciertas prácticas, el estudiante amonestado tiene sí el estigma, por llamarlo de alguna manera, de ser portador del peligro. Más que eso, de ser portador de cierto tipo de prácticas que no constituyen hoy día lo cotidiano y lo normal, lo habitual en el resto de los estudiantes. Se sanciona, así, la diferenciación con respecto a la masa de los estudiantes y, con ello, se afecta la capacidad de convocatoria de quienes se diferencian. (Esto puede explicar incluso un hecho positivo, como es la tendencia que hoy día manifiestan muchos dirigentes estudiantiles a compartir lo más posible la vida cotidiana del resto de los estudiantes, buscando evitar o disminuir la diferenciación artificial, que se transforma rápidamente en un aislamiento político).

Un tercer tipo de castigo, con efectos parecidos al anterior, es el castigo entendido como descalificación del castigado. Me refiero aquí particularmente a la sanción administrativa que relega sin justificación ni explicación alguna: la sanción que "no necesita explicación" y que en sí misma define quién es culpable

y quién no es culpable (aparte, claro, del que dicta la sanción).

Este tipo de castigo va generando un efecto de erosión de bastante importancia sobre la capacidad de acción del movimiento estudiantil; el que ejerce la dominación, el que castiga, por el solo hecho de sancionar o castigar, comunica la existencia de terrenos no-permitidos; la sanción, entonces, se transforma en justificatoria de sí misma y perdura en el castigado: "ese hombre estuvo en terreno prohibido".

Debiéramos quizás discutir el efecto de otro tipo de castigo sobre los sectores opositores: me refiero al castigo que podríamos entender como humillación del que recibe la sanción. Recuerdo al respecto el caso, del cual formé parte, ocurrido a comienzos de 1980: la autoridad llamó a los principales dirigentes estudiantiles de ese momento, unos 20 ó 25, a firmar una carta-declaración de buena conducta futura, reconociendo en algún sentido el "pecado" anterior, y comprometiéndose a mantener una conducta posterior acorde con las nuevas reglas del juego y con los nuevos "principios morales y éticos que rigen la nueva vida universitaria".

Se pone, en este caso, al sancionado frente a una espada de doble filo: o decide no firmar, lo que acarrea su expulsión inmediata o la imposibilidad de matricularse -versión más sutil de lo mismo, pero la más común en la medida en que este tipo de sanciones se producen poco antes de iniciarse un nuevo año académico-, caso en el cual queda ante una imposibilidad real de defenderse (la expulsión misma ha despertado hasta ahora muy escasa solidaridad, ya sea por temor o bien porque requiere un grado muy alto de identificación que suele no existir en los momentos en que tales sanciones se aplican). O bien, que es lo más grave y que fue lo que efectivamente aconteció en el ejemplo que comento, es que el estudiante sancionado se decide a reconocer públicamente que va a "portarse bien", es decir, de modo conformista frente a la autoridad; y esto es, finalmente, la descalificación por humillación; es pretendidamente la demostración no tan sólo de la debilidad de hoy del sancionado, que lo obliga a firmar una carta de ese tipo, sino que también de la "inconsistencia" de su posición y de su alternativa más allá de este tipo de sanción. Incluso hay un efecto de "diferenciación" en el caso de la decisión de no firmar, que tiende a aislar a quien la adopta del resto de los estudiantes: esto es, ello pasa a ser la "demostración" de que aquél dirigente actúa según una lógica alternativista, quijotesca, alejada de la del común de los estudiantes, la solidaridad con la cual exige de una identificación radical, total, que está plenamente fuera de sus intereses cotidianos.

Finalmente, el último tipo de castigo que me interesaba destacar es el que podríamos denominar castigo masivo. En este caso, la lógica parece ser la de reconquistar para la autoridad, y hacer pública, su capacidad de mantenerse como estructura y controladora de la realidad social universitaria.

Citemos un caso: después de lo que sucede en 1980 en el Pedagógico de la U. de Chile, en el Campus Macul, donde se movilizan alrededor

de 5 5 6 mil estudiantes, se produce el desmantelamiento de ese campus y se producen una serie de medidas administrativas que significan, en la práctica, el despliegue de un poder absoluto ya no sólo sobre los dirigentes, sino sobre todo el estudiantado que participó en esa acción: la recuperación incluso de los pastos (1) por la autoridad, su esfuerzo por demostrar que mantiene la capacidad de suprimir Escuelas universitarias completas y transformar sus edificios en estacionamientos de automóviles, de destruir las oficinas de los centros de alumnos dejando en su lugar sitios baldíos, etc., buscan este tipo de aplastamiento masivo que se impone incluso sobre los símbolos. Se busca entonces manejar incluso la geografía como despliegue del poder, a fin de demostrar que mantiene la capacidad de dirección, de regir la vida, al punto de cambiar el espacio físico y las condiciones naturales en que se desarrollaba la vida universitaria anteriormente. Si a esto sumamos el conjunto de sanciones y de traslados de carreras, etc., se configura un tipo de castigo dirigido a todo el estudiantado unido a la advertencia -mejor aún: a la "demostración"- del poder y de la capacidad de manejar a su antojo la realidad que la autoridad mantiene.

Esos parecen ser, a mi modo de ver, los principales tipos de castigo que se han venido aplicando. Como decía en un comienzo, tales castigos tienen un doble objetivo: por una parte el de obstruir física y prácticamente la capacidad opositora; pero, por otro lado, el de establecer a través del castigado una relación de comunicación con el resto de los estudiantes, a través de la cual la autoridad envía mensajes de disciplinamiento y de subordinación. Es como si, a través del castigo de lo extraño, raro o ilícito, se buscara reafirmar una cotidianeidad en que estos actos están sin embargo insertos. A partir de la exclusión absoluta de lo marginal se busca ratificar lo "normal y cotidiano" que es, en este caso, el acatamiento.

2. Los mecanismos de incorporación

El segundo momento en el análisis del despliegue del poder me parece ha de centrarse en los mecanismos incorporativos que éste ha venido extendiendo.

El primero, y el más obvio de ellos, es naturalmente la invitación que se hace al estudiante a acceder a una integración disciplinada al orden establecido, con la recompensa de llegar a constituir parte de la élite. En palabras recientes del Rector de la U. de Chile, General Medina Lois, la misión de la Universidad es generar élités, y la misión de la Universidad hoy día es formar los estudiantes que han de constituir la élite de la sociedad que las Fuerzas Armadas están construyendo. En concreto, hay una invitación a una integración privilegiada al sistema.

Más que la capacidad de convencimiento que tenga esta invitación que a mi entender no es muy alta, me parece interesante destacar en este tipo de mecanismo la definición, implícita en ella, del invitado. Porque aquí no se llama, ni se convoca, un movimiento estudiantil a apoyar activamente el sistema que se está creando; al contrario,

se llama al estudiante individual, a una incorporación también individual que asume la forma de una "inversión a futuro". Esto tiende a desmentir a quienes piensan que ha habido un "fracaso relativo" de la estrategia dominante en la Universidad, por el hecho de no concitar un apoyo activo de los estudiantes para el desarrollo de ciertas actividades: a mi modo de ver, éste no ha sido en absoluto el objetivo del régimen. Es más: si se analizan las cifras de la última votación en la FECECH para tomar sólo el caso de la Universidad de Chile, vemos que se logró un 50% de abstención; personalmente pienso que la autoridad universitaria está muy lejos de preocuparse al respecto, y que no le interesa mayormente que haya un 50% de estudiantes que no se preocupan respecto a la institucionalidad que se ha creado; incluso, me parece, ha de preocuparles mucho más el hecho de que haya aún otro 50% de estudiantes que todavía vayan a votar...

El segundo tipo de mecanismos incorporativos es mucho menos explícito pero, a mi juicio, mucho más eficaz. Ellos se asientan en la propia dinámica reproductiva de la realidad impuesta, de cierta vida universitaria y ciertas condiciones en que ella se desenvuelve, que han sido impuestas y de allí en adelante conforman la situación en que se desarrolla la práctica de los sujetos sociales: son las condiciones en las que el estudiante es forzado a participar cotidianamente que, por sí mismas, van generando efectos de incorporación. Quisiera citar algunos ejemplos de estos mecanismos de incorporación, derivados de la dinámica reproductiva de la realidad misma en que se desenvuelve actualmente el estudiante.

Un primer ejemplo se refiere a la competitividad, a cómo ella se fomenta a través de las reglas mismas. A veces se da a entender que los estudiantes (pongamos aquí alternativamente: los jóvenes, las mujeres, los obreros, etc.) con inducidos a la competitividad a través de un conjunto de "canales" ideológicos, en particular de los medios de comunicación de masas, etc.. Ciertamente uno no va a afirmar que los medios de comunicación en el Chile de hoy buscan desarrollar entre los habitantes la solidaridad, la fraternidad o la justicia. Sin embargo, no parece ir por allí la principal fortaleza con que cuenta la ideología oficial, sino, más bien, por el hecho de que se impone una realidad cuyas reglas obligan, en la práctica, a competir; éses, más que el mensaje explícito, es el principal factor que genera conductas "competitivas". En las Escuelas de Economía, por el hecho de utilizarse un sistema de evaluación basado en la media aritmética, está de hecho establecido que una determinada cantidad de alumnos reprueba por el hecho de que otros aprueban: hay entonces una obligación de competir, incluso como necesidad darwiniana de supervivencia. No se trata entonces tanto de lo que a uno le hablen sobre las ventajas de la competencia, sino del hecho de que uno se ve obligado a competir y esa conducta pasa a ser casi un dato de la realidad misma; porque la realidad la define la autoridad.

Otro ejemplo se refiere a la limitación de espacio para lo colectivo, que, a mi entender, es extremadamente importante. Esto se refiere a lo siguiente: la posibilidad de triunfar en un conflicto universitario (y muy probablemente esto se aplica a otras esferas

de la vida social en el Chile de hoy) muchas veces -las más de las veces- no depende tanto de la capacidad de presionar colectivamente sino que la autoridad estimula la presentación individual de los conflictos y demandas. Muchas veces las autoridades universitarias se resisten a recibir representantes de los estudiantes, y prefieren en cambio la conversación uno a uno para discutir los problemas. La práctica colectiva va perdiendo entonces eficacia y sentido, va perdiendo necesidad para los estudiantes. Tiende entonces a ir siendo desplazada como forma de actualizar los conflictos o de ganar reivindicaciones. Esto es importante, porque va reduciendo el espacio de lo colectivo, en la definición de las conductas, a los espacios marginales.

Un tercer aspecto se refiere a la parcelación de la comunicación entre los estudiantes. Esto no ocurre tanto por el hecho de que se prohíba el pensamiento o la comunicación de determinados contenidos, más allá de lo que atañe específicamente a la condición de estudiante (lo que ciertamente también ocurre), sino sobre todo por la sobrecarga de ciertas dimensiones, que hacen que los aspectos "extra-curriculares" sean cada vez más tangenciales; la sobrecarga académica, y otros mecanismos pensados para consumir el tiempo libre en forma "sana" (es decir sin consecuencias para la autoridad) cumple esta función. Se adecúa así la participación de cada individuo al rol que se está ejerciendo, y se lo centra fundamentalmente en el ejercicio de ese rol. Es la "utopía" de transformar la Universidad en una organización donde cada actor desempeña un rol y donde, por tanto, los conflictos no son más que cuestiones técnicas a resolver entre los roles.

Está, por último, el aspecto de la introducción de una racionalidad mercantil en la vida cotidiana (que, en el caso universitario al menos, alcanza una relevancia notable). Se trata aquí de una perspectiva que reduce al otro a la condición de mero instrumento; es la instrumentalización tanto del espacio en que Yo coexistió con el Otro, como también de la persona misma del Otro. Se trata de la reducción de las comunicaciones y las relaciones intersubjetivas a meras relaciones funcionales y de "mutuo provecho", lo que también va generando aislamiento, en contra de la posibilidad de una práctica colectiva.

Estos son, me parece, algunos de los aspectos claves de los mecanismos de incorporación que el sistema ofrece a los estudiantes, a través de la Universidad, sus normas, autoridades y procesos actuales. ¿Cuál es el significado clave de todos ellos, y de los mecanismos de castigo?

Creo que, a través de estos mecanismos de castigo y de estos mecanismos incorporativos, lo que se logra no es tanto una redefinición de ciertas pautas institucionales para la resolución de conflictos, sino por sobre todo, se configura un cambio sustancial en los principios de constitución de los sujetos (en este caso, del movimiento estudiantil).

Eso es lo clave, a mi juicio.

La nueva dominación transforma a los sujetos que actúan en el escenario; en la Universidad, la nueva dominación transforma al

movimiento estudiantil. No está preocupada tanto de transformar instituciones, como sujetos. Frente al asunto de la institucionalización de la participación estudiantil, por ejemplo, esto no está resuelto, está aún sujeto a discusión, tanto en el caso de la FECECH como de la FEUC ; tampoco hay resolución clara hasta ahora en el caso del Consejo Superior Estudiantil de la Universidad Técnica. Entre quienes rigen la Universidad no existe aún un consenso para enfrentar estas cuestiones; más bien, ellas aparecen subordinadas a la necesidad de restringir otro tipo de levantamientos o movilizaciones que van realizando los estudiantes.

La ausencia de énfasis en la institucionalización de este tipo de mecanismos de participación o de procesamiento de los conflictos, frente a la presencia relevante del otro tipo de mecanismos a que hemos hecho referencia (de castigo y de incorporación) llevaría a plantear, desde el estudio del caso concreto, una hipótesis de interpretación más general: es decir, que la dimensión clave para comprender las nuevas formas de dominación es entender que ellas no se configuran tanto como un conjunto de mediaciones entre los grupos y la autoridad, sino más bien como una transformación de la relación entre la totalidad y el individuo (en este caso, por ejemplo, entre el estudiante y el sistema universitario y/o el sistema laboral al cual se va a incorporar). Cabría discutir si esto es válido en otras instancias de la sociedad y, más en general, en el conjunto: esto es, si la nueva pauta de la dominación, o los intentos de reestructurarla, se centran en el problema de la edificación de nuevas formas institucionales de mediación, entre los grupos sociales (la sociedad civil, o como se llame) y el Estado, o si se centra fundamentalmente en un intento de reestructurar los principios de constitución de los grupos sociales mismos, con el objetivo, incluso, de llegar progresivamente a hacer innecesaria la mediación entre el individuo y la totalidad. Es decir, si estamos en presencia de un nuevo "sistema político" que está emergiendo o si, por el contrario, se trata de la imposición de nuevos principios constitutivos de los grupos y las clases sociales.

Este era el punto que yo quería poner en la discusión.

NOTAS

- (1) Los pastos centrales, es decir los jardines centrales del Campus, principalmente prados, fueron el escenario democrático elegido por los estudiantes para la realización de sus Asambleas y foros. Este "ágora" estudiantil fue recuperado por la autoridad incluso físicamente, cercándolo con alambres de púas.

Debate

(Mañana del 10 de Julio)

M. SCHKOLNIK

Creo que la interpretación que hace M.A. Garretón de los cambios en el sistema político es también aplicable al plano económico; y vuelvo a una discusión sostenida anteriormente.

En efecto, si el análisis se queda en el plano estrictamente estructural, perfectamente puede concluirse que nada ha cambiado en la economía chilena. Pero el problema, a mi juicio, no está allí: los cambios importantes se encuentran en la racionalidad, en la lógica de funcionamiento del sistema económico; lo que es mucho más importante que puntos más, puntos menos en las estructuras industrial, minera o agrícola. Una misma estructura puede ser manejada con criterios radicalmente diferentes; y lo que ha ocurrido, precisamente, es que, más allá de los cambios estructurales, se modificó la racionalidad de las políticas y herramientas económicas, de la función estatal, de los agentes económicos, etc.. Es esto -el estilo de desarrollo- lo que hay que identificar, porque es absolutamente nuevo en comparación a lo que hubo hasta 1973.

RAFAEL ECHEVERRIA

Quiero insistir en la misma línea. Creo que si salimos de acá con la sensación que después de 8 años de autoritarismo las cosas están relativamente igual a como estaban antes del golpe, va a ser la expresión más clara de la "demencia ideológica" de la que hablaba Aníbal Pinto. Sería un error muy serio sacar consecuencias que de algún modo están contradichas por una experiencia bastante profunda de cambios que se han vivido estos últimos años.

Cuando se habla de refundación capitalista tenemos que partir de la base que esa refundación opera en un régimen capitalista, y por lo tanto hay muchos elementos que tienen que mantenerse como tales: no estamos en la constitución de un régimen capitalista a partir de un modo de producción de otra índole, y muchos componentes estructurales del sistema previo se reencuentran por lo tanto hoy día. Pero es evidente que hay elementos que son importantísimos y que son nuevos, más allá del reconocimiento de los componentes estructurales. Hay, por un lado, una lógica de desarrollo del país distinta a la de antes. Cuando se trata de aminorar este cambio por el hecho de que el capitalista cierra la empresa y se mete en la financiera, pero sigue siendo el mismo, ¿qué alternativa queremos buscar? ¡Si eso ya implica un cambio bastante espectacular! que sean las mismas personas, pero en una lógica económica distinta, no es fundamental. En la lógica de dominación, donde apuntaba M.A. Garretón, yo creo que también se puede percibir cambios demasiado importantes como para pasarlos por alto.

Tanto por la vía de un aborto de las tendencias de desarrollo que el régimen espera, como por la vía del colapso del orden actual, nos encontramos en un orden, en una sociedad que, de ninguna forma, es la que encontrábamos hace 10 años atrás. Esto me parece demasiado evidente como para pensar que pequeñas

alteraciones permitirían retrotraernos a una situación que, a mi modo de ver, es absolutamente imposible de recrear. Estábamos en un régimen capitalista antes y ha habido una refundación del capitalismo en Chile, con elementos demasiado claros y distintos como para negar la importancia del cambio.

Es indudable que el problema de la refundación capitalista se le suele ver como un antecedente importante para plantear la refundación al interior de la izquierda, al interior de los partidos políticos. Evidentemente hay allí una conexión significativa. Porque un elemento también decisivo del orden político-social actual es el hecho de la crisis de un esquema político popular, con la base en un fracaso histórico previo. Y aquí, como en la economía y en la sociedad chilena en su totalidad, están vivas también las fuerzas de la persistencia.

CARLOS PORTALES

Me parece que la discusión está cayendo en un cierto esquematismo entre el "viejo orden" vs. "nuevo orden". Me pregunto: ¿por qué tiene que haber "orden"? Es cierto que podemos definir el mundo chileno anterior a 1973 como un orden, con su sistema económico y político, etc., en que todo funcionaba de un modo relativamente regular. Hoy día no estamos viviendo en ese mismo escenario anterior. Han ocurrido transformaciones, que aunque no modifiquen el modo de producción, son muy importantes.

Pero correríamos también un riesgo serio si interpretáramos que aquí se está estructurando y cristalizando un nuevo orden en el mismo sentido del antiguo. ¿Por qué tiene que haber tantos órdenes, cuando la experiencia latinoamericana es de desórdenes permanentes? Tenemos que salir un poco de nuestra experiencia, donde todo estaba tan estructurado (ordenamiento del sistema económico, funcionamiento del sistema político, etc.), para ver lo que es la experiencia no sólo de América Latina sino de todo el Tercer Mundo, donde la situación de desorden, de inestabilidad y de cambio es permanente. ¿Por qué digo esto?. Yo creo que es cierto que hay un intento de refundación capitalista y que los efectos de la acción del Estado sobre la sociedad son muy profundos. Ahora, donde tengo mis prevenciones es que esto se vaya a constituir en un orden, y que tenga algún sentido en esta dirección el llamado proceso de institucionalización.

El proceso de institucionalización es, a mi juicio, la gran cuadratura del círculo. Si uno mira la Constitución que regirá desde 1989, el problema que hay no es cómo se eligen las autoridades, sino que las autoridades que se elijan no tienen nada sustantivo que decidir. En este sentido hay una continuidad autoritaria muy fuerte que puede llevar a una institucionalización, pero a una institucionalización muy precaria. Hay que tener presente que el rol de la fuerza está siempre detrás, aunque con manifestaciones más sutiles. En este sentido, si no tenemos un nuevo orden estructurado -y yo creo que esta Constitución no da lugar, ni ahora ni en 10 años más, a un nuevo orden político- entonces entramos a un proceso en el cual el modo de dominación siempre va a estar afecto a crisis.

Me parece, por último -y esto por una alusión que hacía M.A. Garretón respecto al régimen brasileiro- que es bastante difícil que este tipo de regímenes surgido de una concentración del poder político puedan dar origen a un sistema político inclusivo. Si uno analiza con cuidado lo que está ocurriendo hoy en Brasil se

encuentra, por una parte, con un intento de crear un nuevo sistema político en base a las fuerzas del nuevo régimen pero, por otro lado, con la arremetida por todas partes de los viejos políticos y de las nuevas fuerzas sociales emergentes lo que hace que el sistema de transformaciones políticas sea absolutamente precario: por lo tanto, es bastante posible que, en vez de producirse una institucionalización de este régimen "aperturista" se produzca una regresión autoritaria, o se llegue a un sistema de crisis recurrentes.

Con lo cual termino diciendo que creo que tendríamos que centrarnos en estos procesos más en términos de crisis que de órdenes, sean estos "viejos" o "nuevos".

JOSÉ BENGUA

Parece evidente la necesidad de precisar lo que hemos denominado "nuevo escenario". Y, para esto, nos encontramos con problemas de instrumental: en el plano económico-social más o menos se pueden medir los cambios ocurridos, pero a nivel político y cultural resulta casi imposible; y es aquí, en este nivel más que en el estructural, donde se aprecian los cambios más profundos.

Dicho eso, quisiera anotar cuatro puntos que abundan sobre la argumentación a favor de un escenario económico social distinto:

1. Se ha producido un salto en la concentración del capital, un proceso de "privatización" del Estado y de constitución de grandes conglomerados económicos, lo que constituye una mutación cualitativa en la estructura económico-social chilena.
2. Otro punto, generalmente no tocado -y ésta no ha sido la excepción- es el de la agudización extrema de la dependencia, que se ha realizado últimamente por la vía financiera.
3. Un fenómeno muy importante que hay que agregar es la ampliación del espacio económico del capital privado mediante la generalización de relaciones capitalistas en la agricultura.
4. Por último, creo importante considerar un fenómeno que se mueve en la frontera entre lo ideológico y lo económico, como es la transnacionalización de las pautas de consumo.

ALVARO GARCIA

Estoy un poco confundido. Entendía que había un relativo acuerdo de que sí habían ocurrido cambios estructurales profundos, que a lo mejor no se habían consolidado y que no se habían descubierto las formas de reproducir; pero de que existía el cambio, parecía obvio. Luego, no sé en qué momento, se partió suponiendo que los cambios estructurales no eran tan profundos. Entonces, yo quisiera sumarle más puntos a la lista que recién dió J. Bengua para tender a demostrar de que sí han habido cambios estructurales profundos y que ellos tienen un gran impacto sobre la estructura social. El que hoy día no sea tan obvio en términos de la composición de clases sociales obedece fundamentalmente al hecho que el modelo como tal aún no logra reproducirse, y por lo tanto, aún mantiene, en términos de su estructura productiva, muchos rasgos del patrón

de acumulación anterior.

Una de las clave es bique Aníbal Pinto llamó "crecimiento hacia afuera" vs. "crecimiento hacia adentro", y el carácter excluyente que el primer tipo de crecimiento impone a la economía. En la medida que el crecimiento se dirigía hacia adentro, había siempre una necesidad -por el problema de la realización de plusvalía- de contar con un mercado nacional, lo que requería integrar al sistema a amplias masas: En la medida que el modelo crezca hacia afuera, el problema de la marginación de esas masas más deja de ser tal, desde el "punto de vista económico".

Un segundo aspecto que acompaña a lo anterior es el rol que le cabe a los distintos sectores productivos que, como lo señaló J.A. Valenzuela, han ido transformando su importancia relativa en la estructura económica: vemos un decrecimiento del sector industrial, una baja en general de lo que sea productivo y un aumento paralelo de todo lo que sea prestación de servicios. Esto evidentemente tiene un correlato en la composición de las clases sociales: una disminución del tamaño de la clase obrera y un aumento del tamaño de los grupos asociados al sector servicios y, sobre todo en esta coyuntura, de los grupos relativamente marginados del sistema de producción capitalista, que tienen una enorme importancia en la estructura social chilena.

Por último, este proceso de crecimiento del sector terciario o de servicios ha tendido a integrar en la estructura productiva a los distintos agentes económicos y sociales en una forma diferente y, por lo tanto, a transformar el tipo de reivindicaciones e intereses de algunos agentes sociales. Por sobre todo, ha tendido a atomizar las reivindicaciones de diversos grupos, y en forma creciente, ha tendido a cooptar a grupos medios en términos de comprometer sus posibilidades de éxito económico con las posibilidades de éxito del modelo, no vía "chorreo", sino vía tipo de actividades económicas que estos grupos están desarrollando.

Y, por último, un cuarto elemento característico de la actual estructura económica (y que tiene un importante impacto sobre la estructura social) es el proceso de privatización y concentración del capital. No sólo porque produce ciertas transformaciones al interior del bloque dominante, sino además porque los grupos privados tienden a trasladar hacia ellos mismos parte de los conflictos que antes desarrollaban con el Estado. Aunque aún ciertos grupos sociales -especialmente la clase trabajadora- vean en el Estado su principal antagonista, en forma creciente la resolución de los conflictos reivindicativos -que son los únicos permitidos- se realiza en términos privados.

EUGENIO TIRONI

Hemos presenciado una fuerte repechada de la tesis de los cambios, de la "dimensión fundacional", del "huevo escenario". Por mi parte, me quisiera sumar a esta arremetida.

Para evaluar las modificaciones que han habido en la sociedad chilena, así como su perdurabilidad, es preciso mirar las cosas desde una perspectiva totalizadora, si así se la puede llamar. Me explico. Si se procede a diseccionar para descubrir lo ocurrido en cada esfera particular del país, concluiremos que los cambios han sido irrelevantes; porque -en efecto- los chilenos seguimos siendo los mismos, los obreros siguen siendo los mismos, los grupos económicos

siguen siendo los mismos, los recursos naturales siguen siendo los mismos, etc.,. Pero no creo que este aquí el punto: las partes, en definitiva, siguen siendo las mismas; lo que se ha modificado radicalmente es su armazón, el modo como se ordenan; y ésto es lo que interesa. Es probable que esta nueva armazón, este nuevo orden proyectado por el régimen no corresponde a lo deseado por sus diseñadores; pero es evidente que poco tiene que ver con el armazón y el orden previo a 1973, al menos miradas las cosas desde esta distancia. Tiene mucho sentido, por lo tanto, aquella afirmación de M.A. Garretón sobre la destrucción de la "columna vertebral" de la sociedad chilena.

Otro comentario de detalle. Creo que se cae en un error al evaluar la política económica exclusivamente desde el punto de vista de sus efectos económicos, aunque esto suene a paradoja. De hecho, el efecto más perdurable del modelo económico radica, a mi juicio, en el campo político-ideológico; en el efecto que ha tenido sobre las conductas culturales, sociales y políticas. Es por esto que se puede encontrar medidas de política económica que son disfuncionales a la propia estrategia de crecimiento trazada, como la mantención del tipo de cambio. Ocurre, sin embargo, que ellas son funcionales a ciertos objetivos de tipo político, como es en este caso la consolidación del proceso de concentración económica en grandes grupos privados. Es imposible, por lo tanto, entender y evaluar la conducción económica sin incorporar al análisis los efectos políticos de la misma, que en este caso son más o menos obvios.

JORGE VERGARA

El curso seguido por la discusión revela la crisis de lo que era nuestro modo habitual de entender las sociedades: un cimiento que era la estructura económica, un primer piso en la estructura social, un segundo piso en el sistema político, y así para arriba en un edificio por lo demás perfecto, del que conocíamos no sólo su estructura, sino también su funcionamiento. ¿Qué ha ocurrido? que no sabemos cuál es el cimiento, ni qué pisos van primero y cuáles segundo y tercero, ni cuál es la estructura y cuál el funcionamiento. Dicho esto quisiera referirme a algunos puntos del debate.

Me parece importante destacar que se ha producido una reestructuración de la clase dominante chilena: ésta, en efecto, se ha modernizado y transnacionalizado, tanto ideológica como materialmente; y ha intentado desde el Estado imponer un nuevo estilo de desarrollo. Es obvio que esto no lo ha conseguido del todo -como alguna vez nosotros mismos lo supimos-; pero es obvio también que aquel "Estado de compromiso" anterior a 1973 ya no pervive, y que el Estado actual es un mero instrumento de poder de esta clase dominante modernizada y transnacionalizada. Si a esto sumamos la nueva direccionalidad impuesta al desarrollo económico, la destrucción y disciplinamiento de los movimientos sociales, tenemos ya cambios lo suficientemente relevantes como para hablar -con la debida prudencia, por supuesto- de un nuevo escenario.

GERMAN BRAVO

Detrás de las tesis del predominio del "viejo orden" o del predominio del "nuevo orden" hay una apuesta sobre la capacidad de consolidación del actual modelo económico. La afirmación que los cambios no son fundamentales y que no han transformado la médula de la sociedad se funda en realidad en la

idea que el modelo no va a desplegar una nueva forma de desarrollo económico, y no podrá crear -por ende- nuevos actores sociales y políticos. Tras el planteo del "huevo orden", por el contrario, se percibe la apuesta a que el régimen, con el tiempo que dispone, puede consolidar el modelo económico y crear su correlato en nuevos actores sociales y políticos. En estos dos planteamientos yo veo más una visión proyectiva que un análisis del escenario actual.

Cobra importancia, por lo tanto, lo señalado antes por C. Portales: la posibilidad de analizar la situación no desde un "orden" perdido o alcanzado, sino desde el punto de vista de las crisis (quizás recurrentes), de las contradicciones, entre sujetos nuevos y viejos; aceptar en definitiva, la existencia de una sociedad escindida en cada una de sus partes, y que no acepta por lo tanto ser aprehendida por afirmaciones totalizantes.

II.
LA REPRESENTACION
DEL PAIS:
CRISIS DE UN DISCURSO
POLITICO

Frente a la percepción de un proyecto de transformaciones que -exitoso o no- se impone desde el Estado sin enfrentar aparentemente obstáculos serios, se impone la necesidad de... "aquilatar la crisis actual del movimiento político popular. Proponemos a este respecto diferenciar tres planos relacionados para el tratamiento de este punto:

1. En primer lugar, evaluar la existencia o no de una crisis efectiva del movimiento popular chileno histórico: de su relación orgánica con el movimiento de masas, de sus orientaciones estratégicas generales (cuadro de alianzas, propuestas programáticas, etc.), de sus modos de hacer política. Esto exige una visión crítica del desarrollo histórico del movimiento popular chileno, de los principales determinantes de su expansión y retrocesos, de sus propuestas nacionales, de sus formas orgánicas principales (partidos de clase, frentes populares, movimientos nacional-populares, etc.), y una contratación de esa experiencia histórica con el actual escenario nacional. ¿Qué permanece y qué resulta superado, del curso histórico del movimiento popular chileno y sus principales expresiones, en el actual cuadro económico, social y político chileno?
2. En segundo lugar, evaluar frente a los nuevos avances en el pensamiento social lo que han sido las respuestas tradicionales del movimiento popular en Chile para la caracterización de nuestra sociedad y de su historia. Evaluar, por decirlo así, lo que ha sido su "paradigma básico" de interpretación de la sociedad y someterlo a una crítica sistemática desde el punto de vista de los problemas que enfrentamos hoy en Chile.

Interesa particularmente, en este aspecto, discutir el problema de la relación entre economía y política, del papel de una y otra en la constitución del orden social y de las derivaciones ideológicas y prácticas del determinismo ortodoxo (en el plano de la definición de las clases y de sus alianzas, del Estado y sus formas y de la relación entre expresión política y movimiento social). Interesa, al mismo tiempo, articular esta discusión esencialmente teórica con la discusión precedente, poniendo en cuestión la forma tradicional que ha tenido el discurso contestatario de representar la historia de la sociedad chilena y del movimiento popular en ella. ¿Cuál ha sido el "paradigma básico" que ha predominado en la teoría y la convicción ideológica del movimiento popular chileno? ¿Qué problemas sustanciales de hoy no deja ver ese paradigma, qué problemas parecen deformados a través de su lectura? ¿Cómo se refleja ese paradigma en nuestra representación de lo que ha sido la historia nacional, incluido en ella obviamente la representación que ha contribuido a formar la historiografía alternativa?

3. En tercer lugar, parece necesario abordar el estudio de algunas cuestiones que han quedado tradicionalmente fuera de este discurso teórico en razón, justamente, del "exceso de respuestas" ideológicas que él entrega: el problema del mercado y las necesidades, dejado de lado por la teoría marxista en la medida que considera al primero sólo como una instancia económica determinada por la producción (sin considerarla al mismo tiempo como productora de sentidos) y a las segundas simplemente como una medida relativa de las necesidades de reproducción de las relaciones sociales dominantes; el problema del cristianismo, la religión y el humanismo, vistos tradicionalmente como un residuo metafísico expresivo de una conciencia de clase atrasada o mística; el "hechismo" de la teoría marxista, en realidad, ha llevado a definir a los actores sociales a partir de su concepción de la totalidad social; el actor, en consecuencia, no tiene existencia independiente más allá del libreto

establecido por el sistema de relaciones en que se inserta. De allí que los problemas relativos a la individualidad, a la corporación, a la asociación, etc., sólo han entrado en su discurso como mediaciones o tanques a través de los cuales se representan las relaciones fundamentales, las relaciones entre las clases. Si se consideran sin embargo las transformaciones ocurridas en la sociedad chilena, y el peso que los factores no ligados directamente a la producción de mercancías han adquirido en la constitución de los sujetos sociales y en la vida cotidiana de las personas, es evidente la necesidad de dar cuenta teóricamente del conjunto de los mecanismos de producción social de sentido y de la legalidad que los preside: ¿son estos mecanismos -el mercado, el lenguaje, la cultura, la organización de la libido, etc.- contribuyentes a un proceso de socialización de las relaciones sociales o, por el contrario, manifiestan una tendencia unívoca hacia la atomización de la vida social? ¿Existe en ellos -como en la producción- un movimiento doble de diferenciación (individualización) e integración (socialización)? ¿La masificación del consumo y las necesidades, de los valores y la cultura, etc., ¿tienden a reforzar la atomización o la socialización de las relaciones sociales? ¿Existe un punto crítico más allá del cual el proceso de masificación favorece un cambio de calidad en la conciencia colectiva? ¿Cuáles son las tendencias inherentes a esos mecanismos de producción social de sentido en las que puede afirmarse un movimiento de positividad, de superación del movimiento de hacia la "muchedumbre solitaria", por un movimiento hacia la autogestión de las relaciones sociales?"

4. "En este contexto, proponemos debatir en cuarto lugar acerca de los requisitos de un sujeto": capaz de articular la integración y movilización de las clases populares en las nuevas condiciones nacionales.

Se trataría aquí de vincular el análisis precedente de las condiciones objetivas de la nueva realidad chilena, sintetizando lo políticamente esencial del diagnóstico, con el problema de la organización y representación de las clases populares sobre el plano nacional, es decir, con el problema de las condiciones subjetivas para un movimiento de transformación y superación del cuadro sociopolítico actual. Esto exige una lectura de síntesis política del diagnóstico, capaz de distinguir el punto nodal cuya transformación acarrearía un efecto multiplicador en el desarrollo de una alternativa; y, al mismo tiempo, un boceto de las principales exigencias que se imponen, a partir de esa identificación, al sujeto que busque encarar su gestación.

En el último tiempo, ha venido tomando cuerpo una discusión que parece plantear una falsa alternativa: por una parte aparecen quienes afirman el nacimiento de nuevos movimientos sociales (o una transformación en el carácter de los antiguos movimientos, o el surgimiento de nuevas prácticas de lucha en el seno de ellos), frente a lo cual existiría un movimiento político inadecuado e incapaz de recoger esas nuevas prácticas e integrarlas en una política coherente de representación o impulso. De otra parte, quienes afirman que el resurgimiento de prácticas de lucha social (o el desarrollo de movimientos sociales de nuevo carácter, etc.) es principalmente obra del movimiento político que ha actuado como su verdadero motor y cicatr. Para unos entonces aparecería la necesidad de adecuar el movimiento político al nuevo movimiento social, para los otros incrementar la eficacia del movimiento político logrando que el movimiento social se adecúe a su dinámica e impulso.

Cualquiera sea el caso, unos y otros parecen concordar en el hecho de que existe una inadecuación entre uno y otro nivel del movimiento popular, que esta

inadecuación es la que impide u obstaculiza el avance del movimiento en su conjunto, y que ambos niveles son imprescindibles y recíprocamente dependientes en el desarrollo de una alternativa. Esto significa que es necesario someter a interrogación principalmente las formas históricas de articulación entre un nivel y otro en la identificación del aspecto nodal del diagnóstico y en la caracterización del sujeto alternativo. Ahora bien, ¿cuáles han sido estas formas históricas de articulación? ¿En qué medida ellas se ven afectadas por las transformaciones ocurridas en la sociedad chilena en estos años? ¿Cuál es el terreno fundamental de "la política" en estas nuevas condiciones? ¿Cómo articula la autonomía del movimiento social con su representación política general, cuál es el tipo de acción principal para desarrollar una sintonía entre ambos niveles del movimiento y en consecuencia una recíproca alimentación de sus niveles expresivos?"

(De la Convocatoria al Seminario, abril de 1981)

1. EL MARCO DE LA CRISIS

EL MARCO DE LA CENICIENTA

Inventario

Eugenio Tironi

El problema es demasiado próximo como para poder tratarlo con la objetividad necesaria. Se trata de la crisis del marco teórico-programático de nuestra Izquierda; o, de otro modo, de la crisis de nuestro marxismo; y también, de la crisis de ese conjunto indefinible de convicciones que sostenían nuestra voluntad y nuestro discurso. De aquí el carácter de estas Notas, que no persiguen sino inventariar algunos de los elementos que forman parte de este fenómeno; o que lo ponen en evidencia; o que lo estimulan. El objetivo no es otro que el provocar una discusión ya ineludible entre nosotros.

I.

Para partir desde algún lado, recordemos una obviedad: en todo orden de cosas resulta indispensable contar con un punto de partida seguro. Sin ello, no parece posible construir nada sólido y, mucho menos, algo convincente.

En el plano de las llamadas ciencias sociales ese punto de partida está normalmente constituido por un determinado cuerpo teórico (para denominarlo de algún modo) compuesto de conceptos, categorías, metodologías, instrumentos de análisis, indicadores, etc.; así como de un conjunto acumulado de información y análisis. En nuestro caso, ese cuerpo teórico estaba constituido por el marxismo y su trayectoria (especialmente leninista), acompañado de un análisis histórico concreto tributario de las teorías cepalianas. A su vez, ese cuerpo teórico estaba asociado -como ocurre siempre- a un complejo universo de convicciones éticas y políticas puestas fuera de toda duda.

Nuestro problema más agudo, hoy por hoy, es el de la ausencia de un punto de partida o, si se quiere, el de la crisis o desintegración del punto de partida desde el que nos desplegamos en el pasado. No se encuentra desde dónde ni sobre qué fundar una crítica sólida a la realidad actual, y diseñar a la par una alternativa convincente.

El recurso a los "clásicos" resulta por lo menos insuficiente: en su nombre se han cometido demasiados desmenes; las interpretaciones lecturas son tan diversas que ya no son más punto de unidad; y como se ha comprobado, ellos no dan muchas luces para el diseño de alternativas históricas concretas. El resultado no es mejor si se recurre como punto de partida a nuestra propia historia o a otras experiencias: la nuestra desembocó en un fracaso gigantesco, por lo que no convence sino como recurso mitológico; y aquella historia heroica de otras latitudes no pasa un día sin que nos inunde de nuevas desilusiones.

Sentimos cada vez más el frío -y otros la vergüenza- de la desnudez. Carecemos de ese cuerpo teórico y de esas convicciones incommovibles, protectores, fundantes. En el campo de las ciencias sociales se ha institucionalizado en cambio la sospecha y el eclecticismo que se enmascara a veces en un empiricismo casi irracional, hasta que la desnudez -o la vergüenza- vuelve a aparecer. En el campo político, todo esto parece determinar la retirada de una cierta mística de la voluntad a toda prueba, de esa política tan lindante con el autoritarismo; todo lo cual nacía de la ilusión de ser depositarios de "la verdad": efectos benéficos, sin duda, pero evidentemente pobres si lo que desea al configurar una latervativa para el país.

por primera vez en muchas décadas el pensamiento teórico y político progresista, de Izquierda, se encuentra en Chile a la defensiva o, más todavía, contra el paredón. (Y en el paredón no solamente por la amenaza de algunos fusiles como por la amenaza de sus propios fantasmas: sus "clásicos" y su historia).

Digamos pues que la derrota ha sido profunda; que se ha internalizado; que parece reproducirse. Y que su reversión tiene quizás como detonante un ajuste de cuentas con nuestros propios fantasmas y la reconstrucción del ideal, de la teoría, del pensamiento y del programa de la Izquierda.

De todo esto existe una conciencia cada vez más profunda y extendida. La experiencia nuestra -la de Chile- ha sido demasiado intensa como para que alguien pueda dejarla de lado para apelar a "modelos" importados; la trayectoria de pensamiento anterior nos condujo a una derrota demasiado dramática como para que alguien se imagine que se trata sólo de retomarla.

Definitivamente, el dogmatismo de cualquier especie, la modelística, el sectarismo y el fanatismo político son fenómenos que pierden sostenedores. Esta es la virtualidad de esta crisis por la que atravesamos parece: un despertar lento, pero implacable. Desde ya, nuevas convicciones han venido tomando el lugar de las antiguas, y muchas de estas últimas se han rejuvenecido y renovado.

II.

Para aproximarse al Inventario anunciado hay que dejar desde ya establecidas dos cosas. La primera, que en este caso al menos, es imposible separar en el análisis lo que hemos llamado cuerpo teórico, por un lado, y convicciones, por el otro: de hecho, las crisis de ambos tienen orígenes comunes y su superación supondrá necesariamente procesos paralelos. Y la segunda, que tras esta crisis teórico-política de la Izquierda lo que hay son fenómenos históricos, y sólo en estos se pueden comprender su causa y desarrollo.

Hay por lo menos seis grandes fenómenos históricos tras la actual crisis teórico-política de la Izquierda:

1. La crisis de 1973, con su efecto sobre la credibilidad de la Izquierda. Importantes sectores el pueblo chileno, por lo demás, guardan un recuerdo traumático del período 70-73 -no importan, para el caso, los motivos-. Esto plantea la necesidad inescapable de una evaluación que dé cuenta racional de ese período y funde bases para la reconstrucción de la credibilidad perdida.

2. El desarrollo de una práctica política (y vital) de izquierda que, acorde a las circunstancias históricas y a la nueva priorización de las demandas populares, se ha articulado objetivamente en torno a banderas por lo menos inusuales para la izquierda y organizado bajo una institucionalidad que no controla: todo esto en condiciones absolutamente hostiles, y enfrentada a un diálogo ineludible con otros sectores opositores, antaño vistos como parte de un universo enteramente alternativo. Todo esto acarrea efectos importantes, como por ejemplo:

- i) Se verifica una integración de la Izquierda a la acción de las iglesias y a su discurso crítico basado en los Derechos Humanos;
- ii) en el plano político, se asume una postura humanista, democrática y marcadamente antieconomicista, muy coincidente con el planteo democrático-liberal clásico;
- iii) en el plano de la crítica económica se adopta como propia una postura desarrollista ciertamente más eficaz para tal fin que el empleo de un "marxismo crudo";
- iv) se entra a reinterpretar la historia de Chile y la participación en ella de la Izquierda y del Movimiento Popular fijando como verdadero hito de ruptura ya no 1970 sino 1973, con todo lo que ello implica teórica y políticamente;
- v) en el plano de la lucha social se entra a estimular la autonomía de los movimientos sociales respecto no sólo al Estado, sino también a los partidos.

3. La puesta en práctica de un nuevo discurso y de un nuevo proyecto de sociedad por parte de las clases dominantes chilenas; los que, a diferencia del pasado, no incorporan concesión alguna para las clases subalternas. Las singularidades de este proyecto residen en su alto grado de consistencia y modernidad, así como su pretensión universalista, toda vez que se inscribe -como ejemplo señero para algunos- dentro del renacimiento a escala mundial de un nuevo conservadurismo. Este fenómeno implica para el pensamiento de izquierda por lo menos dos nuevos desafíos:

- i) el de tener que construir una alternativa con capacidad hegemónica frente a un proyecto macizo, que ha logrado un alto nivel de sistematización del sentido común capitalista y una gran eficacia en la implantación de pautas conductuales que lo reproducen; y

- ii) el de enfrentar un proyecto capitalista dominante que basa justamente su eficacia en la premisa "marxista" de la determinación económica de la vida social, política y cultural.

4. La instauración de un nuevo escenario sobre el que hoy se desenvuelve la lucha de clases en Chile como efecto de un número de transformaciones estructurales que no es el caso describir. Lo definitivo es que, hoy por hoy, no cabe más alternativa que reconocer esta nueva realidad, que impone la reformulación de gran parte de las bases programáticas de la Izquierda -y, obviamente, del cuerpo teórico en que éstas se sostenían. Así por ejemplo:

- i) La intensificación y expansión de las relaciones capitalistas y el abandono por parte del Estado de su rol compensador de desigualdades y de mediador respecto a las contradicciones sociales ha desembocado en una multiplicación, agudización y atomización de los conflictos, los que son relegados al ámbito privado o corporativo. En este contexto, las respuestas clásicas de "unidad" y "organización", y los instrumentos federativos y partidarios tradicionales -por ejemplo-, resultan objetivamente cuestionados en términos de su eficacia para canalizar las demandas cotidianas de la lucha social.
- ii) Los cambios ocurridos en la estructura social, con una disminución aguda del número de obreros industriales y un incremento espectacular del empleo informal y del localizado en el sector terciario, a lo que se une la estabilización de una masa enorme de desocupados, por ejemplo, reducen derivamente la base social histórica de la izquierda o inhiben y debilitan la organización y lucha sindical. La profundización de la heterogeneidad estructural, por su parte, hace más precaria la base material de la unidad del movimiento obrero y de las eventuales alianzas de éste con otros sectores sociales. (Lo que afecta por ejemplo uno de los ejes principales de la propuesta de la Izquierda en el pasado: la unidad obrero-campesina).
- iii) Surgen fuertes interrogantes a partir del hecho de que la economía chilena ha sido ya reestructurada en función de una nueva inserción en la economía mundial, lo que se ha realizado a un elevadísimo costo para los trabajadores y el país. La primera, si Chile puede soportar una nueva "política de shock" -ahora de signo inverso- destinada a revertir esta nueva estructura, o es preciso con este objeto implementar una política gradual. La segunda, si pueden y deben ser abandonados enteramente mecanismos como la "apertura al exterior", y la "especialización", el "mercado", etc.. En suma, si hay o no alternativa económico-social de Izquierda viable, no traumática, políticamente factible; y cuáles son los límites de esa estrategia alternativa.
- iv) La trágica experiencia de los últimos años ha dejado profundas huellas en la conciencia popular. Se han debilitado fuertemente los valores y conductas en que sostenía la

práctica y discurso de la Izquierda, imponiéndose, masivamente, aquellos propios de un capitalismo salvaje (individualismo, consumo, competencia...). Sin embargo, de forma paralela, se ha venido levantando en ciertos sectores un cuerpo valórico-ideológico en muchos aspectos ajeno al tradicional de Izquierda y más próximo del universo cultural cristiano, como es todo aquel referido a las ideas de solidaridad y derechos humanos. Estos cambios en la subjetividad popular ya forman parte del nuevo escenario y hay que dar necesariamente cuenta de ellos.

5. El cuestionamiento de los socialismos reales por parte de la opinión pública progresista en todo el mundo y el surgimiento de fuertes disidencias internas. Este cuestionamiento surge de bases objetivas, tales como:

- i) El problema de la vigencia de los Derechos Humanos;
- ii) el grado real de democracia y libertad en un sistema socialista;
- iii) la eficiencia de las economías socialistas en términos de promover una estrategia de crecimiento compatible con la satisfacción creciente de las necesidades dinámicas de su población;
- iv) el tipo de inserción de las economías socialistas en la economía mundial;
- v) la política internacional de estas naciones; y
- vi) la capacidad del sistema socialista para canalizar y resolver conflictos emergidos de problemas como la religión y el arte, así como su capacidad para superar -y no acentuar- formas no económicas de dominación, como las de origen sexual, nacional, etc..

El pensamiento de la Izquierda chilena -que está extraordinariamente relacionado con el exterior producto del exilio- ha sido fuertemente impactado por el mencionado cuestionamiento, que de hecho forma parte de la construcción aquí de una alternativa. La experiencia de Chile, por lo demás, determina una alta sensibilidad sobre temas tocantes a derechos humanos, libertad, democracia, "lógica económica"... Con esto, la idea de un modelo socialista identificado con una experiencia histórica determinada, ha perdido irreversiblemente su lugar. Más todavía cuando surgen fuerzas progresistas alternativas en el campo internacional, como es el movimiento no-alineado y -en casos calificados- la propia Internacional Socialista.

6. Debe anotarse, por último, el fenómeno de la crisis del marxismo, o más bien, el de la pulverización de un marxismo entendido como doctrina y/o ciencia única, cerrada, con "auténticos" y "falsificadores", "consecuentes" y "revisionistas". Ciertamente, este fenómeno es, básicamente, un efecto de hechos históricos, como el desmoronamiento de la ilusión en los socialismos reales; la emergencia del eurocomunismo con los temas de la democracia y de las vías nacionales; el levantamiento del problema de los

derechos humanos a escala mundial; y la década de derrotas y represión que asoló a América Latina -especialmente la experiencia chilena con la bancarrota consiguiente de la tesis dependista-foguista y modernizadoras-reformistas. Lo más característico -y saludable- de esta crisis del marxismo es que se diluyó el eje a partir del cual, en el pasado, se podía fijar una "derecha" y una "izquierda" sobre una imaginaria línea vertical: hoy ya no se sabe por ejemplo, si el que critica la falta de democracia en el socialismo y realaboga por un socialismo libertario está a la "derecha" o a la "izquierda"...

III.

En la actualidad, son innumerables los problemas que se le plantean al marxismo y al cuerpo teórico de la izquierda para poder sostener respuestas políticas adecuadas a la nueva realidad chilena. Esquematisando al extremo, para posibilitar su desglose, se pueden inventariar los siguientes (en un orden que no sugiere importancias):

1. El problema de la relación entre economía y política, que se plantea con fuerza en circunstancias que el modelo autoritario imperante se funda justamente sobre la idea -normalmente calificada como central del marxismo- de que la política (institucionalidad, por ejemplo) es y debe ser una resultante del nuevo modo de operación de la economía. El esquema económico neoclásico, en efecto, lleva esta máxima hasta un extremo casi grotesco. (Los artículos de Bardón sobre la "agitación estudiantil", donde propone como solución elevar el precio de las matrículas, son un ejemplo deslumbrante).

No parece justo cargar a Stalin el sesgo "economicista" que el marxismo ha adoptado a lo largo de su historia. De hecho, lo más singular de Marx en su época fue su postura crítica de la política y del Estado a partir de la economía:

- "Tanto las relaciones jurídicas como las formas de Estado no pueden comprenderse por sí mismas (...) sino que radican (...) en las condiciones materiales de vida" (sociedad civil) (...) El modo de producción de la vida material determina el proceso de la vida social, política y espiritual en general (...) Al cambiar la base económica, se revoluciona (...) rápidamente todo el inmenso edificio erigido por ella" (1).

- "... la finalidad de esta obra es descubrir la ley económica que mueve la sociedad moderna" (...) Se trata de las leyes mismas, de las tendencias mismas que actúan y se imponen con una necesidad férrea" (2).

De allí que resultan sorprendentemente exitosos esfuerzos como el que realiza D. Seers para probar "la congruencia entre el marxismo y otras doctrinas neoclásicas", donde sostiene por ejemplo: (3)

- 1) Ambas doctrinas aceptan que los seres humanos se comportan -al menos en sus capacidades como productores y consumidores- exclusivamente por motivos económicos; y que, por ende, los

incentivos materiales son los únicos que importan a la larga.

- ii) Ambas son profundamente optimistas y ven la historia como un progreso indefinido; y al futuro como una utopía de paz y progreso a ser alcanzado -en el peor de los casos- por las próximas generaciones al precio de los sacrificios de la actual.
- iii) El progreso es visto como esencialmente material, ya que éste es condición de avance en los frentes político, social y cultural ("superestructuras").
- iv) Una fé acrítica en la ciencia que lleva a los economistas y cientistas sociales de estas doctrinas a aproximarse al modelo de las ciencias físicas y al desprecio del valor convocante de los mitos.
- v) En el plano de la economía propiamente dicha:
 - a) las imperfecciones en los mercados de productos y factores no son consideradas lo suficientemente serias como para privar de significado a los precios ("ley del valor");
 - b) la idea del desarrollo como un fenómeno -a la larga- puramente económico ("desarrollo de las fuerzas productivas");
 - c) la inversión de capital ("acumulación") es el factor más determinante -o el único determinante- del crecimiento, lo que lleva a una virtual ignorancia y desinterés por otros factores;
 - d) la creencia en la modernización, en el rol civilizador del crecimiento económico con respecto a supersticiones arcaicas, mitologías, lealtades étnicas, creencias religiosas, dominación sexual y otras formas de conciencia atrasada: la urbanización y la industrialización son inevitables y progresistas;
 - e) no existe mayor interés sobre los cambios institucionales, al menos entre uno y otro cambio político radical ("revoluciones").

Este ejercicio de Seers da muchas luces sobre el por qué de cierta ineptitud del marxismo como instrumento crítico del discurso autoritario chileno actual; y por qué su "retirada" en campos cada vez más amplios del "pensamiento espontáneo de izquierda" al interior del país.

Parece indispensable retener el tema puesto en el tapete por R. Echeverría (4) quien, junto con insistir enfáticamente en la interpretación del pensamiento de Marx como crítica de la política desde la economía, revela la inconsistencia lógica de su construcción teórica, erigida sobre el concepto fuerza de trabajo cuyo valor -en último término- no es determinado por la economía sino por la política (el "factor histórico-moral" de El Capital).

2. "La imposibilidad que el marxismo encuentra de construir su discurso en términos exclusivos de luchas y alianzas de clase (...) en una etapa histórica en que la proliferación de nuevas contradicciones exige cada vez más concebir a los agentes concretos como sujetos múltiples y a las luchas sociales como prácticas articuladoras..." (5)

El quiebre del sistema político chileno y la dispersión inherente al nuevo escenario han traído consigo la presencia de una multiplicidad de contradicciones y conflictos que no logran ser mediados ni expresados por los partidos políticos, generando formas de organización propias que reclaman con legitimidad su autonomía; reclamo que es compartido, por lo demás, por otros organismos sociales, como el movimiento sindical. No es éste, pues, un problema puramente especulativo: está ya presente, y lo estará cada vez más; y a él están asociados otros problemas, como los siguientes:

- i) "la eliminación del reduccionismo de clase como supuesto fundamental de la teoría política marxista";
- ii) la ruptura "con las concepciones empiristas y racionalistas de las clases sociales", donde éstas "se identifican con los grupos sociales empíricamente dados" a partir de su inserción en el proceso productivo, de donde se deducirían -apelando a un supuesto racionalista- todos los demás rasgos del agente;
- iii) la ruptura consiguiente con la idea de que la historia tiene como sujetos a las "clases sociales" y no a los agentes sociales concretos constituidos a partir de un discurso con pretensión hegemónica; y
- iv) la aceptación de la existencia de "posicionalidades populares" y "posicionalidades democráticas" no siempre congruentes, y la política como "práctica articuladora", en cada momento histórico, de ambas posicionalidades (o de la democrática sobre el sujeto popular).

3. El problema del partido político, tema que emerge críticamente de la ausencia de un rol definido del partido en el actual escenario, y del divorcio entre ellos y el movimiento social.

Este problema se puede desagregar por lo menos en cuatro aspectos críticos:

- i) La idea del partido como portador de una "conciencia de clase" ahistórica; generada externamente al movimiento obrero, cuya práctica espontánea no le conduciría sino a una conciencia "tradeunionista". Como se ha verificado históricamente, esta idea de partido conduce casi inevitablemente a prácticas no democráticas, toda vez que se acepta la operación de una élite que, a la larga, debe imponer su voluntad (a nombre de un pretendido "interés general" o "histórico") sobre la decisión popular libre y soberana (teñida de ideología burguesa). Por lo demás, esta es la lógica del régimen autoritario; donde el partido son las FF.AA. y el "interés general" la doctrina de Chicago... .

- ii) La idea del partido como expresión de una "clase social", o el problema del carácter de clase de todo partido político. Esta concepción no es sino una extensión del razonamiento reduccionista comentado más arriba. Una primera derivación de esta concepción es la del unipartidismo en el socialismo. La segunda, una dificultad enorme para comprender casos concretos, como es la existencia histórica en Chile de dos o más partidos que proclaman ser expresión de la clase obrera (lo que muchas veces conduce a la aceptación pura y simple de que la correlación sólo cabe a un partido y que los restantes son meros "falsificadores" que hay que "desenmascarar" y "subordinar" por cualquier medio). Y la tercera derivación, una dificultad también enorme para comprender, relacionarse y entenderse con fuerzas "pluriclasistas", como el P.D.C..
- iii) La relación entre el partido político y el movimiento social, tema puesto al tapete por el quiebre del relacionamiento tradicional y por la resistencia de muchas organizaciones sociales ante la reproducción de una relación de control que ahogue su autonomía. Tras este problema está, también, el de la aceptación o no del partido como única forma de mediación política; lo que tiene que ver con la aceptación o no de contradicciones no reductibles a "posicionalidades únicas de clase" (Laclau).
- iv) La forma de organización del partido, donde la plena democracia interna es una exigencia cada vez mayor, lo que entra en tensión -sin embargo- con el centralismo eficientista de un partido concebido como "vanguardia"; como portador de la "conciencia de clase"; como instrumento que abre paso a las luchas sociales y que convence en su interior gracias a la eficacia de su apoyo; como aparato sujeto a su propia y totalizadora lógica interna, con sus consiguientes lealtades. Emerge, al lado, un enfoque diferente, congruente con una verdadera democracia interna, con una idea "movimientista" del partido, el que estaría referido exclusivamente al ámbito de lo político; cuyo contingente militaría además en aquellos movimientos sociales a los que pertenezcan y, en ellos, obedecería a su propia lógica y disciplina internas; con una estructura flexible, adaptada a una sociedad heterogénea, etcétera.
4. El problema de "lo cristiano" y de "lo religioso"; problema que surge de varias constataciones insoslayables: la primera, que las Iglesias, los cristianos y el cristianismo han jugado un papel decisivo en la defensa de los Derechos Humanos; la segunda, que la Izquierda objetivamente se ha desenvuelto apelando a las banderas y a la protección del cristianismo y de las Iglesias; la tercera, que la construcción de un proyecto de mayorías, hoy, en Chile, pasa por la incorporación de este universo cultural; y la cuarta, que "lo religioso" parece que no desaparece automáticamente con el "desarrollo de las fuerzas productivas" ni con la "educación socialista" y la reducción del mismo al ámbito del privado, como se verifica diariamente en Polonia, por ejemplo.

Hasta el presente, el pensamiento marxista y de Izquierda chileno se ha mostrado incapaz de integrar verdaderamente este fenómeno a su propuesta. Han prevalecido posiciones instrumentalistas, preocupadas únicamente del ángulo cuantitativo (la enorme masa de cristianos), como si, a lo más, éste fuera un problema "de alianzas". El supuesto teórico de estas posturas es clásico: lo religioso o cristiano es una forma de "conciencia atrasada", por lo que desaparecerá gradualmente en el proceso de práctica común y de avance socioeconómico. Esta visión ha sido indirectamente reforzada por los esfuerzos tendientes a armar de proyecto y organización política propia a los cristianos de izquierda, como si fuera posible y positivo diferenciar lo cristiano dentro del campo popular.

Tras la visión instrumentalista de unos y la desconfianza e inseguridad de los otros, queda planteado un problema complejo: la relación entre marxismo y cristianismo. No asumirlo -pese a sus aristas aparentemente teóricas y abstractas- imposibilitará a futuro la gestación de un proyecto efectivamente común, de síntesis, de mayoría: la pura cooperación o el puro encuentro "en la lucha" -así como el puro "diálogo" al estilo europeo- no resolverá el problema de una relación que involucra aspectos llamémoslos doctrinarios inescapables.

Tras todo esto hay, incuestionablemente, diferencias teóricas (e históricas) muy profundas, y sería pretencioso abordarlas aquí. Según J.M. Bonino (6) lo central está en que Marx, al rechazar a los dioses y a la religión como expresión de su pasión por los hombres, niega toda mediación entre el hombre y la libertad; mientras el cristianismo reconoce la mediación en Dios como fundamental: "brevemente, en la Biblia es Dios quien desmistifica al hombre; para Marx, es el hombre quien desnustifica a Dios.

Bonino reconoce sin embargo al menos un punto de convergencia fundamental: "el marxismo ofrece un camino científico, verificable y eficaz para articular históricamente el amor", verdadero "ethos" del marxismo. A su vez, agrega, "el cristianismo no es sólo una fuerza motivadora. Entrega un aporte específico, el más fundamental de los cuales es el "poder inspirador y críticamente relevante mediante la estimulación del pensamiento utópico" en dirección al Reino a través de la justicia. Lo hace en tres sentidos diferentes:

- i) Define una "matriz de esperanza" (Bloch): futuro no como horizonte cerrado sino como promesa efectiva.
- ii) La fé mira la historia como la arena de un permanente -aunque no decisivo- conflicto. La visión escatológica impulsa permanentemente hacia el Reino, pero a la vez otorga a nuestras conquistas históricas un carácter parcial, porvisorio, penúltimo. Esto significa -para un proyecto político- "que no puede haber una suspensión teleología de la ética: en otras palabras, ninguna clase humana, grupo o generación puede ser considerada como meramente instrumental. (...) Toda generación es, simultáneamente, medio y fin, llamada a realizar al máximo las posibilidades humanas que le son

abiertas y a sacrificarse para entregar mayores posibilidades a las venideras".

- iii) El cristianismo no asume el monopolio de la ética; pero sí incorpora esta dimensión desde la perspectiva peculiar de su fé.

Pareciera, pues, que un acercamiento teórico e histórico a este problema es inevitable; porque aparte del enriquecimiento político que de aquí se deriva, éste puede ayudar a contener el potencial totalitario que -según se ha verificado- el marxismo posee cuando se convierte en ideología de Estado.

5. El problema de la Democracia en el Socialismo, tema sobre el cual existe una fuerte sensibilidad por la revalorización de la democracia a la que ha acarreado la experiencia autoritaria. Sobre esta materia abundan estudios y opiniones, a lo que ha contribuido decisivamente el debate suscitado por el eurocomunismo. En este problema convergen, por lo demás, buena parte de las cuestiones comentadas más arriba. Aunque no sea sino para situar el problema en términos más concretos, se pueden indicar de esta manera sus aristas más relevantes:

- i) el problema de la relación economía-política, y el clásico entre igualdad y libertad;
- ii) el de dominación o hegemonía de una clase sobre otras, y los mecanismos de reproducción de ese "statu-quo";
- iii) el de la representación, control, revocabilidad, y el de la información, transparencia y maleabilidad, en los marcos de la división del trabajo intrínseca a una sociedad compleja;
- iv) el de unipartidismo o pluripartidismo;
- v) el de la vía al socialismo: ¿debe ser "democrática" para acceder a un socialismo también democrático?

6. El problema del socialismo como sistema económico efectivamente alternativo al capitalismo: su factibilidad y eficacia. Porque la idea comunmente identificada con el socialismo ha sido la de una "economía centralmente planificada" y con los medios de producción en manos del Estado, "representante del proletariado y de todo el pueblo". Sin embargo, esta imagen ha perdido gran parte de su atractivo producto del fortalecimiento de demandas democráticas, autogestionarias, antiburocráticas; y de las dudas legítimas respecto a la eficacia de tal sistema en términos de la satisfacción creciente de las necesidades de su población.

Un fenómeno relevante, que ha alimentado un escepticismo por ahora irremediable, es el de la "acelerada integración o reintegración de las economías socialistas a la división internacional del trabajo" (A.G.Frank). Así por ejemplo: (7)

- i) Las deudas de las economías socialistas con Occidente han aumentado de US\$ 7.000 millones en 1971 acerca de US\$ 60.000

millones en la actualidad.

- ii) En la división internacional del trabajo la relación "Este socialista-Tercer Mundo" es equivalente a la relación "Occidente capitalista- Este socialista": en efecto, "los países socialistas importan tecnología de Occidente y para pagarla exportan dos terceras partes de combustibles y materias primas y un tercio de manufacturas. Pero las exportaciones socialistas al Tercer Mundo, a su vez, consisten en dos tercios de productos manufacturados de bajo nivel tecnológico y sus importaciones consisten en dos tercios de materias primas".
- iii) Las empresas occidentales producen en los países socialistas bajo condiciones en que estos aportan básicamente mano de obra capacitada barata, así como disciplina laboral.

Dado este juego de relaciones no resulta extraña por ejemplo, la siguiente afirmación de Zhikov, Primer Ministro de Bulgaria: "es deseable que la crisis por la que atraviesa Occidente termine rápidamente, ya que afecta y crea incertidumbres para la economía búlgara, que hasta cierto punto depende del comercio con los países occidentales". De hecho, los países socialistas operaron como válvula de seguridad para la crisis capitalista que se manifestó en la recesión 1973-1975.

En estas circunstancias, la idea de un "modelo socialista" de desarrollo económico ha entrado en una seria crisis; y cunde la apelación a soluciones mucho más eclécticas y pragmáticas -lo que además se ve reforzado por la ausencia de un instrumental de política económica propia y coherente por parte de la economía marxista. No es extraño, por lo tanto, que en el Chile actual una propuesta económica alternativa elaborada desde la Izquierda no difiera cualitativamente de otra diseñada desde perspectivas tradicionalmente contrarias. Desde cierto punto de vista esto puede ser un avance; pero si se observa detenidamente el curso de los desplazamientos, es evidente la bancarrota del pensamiento económico tradicional de Izquierda.

IV.

Estos son algunos componentes de un Inventario que podría hacerse interminable: piénsese, por ejemplo, si se incorporaran a él problemas que surgen de la psicología o de la sociología; o de la dominación sexual... Pero se trataba solamente de seguir abriendo el debate.

- (1) Marx, K., "Introducción General a la Crítica de la Economía Política 1957", p. 39. Ediciones Seneca.
- (2) Marx, K., "El Capital", Prólogo a la Primera Edición Alemana del Primer Tomo, F.C.E., México.
- (3) D. Seers, "The congruence between marxism and other neo-classical doctrines", Discussion Paper, I.O.S., G.B. 1979.
- (4) R. Echeverría, "Crítica a la Teoría del Trabajo de Marx", Serie Contribuciones N° 1, FLACSO, Santiago, 1980.
- (5) E. Laclau, "Tesis acerca de las formas hegemónicas de la política".
- (6) José Híquez Bonino, "Christians and Marxists: a mutual challenge to revolution", Eckerman, Gran Rapids Michigan, U.K., 1976.
- (7) A. Gunder Frank, "El desarrollo de la crisis y la crisis del desarrollo", Comercio Exterior, México, Vol. 30, N° 3, marzo 1980.

Crisis Partidaria y Crisis del Estado

(Presentación en el Seminario, 10 de Julio)

Enzo Faletto

Tenemos ante nosotros el tema de la crisis de los partidos políticos en Chile; quisiera, respecto de él, tomar una dimensión específica: la del marco en que se inserta dicha crisis. No me referiré sólo en mi exposición a un determinado segmento del espectro político -la crisis del centro, o la crisis de la izquierda, por ejemplo-, sino a la crisis del conjunto de los partidos, del siste a partidario de representación y negociación política en su conjunto. La perspectiva desde la cual quisiera relevar algunos problemas fundamentales al respecto arranca de algunas proposiciones de interpretación histórica formuladas por Gramsci; en particular, por ciertas proposiciones que han sido destacadas recientemente por Portantiero en su libro sobre Gramsci (1).

Al plantearnos el tema de la crisis de los partidos en Chile, aparece inmediatamente la referencia por lo menos a tres dimensiones temporales: por una parte, existe una imagen difundida de fracaso de los partidos políticos en la experiencia que culmina con el Golpe de Estado de 1973; un fracaso para resolver los problemas políticos que culminaron en dicho golpe, mediante la negociación, los acuerdos, las concesiones recíprocas. Si ello era posible aún en 1973. Quiere decir, que este fue un fracaso del sistema político en su conjunto. Existe también, en segundo término, una idea de crisis de los partidos desde el punto de vista de su capacidad para enfrentar o contestar el régimen autoritario inaugurado desde entonces. Y, en tercer término, existe también -de modo muchas veces intuitivo más que explícito- una idea o una sospecha de que los partidos, tal como tradicionalmente fueron pensados, no serían la forma más adecuada de cara a las tareas de reorganización de la sociedad futura.

Es interesante anotar esto: la idea de una crisis de los partidos no se refiere solamente a un momento determinado y específico, no se refiere solamente a una coyuntura, sino que parece planteada en un período bastante largo que abarca pasado, presente y futuro. Y esta sensación de crisis de los partidos abarca también, al mismo tiempo, a la derecha, al centro y a la izquierda.

Un segundo aspecto que aparece destacado en la reflexión sobre la crisis de los partidos, especialmente en la izquierda, es el de la necesidad de rearticular la forma organizativa "partido" con el movimiento social. Lo que se entiende por movimiento social es, todavía, desde luego, bastante confuso: hay versiones tourainianas, que asumen que el movimiento social es la expresión más dinámica de las relaciones de clase; hay versiones más empíricas, que hablan de movimientos como equivalentes a lo que en el pasado se denominaba más bien "frentes sociales": el movimiento obrero, el movimiento juvenil, el movimiento femenino, etc.. Pero, en todo caso, más

allá del concepto del mismo, parece haber una percepción bastante difundida de una cierta tensión no resuelta entre las formas del movimiento social y las de los partidos.

Podría decirse incluso que ambas dimensiones del tema aparecen combinadas: con respecto a los tres momentos en que se percibe la crisis partidaria, hay una referencia contradictoria a la relación entre partido y movimiento social: se señala por ejemplo que en el período 1970-73 el movimiento social "se escapó" de la conducción de los partidos; de alguna manera, los partidos aparecieron como incapaces de controlar a los movimientos sociales, lo que condujo a su vez a un grado de conflicto no manejable. Esto se asume también válido para todo el espectro político: por ejemplo, se hablaba del "sobrepasamiento" de la Democracia Cristiana por un movimiento social derechizante; se hablaba de que las bases de adhesión a la Democracia Cristiana (la psotura de centro, por ejemplo) habían sido sobrepasadas por un movimiento social (el movimiento gremialista), que había "capturado" a sus bases y las había atraído a una posición mucho más a la derecha que la que el partido estaba, en algunos momentos dispuesto a asumir. O bien se hablaba de una especie de "revolucionarismo social" que había sobrepasado al Partido Socialista, por ejemplo. Y así sucesivamente. La idea en todos estos análisis era que los partidos resultaban incapaces de controlar al movimiento social y que éste se abalanzaba hacia formas de conflicto que conducían a una catástrofe en la relación política. Hoy día se escuchan este mismo tipo de análisis, pero en que los roles parecen ser contradictorios: se señala que en términos de capacidad de creación, de capacidad de enfrentamiento al autoritarismo, de conquista de espacios democráticos, etc., el movimiento social aparece mucho más avanzado que los partidos; que los partidos están "por detrás" del movimiento social. Incluso se señala, por ejemplo, que en el futuro la forma organizativa partido habría de ser reemplazada por la presencia de amplios movimientos sociales.

La crítica del papel que ejerce la máquina de los partidos en el sentido de "taponar" la capacidad creativa del movimiento social no es nueva, desde luego: en el campo de la teoría socialista, tiene sus antecedentes entre los anarquistas, en la polémica de Rosa Luxemburgo con Lenin acerca del espontaneísmo, y su prolongación luego en el Partido Comunista Italiano, donde se desarrolla de un modo creativo. Existen pues, en la tradición del pensamiento socialista, antecedentes teóricos que pueden servir de base o de inicio a una reflexión situada en los marcos de la evolución chilena. Me interesa discutir dos aspectos: la validez del concepto de crisis de los partidos, por un lado; pero, sobre todo, tratar de responder a ella a partir de otra pregunta: ¿cuáles son los problemas que enfrentan los partidos? ¿a qué tipo de problemas se hace referencia cuando se habla de una crisis de los partidos? ¿Cuál es la profundidad de ellos? ¿Son lo bastante profundos como para justificar la dimensión histórica en que se la sitúa, es decir como una crisis que se arrastra desde el pasado, que se mantiene en el presente y que se proyecta hacia el futuro?

Intentemos, con la ayuda de Gramsci, trasladar el tema de la crisis de los partidos al problema de la crisis política, en sentido amplio.

Una de las definiciones de Gramsci acerca de la crisis política señala lo siguiente: "el rasgo que la define es que los grupos sociales se separan de los partidos tradicionales" -entendiendo por partidos tradicionales, ciertamente, no sólo los de la derecha sino, por decir así, al conjunto de los partidos "clásicos"-... "en tanto ya no son reconocidos como expresión propia de su clase o de una fracción de ella" (2). Un elemento de la crisis, en consecuencia, es lo que se conoce como crisis de representación: las adhesiones a los partidos dejan de funcionar, más allá de cuál sea la posición en el espectro (derecha, centro, izquierda) que cada partido ocupa. El sistema partidario deja de representar a quienes dice representar.

Un tema de investigación que salta de inmediato a la vista es, en consecuencia, si este tipo de crisis se dió en algún momento de la evolución política chilena reciente anterior a 1973. A primera vista, si centramos nuestra atención en el período que va aproximadamente desde fines de la II Guerra Mundial hasta 1973, la hipótesis parecería bastante discutible. Pese al énfasis que ponían en esta crisis de representación ciertas corrientes de la ciencia política y de la sociología norteamericana, (que señalaban incluso cómo la ampliación del cuerpo electoral, la incorporación a él de nuevos sectores, llevaba a manifestaciones de crisis de las formas de representación tradicionales), algunos estudios acerca de ese período (3) mostraron cómo en realidad la incorporación producía un cierto grado de desbordamiento, pero que en definitiva volvía a encauzarse dentro del sistema político existente.

No obstante, hay ciertos momentos en que el desbordamiento parece haberse producido efectivamente y que son significativos: en particular el "remezón" ibañista de 1952, que va acompañado del surgimiento de una enorme cantidad de nuevos partidos y agrupaciones (el Agrario-Laborismo, la CONAP, el grupo de Mamerto Figueroa, la atomización misma de los partidos, que llegan a ser veintitantos, etc.); allí parece haber existido una situación de crisis de representación de los partidos tradicionales. Otro fenómeno que habría que investigar sería el de la crisis del Partido Radical, que fue el representante tradicional de los sectores medios laicos: esto parece tener más importancia que la que normalmente se le atribuye: se habla con demasiada rapidez del "pase" de la representación desde el Partido Radical hacia la Democracia Cristiana, hacia la que también convergen sectores del Agrario-Laborismo; sin embargo, lo cierto es que a nadie se le habría ocurrido, hasta fines de la Administración González Videla, que el Partido Radical tendería casi a desaparecer: su implantación entre las clases medias era, efectivamente, demasiado sólida. Del mismo modo, cabría estudiar la evolución del Partido Demócratacristiano, que está también marcada por altibajos importantes desde el punto de vista electoral, de representación de organizaciones sociales, etc..

Parece haber, en consecuencia, una primera dimensión de la crisis política identificable como una crisis de representatividad. Y mi primera proposición sería, al respecto, tomar esa dimensión con mayor peso que el que le hemos otorgado hasta ahora en el análisis de la historia nacional reciente. A primera vista parece, efectivamente, que el sistema político chileno ha sido muy

"representativo de" intereses, grupos y clases sociales. Sin embargo, apenas se comienza a escarbar un poco aparecen una serie de hechos inexplicables desde esa perspectiva, y que parecen mostrar momentos de crisis en la capacidad de representación social del sistema partidario.

Pero Gramsci agrega algo más, que me parece muy interesante resaltar. Dice: "si la genealogía de la crisis es diversa según cada país, su contenido es siempre el mismo". Y señala, concretamente la crisis ... "ocurre porque la clase dirigente fracasó en alguna gran empresa, para la cual demandó o impuso por la fuerza el consenso de las grandes masas, o porque vastas masas pasaron rápidamente de la pasividad política a una cierta actividad, y plantearon reivindicaciones que en su inorgánico conjunto constituyeron una revolución. Se habla de 'crisis de autoridad', y ésto es precisamente la crisis de hegemonía o crisis del Estado en su conjunto".

En el primer caso (gran empresa para la cual la clase dominante demandó el consenso de las grandes masas, y luego fracasó) Gramsci obviamente pensando en la guerra; sin embargo no habla específicamente de la guerra, porque existen también otros momentos que comparten con la guerra esta característica esencial (y cabría pensar, en consecuencia, hasta qué punto esa dimensión puede ser de utilidad explicativa en nuestra historia reciente). Y, junto a esta hipótesis del "desencantamiento de las masas", situar el segundo caso que pone Gramsci: el de una aparición repentina de las masas en la política, sin que ellas encuentren formas partidarias, organizativas etc., a través de las cuales encauzar sus demandas.

Subrayemos algunos de los temas que aparecen planteados en esta proposición de Gramsci; en particular, esta noción de "crisis del Estado en su conjunto". En la acepción de Gramsci, la crisis del Estado en su conjunto afecta a los modos habituales como se había constituido, hasta entonces, el compromiso entre dominantes y dominados: "implica una situación de desagregación de la vida estatal por parte de grandes masas". Es decir, no se trata de la crisis del Estado como aparato de dominación de una clase, etc., sino de que el sistema de relaciones sociales en su conjunto, el sistema de relaciones entre dominantes y dominados, es el que hace crisis. Y los partidos son, ciertamente, parte de esa relación dominantes-dominados (aún cuando, en ella, busquen representar los intereses de los dominados).

Una interpretación de Portantiero, claramente fundada en los textos de Gramsci, señala por otra parte que para el italiano este tipo de crisis "se trata por definición de un proceso largo, que no debe ser confundido con sus manifestaciones episódicas ni con sus formas estruendosas". La idea es, pues, que esta crisis orgánica del Estado puede tener momentos de coyuntura, donde sea muy visible la inadecuación de los partidos, los sindicatos, las relaciones económicas vigentes, etc., pero hay que entenderla dentro de un período largo.

Estas observaciones tienden a enfatizar que es necesario resituarse el problema de la crisis de los partidos, en una perspectiva

distinta a aquélla en que ha venido siendo planteado en este tiempo: es decir, plantearlo en el ámbito más amplio de la crisis orgánica del Estado, y no plantearlo solamente como la crisis de la organización partidaria tal o cual, producto de "errores de línea" o de tal o cual dirigente, etc.. Esos análisis son ciertamente necesarios, pero están muy lejos de agotar el tema de la crisis y tienden a crear la ilusión de que dentro de sus términos, en efecto, ese tema se agota. Esa sería pues mi segunda proposición: tratar la crisis de los partidos como expresiva de una crisis más amplia, del conjunto de las relaciones económicas, sociales, y políticas vigentes (o vigentes al menos hasta hace poco tiempo atrás, y presentes aún de un modo u otro en la escena).

La observación anterior tiene, naturalmente, una premisa subyacente: y es que en toda crisis hay al menos dos posibilidades: o bien ella es resuelta (es decir, hay una superación cualitativa de las circunstancias que la determinaron), o bien hay una recuperación del sistema, que logra "ahogar" el desarrollo de la crisis.

Gramsci plantea el punto refiriéndose a las causas de la crisis política, esto es, por las causas que pueden determinar una desagregación de las clases con respecto a los partidos, una desagregación de las relaciones económicas y sociales vigentes, etc.. ¿Por qué se llega a una situación como aquélla? "Tal vez"

-reflexiona- "porque se ha desarrollado una fuerte voluntad política antagónica; (pero) si así fuera, el problema se resolvería a favor de tal antagonista". Esa es la primera posibilidad, esto es, la resolución de la crisis por la vía de la superación cualitativa de las condiciones que la determinaron. Pero anota también causas, que a mi modo de ver tienen para el caso chileno una especial resonancia: "la realidad" -dice- "es que la crisis de la hegemonía burguesa en Europa, expresada por el agotamiento del liberalismo parlamentario como eje del equilibrio político", se produjo por lo que califica de "causas mecánicas". Examinemos éstas una a una, haciendo el ejercicio de traducción a la situación chilena.

"Uno: porque las grandes masas, antes pasivas, se pusieron en movimiento, pero en un movimiento desordenado, sin dirección, o sea, sin una voluntad política colectiva". Obviamente Gramsci tiene en mente el caso del maximalismo italiano: el Partido Socialista Italiano, que en ese momento se declara "maximalista" (esto es, que ya no asume una relación entre "programa mínimo", sino que adopta el programa máximo de modo directo y sin mediaciones) expresa en ese momento una gran movilización, pero sin lograr encauzar esa gran movilización, que se transforma así en un movimiento desordenado (de allí todo el análisis que hace de las relaciones, de las fracciones del Partido Socialista, en especial de la fracción de Turatti, etc.). Si pensamos no solamente en el período 1970-73, sino en el período largo, es claro que este tipo de fenómeno tiene una importante resonancia para nosotros.

"Dos", dice, "porque las clases medias, que en la guerra habían tenido posiciones de mando y responsabilidad, con la paz resultaron privadas de lo anterior, quedando desocupadas justamente después

de haber hecho un aprendizaje de mando". En este caso la experiencia de los sectores medios, su aprendizaje de mando, está muy referido a la guerra. Sin embargo esto tiene también una clara resonancia para el caso chileno, si pensamos en la relación entre el período largo y el período específico de 1970-73: podría pensarse efectivamente que algo también pasó aquí, en Chile, con las clases medias entre 1970-73: después de haber realizado una fuerte experiencia de mando en el período largo (desde fines de los años veinte en adelante), de pronto quedan marginadas por un movimiento obrero clasista que las desplaza del centro de la escena política. Cuando menos, digamos que hay aquí una aproximación al problema de los sectores medios que rara vez aparece en el pensamiento marxista, y que puede darnos pistas o hipótesis de investigación.

"Y tercero", finalmente, "porque las fuerzas antagónicas fueron incapaces de organizar en su provecho este desorden social". Estas son las tres dimensiones "mecánicas", como él las llama, que podrían explicar el por qué se produjo la crisis. En estos casos, Gramsci ve dos posibles alternativas de recomposición del sistema: respecto a la primera, que es la fórmula política, señala que "el modo político de recomposición es el cesarismo" (y esto "aún sin un César, sin una gran personalidad heroica y representativa"); en este caso no está pensando solamente en el fascismo, en Mussolini o Hitler: incluso él llama "cesarismo" ala forma laborista que adopta el gobierno de Inglaterra en ese momento; las razones de esto las veremos en seguida. Y una segunda alternativa de recomposición la ve Gramsci muy ligada a las formas de gobierno de la economía. La recomposición del sistema, pues, aparece como recomposición de la economía o como recomposición por la vía política del cesarismo.

Retomemos el problema político de la recomposición, que parece tener para nosotros una especial importancia en Chile, y que se vincula muy claramente a la idea de una crisis determinada por la presencia de masas: de masas desorganizadas, desordenadas, etc., pero políticamente activadas y movilizadas. En otros términos, está aquí presente el tema del cambio de situación de las masas, de las consecuencias de su movilización y de su participación crecientes. La preocupación de Gramsci, como de casi todo el pensamiento político contemporáneo, gira en torno de este tema: cómo organizar políticamente a la sociedad de masas. Y tal vez mi tercera proposición en este seminario apuntaría en ese mismo sentido: en pensar la crisis política chilena, y las alternativas de su resolución, a partir del problema de la aparición de las masas como factor decisivo. Cabe señalar que, justamente, el tema de los partidos aparece en la teoría conjuntamente con el tema del Estado de masas y ellos aparecen precisamente como una forma de organizar la voluntad de las masas y hacer manejable su presencia en la política.

Quisiera hacer aquí una breve digresión, recogiendo algunos elementos teóricos que a propósito del mismo tema aportara Max Weber. El tema político en Weber es, justamente, el de cómo es posible la democracia en una situación de emergencia de masas y de concentración capitalista (según él, inevitable). El "fantasma" de Weber, que es el fantasma de la burocratización creciente de las

organizaciones (que está también determinado por estos dos procesos paralelos, es decir por el proceso creciente de concentración capitalista junto al desarrollo de situaciones de masas), está también presente en el análisis que él hace de los partidos políticos: puede recordarse al respecto el análisis que desarrolla en La Política Como Vocación, que lo conduce a señalar cómo los partidos avanzan también según una lógica de burocratización, tendiendo a convertirse en organizaciones puramente burocráticas: la tendencia hacia la desaparición del "partido de notables" y su reemplazo por el partido-organización. (El tema, de más está decirlo, está también presente hoy día entre nosotros: de alguna manera aludía a él, más arriba, al señalar cómo muchas de las explicaciones de la crisis partidaria giran en torno a la oposición entre masas activas y partidos burocráticos que no logran articular su voluntad e iniciativa).

La realidad contemporánea es, de hecho, una realidad de grupos, colectivos e instituciones. Las masas, en efecto, no son una cosa amorfa: ellas se organizan como tales e, incluso, se organizan burocráticamente. Aparecen organizadas en sindicatos, en partidos, en confederaciones, en gremios, etc.: "organizaciones de masas". La pregunta para Weber, es cómo serán posibles las libertades individuales, y las garantías para el control del poder, en una sociedad burocratizada (es un problema también nuestro: pensemos en la dimensión de futuro con que aparece cargado el tema de la crisis partidaria, en la crítica política que se hace de los "socialismos realmente existentes", etc.).

Ahora bien, si ello es así (si la realidad contemporánea es una realidad de masas organizadas), ya no sirven una teoría política y una teoría institucional que parte del contractualismo individualista. Toda la teoría política liberal es, en efecto, una teoría que parte de la idea del contrato individual; y, en alguna medida, la adhesión al partido se supone como una adhesión de la persona al partido: los partidos son "asociaciones voluntarias" de personas. El contrato es un contrato entre el ciudadano y el Estado; pero la realidad muestra que ya no hay más relaciones entre el ciudadano y el Estado; sino relaciones entre la Cámara Empresarial "X" y el Estado, la Confederación Sindical "Z" y el Estado, y así sucesivamente. El problema entonces pasa a ser que la Constitución ya no refleja la verdadera relación política y que, al mismo tiempo, las garantías a las libertades individuales y los sistemas de equilibrios y contrapoderes aparecen de hecho amenazados por el fenómeno real de la concentración burocrática y su imposición, aparecen "desbordados" por la acción de las organizaciones burocratizadas. Frente a este problema han surgido diversas espuestas, que han de ser evaluadas.

En primer lugar, están las respuestas elitistas respecto a la concepción de la acción política, que recorren el espectro de derechas a izquierdas. La concepción elitista de izquierda es precisamente la más clásica en la izquierda, esto es, la concepción de la política como una práctica de "revolucionarios profesionales": quien hace la política es en realidad un grupo de personas, una vanguardia, que actúa sobre las masas. Es la vanguardia, y no las masas, quien hace, decide, constituye la acción política. Hay

versiones social-demócratas parecidas de lo mismo: se asume el hecho de que la sociedad es una sociedad de masas, pero se traslada el problema de la responsabilidad política a una élite de intelectuales desinteresados (la concepción, por ejemplo, de Manheim). Las otras respuestas son, como es obvio, las respuestas autoritarias y corporativas.

Quisiera, sin embargo, detenerme brevemente en esto de las respuestas corporativas; porque no todas ellas se agotan en las formas del franquismo, el fascismo, etc.. Existe también una forma habitualmente menos considerada, y que sin embargo está presente en Chile hoy día aún sin aparecer a veces de modo explícito: me refiero a la forma representada por la República de Weimar. Creo que es importante recuperar una reflexión acerca de la forma representada por Weimar, porque allí se intentó de algún modo construir un sistema básicamente democrático pero en que, al mismo tiempo, se asumía el hecho de que la organización del Estado debía reflejar una sociedad en que el fenómeno de la presencia de masas era decisivo; se buscaba entonces abrir la participación de los individuos, políticamente representados, pero al mismo tiempo también de las organizaciones (sindicatos, empresas, etc.). Me parece que proposiciones de este tipo están presentes hoy día en el debate nacional, por ejemplo, a través de proyectos en los cuales se busca dar una especial relevancia a la acción de los organismos intermedios (vecinales, sindicales, poblacionales, etc.), que son, finalmente, organizaciones de carácter corporativo (4).

Ahora bien, estas propuestas de tipo Weimariano contienen siempre una tensión entre la fragmentación corporativa y un intento de centralización tecnocrática: frente a la fragmentación que se produce por la vía de la organización corporativa es necesario constituir una opción de centralización de la "voluntad nacional", y, las más de las veces, esta opción de centralización aparece como fuertemente tecnocrática. Esta opción aparece entonces como la segunda vía que señalaba Gramsci de "recuperación del sistema" frente a la crisis orgánica: la vía de la recomposición de la economía. Aparece la forma de encuentro entre la forma política de recuperación (el mecanismo cesarista, plebiscitario) con la forma económica de recuperación: la desagregación corporativa unida a la instancia tecnocrática de centralización. La conformación, en definitiva, de formas burocrático-autoritarias, tecnocrático-militares, etc.. La presencia de estas formas de recuperación en el horizonte nacional es evidente.

Sin embargo este tipo de soluciones no parecen consustanciales a la forma weimariana: ésta es en esencia un sistema político democrático permeable a las presiones de la masa organizada; un Estado, como decían los alemanes "de organizaciones", pero complejo y plural. Hasta ahora, parece la única forma a partir de la cual puede reflexionarse históricamente una coexistencia institucional de la presencia de masas y las "asociaciones voluntarias" del tipo de los partidos. De allí que no parece acertado rechazarla simplemente por la constatación de que en ella puede anidar una tensión conducente al autoritarismo; más aún cuando en la izquierda, por ejemplo, la única respuesta al problema (paradójicamente porque la izquierda aparece justamente como representante o portador

de las demandas de las masas) ha sido hasta ahora la respuesta de tipo elitista. Y no deja de ser notable que las escasas elaboraciones de izquierda que buscan resolver efectivamente el problema de la relación entre partido y masas provengan justamente de teóricos que de algún modo se relacionan con la experiencia weimariana: en particular de la corriente "austro-marxista" y de teóricos cercanos a ella (Max Adler, Nicolai Bujarin, Rudolf Hilferding...).

El problema es cómo superar la tensión que, en el paradigma de Weimar, se presenta entre el momento corporativo y el momento político. O, en otros términos, cómo hacer que el momento político no se disuelva en una suerte de apropiación privada, por parte de las organizaciones corporativas (que son poder privado, así se trate de sindicatos, organizaciones empresariales o de vecinos), de los partidos, sin hacer al mismo tiempo de la gestión de la economía una mera conducción tecnocrática. Me parece que, al margen de una respuesta a este punto, esto es, al margen de una propuesta democrática de organización del Estado en una sociedad de masas, el problema de la crisis de los partidos difícilmente será resuelto y permaneceremos, como ahora, en el campo de las formulaciones vagas.

NOTAS

- (1) J.C. Portantiero, Los Usos de Gramsci. México: Siglo XXI Editores
- (2) J.C. Portantiero, op.cit.
- (3) Sulbrandt, J. y Flisfish, A:
- (4) Por ejemplo las propuestas presentadas por Edgardo Boenninger, en Una Nueva Institucionalidad para la Paz en Chile: CISEC, Santiago, 1977. Descripciones sobre la forma institucional de la República de Weimar pueden consultarse por ejemplo en Sthurmtal, La Tragedia del Movimiento Obrero:

o Neumann, Behemoth:

2. LA VISION DE LA HISTORIA NACIONAL

VISION DE LA HISTORIA NACIONAL

Historiografía y Acción

Eduardo Muñoz

"Los hombres ejecutan con plena conciencia el programa que se les ha trazado y que ellos han aceptado. Hacen la historia que se les ha enseñado a considerar como historia"

Lucien Febvre.

1.

De tiempo a esta parte, los historiadores no han estado ajenos a los esfuerzos de reflexión sobre el pasado reciente. En el marco del nuevo contexto de reorientación de los sentidos y significados de las actividades nacionales por la experiencia autoritaria que vivimos, la concepción de la historia y la interpretación de la de Chile en particular, se reviste de una utilidad sólo comprensible por el carácter trascendente de los cambios que se impulsan y por el desafío que ellos dejan planteados de revertirlos.

Tanto para la puesta en marcha del nuevo esquema de sociedad que esgrimen los grupos dirigentes del Estado como para los sectores democráticos interesados en elaborar una propuesta alternativa común, el valor del trabajo de comprensión por el pasado de las causas y desarrollo del fenómeno actual implica procurar una visión sintética de la historia coherentemente trabada con su postura actual. Mientras de una parte se revive una historia conforme a los cánones tradicionales y apelando a la hermenéutica de la escuela aristocrática, de otra la perspectiva historiográfica intenta renovarse para vulnerar las resistencias oficiales y ofrecer una versión más sólida y consistente del pasado. Al tenor de este contraste las viejas polémicas resucitan: no en vano nuestra cultura conoce, desde mucho tiempo, la afición por la historia; y le debe una decisiva importancia en la percepción de lo que hemos sido a sus elaboraciones explicativas.

2.

Inscrita en esta situación comprendemos que se afirme, en una publicación del profesor S.Villalobos, que "la historia se escribe y reescribe según la visión de toda época" (1). El esfuerzo que se acomete en dicho texto es precisamente reelaborar una historia dominada hasta aquí por la llamada historiografía del "revisionismo aristocrático". La novedad del trabajo radica en su énfasis crítico respecto a esa tendencia y en su declarada intención de superar las pautas cognitivas empleadas por sus más destacados representantes. Como se sabe, figuras de la talla de un Encina, Edwards Vives y Eyzaguirre, además de contar en su favor con records editoriales, poseen la cualidad de ser responsables de la impresión que el chileno medio tiene de su historia, gracias a la generalidad con que se han logrado extender sus opiniones concebidas a partir de criterios etnocentristas y político-legales. En conformidad con estos principios, estos privilegiados narradores de la historia se volcaron hacia el pasado buscando encontrar los resortes que impulsaron al país hacia un primerísimo lugar en el concierto americano del siglo XIX, y para indagar las causas de su descenso en el período de crisis de la dominación oligárquica -período reflexionado y vivido en su modo de pensar como "desmoralización nacional" y disolución del "Estado en forma"-(2).

Su interés por los procesos políticos, el lugar central de los personajes y el carácter de demiurgos de la realidad con que se privilegia a los "próceres"; su reiterado apego a las normas

jurídico-legales para historiar el pasado, la valoración del "Estado en forma" en la construcción y estabilización nacional; las virtudes de los recursos autoritarios y tradicionalistas, como asimismo el valor del orden para fundar las bases de integración y cohesión social indispensables para la buena marcha del país; constituyen puntos de partida del criterio de inteligibilidad del pasado en estos historiadores. Juicios de valor suministrados por esta tendencia, hoy con énfasis son permanentemente puestos en circulación a través de distintos canales. En ello el diligente trabajo de divulgación oficial contrae su máxima responsabilidad, sobre todo si se trata de poner "vis a vis" el pasado de estabilidad y orden que hizo posible la "grandeza" del Chile del ochocientos, con la "decadente", "liberticida" y "demagógica" influencia del "espíritu de masas" reinante desde las primeras décadas del siglo XX.

No cabe duda que estas oposiciones originadas en la literatura de ensayo sobre la crisis del orden oligárquico (y, sobre todo, la invocación del "Estado en forma") han sobrevivido inmodificadas más allá del contexto que las originó, incoando en los años de filosófica espera de los partidarios del orden los gérmenes de soluciones autoritarias; recobrando toda su vigencia y eficacia precisamente en las circunstancias más críticas para el Estado anterior a 1973. Efectivamente, cuando se creía muerta la propensión de reverencial respeto a las jerarquías de la sociedad tradicional, cuando se creía desembarazado el espíritu oligárquico de aquel período y se confiaba en las soluciones colectivas y democráticas y en estrategias de liberación, nuevamente la imagen de la nacionalidad de esta historiografía, sus ideas sobre las razones del precoz primer plano del país en el pasado, adquieren en la actualidad un valor incalculable como receta de superación del esquema de desarrollo anterior, poniendo de relieve los métodos de gobierno y gestión que en 1830 resolvieron los problemas inherentes a ese período de la historia chilena.

3.

A pesar de las distorsiones y dudosas premisas de origen que han dado lugar a esta forma de narrativadominante, digamos en su beneficio que ella por lo menos ha procurado (dentro de una alternativa "decisionista" de la concepción de sociedad que tiende a reducirla a la política) una visión de conjunto de la historia de gran eficacia práctica al deificar el orden y su demiurgo (el poder central, la autoridad) por sobre cualquier otro elemento integrador. Este mérito, y la consecuente confianza en los instrumentos de coerción y ordenación social, es lo que explica el lugar central que se le asigna al período de Portales, como si su actuación e ideas fuesen sustancias eternas trasmutables en el tiempo bajo cualquier condición.

Por otra parte, si su apego a lo factual ha sido declaración de fé historiográfica en contra de la tendencia liberal a hacer historia, especulativa y doctrinaria, no por ello esta corriente se ha privado de organizar su discurso según criterios de sentido político perfectamente definidos. Poniendo su acento en una imagen integradora de la realidad a través del poder político,

operando en favor de lo político y del Estado nacional al costo de ver la historia de Chile a través de su clase dirigente, realizaba toda una opción sociológica implícita que rebasaba su propia voluntad historiográfica. Su imagen respondía, si pensamos en categorizaciones posteriores como la de "heterogeneidad estructural", a algo muy real: en sentido propio. Chile, después de su independencia, no era una nación ni una sociedad articulada; había pues que inventarla. La obra de Portales tiene precisamente ese carácter fundacional, y desde el ángulo historiográfico, la tendencia que comentamos cumple a su modo con procurar bajo la forma de historia y desde su existencia fetal, un nombre propio al neonato, una visión integradora insistiendo en su mecanismo fundamental: el Estado y su Constitución. A través de este acto bautismo desliza su concepción de lo que es Chile en función de esta espina dorsal. Es cierto que de aquí deviene toda la deformación y el estrecho campo de exploración del pasado a que circunscribe su trabajo esta forma narrativa, pero también su misma arbitrariedad tiene el sentido preciso de resaltar (y es esto lo que la torna relevante ayer como hoy) que es en y con el Estado donde ha radicado siempre la posibilidad de superar los problemas. La idea del "Estado en forma" contiene, como dentro de un registro de representaciones inconscientes o reflejas, la idea de "nación en forma". Toda crisis del Estado tenderá entonces a considerarse como "crisis nacional"; y viceversa, toda "crisis nacional" como "crisis del Estado".

La historia "central" o "vertebral" (3) tiene pues el sentido de simbolizar -limitándose a " ciertos aspectos dominantes, intuitivamente percibidos" por el historiador, en la vida de los personajes públicos más destacados, en los procesos políticos y en los problemas del Estado- los cambios y vicisitudes del acontecer nacional; al decir de Encina, se trata de imponer esa simbolización a la "visión del presente". Con este plan precocebido, la obra historiográfica de la escuela aristocratizante traspone el umbral de la "crónica" y del "objetivismo" que condena a la pasividad e inercia al historiador "en cuanto fuente de ideas y de conceptos propios" (4), articulando coherentemente una elaboración constructiva de la historia según los ejes denificados: el sujeto es la nación, y los próceres, sus ejecutores y enviados. En esta perspectiva, su concepción de la historia es esencialmente política, en tanto pone a prueba la capacidad de los hombres de Estado para enmarcar la vida colectiva en un orden institucionalizado y operante para orientar la conducta general. En esta misma dirección, quienes hacen la historia son el "genio" y la "intuición" que percibe las tareas y necesidades de su tiempo, los "espíritus pragmáticos y realistas" encumbrados a las alturas del Poder.

4.

Si hemos creído pertinente descifrar el significado de la visión de conjunto que ofrece esta corriente interpretativa se debe a que el emplazamiento en su contra del profesor Villalobos no percibe los alcances que hemos señalado. Su programa de "aggiornamento" de la historiografía chilena juzga imprescindible desbaratar las inclinaciones "parciales", "subjetivizantes" y de "superficie" características del "revisionismo aristocrático",

mediante un procedimiento de agregación de sectores, incluyendo además de las realidades hasta aquí resaltadas, las referidas a los aspectos económicos y sociales. Se trata, pues, de una historia global, de la inclusión de "todos los aspectos del pasado en tal forma -dice el autor- que no habría ningún proceso histórico, sector social, grupo racial, ámbito cultural, región u otros elementos que puedan ser olvidados. Se trata de estudiar a la nación entera como protagonista de su historia" (5). Con esa disposición, sin duda encomiable, la imagen discrecional y selectiva se cree recusada por la proposición de una "historia del pueblo" que no excluya a nadie ni a nada.

Digamos que no nos merece duda la necesidad de ver las cosas, si se quiere, en una perspectiva más amplia y completa. En ello este trabajo de investigación monográfico ha contribuido a evidenciar la presencia de distintos fenómenos, pero llegados al punto de pretender sobrepasar la eficacia de un discurso de síntesis ideado a partir de una concepción decisionista de la sociedad, cabe insertar ese material acumulado en una visión coherente según un sentido definido tanto por sus premisas teóricas, por su efecto para la acción, como por el tipo de interrogantes que se busca responder en el pasado, si se quiere hacer de la historia algo más que un ejercicio de erudicción. La imagen de una historia de todos y de todo, sino resuelve esta cuestión de fondo, a lo más que puede llegar es a dar paso a un sincretismo descriptivo, indeterminado y amorfo, siempre inferior respecto de la historiografía reductista, sea cual sea su fórmula; por mucho de que el nuevo "revisiónismo" (esta vez "sinrético") "tome lo mejor de los más recientes avances en la investigación de las ciencias sociales para cumplir con su propósito de replantear la historia" (6).

La coherencia y unidad de la praxis histórica, el esfuerzo de totalidad y globalidad del historiador por encontrar en lo disperso la unidad, el problema de los puntos de enlace y los criterios que los gobiernan, la encrucijada donde las series diversas de fenómenos vienen a entrecortarse y unirse, no la vemos por ninguna parte delineada en forma de proyecto en la historia que propone la introducción del libro "Historia del pueblo chileno"; y ello sin duda que resiente su eficacia en la doble dimensión de elaboración y de incidencia práctica que tiene el discurso historiográfico.

5.

El problema no reside, se ha visto ya, en construir una versión de la historia distinta a la "historia oficial" que han escrito las clases dominantes, para poner en su lugar la versión de "una clase social (que) surge y afirma su fuerza" y que desea comprender el pasado e interpretarlo según las nuevas luces de su conciencia ... (7). El problema es el conocimiento que una visión así puede concebir. No es indiferente para la acción política la representación que se tenga de la historia: recae sobre ella -sobre todo cuando ésta se trata de fundar científicamente- la debilidad del conocimiento, el error, la representación ideológica. Los efectos de todo esto son, por lo demás, ya de sobre conocidos.

NOTAS

- (1) "Introducción para un nueva historia" en "Historia del Pueblo Chileno, Tomo I, Sergio Villalobos.
- (2) El concepto de Estado en forma" fue puesto en circulación por Edwards V. y usado profusamente por Encina; en mucho menos medida lo que retenido Eyzaguirre.
- (3) Así la denomina Encina en "El nuevo concepto de la Historia", Publicado el año 1935
- (4) Villalobos, Op. Cit.
- (5) Villalobos, op. Cit.
- (6) J. C. Jobet, " Ensayo crítico del desarrollo económico-social de Chile", Edit. Universitaria, 1955. Prefacio, p. 14.

Sobre las "Visiones Críticas" de la Historia de Chile

(Presentación en el Seminario, 10 de Julio)

Carlos Ruiz

El tema que me han planteado los organizadores del seminario es el de la (auto) crítica de la visión "de izquierda" de la historia nacional; aunque los trabajos que he hecho sobre historia de Chile han girado más bien en torno a la interpretación dominante de esa historia, cuya relación con las bases ideológicas de la dominación autoritaria he tratado de establecer, creo que los artículos incluidos en "PROPOSICIONES" son un muy buen punto de partida para intentar una reflexión sobre la crisis, o las insuficiencias, de la visión de la historia que hay en la izquierda chilena. En este sentido, creo que dada mi particular perspectiva sobre el tema lo más adecuado es enfocarlo a partir de la siguiente pregunta: ¿hasta qué punto las interpretaciones "de izquierda" de la historia de Chile son tributarias de la ideología que se expresa en la historiografía dominante?

Antes de iniciar la respuesta a esta pregunta es necesario plantear otra: ¿por qué ha sido la búsqueda o la investigación histórica la que ha tenido el mayor desarrollo en el conjunto de la teoría elaborada por la izquierda chilena? En el momento actual, en realidad, no parece ser la historia un área de preocupación teórica, o del "del clima" intelectual, que podamos pensar como dominante. Pertenece ya, de alguna manera, al pasado: la preocupación por la historia tiene, dentro de este siglo, un inicio por la década de los 30, para luego resurgir a inicios de los 50. A mi juicio, este énfasis en la historia tiene que ver con el intento de implementación de proyectos políticos populistas. Quizás la producción más significativa en materia histórica desde el punto de vista de la izquierda chilena -las obras de Hernán Ramírez Necochea, de Julio César Jobet, de Aníbal Pinto- tiene mucho que ver con el resurgimiento, alrededor de los años cincuenta, de la temática de la "identidad nacional" en la preocupación del conjunto de la intelectualidad en Chile: el tema de la historia de Chile aparece relacionado, creo, con la producción de esa época en el campo de la literatura (cuya obra más significativa en este sentido es el "Canto General" de Pablo Neruda) y de otros campos de la creación cultural; se trata de un clima ideológico-cultural general, que lleva a replantearse el tema de la identidad nacional, y que me parece ligado a los proyectos políticos de carácter populista (el caso de Ibáñez en el período citado): con proyectos de una apelación de carácter ampliamente "nacional" más que clasista y, en consecuencia, del intento (desde la izquierda, el centro y la derecha) de ofrecer una visión de la trayectoria del país que pueda darle perspectiva común a sectores sociales muy diversos. Si ello es así, debiéramos seguir la hipótesis de que las interpretaciones de nuestra historia están estrechamente emparentadas con opciones políticas, prácticas.

Examinemos en primer lugar aquella visión de la historia de Chile que ha sido la dominante, representada por los tres autores

que habitualmente se consideran "clásicos" o "indiscutidos" en la historiografía nacional: Francisco Encina, Alberto Edwards y Jaime Eyzaguirre. Pondré una especial atención en Encina, por el hecho de ser a mi juicio aquél que es más directamente recogido por las interpretaciones contestatarias o de izquierda respecto de nuestra historia. ¿Cómo entender básicamente el proyecto y la visión de la historia de Chile que plantea esta concepción dominante, tradicional? ¿Qué plantea en esencia, como interpretación esta concepción que se especifica en Encina, Edwards y Eyzaguirre?

Tal vez lo primero que haya que señalar es que ninguno de estos tres autores comienzan (al inicio de su producción, hacia los años 30) por ser clara y específicamente historiadores. Más bien se convierten en historiadores. Esto es especialmente patente en el caso de Eyzaguirre, que comienza por ser un líder político, tal vez el más destacado de entre aquéllos que postulan un proyecto de tipo corporativista en Chile. Su acción se define por el propósito de unificar las distintas corrientes u opciones corporativistas como respuesta a la crisis de los años treinta. Si se convierte en historiador, es sólo después de la Segunda Guerra Mundial tras la derrota de los diversos proyectos fascistas en el mundo. Es sólo allí cuando Eyzaguirre -y en alguna medida todos los núcleos corporativistas del período anterior -hacen de la cultura y especialmente del cultivo de la historia su actividad principal.

Ahora bien, lo que define del modo más característico a las visiones dominantes de la historia de Chile, representadas por estos tres autores, es el traspaso a su visión de la historia de las opciones políticas autoritarias que expresaban anteriormente en el terreno práctico. Su profesionalización como investigadores de la historia aparece así de algún modo como un repliegue, como un paso a la defensiva, de las fuerzas políticas que representan: desde el terreno de la política estas concepciones pasan a expresarse en el terreno de la cultura; como una visión de la cultura chilena y de la Nación en su conjunto. Puede entenderse entonces su visión de la historia como un intento de "demostración" de su postulado de que un proyecto político viable en Chile tiene que incorporar elementos autoritarios. Lo que Encina, Edwards y Eyzaguirre van a buscar principalmente en la historia de Chile es, entonces, una base para su argumentación en torno a la crisis, o la inviabilidad, de la democracia liberal en Chile. Y, a partir de ello, van a denunciar como "ideología", "distanciamiento de la realidad", etc., a todos los proyectos políticos o a todas las figuras de la política o de la cultura nacional que son distintos u opuestos a una perspectiva autoritaria.

Este es, particularmente, el sentido de la reivindicación que hacen Edwards y Eyzaguirre, por ejemplo, de la figura de Portales: Portales es elegido como la imagen simbólica por excelencia de lo que debiera ser el futuro de Chile, en la medida en que en Portales encuentran ellos, precisamente, una relación fundadora con el pasado a través de la cual toda la historia de Chile puede ser leída como la búsqueda de soluciones autoritarias.

Algo similar ocurre con la reivindicación de la tradición hispánica, especialmente de parte de Eyzaguirre. Al proponer una

relación de continuidad entre el desarrollo de la historia del siglo XX en Chile y su pasado hispánico, se opera de algún modo una articulación proyectiva hacia el futuro: las deficiencias del momento presente definen por sus carencias frente a la era del franquismo en España; los problemas que enfrenta la sociedad chilena en los años cincuenta aproximadamente (es decir, cuando Eyzaguirre inicia su tarea como historiador) son para él problemas que parecen derivarse nítidamente del hecho de no haber podido implementar una solución como la franquista.

Ahora bien, como se señaló más arriba, es Encina el historiador que más influye en las concepciones de la historia nacional de los historiadores que la examinan, por decirlo así, "desde la izquierda" -especialmente, en Julio César Jobet y Aníbal Pinto-.

En el caso de Aníbal Pinto, me parece especialmente tributaria de Encina la idea (que, por otra parte, a muchos nos ha parecido siempre de gran riqueza para la interpretación de la historia de Chile) de que existe un desfase entre un "superdesarrollo" político y un subdesarrollo económico, y que este desfase es un principio articulador central de la evolución histórica chilena. Para Encina, la función de este postulado es muy clara: él se aviene a maravillas con lo que es la consecuencia obvia de todo su trabajo, que es que hay que terminar con la democracia; esto es perfectamente obvio si, por otra parte, se señala que es este superdesarrollo democrático el que ha estancado el desarrollo económico. Sin embargo al recuperar esta contradicción postulada por Encina como si fuera un dato empírico, indiscutible, de la historia de Chile, es cuando menos bastante dudoso. Pero no es la única influencia destacada de Encina sobre la obra de Pinto: así por ejemplo la reivindicación que él hace en Chile: Un Caso de Desarrollo Frustrado de los grandes precursores del desarrollo capitalista chileno es plenamente correspondiente a la de Encina. En este último autor, ello tiene por función natural el ilustrar una visión política actual, acerca de por dónde debiera seguir hacia el futuro la evolución histórica de Chile: por una senda de desarrollo capitalista-empresarial, que en cambio fue obstaculizada por el predominio de intelectuales, de políticos, de literatos y humanistas (diletantes, en fin), que corresponden a este superdesarrollo de lo cultural y de lo político. Cabría preguntarse nuevamente cuánto de este papel resaltante de los precursores del capitalismo chileno puede asumirse como un hecho y cuánto lleva al mismo tiempo, esa misma interpretación, las adherencias de la ideología autoritaria de Encina.

La influencia directa de Encina sobre Jobet es menor, pero no deja de ser sorprendente la visión que éste tiene de aquél como historiador. En un artículo suyo tal vez poco conocido, escrito cuando muere Encina, se refiere a éste como alguien que ha revolucionado la concepción de la historia chilena y lo rescata, en cuanto tal, como uno de los más valiosos aportes -quizás el más valioso- a la historiografía nacional.

Pero este elogio no discrimina entre el Encina investigador y el Encina intérprete de la historia; la única crítica que hace Jobet a esta interpretación se refiere al uso que hace Encina de la idea de la raza; y, aún en este punto, entiende Jobet que la

utilización de esa categoría (o, más en general, la posición racista de Encina) es más bien accesoria o superestructural.

Creo que esta misma posición racista merecería una atención más cuidadosa. Me parece que ella no es tan accesoria o superestructural, sino que de alguna manera permea el conjunto de la obra de Encina. No es sólo cuando se utiliza explícitamente el concepto de raza que él está presente: categorías tales como la de "aristocracia castellano-vasca", por ejemplo, están forjadas obviamente a partir de un prejuicio racista; que se use o no de modo explícito la categoría raza no tiene pues tanta importancia como el hecho de que las posiciones racistas jueguen un importante papel en la formulación de las tesis básicas de interpretación de la historia de Chile por parte de Encina. Y esta posición racista está presente también -aunque tampoco esto ha sido muy destacado- en la visión "hispanista" de la historia de Chile; la valoración del "hispanismo", de la "hispanidad" como clave explicativa, es algo que evidentemente se articula con una visión racista. Ahora bien, ¿qué nos dice de la interpretación oficial de la historia el hecho de que se utilicen categorías tales como la de raza en su construcción? ¿Qué función cumple este tipo de categorías en el conjunto de la interpretación?

Pienso que a partir de esta pregunta puede destacarse otra característica central de la historiografía oficial, que quizás nos puede dar otra pista de por qué esas interpretaciones alcanzan eco e influencia en las interpretaciones "de izquierda": el autoritarismo, en realidad, hay que verlo al menos en dos dimensiones; por una parte existe el elemento del anti-liberalismo, del ataque a la democracia liberal. Pero, por otra parte, hay que definirlo también (por ejemplo en el caso típico de los fascismos) como un intento de atraer apoyo de masas que debería venir de los sectores medios. Esto es lo que hace de alguna manera difuso y engañoso, si se quiere, el sentido de la interpretación autoritaria de la historia en los tres autores "clásicos": porque su interpretación incorpora también, de algún modo, elementos "anti-oligárquicos" y "antiimperialistas". La idea de raza se inscribe precisamente en este contexto. Aunque en el caso chileno no alcanza un peso tan significativo como el que se le ha atribuido en otros casos históricos, cabría hacer un paralelo con el juicio de Mannheim acerca del papel de la idea de raza en Alemania: es Mannheim en efecto quien ha señalado a mi modo de ver más claramente cómo la utilización de la idea de raza por parte del nazismo alemán cumplía precisamente la función de interpelar a los sectores medios: los hace parte de un proyecto nacional común, mientras al mismo tiempo justifica sus posiciones anti-capitalistas y a la vez su rechazo frontal al proletariado: "igual" en este sentido, a los ojos de los sectores medios, al pueblo alemán.

Tenemos en consecuencia, desde el punto de vista de la historiografía oficial, un discurso que conforma una "historia militante": una historia básicamente construida a partir de una posición política autoritaria. Y vemos que, a pesar de ello, la propia ideología que subyace a esta interpretación de la historia está presente de uno u otro modo en las versiones "críticas" de la historia nacional. Ahora bien, ¿son además de ello estas versiones igualmente "militantes" que las oficiales?

Me parece que sí, y creo que Eduardo Muñoz ha señalado adecuadamente algunos puntos a este respecto. Hay un paralelismo obvio entre la reivindicación que hace la historiografía oficial de Portales, por ejemplo, y la reivindicación que plantea Hernán Ramírez Necochea de la figura de Balmaceda: es perfectamente posible, en efecto, relacionar la presentación que hace Ramírez de la figura de Balmaceda con un proyecto político específico de alianzas como, por ejemplo, la tesis de la incorporación de la burguesía nacional a un proyecto político viable para la izquierda en la época en que el estudio sobre la revolución del 91 aparece. Hay incluso una identificación más estrecha que uno puede hacer con propuestas partidarias específicas (Ramírez con la propuesta del Partido Comunista, Jobet con la del Partido Socialista, etc).

No concordaría sin embargo con Eduardo Muñoz en un sentido: para él, en efecto, el replanteamiento de las perspectivas críticas de la historia de Chile debiera arrancar casi desde el concepto mismo de historia; se trataría de un cuestionamiento muy profundo, de una revisión muy profunda del conjunto del trabajo desarrollado por la historiografía crítica. Me parece que la revisión debiera atravesar efectivamente por el concepto de la historia, por las concepciones básicas desde las cuales la historia se construye. Sin embargo no se agota allí, a mi juicio, lo que nosotros podemos discutir desde ya acerca de esas visiones de la historia. Hemos de detectar y destacar cada una de las insuficiencias concretas, específicas, de las visiones "críticas" de la historia de Chile, y no sólo criticarlas epistemológicamente.

Veamos esto brevemente, por la vía del ejemplo.

Sobre el "Ensayo..." de Jobet ha hecho ya Aníbal Pinto contundentes consideraciones críticas, que yo sólo quisiera mencionar aquí: señala Pinto cómo las oposiciones a partir de las que Jobet intenta reconstruir la historia de Chile no son efectivamente adecuadas a la realidad nacional. La oposición entre burguesía y feudalismo, por ejemplo, que Jobet lee bajo la pugna entre conservadores y liberales en el siglo XIX, es una transposición mecánica a la historia de Chile de los estudios marxistas sobre la historia de Europa; pero, como muy bien lo muestra Pinto, bajo la diferencia entre liberales y conservadores no corren, o corren de una manera completamente desplazada e indirecta, los antagonismos entre el "orden burgués" y el "orden feudal".

La obra de Ramírez Necochea no es sólo criticable a partir de la necesidad de un replanteo de su visión entera de la historia; lo es también desde el punto de vista interno, de su propia visión. Creo que es evidente que en Ramírez hay una tendencia a reducir, de una estrecha manera economicista, la historia de Chile. Esa es obviamente una reacción, pero una reacción extrema, a la forma idealista, politicista, meramente institucional de hacer la historia en el pasado. Pero creo que el achatamiento de la historia que surge de su reducción a las meras transformaciones económicas que vive la sociedad resulta claro en su obra; esto es patente por ejemplo en el análisis que él hace de la Revolución del 91: hay una completa ausencia de interpretación acerca de la significación del Estado, el desarrollo y los conflictos políticos,

el desarrollo cultural; todo parece reducirse a la relación con el imperialismo inglés (una dimensión fundamental, que era preciso resaltar, desde luego, pero que está lejos de agotar por sí misma la explicación de los acontecimientos).

En definitiva, me parece que en las obras de Jobet y de Ramírez Necochea - así como también, me parece, en las de Pinto - hay una clara insuficiencia explicativa en la medida en que no incorporan efectivamente la categoría de totalidad histórica. El privilegio de ciertas áreas de explicación (la idea del desarrollo en el caso de Pinto, la reducción economicista en la obra de Ramírez, determinadas contradicciones clasistas en el caso de Jobet) limita el alcance de la explicación del conjunto de los procesos históricos.

Lo notable es que estas insuficiencias vuelven a aparecer más tarde, en algunos análisis más actuales: por ejemplo, en algunos de los análisis acerca de la crisis de 1970-73. Es frecuente a este respecto por ejemplo encontrarse con explicaciones de esa crisis que atribuyen todo al agotamiento del modelo de sustitución de importaciones. Parece como si todo el conflicto político que vivió el país, la crisis institucional, etc., hubiesen sido sólo ilusiones. En realidad, todas esas manifestaciones tenían un fondo detrás, una verdad secreta que sólo algunos conocían: era el modelo de sustitución de importaciones el que estaba en crisis. La sociedad sólo se movía al compás de sus sonos. Esto es nuevamente caer en tipos de explicaciones histórica de carácter mecánico, economicista. Y creo que es difícil entender algo desde ese punto de vista; que no se entienda la crisis del 73 sin tomar en cuenta dimensiones fundamentales como aquellas a las que ha hecho referencia por ejemplo Enzo Faletto, como el cuadro que ofrece el desarrollo del Estado chileno, las luchas políticas etc.. Y este es un problema también en la interpretación de la actualidad: de pronto parece como si toda la realidad desde 1973 en adelante fuese la historia del solo dominio del capital financiero sobre el conjunto de la sociedad chilena; y los elementos políticos, ideológicos, etc., que hacen parte de esa nueva realidad, parecieran ni siquiera existir o existir sin independencia alguna y sólo subordinados a la dominación económica. Y esto es tan reduccionista como es, en la historiografía oficial, la atribución de causalidad exclusiva al desarrollo político-institucional, por mucha que sea la mayor riqueza que estas interpretaciones contengan y su superioridad frente a las oficiales.

Debate

(Tarde del 10 de Julio, Primer Debate)

J.A. VALENZUELA

Quisiera proponer algunas distinciones metodológicas, que me parecen importantes para la discusión.

Mi proposición consiste básicamente en diferenciar elementos de análisis que son de naturaleza distinta, y que de una u otra forma aparecen mezclados: distinguir por una parte los problemas que nacen de los cambios económicos, de los cambios sociales, del "nuevo modelo" en su conjunto; y, por otra parte, el hecho de que en el país se ha producido un paso desde un sistema político abierto hacia una forma de dictadura excluyente, o a un régimen autoritario excluyente.

Tengo la impresión de que, cualesquiera fuesen los cambios en el modelo económico, o las transformaciones sociales que se hubieran producido, el sólo hecho de haber pasado de una situación política abierta a un régimen autoritario cambió por sí mismo de un modo fundamental el rol o los roles de los partidos y la relación entre partidos y movimientos sociales.

En una situación como la anterior, los partidos cumplen básicamente la función de ser portadores de un proyecto social, portadores de una ideología, de una utopía, pero al mismo tiempo son organizadores del movimiento social: tienen esa función de mediadores, o de integradores, al interior del sistema político, de las demandas sociales. En cuanto tales, se plantean ante la sociedad desde una situación de poder; de una situación de poder frente a los movimientos sociales, de una situación de poder frente al Estado. Y su necesidad, como mediadores, es la de articular los movimientos sociales en función de la coyuntura, del momento, del juego de poder en ese momento.

En cambio, en una situación de dictadura esta situación o estos roles aparecen muy cambiados: los partidos aparecen como organismos débiles. Ya no tienen el poder de mediación ni frente al Estado ni frente a las organizaciones sociales -no median nada, e incluso no tienen capacidad de expresión propia. Pasa entonces a trastocarse la relación partido-organización social. En algún sentido, la organización social pasa a ser mediadora del partido, a veces instrumento de expresión del pensamiento de los partidos; y, evidentemente, no tienen ninguna capacidad de respuesta a las demandas sociales. Y este cambio de situación parece ser inherente a esa alteración radical en el sistema político.

Creo que, en parte significativa, los fenómenos que son percibidos como elementos de crisis son elementos consustanciales a este cambio de situación, en el sentido de que ni los movimientos sociales, ni los partidos, se adecúan (o lo hacen malamente) a los nuevos términos del problema, y siguen repitiendo los roles o las funciones que tenían en el momento anterior.

Quizás sería importante, por ello, organizar la discusión en torno a la pregunta de cuáles son los roles del partido político en una situación como la actual, en comparación con lo que era antes, distinguiendo analíticamente esta transformación gruesa del sistema político de las restantes transformaciones

que se han venido imponiendo a la sociedad chilena en estos años.

Tentativamente, diría que en una situación como la actual (de exclusión, de impermeabilidad del sistema político) pierden relevancia para los partidos funciones que eran antes relevantes y decisivas como, por ejemplo, la de ser organizadores del movimiento social frente a la coyuntura. Y que, en cambio adquieren relevancia como articuladores de movimientos sociales de largo plazo, esencialmente en tanto portadores y sustentos de una utopía. Adquiere, en consecuencia, importancia el discurso ético, el discurso de principios, más que el discurso táctico, programático, o el discurso propositivo concreto e inmediato frente a la coyuntura. En función de esto mismo también, creo, se tiende a producir una mucho mayor independencia en la articulación partido político-movimiento social. El movimiento social puede ser mucho más independiente del partido político: no se requiere un movimiento social tan estructurado como cuando existe un proceso de negociación del poder en la sociedad a través de cada acción o cada conflicto. Más allá de la existencia o no de una crisis orgánica del sistema partidario, o del conjunto del sistema de representación, creo que hay por este lado una vía de pensamiento importante.

J.J. BRUNNER

Voy a incorporarme a esa suerte de diálogo que E. Falletto presentó entre Weber y Gramsci, que me parece muy lleno de posibilidades.

El problema central de Weber parece ser el de la racionalización que traería consigo el capitalismo en las sociedades. Este fenómeno lo observa básicamente en la operación del mercado. Por esto insiste permanentemente en los aspectos formales de la racionalidad, porque es justamente el mercado el mecanismo que realiza tal tipo de racionalización en la sociedad; y me parece que él vislumbra también, al mismo tiempo, la posibilidad de una racionalización formal de la política que se realizaría a través de los partidos.

Weber, por supuesto, entiende los partidos de un modo muy particular: fundamentalmente como una máquina de profesionales, que logra conjugar en torno a sí a un séquito de seguidores, que busca financiamiento para operar como una empresa política, y que contrata votos en el mercado político mediante la oferta de alternativas de gobierno. Esto lo lleva a la visión (tan usual hoy día) de la democracia entendida fundamentalmente como una técnica para la selección de las élites gobernantes.

Ahora bien, me parece que planteados estos términos del problema se le presenta a Weber una cierta tensión: entre este grado creciente de racionalización de la política, que va ligado al proceso de burocratización de los partidos y del Estado, y, por otro lado, la necesidad de mantener vivos en la sociedad ciertos elementos carismáticos (especialmente importantes en una sociedad de masas). Weber ve, en efecto, la posibilidad de generar una organicidad de los movimientos de masas (en el cuadro político de esta democracia "racionalizada" por la operación del capitalismo de mercado) a través de las grandes figuras políticas; de allí una especie de admiración que manifiesta hacia Napoleón, Gladstone o Bismarck, por ejemplo. De allí su visión de una democracia de jefe plebiscitada, en donde el jefe hace aparecer de algún modo sus cualidades extraordinarias, o extra-cotidianas, y el pueblo (las masas) resuena con ellas y lo plebiscita.

Creo que esto no es para nada ajeno a la reflexión de aquellos que hoy,

en Chile, hablan sobre democracia desde la perspectiva de un proyecto autoritario (aún cuando, obviamente, no se plantee directamente así): la idea de una "democracia autoritaria" sugiere por un lado una vertiente carismatizante, en torno a un jefe militar y, por otro, la operación del mercado como factor de racionalización de la sociedad. Del mismo modo tiene resonancias, me parece, con los planteamientos que en el plano internacional aparecieron ligados a estudios de la Comisión Trilateral: el problema de la "ingobernabilidad de las democracias", debido a la masificación de las demandas (que haría necesaria soluciones semi-autoritarias o excluyentes, en más de un sentido, de la participación de las masas) conduce también a negar a la democracia el carácter de fin en sí misma y a reducirla, en consecuencia, a un simple medio de selección; si la democracia fuese un fin, se razona, ello conduciría a que distintos sectores (mayoritarios) buscaran un tipo de racionalización de la sociedad que fuera sustantivo y no formal (por ejemplo, la distribución justa de las gratificaciones materiales, o principios sociales y no privados de organización de la producción en la sociedad); por ello la democracia no podría concebirse sino como un medio, que parte del dato de la organización privada de la producción, de la operación de los mecanismos del mercado, etcétera, selecciona alternativas de gobierno que no pongan esos aspectos jamás en duda. Reducida a un mecanismo "técnico" de selección, la democracia se vuelve pues algo muy similar a la alternativa autoritaria señalada más arriba.

Los supuestos a partir de los cuales Weber construye su tipificación son claros: el capitalismo, en su período de concentración y de expansión; la operación del mercado, entendido éste de un modo muy cercano a como lo entiende hoy la economía neo-clásica; la existencia de un trabajo "libre", es decir, masas que tengan que vender su trabajo libremente en el mercado; un Estado racional-legal, constituido por burocracias eficientes; una cierta ética del mercado, basada en el valor absoluto de los contratos. Pero me parece que, detrás de todo ello, hay un supuesto mucho más radical: el de la existencia paralela de, por un lado, masas disponibles; y, por el otro, élites racionalizadoras.

La existencia de élites racionalizadoras es, en efecto, tan importante como la de las masas disponibles, y atraviesa los distintos niveles o zonas de la sociedad: existen élites racionalizadoras en lo económico, que se organizan como empresa capitalista y que operan a través del mercado; élites racionalizadoras en lo político, que se organizan como partido (en el sentido ya anotado), y que dan origen a la democracia como mercado político; y élites racionalizadoras en el campo intelectual-cultural que, operando a través de una creciente especialización, crean los cuadros técnicos - burocráticos que son capaces de manejar racionalmente el Estado y las empresas.

Es cierto que todo este discurso está muy unido a la imagen que Weber tenía del capitalismo y de su desarrollo; sin embargo, me parece que las grandes tendencias que anota no son ajenas a la evolución de los sistemas socialistas reales - entendidos éstos como socialismos que dan lugar a procesos de racionalización y burocratización, y constituidos en torno a la operación del partido y del Estado.

La confrontación con Gramsci me parece especialmente interesante. En particular, porque para Gramsci la idea del socialismo aparece lejana a la idea de una organización de la sociedad de masas capaz de permitir la racionalización creciente de sus aparatos y estructuras. Antes bien, parece clara en Gramsci la idea de que el socialismo solamente puede existir en

tanto produce una liberación, una transformación de la cultura de masas; y que esto es, por otra parte, un requisito o un supuesto de la democracia socialista. Me parece que ése es uno de los núcleos más centrales del pensamiento de Gramsci: si por ahí habla tanto de la política como un intento de reforma intelectual y moral de la sociedad es, creo, porque apunta a la necesidad de una transformación cultural como proceso simultáneo con el de construcción del socialismo; como proceso que hace posible, incluso, el socialismo. En esa perspectiva, obviamente el surgimiento de la nueva cultura está puesto sobre la base del trabajo colectivo organizado: de allí que, para él, la racionalización de la sociedad no es formal, a través del mercado, como nos aparecía en Weber, sino que es una racionalización sustantiva, a través de la organización del trabajo colectivo. Esto marca también su diferencia con las versiones capitalistas de la democracia.

Naturalmente esto lleva también a entender el partido de otra manera. De allí la tesis gramsciana del partido como intelectual colectivo. Pero esta idea ha sido muchas veces entendida de un modo ligero, como si se tratara de la misma idea del "partido - vanguardia", definido en términos muy similares a los de Weber, pero que es "intelectual colectivo" para los sectores populares porque tiene capacidad de iluminar a las masas, de conducirlos. Y me parece que claramente no es así: que en Gramsci hay realmente una idea distinta, que es la del intelectual colectivo que introduce un nuevo principio educativo a nivel de las masas, que se hace parte de las culturas subalternas de la sociedad, y que tiene la capacidad de ir las desarrollando y homogeneizando aun dentro del capitalismo; es decir, la idea de que las fuerzas del socialismo puedan llegar a ser dirigentes, ganar en capacidad hegemónica, antes de la "conquista del poder" (y no "después", como un acto de transformación que se hace desde el Estado).

A partir de este "diálogo" surgen, me parece, muchas cuestiones de extraordinaria relevancia. Rescataría, en el contexto de esta discusión, dos esenciales: la primera, es que tal vez hoy día presenciemos una crisis del partido de tipo (por llamarlo así) weberiano: del partido como empresa capitalista de la política y como empresa burocrática del socialismo. La segunda es la relación entre la crisis partidaria que se inserta en el marco - como señalaba Enzo Faletto - de una crisis orgánica y la posibilidad de surgimiento, en la izquierda, de partidos ligados de modo muy estrecho a la transformación y a la emancipación de la cultura popular: y, en ese sentido capaces de desarrollar una visión crítica de la cultura popular y de la cultura de masas, totalmente ajena a su glorificación populista. Es decir, pensar en la recomposición del partido, o de los partidos, y en la recomposición de la política (sobre todo de izquierda) como un proceso simultáneo de recomposición, de transformación y de emancipación de la cultura de los grupos subalternos.

E. FALETTI.

Creo que hay varias dimensiones presentes en el debate; en primer lugar está, ciertamente, el problema del enfoque de la crisis: si ésta debe enfocarse como un proceso largo atinente al conjunto del sistema de representación o si, en cambio, habría que verla más bien en un enfoque discrepante comparando la situación de hoy con la del pasado - en que se asume de algún modo que la crisis es principalmente un problema de hoy y no del pasado. Yo creo que este enfoque es útil para situar muy concretamente los

problemas que enfrentan los partidos para desempeñar determinados roles, o cumplir determinadas tareas, pero que no nos da una explicación suficiente de la hondura de la crisis, justamente en la medida en que deja inexplicado su propio origen: el autoritarismo aparece así como algo externo, como un mero "contexto" distinto en que deben actuar determinadas organizaciones o tendencias partidarias, pero no se logra ver la conexión interna que existe entre el autoritarismo y la crisis partidaria. J.A. Valenzuela proponía sin embargo un tema que me parece muy importante, y que está retomado en las demás intervenciones: el de la importancia de la referencia utópica, de la representación de una alternativa.

Parece ser que, efectivamente, la utopía aparece cada vez más como elemento importante de la política: el "socialismo utópico" no estaba tan enterrado como lo creyeron los fundadores del "socialismo científico" y, en la construcción de una alternativa socialmente relevante, vuelve por sus fueros al hacer crisis determinados modelos históricos. Y esta es una cuestión relevante respecto de lo que denominábamos la "dimensión de futuro" con que aparece cargada hoy la crisis partidaria: no se ve con claridad que los partidos sean, efectivamente, los portadores de la negación de lo existente. Aparecen más bien como parte constitutiva de lo real a ser negado, como una proyección del presente hacia adelante, incluso con otro tipo de predominio de la burocracia (cf. por ejemplo la crítica a los "socialismos reales"). Frente a esto hay una revalorización de la dimensión utópica del pensamiento (que puede verse con claridad, por ejemplo, en la resonancia que adquieren hoy proposiciones teóricas como las de Foucault - en particular su postura "basista", que sintoniza con muchas de las críticas que se hacen hoy a los aparatos políticos por el hecho de ser tales-).

Ahora bien, me parece que detrás de todo esto hay un problema que puede plantearse en el contexto teórico que señalaba J.J. Brunner, y que es el siguiente: la idea de Weber de una creciente racionalización como elemento importante en la constitución de la sociedad capitalista (y Weber pensaba que, más allá del capitalismo, esto traspasaba también el umbral del socialismo) parece en realidad bastante acertada. Pero hay que tener muy en claro la doble dimensión de la racionalidad, esta especie de dialéctica entre dos racionalidades que Weber denominaba "racionalidad formal" y "racionalidad material": una puramente formal, cuya expresión característica es la racionalidad burocrática; pero que no es sólo la racionalidad de la burocracia, sino también la racionalidad de la ciencia y de la técnica. Y la segunda material, que opera de acuerdo a valores. Entonces surge la cuestión, desde el punto de vista de una alternativa, de si estamos en la búsqueda de una pura racionalidad material, en oposición a esta racionalidad formal que se nos impone a través de la burocracia y el mercado. Pero con ello queda planteado el punto puesto por M. Schkolnik, que es cierto; es decir, si la racionalidad formal es por otra parte la racionalidad de la ciencia y de la técnica (la eficiencia, como ella decía), si se impone la pura racionalidad material estaríamos frente al peligro de la "detención del desarrollo" - entendido al menos, en los términos en que hasta ahora ha sido entendido-.

Si se piensa por ejemplo en las actuales propuestas, como aquellas del "self-reliance", esa especie de vuelta a la imagen naturalista roussoniana, el ecologismo, el retorno a la tierra como opción, etc., se ve que ellas de algún modo desechan la racionalidad formal y plantean una alternativa política de utopía, es decir, de la construcción de una alternativa a partir únicamente de una racionalidad de tipo material. Esta misma opción aparece clara en el

primer socialismo revolucionario, tanto en la vertiente anarquista como en el propio Marx: la idea era, en ellos, que la sociedad futura no es una sociedad de "ciudadanos", sino una asociación de productores libres que había de constituirse sobre las ruinas del Estado (la tesis misma de los soviets era, desde luego, esta misma).

Tenemos entonces que, frente al desafío representado por la presencia de masas en la sociedad moderna, una concepción que parte de un tipo de racionalidad puramente formal conduce a un tiranía de las burocracias. Y, por otra parte, el predominio de una racionalidad puramente material pareciera conducir a una cierta ineficiencia. ¿Cuál es, entonces, la vía de salida? Weber se da cuenta que se avanza hacia el control de las masas por la burocracias, y señala incluso el mecanismo de este control, que suele ser (y él lo dice sin ningún afán peyorativo) la demagogia: es decir la presencia de conductores, de conducción del pueblo. Pero sabemos que se corre en ello también un riesgo muy grande, cual es el de que lo puramente irracional, lo puramente afectivo y pasional, predomine en la política. En Weber el problema no aparece resuelto. El planteamiento del problema de la racionalidad formal y material aparece como una tensión; de algún modo, hay la idea de que el verdadero político es el que tiene un cable en cada mano, y que tiene que aguantar la tensión de los dos polos porque no hay, entre uno y otro, solución armónica.

En Gramsci, el tema parece ser: dado que existe esta sociedad de masas organizadas, el problema es cómo puede ser conquistada para una nueva racionalidad material. Y la respuesta es: a través de una política de hegemonía. Es decir, ya no se trata, frente a esta sociedad compleja, articulada en torno a mil formas de organización civil, simplemente de tomar el aparato del Estado; sino que se trata de ir poco a poco conquistando para un nuevo contenido la lógica de funcionamiento de sus distintos espacios. Creo que esos son los términos del problema de la alternativa.

M.A. GARRETON

Por mi parte, no me atrevería a formular una crítica general a los partidos y al sistema partidario prevaleciente hasta 1973. Se pueden criticar sus líneas políticas, sus conductas, sus decisiones; pero no la estructura ni el sistema. Los partidos - y en esto rescato el concepto de totalidad que usó C. Ruiz en su exposición - formaban parte de una estructuración política determinada, la que dependía de otros elementos: del tipo de Estado, del modelo de desarrollo, del proceso segmentado de incorporación social. Dentro de ese sistema, los partidos jugaban un determinado rol, que era claramente funcional a ese sistema; ahora uno puede criticar a sus élites, a sus posiciones, etc., pero no hablar de una crisis del "sistema partidario" chileno. - (No quiero entrar aquí a debatir un problema que trasciende con mucho el caso chileno, como es la crisis general de los partidos, a futuro, como mecanismos único o privilegiados de representación).

Pero esta intervención la quiero centrar en otro punto: en la crisis presente de los partidos políticos chilenos de oposición. Para esto me voy a ayudar de un esquema que define tres ejes, cada uno de los cuales se refiere a un tipo de acción contra el régimen, acciones definitivamente diferentes, que sólo una ilusión puede visualizarlas como unidas o mecánicamente ligadas entre sí. El eje 1 hace mención al tipo de acción destinada a provocar el derrocamiento, el término de determinado régimen. El eje 2 se refiere a la proposición de un régimen o esquema político

alternativo. Y el eje 3 - analíticamente separable de los otros- trata de las acciones de democratización desde ya de la sociedad, aunque no se hayan resuelto los ejes 1 y 2; es decir, todas aquellas tareas de barrera, de oposición, de reconstrucción de sujetos sociales y de mecanismos de relación entre ellos, etc..

En relación al eje 1 mi problema es que no conozco ningún caso histórico donde el derrocamiento de una dictadura se haya realizado por la acción del sistema de partidos que existía previamente a su instalación. (Me refiero a las dictaduras de transformación, no a las tradicionales, de tipo patrimonial). No conozco, en otros términos, el caso de partidos que, habiendo participado en el sistema democrático pre-existente, hayan luego derrocado dictaduras. Miradas las cosas desde el punto de vista del eje 1, entonces, la tesis sobre la necesidad de un refundación política adquiere mucha fuerza. Se dirá, sin embargo, que en cuanto caen las dictaduras, ocurre que se vuelve al sistema político anterior; y se pondrá el ejemplo ya clásico de España. Pero en este caso, precisamente, la dictadura no cayó por obra de ningún "sujeto popular"

Veamos ahora el eje 2, el del esquema alternativo de sustitución del régimen. En el caso chileno, mi impresión es que hasta 1980 el grueso de la oposición política - aparte de la labor organizacional y de preservación, que bicaría en el eje 3 - estuvo preocupada básicamente del problema de la alternativa: el tema dominante, en efecto, era el tema del "frente"; "frente" no para botar al régimen - porque jamás nadie señaló cómo iba a emprender semejante tarea- sino para administrar la democracia posterior al régimen, que ese "frente" debía por supuesto definir. El dominio de este eje en la oposición chilena fué el resultado claro de la hegemonía del centro político. El mejor ejemplo - y su mayor logro- es la labor y el consenso alcanzado por el Grupo de los 24. La pregunta que surge, sin embargo, es: ¿qué hubiera pasado si todos los partidos de oposición - sin excepción alguna- se hubiesen puesto de acuerdo en un programa alternativo completo?. A estas alturas reina la impresión que no hubiera pasado gran cosa. En cualquier caso, es evidente que este eje 2 es - casi por definición- el más propio de los partidos; y si en este terreno su acción se revela estéril es porque se destruyó aquel sistema político que volvía eficaz la relación de estos con la sociedad, como ya lo indique en mi intervención anterior en el Seminario.

El eje 3 es a mi juicio crucial. Aquí se presentan también problemas con la estructura partidaria anterior. No digo que las acciones que se realizan alrededor de este eje no vayan a requerir en algún momento una expresión político partidaria: insisto en esto, porque creo que en cualquier sociedad democrática se requerirá de los partidos o de algo que cumpla con su rol. Sin embargo, me cuesta imaginar que las tareas de este eje 3 puedan ser encaradas por una estructura partidaria heredada de un tipo de sociedad y Estado que ya desapareció; cómo lo puede hacer en condiciones de represión y en la ausencia de un sistema político que sirva de espacio de articulación de demandas. Hay que recordar, por lo demás, que en Chile los partidos representaron bastante coherentemente la estructura de clases sociales, y ésta - con el perdón de G. Campero- en algo ha cambiado: una tasa de cesantía que bordea el 18% modifica esa estructura; los sectores medios ya no son del tipo de los capitalizados por los partidos radical y demócrata cristiano, etc.. No estoy contra los partidos ni contra la idea de partidos. Simplemente constato que estos tienen un origen histórico determinado, que responden a problemas que quizás no son los de mayor relevancia luego de los cambios que ha experimentado la sociedad chilena. Esta afirmación, sin embargo, no puede generalizarse. Hay sectores de la sociedad donde no han ocurrido transformaciones esenciales (pongamos,

por ejemplo, el caso de los mineros del carbón) y donde es posible- por lo tanto- que siga siendo válida la matriz clásica de articulación y representación política. Del mismo modo, hay otros sectores profundamente transformados, donde veo difícil pueda reestablecerse la relación con las estructuras partidarias heredadas, lo que exige de éstas un momento fundacional.

Desde los tres ejes señalados se concluye en la presencia de una crisis de los partidos políticos de oposición en Chile, del tipo de instrumento partidario que se conoció en el pasado. Porque, en efecto, en su forma tradicional resultan evidentemente ineficaces para las acciones propias en el eje 1; sirven aún para las del eje 2, pero es evidente que desde el plebiscito del 11 de Septiembre de 1980, la proposición de un esquema alternativo de consenso entre cúpulas dejó de ser la cuestión principal; y con respecto al eje 3, la estructura partidaria existente sigue siendo perfectamente expresiva de partes de la sociedad, pero no así de la parte escondida de este iceberg que es la sociedad chilena, lo que obliga a plantearse una nueva matriz de acción política, de relación partido-gente.

R. GONZALEZ

Voy a entregar una opinión sobre la crisis presente. Esta, a mi juicio, encuentra su origen en el fracaso y invalidez demostrados por los cuatro supuestos esenciales a partir de los cuales la izquierda ha tratado recientemente de constituirse como expresión política.

Un primer supuesto es el de la debilidad del régimen y, por lo tanto, su carácter necesariamente transitorio. Se trataba, en lo fundamental, de un juicio emocional más que racional, pendiente siempre de la "contradicciones con la Iglesia", de la "situación internacional", etc.

Una segunda noción es la idea que es posible la constitución de un frente político Unidad Popular- Democracia Cristiana; que sus bases ideológicas, políticas, afectivas, aunque no se manifestaran claramente, estaban latentes y era cuestión de despertarlas. Tras ésta ilusión florecía otra: la de la posibilidad de que tal frente pudiera, en un futuro próximo, situarse en pie de igualdad con las FF. AA. para discutir el futuro régimen político chileno.

El tercer supuesto era el que las bases morales, ideológicas y psicológicas del movimiento popular pre-73 se mantienen más o menos intactas. No existe ninguna percepción de los efectos traumáticos del golpe militar sobre vastos sectores populares para los cuales el pasado perdió ese tono positivamente evocador para adquirir una tonalidad definitivamente apocalíptica.

Y, finalmente, hay una cuarta noción, que supone que el engarce entre los partidos y el pueblo se mantiene vigente; y que por tanto, es cuestión que los primeros se activen para que tras ellos, se movilicen los sectores populares.

¿Cuál es el resultado de la articulación de esos cuatro falsos supuestos sobre la constitución de la oposición? Básicamente, la creación de una oposición superestructural, contestataria y radical, en tanto imagina factible trastocar casi en un acto la situación presente, ya sea para recuperar el pasado, ya sea para dar a luz una nueva democracia. Los partidos, desde esta visión, se les concibe como los generales que encabezan a una tropa perfectamente organizada y decidida a alcanzar el objetivo definido: el poder. Y se organizan algunos "fuerzas" contestatarios - que son normalmente organizaciones sociales- desde los cuales los partidos internelan al régimen.

Inmersos en esta lógica, los partidos exigen de las bases sociales un radicalismo inmediato. Y los llamados se repiten, alcanzando contornos neuróticos. Como se sabe, las bases sociales no han respondido ni responden a esas exigencias, lo que produce un desencuentro profundo una desidentidad, entre la izquierda como fuerza (e historia) política nacional y la sociedad chilena actual. Este es el problema de la izquierda - problema que quizás, si se destruyen algunos mitos que ella misma ha construido, encuentra sus antecedentes en el pasado. ¿Qué hubiera ocurrido si el desenlace de 1973 hubiese tenido un signo inverso al que tuvo? No creo que la sociedad construida por la izquierda hubiera sido la que hoy deseamos construir. La crisis del presente no se puede desligar del pasado. El problema era y es el de su desencuentro con la sociedad chilena. Y frente a ello hay dos opciones: permanecer en una suerte de marginalidad política, en las fronteras de la sociedad; o asumir una postura que llamaría de "integración rupturista".

La experiencia de la universidad es clarísima en este sentido. Muestra una oposición sectorizada, incomunicada con los estudiantes, incapaz de ergirse como referente ético y moral de una generación; muestra a una oposición encerrada en sí misma, mirándose hacia adentro y que aunque no vivió la experiencia del pasado, permanece marcada profundamente por él.

Después de experiencias bastantes intensas estamos recién aprendiendo a dimensionar nuestra ubicación en la larga historia que precederá una salida democrática en Chile. Hay aquí un problema generacional. Por un lado está aquella generación aniquilada, neutralizada; por el otro, la que se encuentra con la posibilidad histórica de gestar una utopía distinta, más allá del régimen, desde los conflictos de una sociedad, para un otro tiempo...

G. CAMPERO

Las críticas que se han formulado aquí al llamado "partido weberiano" creo que se pueden extender perfectamente al llamado "partido leninista", ya que ambos responden a una lógica similar. Acepto que Weber nunca llegó a formular una idea propia de partido, y la similitud que aquí subrayo la deduzco exclusivamente de nuestra discusión.

Pero lo que me interesa destacar es que, hasta 1973, los partidos más importantes de la izquierda chilena contaron con un modelo racional global y coherente de análisis de la realidad nacional; de las relaciones entre las clases; de las oposiciones fundamentales; de los resultados a los que se podía aspirar; etc. Independientemente de la rigurosidad de sus bases lógicas, metodológicas e históricas, lo cierto es que ese modelo fue capaz de convencer y concitar la voluntad de grandes masas de chilenos. A mi juicio, el proceso de la Unidad Popular demostró que ese análisis y esa prefiguración de la sociedad chilena adolecía de profundos errores: el aislamiento político en que termina dicha experiencia refleja, por ejemplo, que carecía de fundamento sólido aquella afirmación habitual de que la clase obrera es capaz de convocar a otras clases tras de sí, hegemonizarlas y conducir las en base a su exclusiva decisión.

Lo anterior me lleva a señalar que, junto a los otros rasgos ya señalados en el Seminario, la crisis de la izquierda chilena es muy profunda también en

el orden ideológico. En el campo popular u obrero, se ha venido esfumando la seguridad en la historia anterior, en los esquemas y en los modos de pensar sobre los que de algun modo siguen sosteniéndose los partidos: como consecuencia, estos se enfrentan a una crisis de credibilidad, tanto en cuanto a la lógica de su discurso como a los principios de su constitución. Este fenómeno es particularmente perceptible en la clase obrera. En el pasado, ésta fué socializada en la idea que representaba el rol principal en la sociedad y que su peso era estretégico; y aparece una circunstancia como la actual donde, como efecto del bloque del sistema político, de la represión, de la legislación laboral vigente, y de los cambios estructurales habidos, ésta no logra reconstituirse siquiera como movimiento social. Esto acarrea una crisis (que podríamos llamar ética o moral) de sus principios de identidad como clase: ¿que queda - y si alguna vez la tuvo- de aquella potencia estratégica, de aquel dinamismo que antes se le asignó?. Se trata de una duda histórica muy profunda, en la que los partidos estan inevitablemente comprometidos. El problema de estos, por lo tanto, no es solamente el de reconstituir un nuevo tipo de relación con las masas, definir estrategias o dibujar utopías (todo lo cual es, por cierto, muy importante): pero, además, los partidos deben explicar a la clase obrera y a los sectores populares lo que ha sucedido con el modelo y el proyecto que una vez presentaron como verdadero; deben, en otros términos, recuperar su credibilidad.

Para terminar, creo que ha habido un malentendido en el debate que se ha seguido. En mi exposición yo no afirmé que no hubieran habido transformaciones en la estructura social. Mi tesis central fué, más bien, que el proceso de cambios estructurales visto desde la economía y el proceso de cambios visto desde la estructura social no eran coetáneos, ni tenían la misma dinámica ni el mismo ritmo: existe una clara distancia temporal entre ambos procesos. Por otra parte, las transformaciones de la estructura social no son explicables exclusivamente por los cambios económicos: lo esencial, a mi juicio - y lo más profundo- son los cambios que se observan en el último tiempo a nivel del comportamiento de los actores sociales. En este sentido, si hay cambios fundamentales en la clase obrera ello no obedece principalmente a las alteraciones en su tamaño (que las ha habido) ni en el lugar estratégico que ocupa en la estructura productiva (que tambien en la ha habido): lo esencial está en la crisis moral o ética de la que hablé más arriba, en la crisis de conciencia de si misma como clase social.

J. MARTINEZ

A lo señalado por Campero a nivel ideológico yo agregaría, desde el punto de vista de las condiciones objetivas, se ha producido tambien un cambio fundamental en el peso estratégico de la clase obrera en la sociedad: en una sociedad, en una economía que funcionaba guiada por la lógica de la industrialización, es obvio que la clase obrera era más importante objetivamente que en una economía que funciona sobre la base de la especulación financiera de recursos externos.

E. TIRONI

Quiesiera agregar elementos, y subrayar otros, respecto al debatido tema

de la "crisis de la izquierda".

Esta tiene indudablemente una dimensión histórica, indisociable de la crisis del Estado. La izquierda se constituyó en y para una sociedad configurada en torno al Estado. La desaparición de éste (en su forma democrática, se entiende) ha provocado una crisis en la funcionalidad, en la razón social de existir de la izquierda en los tiempos actuales. Hay que agregar, además, que esta referencia al Estado estaba presente no sólo en su actuación, sino también y principalmente en su proyecto: el Estado, en efecto, era para la izquierda el objeto mismo de la política, el agente del cambio social y el promotor del desarrollo. (La misma visión de la historia de Chile, según nos lo señalaba C. Ruiz, era marcadamente "estatalista") Este rasgo, sin embargo, no era exclusivo de la izquierda. El centro político coexistía también en este marco, al que no es posible referirse como "desviación", porque no hacía sino dar cuenta de un cuadro social así configurado.

La izquierda chilena, quizás por atavismo, concibe su rol como el de la representación y dirección de agentes sociales: su problema principal, hoy en día, es que efectúa sus llamados parada frente a un auditorio vacío; que trata infructuosamente de representar a conglomerados sociales dispersos, atomizados, que casi no es posible identificar nítidamente; y que reclama insesablemente frente al Estado, pero ésto no responde, permanece sordo, inconvencible. Se trata, pues, de una izquierda construida para mediar y representar; y que hoy no encuentra a quien representar ni entre quienes mediar.

Esa es la realidad desde la cual emerge toda esta discusión actual sobre los movimientos sociales y partidos políticos. La tesis del partido como organizador de movimientos sociales, por un lado, y como portador de una utopía, por otro, parece convincente: deja de lado, sin embargo, el problema del Estado, del gobierno, de lo que siempre se ha llamado "política"; deja de lado, en los términos empleados por M.A. Garretón, el problema del eje 1 (el del "derrocamiento" del régimen). En función del eje señalado, es evidente que resulta más eficiente la concepción más tradicional del partido-Estado, del partido-ejército; pero tal concepción, por su parte, resulta disfuncional a la reconstrucción de las organizaciones sociales, porque que arrastra implícitamente consigo una idea del socialismo sobre la que cunde el desengaño. Todo esto me lleva a concluir que, aunque convincente lógicamente, la tesis de Garretón de los tres ejes del quehacer opositor me parece muy poco practicable...

Hay una segunda dimensión de la crisis de la izquierda, a la que me quiero referir brevemente: la crisis de su utopía. Este fenómeno tiene de partida un origen nacional: el fracaso de la experiencia de la Unidad Popular, la esterilidad de la oposición al autoritarismo. Pero tiene, además, un origen más universal en el quiebre de tres certidumbres sobre las que de algún modo se sostenía el pensamiento de izquierda en el mundo entero: primero, que el modo de producción de los países del "socialismo real" aseguraba la satisfacción de todas las necesidades sociales y un desarrollo económico superior al capitalista; segundo, que la democracia y los espacios de libertad en el socialismo eran más extendidos que en los países capitalistas; y tercero, que el internacionalismo era una realidad que establecía relaciones de solidaridad entre los países socialistas. La realidad económica de Polonia o Checoslovaquia; la cuestión de la disidentes en la URSS; y la guerra Chino-

Vietnamita, así como la invasión soviética a Afganistán, han aplastado esas certidumbres - y ayudado decisivamente a desvanecer la utopía socialista.

Lo anterior ha llevado a una crisis también del "militantismo político profesional", de una postura externa a la sociedad y de una sublimación del presente y de la individualidad a nombre de un futuro resplandoroso y de un colectivo "conciente": lo que se ha roto, en realidad, es la asociación unívoca que se establecía entre "ciencia de la historia" - "militante profesional" - "partido ejército" - "partido Estado" - "desarrollo económico" - "progreso humano". ¿Qué se ha generado en cambio? Básicamente, una nueva subjetividad donde el militante busca afincarse en movimientos sociales, donde busca su identidad individual y colectiva; una resistencia multifacética al autoritarismo de todos los cuños; un deseo de vivir de otro modo desde hoy; una sospecha frente a todos los grandes proyectos; una atención hacia lo formal, hacia el estilo. Todo esto no tiene un signo necesariamente positivo. Tras esto hay muchos riesgos propios de una época de decadencia, donde prima el culto al presente y se rechazan los proyectos colectivos, donde se pierde toda "distancia crítica" y predominan las conductas inmatistas y segmentadas.

En cualquier caso, es evidente que estamos frente a una crisis de la utopía, de la "manera de ser" que un día representó la izquierda en Chile. Todo esto queda evidenciado en un hecho crucial: la izquierda no es, hoy por hoy, en la sociedad de nuestros días, el espacio por donde se canaliza el inconformismo que ésta última secreta.

3. "INTERESES OBJETIVOS" Y NECESIDADES HUMANAS

DECLARACION Y GOBIERNO DE LA REPUBLICA

Pan y Baratijas

José Bengoa

INTRODUCCION

En alguna aldea de la antigua Babilonia, los hombres seguramente soñaban con tener un burro. El burro, la espada y el manto eran símbolos del éxito, triunfo, felicidad y gracia divina. Hoy día parecieran llamarse automóvil, televisión a color y radio-cassette. Son el símbolo de la vida moderna. "I Love Sonny". La voz sugerente y la rápida asociación con el tiempo libre, la playa el sexo y todo "lo lindo". Son las baratijas modernas. Los chinchés y cuentas de colores que el conquistador entregaba a los indígenas. Había un aviso de "Jeans" donde sucedía exactamente lo mismo: dos rubios repartían pantalones a los nativos de una isla del pacífico. ¡Explícito, incluso!

Estos artefactos son distintos al burro del babilonio; y son diferentes a otras mercancías de épocas más recientes. Poseen una extraña fascinación. Expresan a una época marcada por el consumo. Se transforman en modo de vida e ideología; afectan la convivencia y se inmiscuyen en forma decisiva en la política. Nos preocupamos demasiado - casi exclusivamente- de la forma como los hombres "producen mercancías", pero pocas veces nos adentramos en la esfera de su consumo. Allí aparece el oscuro mundo de la subjetividad y las categorías se nos resbalan por las pendientes psicológicas. Los gustos y las modas son comportamientos colectivos fácilmente manipulables y difícilmente explicables. Corresponde a todas aquellas voliciones ubicadas en las partes bajas de la racionalidad. Aspiraciones que brotan de la frustración, las más de las veces: La Coca Cola ha explotado bien en su propaganda ese hecho: tomar la bebida es "establecer un puente" entre la tristeza del subdesarrollo y la alegría de Palm Springs : al fin, ambos saboreamos la Coke. Pero todas estas consideraciones aparecen cargadas de superficialidad y, por último no son las cosas más importantes. Pero de improvisto se mete esta subjetividad en el corazón de las supuestas cosas improtantes. Se mete en la economía y en la política; mueve barcos, mueve gentes, identifica a burócratas y logra altos porcentajes plebiscitarios. La despreciable baratija se entromete en el territorio de la objetividad y la racionalidad. Se transforma en un ente independiente que se nos viene encima, que cambia la cultura, que mueve el piso y nos obliga a pensar un rato;... Y más de un rato.

HISTORIA DE BARATIJAS

Podríamos contar muchas historias recientes en que las baratijas han sido los personajes principales. Realicemos un recuento de lo que nos ha impresionado en estos últimos días: "Las baratijas mueven barcos" debería llamarse esta parte de la historia. No nos hemos explicado aún lo que ha pasado en Cuba. El hecho está ahí. Casi 150 mil cubanos se tiraron al agua en forma literal. Los hechos ya han sido suficientemente aclarados; lo que falta ahora es la explicación (que explique...). Los primeros en decir algo, no dijeron nada. Que eran homosexuales, delincuentes, lumpen-despreciables. Demasiado lumpen para ya veinte años de revolución (¿y que tiene que oponer la homosexualidad a la revolución?) Las segundas explicaciones van

entrando mejor al problema. No se trata de negar que muchos de los que zarparon de puerto Mariel eran delincuentes. Pero no está allí el punto. En Cuba hay problemas económicos y políticos que no se han podido solucionar en veinte años a pesar de los formidables éxitos que ha tenido el proceso. Y esos problemas ponen a la sociedad cubana en una situación muy inestable. Por ejemplo, la ponen fácilmente en la línea de fuego del consumo. Esos problemas, que no son de hoy ni de ayer, sino que se vienen arrastrando desde hace tiempo, se ven agudizados por un error de apreciación que comete la dirección cubana. A partir de 1978 comienza el plan de reencuentro con la comunidad cubana del exterior. Se hace una campaña para romper con la presión externa de los "cubanos gusanos", permitiendo que éstos volvieran a Cuba, ya sea temporalmente o en algunos casos en forma definitiva. En 1979 pasaron vacaciones en Cuba más de 120 mil cubanos, todos ellos habitantes por décadas de países desarrollados. Nos enteramos hoy día de lo sucedido, Bernard Vassen, redactor de Le Monde Diplomatique, escribe: "En 1979 más de 100 mil personas llegaron con los brazos cargados de regalos para sus familiares y sus amigos y la boca llena de elogios hacia la American Way Of Life. Actitud clásica de todo trabajador emigrado que vuelve a su país adornado con símbolos de su éxito material para justificar así a posteriori, su decisión de exiliarse". Los cubanos llaman a estos turistas cargados de baratijas, las mariposas, porque se "vienen a lucir" en Cuba. No cabe duda que Cuba con sus problemas no estaba preparada para recibir un chaparrón de baratijas. Miles de cubanos soñaron noche tras noche con el país de las maravillas que le habían pintado, y con las cosas que allí se podría encontrar. En un conjunto de entrevistas a cubanos en EE.UU. que salieron de Mariel, se encuentran algunos claves de explicación: ¿qué buscan al salir? . Todos hablan de "La libertad". Pero hay distintas acepciones. Ellos saben que en EE.UU. van a ser ciudadanos de tercera o cuarta clase y que las posibilidades de participación política son inexistentes. No va por ahí la libertad, como creen algunos ideólogos criollos que tratan de acomodar todas las cosas a su tibia ideología (ver separatas de C. Orrego en revista HOY). La fascinación del consumo es el motor de los barcos de la Libertad. ¿Y es qué en Cuba no hay nada?. Las necesidades básicas, sabemos, están solucionadas mejor que en cualquier país del tercer mundo. Alimentación, educación, salud, recreación y deportes, etc., no tienen ninguna relación con lo que sucede en otros países. Pero hay restricciones fuertes al consumo de artefactos y baratijas. Más bien dicho no las hay. La motivación de los cubanos que parten de Mariel no es la libertad abstracta, sino la libertad de consumo; pasar del reino de la pobreza al de Bils y Pap, como dice aquí la propaganda. Los cubanos no forman parte de una emigración política en el sentido preciso de la palabra, ni tampoco de una emigración económica; son parte de una nueva clase de emigrantes: la migración cultural.

En un artículo reciente, Julio Cortázar centra el problema al decir: "por estómago, sin embargo, hay que entender no solamente el deseo de escapar al racionamiento y a las privaciones forzosas que ha tenido que soportar el pueblo cubano durante veinte años, sino el de acceder a la sociedad de consumo con todos sus espejismos brillando desde Miami y multiplicados desde la apertura de Cuba a la

visita de los emigrados". No se trata, evidentemente de negar problemas profundos que dicen a la estructura de la sociedad socialista cubana, pero no nos engañemos ni hagamos ideología. La emigración cubana no es política en el sentido preciso de sentir limitada su participación, estar en desacuerdo activo de la ideología oficial o sufrir persecución por sus ideas. No es tampoco de origen netamente económico, como sería la de personas sin trabajo que deben viajar al extranjero. En Cuba existe pleno empleo y las diferenciales salariales se han limitado al máximo. Se trata de los espejismos brillando" se trata de una migración cultural, del sectismo socialista contra el excitante mundo de la baratijas.

"Las baratijas de la burocracia" es el segundo hecho que nos ha impresionado en estos meses. En el astillero naval de Gdansk en Polonia, surge el más formidable movimiento obrero que haya sacudido a un país socialista a lo largo de toda la historia. Por primera vez los obreros de un país socialista no confían en la conducción de "su" partido obrero; van a la huelga y reivindican su autonomía e independencia para darse sus propios dirigentes. Es evidente que todo el mundo hace leña del árbol polaco.

"Todo el socialismo burocrático está sometido a prueba con ese movimiento obrero polaco que ha mostrado una asombrosa madurez socialista", dice un comentarista de Le Monde Diplomatique. Porque es evidente que el movimiento de los obreros se arranca por la izquierda. A pesar de los tres mil quinientos dólares que envió la AFL-CIO, de sus ridículas declaraciones y de las histéricas reacciones de TASS; a pesar de todo ello aparece con claridad el carácter del movimiento. Se discute, en una sociedad que privilegia la igualdad y la democracia popular, la desigualdad y el poder autoritario de la burocracia. En los 21 puntos del Comité Huelguístico Interempresas nos aparecen nuevamente las baratijas como un símbolo de la diferenciación social de la burocracia. Después de reivindicar el derecho a organización, huelga, palabra y la libertad de los presos el punto N° 10, 11, 12 y 13 señalan: (10) "asegurar un suministro mejor del mercado con alimentos, exportando sólo los excedentes". La burocracia y tecnocracia, recordemos, se había lanzado en una política de fomento de las exportaciones: la deuda externa es muy alta en Polonia, la más alta de cualquier país socialista; mucha baratija se venía importando desde Europa Occidental y se pagaba con productos básicos, especialmente alimentos). El punto N° 10 pone pues las cosas en su lugar: se levanta la tesis de la autosuficiencia alimentaria y se critica la política tecnócrata. Demasiado cercano el tema para nosotros, chilenos en Chile como para hacer más comentarios acerca del carácter de la reivindicación.

El punto 11 es escandaloso para este país: "Introducir cartillas de racionamiento para carne y sus derivados hasta que se haya normalizado su situación de venta en el mercado. Nos habían dicho tanto que las cartilla de racionamiento era invento de las burocracias para someter al pueblo. Pero aquí se ve a la clase obrera solicitando una medida supuestamente antipopular, proponiendo una medida igualitaria; exigiendo la "democracia de las proteínas". La prensa occidental, que farisáicamente se solidarizó con los obreros polacos,

escondió ratonamente su programa. Y el punto 12 aclara, definitivamente el sentido de las reivindicaciones: "Introducir los precios de mercado libre y terminar con la venta de productos a cambio de divisas en el llamado mercado de exportación "interior". Los precios de mercado libre se transforman en otra forma igualitaria y democrática. Las tiendas especiales son el símbolo de los privilegios de la burocracia. Son almacenes donde sólo se puede comprar en divisas, esto es, con dólares. Allí se compran los artículos polacos de exportación ("exportación interior") y los productos importados que no se encuentran en otras tiendas. Son verdaderos "free-shops" que sólo pueden ser utilizados por los privilegiados que poseen divisas. Es cierto también que Polonia es uno de los países que tiene un mayor índice de emigración (especialmente en EE.UU.) y que el envío de dinero a familiares en Polonia es muy elevado. Esa fue la justificación inicial: quemar divisas. Pero luego se transformó en un privilegio de los burócratas que viajan y tienen acceso a las divisas.

Se nos aparecen nuevamente las baratijas. Son el atractivo de esas tiendas, son la distinción de los burócratas su supresión es el centro de la reivindicación obrera. Más adelante en el artículo 13 (letra b) se vuelve a insistir en "abolir la venta limitada de productos en tiendas especiales". O se acaban las tiendas especiales o que todos tengan derecho de comprar allí.

Nadie pretende decir que la clase obrera polaca se pone en contra de las baratijas. Por el contrario. La revolución polaca surge de las presiones de consumo de la clase, que quiere apropiarse de parte sustantiva del crecimiento económico que ha tenido ese país. Recordemos que Polonia ocupa el décimo lugar entre los países desarrollados del mundo. Pero se opone a las baratijas como elemento diferenciador; reivindica la democracia obrera tanto en lo político (sindicatos independientes, dirigentes elegidos directamente por la base y derecho a huelga) como en lo económico. Y en el terreno del consumo "prioriza la decencia". Primero la democracia de las proteínas y los alimentos básicos; luego el derecho a la previsión y la vivienda (14 y 15); continúa la salud y la educación (16 y 17) las vacaciones pagadas, el post embarazo de 3 meses, aumento de las jubilaciones para los trabajadores (20) y otros beneficios laborales (21). La reivindicación de consumo suntuario no sólo no aparece sino que queda supeditada a la igualdad económica. No es un retorno al socialismo ascético de la clase obrera de comienzos de siglo, pero tampoco tiene que ver con las aspiraciones consumistas (y occidentalistas) que podían achacarse a Praga del 68.

Dejemos aquí esta historia que aún no termina, y pasemos directamente a las baratijas en nuestro país.

"El sí de las baratijas", podríamos denominar a esta parte de la historia. Le podríamos poner muchos nombres, porque es algo que está caracterizando a este país, a este modelo y a esta desesperación que nos va llenando. A pesar de los guarismos de las cifras del plebiscito hay algunas cuestiones indudables. Un alto porcentaje de la población se encuentra sumida en el sistema

y lo apoya irreflexiblemente. El análisis tradicional se ve inadecuado. Los sectores a cuyos intereses responden el modelo económico son pocos, pero la identificación es bastante mayor.

Orden y baratijas. La imagen de la cola, del desabastecimiento y del desorden de "antes" se ha opuesto de manera eficaz a las vitrinas llenas de "importados" y al orden de "ahora". Y ha surtido efecto. No es sólo la propaganda: obedece a subjetividades masivas difíciles de aprehender, pero fundamentales de tener en cuenta.

El Presidente, en esa noche de triunfo, cargada de símbolos de guerra (gesta del once), de juventudes nacionalistas presentes, de antorchas demasiado raleadas y desordenadas para hacernos recordar pesadillas de películas de la guerra mundial pasada; el Presidente ofreció su programa al pueblo para los próximos ocho años.

En los días siguientes los demás personeros de gobierno se han encargado puntualmente de ir precisando el alcance de cada una de esas palabras y, sobre todo de aumentar el número de artículos, artefactos y baratijas a los que el chileno podrá tener acceso.

Nos ha impresionado el discurso porque significa un cambio radical en nuestra política. Se toca una fibra profunda, arraigada en deseos escondidos, de un país que tiende a definirse por su clase media. El auto, la televisión, el teléfono al alcance de la mano, son los grandes mitos de estos tiempos. Representan una reivindicación de naturaleza diferente a la que enarbolan los antiguos políticos republicanos.

Podríamos hacer ficción. Si alguien esa noche hubiera pasado por esos contornos - cargado de valentía- con un cartel que dijera por ejemplo: "Pan, Justicia, Trabajo y Libertad", hubiera causado un grave desconcierto. Lo habrían castigado, no por subversivo quizá, sino por vulgar. ¿Qué tiene que ver el pan, cuando se están ofreciendo cosas bastantes más sofisticadas e importantes?.

Uno se acuerda que las disputas de los antiguos políticos versaban sobre otros temas. Se discutía acerca de quien ofrecía más escuelas, más trabajos, más salud, más industrias, cosas supuestamente básicas para el desarrollo de un país. Para uno era la petroquímica la base del desarrollo y sus bondades o defectos se transformaban en debate público y masivo. Hoy pareciera que se cambia radicalmente el discurso. ¡Y tiene eficacia!. Hay que preguntarse: ¿Hasta dónde ese discurso no obedece a un real anhelo de las masas? Muchos supuestos son cuestionados. Si no tenemos la capacidad de ser afectado por estos cambios no entraremos en el camino de construcción de la alternativa.

Es tan conocido el hecho que no vale la pena relatarlo con mucho detalle. Familias que apenas tienen para comer y que, sin embargo, pagan mensualmente las cuotas del televisor a color. El automóvil por letras se transforma en la trampa mortal que el sistema utiliza para manipular sus presas discolas. Hoy por hoy las baratijas se han transformado, simultáneamente, en el símbolo máximo de éxito del modelo económico y en un sistema de

control y dominación que muestra cotidianamente su eficacia. En una carta un chileno residente en USA expresaba así sus impresiones de un viaje al país: "El sistema (...) llega a ser un proceso mental. Un cambio en el proceso de internalizar la realidad: una enfermedad mental, diríamos. No es esquizofrenia ni mucho menos. Es en algunos casos como una gran depresión, un mutismo; un ensimismamiento en el yo; vacío y profundo. Y en otros, una manía de poseerlo todo, los bienes, los males, los prójimos y los ajenos. los semejantes y los diferentes" (Chile- América N°62-63). No cabe duda que es un proceso mental colectivo, una insanía quizá (alienación en otro lenguaje), pero terriblemente real y de gran utilidad como mecanismo de dominación.

El sistema de control y dominación en el Chile de hoy día se fundamenta en este tipo de mecanismo. Uno, la inseguridad frente al trabajo y la falta de trabajo para ciertos sectores; dos, la terrible presión por el consumo de baratijas y, en general, las dificultades mismas de la vida económica cotidiana. La persona que es atrapada por las baratijas es sometida a la más violenta tensión; inseguridad por una parte y ofrecimiento de la seguridad en el consumo, por la otra. De esa tensión surge la conciencia social actual marcada por el ensimismamiento, por el aislamiento, por la falta de confianza en las soluciones colectivas (organización, solidaridad), por el valor del esfuerzo individual como única vía de resolución de la tensión. El círculo se cierra con el concepto e imagen de orden. Para poder desarrollar el esfuerzo individual es necesario que exista un orden inmodificado: reglas del juego muy claras para que pueda desarrollarse la iniciativa a mediano y largo plazo. El sistema garantiza el orden (formal), esto es, cierra el circuito de la conciencia individual. Es por ello que la represión al "desorden", al cambio o incertidumbre en el escenario, es aceptada: se transforma en parte sustantiva del modelo de consumo, como forma de resolución de la seguridad personal. Ese es el discurso. Nos preguntamos por su eficacia, a qué obedece, y cuál es su perdurabilidad. Nos preguntamos, finalmente, por la alternativa, por el contraorden y la seguridad puesta en un proyecto, en una alternativa. De eso se carece; sobre esto debemos reflexionar.

REFLEXIONES

Hemos querido presentar los hechos que nos han impactado en estos últimos meses, y de los cuales surgen una gran cantidad de reflexiones. Por de pronto, pareciera que la relación entre los hechos mostrados es relativamente espúrea. No trataremos de demostrar lo contrario, pero esperamos que hilvanando algunas ideas se entienda el sentido último de la reflexión realizada.

El primer tema que surge es el de las necesidades. Nuestra concepción tradicional vincula estrechamente el problema de las necesidades al problema de la reproducción. Es en ese sentido que planteamos necesidades básicas y permanentes del ser humano. Hoy día pareciera aumentar su importancia el condicionamiento histórico, social y cultural de las necesidades. Ningún país

está cerrado en sí mismo, ni puede pretender un desarrollo de cualquier tipo libre de las influencias del exterior. Las necesidades se van internacionalizando "in-crescendo". Nuestras teorías se han concentrado en las necesidades fundamentales. Cuando hablamos de necesidades nos referimos siempre a los elementos que condicionan la reproducción biológica y material del individuo. Estudios recientes realizados en Brasil muestran una caída persistente del salario y del ingreso familiar real en los sectores populares. Sin embargo, la composición interna del gasto en esos sectores ha cambiado. Cada vez se gasta menos en alimentación básica y se gasta una proporción mayor en artículos suntuarios, en "mini" baratijas. Se sacrifica la alimentación (Necesidad básica por excelencia) en función de "otras" necesidades. Las teorías económicas clásicas y neoclásicas - incluso- se ven "pilladas" por esta extraña "elasticidad" de la demanda en niveles de ingreso bajos. Nuestras preocupaciones han caminado siempre por los "bienes-salarios", por la educación, salud, vivienda, etc.. Hoy día pareciera que hay un cambio en la composición de las necesidades populares. Es fundamental dilucidar este punto.

"El capitalismo ha reducido las necesidades del hombre a meras necesidades cuantitativas y de entre ellas a la más alienada: la necesidad de poseer". En el sistema capitalista la apropiación individual es el método de satisfacción. La posesión de "la cosa" y la identificación como poseedor, dueño, propietario. Es evidente que la propaganda y la ideología exacerban ese rasgo. Allí se encuentra la clave profunda del problema. Las necesidades y su satisfacción; por ejemplo la fascinación de la cámara fotográfica que permite apropiarse del paisaje (colectivo por excelencia). Es por ello que se establece una relación angustiante entre la necesidad y su satisfacción; una relación alienada. La relación de extrañamiento respecto de las mismas necesidades que le son impuestas por su poder ajeno y omnipotente: el capital.

"Sin embargo, el capitalismo, en el seno de la estructura de necesidades imprescindibles para su funcionamiento, genera también un tipo de necesidades cuya satisfacción trasciende el marco de la sociedad capitalista: las denominadas necesidades radicales". Estas necesidades corresponderían, esquemáticamente, a la "necesidad de apropiación de los elementos constitutivos de la riqueza humana (universalidad, conciencia, socialidad, objetivación y libertad), necesidades todas ellas cualitativas" (Agnes Heller: Hacia una fundamentación de la subjetividad revolucionaria).

La Heller, discípula de Lukacs y miembro del Círculo de Budapest, ha ingresado de lleno en el terreno de las necesidades radicales. El capitalismo, señalaba Marx, es la sociedad en que el mayor grado de riqueza de la especie coincide con el mayor grado de pobreza individual. La pregunta está encaminada a conocer cuáles son las necesidades que se ubican en la raíz del hombre, de lo humano; hasta qué punto puede llegar la cosificación de las personas. Para la Heller se toparía en la brutal alienación que lleva el capitalismo entre individuo y género. Podríamos decir que se trata de una lectura antropológica de la tendencia a la pauperización material y física, que era el fenómeno observado en el capitalismo industrial naciente del siglo pasado y transferido

posteriormente al tercer mundo. Se trata más bien de pauperización espiritual y ética a que conduce la extrañación capitalista.

En ese momento surge el intento de superación, el cambio de calidad de las necesidades. Es la idea central que permite plantearse el problema de la cultura y la crisis. "Al límite de la extrañación capitalista, despiertan en las masas necesidades que encarnan ese deber (colectivo) y que, por su naturaleza, tienden a trascender al capitalismo" (A. Heller. Las necesidades radicales). Encontramos dos elementos en qué situar la reflexión: La alienación y la superación por medio del llamado o invocación a las necesidades radicales del ser humano.

Dejemos para más adelante la caracterización de estas necesidades y continuemos nuestra reflexión acerca de la alienación y los problemas de la subjetividad.

La segunda reflexión debería caminar por el tema de la alienación. "A primera vista parece como si las mercancías fuesen objeto evidentes y triviales. Pero analizándolas vemos que son objetos muy intimados, llenos de sutilezas metafísicas y de resabios teológicos" (El Capital, Tomo I, Cap. 1º, 4º). Lo mismo deberíamos decir del consumo y las baratijas: "cuidado, que no es tan simple". El mundo de las mercancías alcanza una dimensión fantasmagórica que tiene vida propia. "A los ojos de los hombres aparecen como una relación entre objetos materiales, lo que no es más que una relación social concreta establecida entre los mismos hombres". Se produce la fetichización de los objetos, se hacen cosas con vida propia. Pero esa vida fantasmal tiene un poder aplastante que no se supera con la sola crítica de la economía política, ni tampoco con la crítica de las puras relaciones entre los hombres. Es allí donde entra de lleno el tema de la subjetividad. El fetiche ha ido consumiendo, incluso, a las burocracias; han perdido de vista "el carácter social del trabajo" y han cosificado al objeto al margen de sus productores. Esa separación estructural es la que ha llevado por el suelo la relación partido-masas y abre la puerta para que las masas reivindiquen sus propias organizaciones, estructuras, etc.: el esquema socialista se remueve hasta sus cimientos. La alienación, el fetichismo, ideologiza los socialismos reales y los empuja hacia una sociedad de clases postcapitalista. El fetichismo no se destruye en Cuba, y en Chile es instrumento central de dominación, oscurece las verdaderas relaciones sociales, "convierte a todos los productos del trabajo en jeroglíficos sociales", encubre lo que pasa en la sociedad. El hombre se vuelve cada vez más pobre mientras aumenta la riqueza social. Y esa pobreza se nota a diario. Esa familia que pagó cuotas por el televisor a color y no come lo que necesita. Su ilusión de riqueza es a costa de su pobreza. Ya lo hemos anotado más atrás. La cosificación de las personas como instrumento de dominación brutal. La reflexión política y psicológica encuentran un marco adecuado.

Pero no se explica todo por medio del recurso antropológico; hay un grueso problema no tratado por las ciencias sociales modernas: el tema de la subjetividad en el análisis social.

En el caso de los barcos de Mariel y en la dominación autoritaria de nuestro país, es un elemento fundamental. Discursos que hablan a las "partes bajas" del hombre. Y para eso, la teoría se nos queda corta. "Vosotros partís del consumo nosotros en cambio partimos de la producción; por consiguiente vosotros no sois marxistas", decía Pieck, del Partido Comunista Alemán, al expulsar en 1932 a Reich. No es la intención reivindicar a Reich, la s-xpol y el consumo; pero nada se solucionó con su expulsión orgánica. El problema teórico permanece y el nazismo se instaló en Alemania y puso al mundo en la hoguera. Cuando la dominación se apoya en la irracionalidad, en el atractivo irresistible de las baratijas, las palabras que hablan a la razón pareciera que caen en el vacío. El lenguaje del socialismo científico habla de la razón y somete la subjetividad al mundo de lo privado o individual. Sin embargo, la subjetividad se escapa de ese nivel y difícilmente encuentra respuesta en la ascética tradicional cristiana que tendía al dominio de las "partes bajas". La razón y el espíritu ubicada en la cabeza debía "dominar" al corazón y sus pasiones, al vientre y sus "concupiscencias". Todo esto "in gloria Dei". El mundo del trabajo, de la producción, de la estructura social de clase, etc., responde al primer nivel. Son los aspectos fácilmente comprensibles, objetivamente y donde los conceptos se adecúan. Los mundos bajos, o son reducidos mecánicamente o son negados como parte del actuar político y social. La crítica marxista a la religión, por ejemplo, cae en esta simplificación y reduccionismo. La historia se ha encargado de desentrañar su profunda parcialidad y errónea concepción. El "encanto de las baratijas" nos llama a reflexionar en torno a la subjetividad, a superar las "partes altas" y adentrarse en la totalidad.

El tercer tema va surgiendo de la doble dimensión: superación de la alienación y las llamadas necesidades radicales. Pareciera claro que no es la crítica a "la cosa" donde se encuentra el nudo de la contradicción que es necesario desatar. La satisfacción cuantitativa de las necesidades, nos propone Heller, es el criterio de satisfacción en el capitalismo. Brotan necesidades radicales, pero el sistema no las puede resolver positivamente. "No es su ser lo que trasciende al capitalismo sino su satisfacción". Y aquí retomamos el tema. "El capitalismo no sólo genera la alienación sino también la conciencia de la alienación", pero la superación sólo puede darse fuera del capitalismo. Es ahí donde surge la contradicción y su nudo. La crítica económica que discute la imposibilidad de satisfacer las necesidades cuantitativas no toca siquiera el problema. ¿Qué importa si cada uno, dos o diez chilenos tendrán televisor?. El problema reside en la radicalidad de la propuesta. Televisor, pero nada más; lo cualitativo es vedado, es imposible de satisfacerse en el marco del sistema de baratijas. Universalidad y conciencia del hombre, objetivación de lo que expresa la mercancía, libertad como superación de la división del trabajo y sus secuelas. Allí reside el camino de superación.

Por este camino se valoriza la ética y la subjetividad humana como lugar de la alternativa de cambio. Es la lectura opuesta al economicismo marxista; es una lectura de Marx desde la antropología,

quizá, y sobre todo desde la ética. Es la rebelión al estructuralismo que disuelve al hombre en el conjunto de estructuras articuladas y que hace desaparecer la voluntad en la historia. La apelación a las necesidades radicales pareciera ser un camino de desalienación frente al mundo de las baratijas.

La cuarta reflexión surge del tema anterior y se refiere a lo que hemos denominado el socialismo ascético. La apelación a las necesidades radicales cualitativas debe ser un paso de transformación superior de la cantidad en calidad, y no una regresión histórica. Aquí nos topamos con un problema práctico e ideológico a la vez.

"A diferencia de los comunistas primitivos, como él los denomina, Marx no quiere generalizar la miseria, la idílica limitación natural, asegurando tal resultado mediante un despotismo igualitario: lo que quiere es generalizar la riqueza en su cualidad potencial de fondo para el desarrollo universal de todos los miembros de la sociedad" (R. Bahro. La Alternativa, p. 31). En otras palabras se trataba de "quitar a las conquistas de la civilización burguesa su forma capitalista". Sería largo e interesante a la vez, adentrarse en la historia y ver cuándo y por qué vía ingresa el ascetismo el pensamiento socialista. Ciertamente, es la herencia de los utópicos en las bases del movimiento obrero.

El bolchevique de fines de siglo pasado, de anteojos pequeños y redondos, gorra de cuero y chaqueta raída es una imagen adecuada para describir lo que entendemos por socialismo ascético. Una clase pauperizada, el pueblo hambreado por la guerra y la propuesta de una sociedad que "templa el acero" con mística, voluntad, heroísmo, pero con muy poco pan y sin ningún "tiempo libre". Habría que hacer una digresión acerca del emparentamiento de las sociedades obreras, las cofradías de la igualdad, con las sectas puritanas. El espíritu ascético se remonta a los orígenes del movimiento obrero. En nuestro país las organizaciones fomentan la moderación y sacrificio. Y no cabe duda que eso se ha expresado en las sociedades socialistas. Ernesto Cardenal, monje trapense (asceta) se emociona "en Cuba", y señala con orgullo que allí "todos son pobres" es "una sociedad de pobres", (Ernesto Cardenal, En Cuba). El valor ético es innegable, pero no podemos pedirle a todo los cubanos que tengan vocación monacal.

El ejemplo más clásico de socialismo ascético se encuentra quizá en el maoísmo. Por eso los cristianos que entran en el campo popular se sienten atraídos por esa ideología. La imagen de miles de chinos vestidos idénticamente, el relato de la pobreza "digna" del pueblo, la supremacía de la política y la educación sobre la economía. Den Siao Ping y sus modernizaciones vienen a mostrar los límites del socialismo ascético, su voluntarismo puritano, su raigambre idealista. Si nuestro sentimiento altruista nos hace estar con la utopía, la razón y la historia se inclina por el lado del "revisionismo" pragmático. Dimensionar la utopía sigue siendo la tarea.

Contra esa imagen del trabajador social se levanta la imagen

de "Travolta Matagalpa" de la revolución sandinista. En una famosa serie de fotos, la revista TIME mostraba a los "chavalos" en las trincheras de Matagalpa. Las tenidas de beisbolistas, de anteojos oscuros y pistolas terciadas a la usanza de las películas, las poleras multicolores con inscripciones "made in USA" y los cabellos largos del antipopulismo. El consumo y las minibaratijas incorporadas plenamente a la revuelta. Hasta ahora no pasa de ser una imagen, pero tengámosla en cuenta.

No cabe duda que en nuestro país la palabra socialismo está cargada de valores ascéticos. El trabajo en común para los campesinos es un valor ético, pero representa un esfuerzo cotidiano, un yugo pesado que no están claramente dispuestos a soportar. No representa con claridad un mejoramiento de las condiciones de vida. El temor a la "vuelta al pasado" se fundamenta en esa imagen. La ascética convoca sentimientos profundos y generosos, pero castiga las apetencias "de abajo". La convocatoria socialista pasa por el levantamiento de una propuesta que libere el conjunto de apetencias, que supere el consumo de baratijas, pero que no lo reduzca al terreno del pecado. El proyecto alternativo tiene ese desafío: construir una alternativa que vaya más allá de la afecta de oropel. La universalización de las necesidades, la descomposición y objetivación de las relaciones sociales que expresa, y el salto a una oferta superior integradora.

¿Cuáles Necesidades Básicas?

Mariana Schkolnik

1.- El actual modelo económico chileno ha exaltado la libertad para elegir en el consumo como la principal de las libertades. La política económica fundamenta su "éxito" no en un modelo de desarrollo nacional con una amplia base productiva, ni siquiera en un modelo basado en la promoción de exportaciones. La inserción de la economía chilena en el mercado mundial ha tenido como uno de sus principales resultados una impresionante expansión del flujo de bienes de consumo importados, en su mayor parte residuos del mundo desarrollado, traídos de Taiwan y Corea u otros países que cuentan con tan increíbles "ventajas comparativas" en mano de obra barata y apoyo gubernamental, contra los cuales es imposible competir. Esto ha significado un duro golpe para los productores nacionales y los trabajadores. Pero además, éste fenómeno ha tenido un fuerte impacto ideológico en todos los sectores sociales.

La propaganda facilita la tarea de generalizar en toda la población, -incluso entre los más pobres- la idea de que algún día, con trabajo y esfuerzo, todos tendrán acceso a este "mundo dorado". Lo anterior ha generado un cambio en las pautas de consumo de la población postergándose otras demandas tan vitales como son la salud, vivienda, alimentación y el acceso a la cultura- que constituyeron históricamente el eje de las preocupaciones gubernamentales y de los distintos sectores sociales- por el consumo de productos "superfluos", o "baratijas".

2.- Sin embargo, el problema no existiría si todos tuviéramos la misma posibilidad de disponer de una cantidad cada vez mayor de productos que mejoraran nuestro nivel de vida. El problema radica en el hecho que, por una parte, el modelo ofrece sólo eso: "Baratijas"; y no ofrece más cultura para todos o mejor educación... Más aún, lo poco que se ofrece es de mala calidad en su forma o contenido... Por otra parte, la pauta de consumo que el gobierno "vende" no es compatible con la capacidad de comprar de la inmensa mayoría de la población, ni siquiera lo es con la capacidad de producir e importar de nuestra economía.

El problema no es pues el consumo, sino los valores que propone.

En tanto no todos tienen acceso al consumo, debido a la desigual distribución de ingresos, este se convierte en un fin en sí mismo, y no en un medio para mejorar el nivel de vida, porque hay que competir por él. Esto conlleva a que, la valoración de los bienes no se realice en función de su utilidad o calidad específica, sino del "status" que confiere poseerlos.

En este sentido, la ideología consumista distorsiona el objetivo del consumo, relevando sólo el aspecto de diferenciación individual, que exalta la competitividad en base a la "posesión" de determinados bienes y no en base al uso que estos pudieran tener.

3.- Frente a este fenómeno la respuesta no puede ser la de "llamar al orden" para "vigilar en forma constante toda aspiración de compra que se infiltre de modo inadecuado"... vivir en una casa más modesta que lo que sus posibilidades lo permitan...? y "no involucrarse jamás en créditos para financiar la adquisición de bienes de consumo, viajes o placeres suntuarios...". (1)

Due

But

Es necesario reconocer que existen múltiples necesidades que van más allá de las materiales, y que sin embargo deben ser satisfechas mediante el consumo de algunos bienes. La necesidad de diferenciación o identificación (2) es inherente al ser humano, por tanto no puede sugerirse homogeneizarlo e igualar sus gustos, necesidades e intereses. Lo anterior no significa aceptar la apropiación y la acumulación privada de riqueza como un medio "natural".

En otra sociedad más primitiva eran factores personales, como el valor, la fuerza física o, posteriormente, el gremio profesional al cual se pertenecía (y no sólo la propiedad de riqueza y bienes materiales) lo que confería honor y "status", es sólo en las sociedades capitalistas donde este elemento se torna central.

Además, constantemente surgen nuevas necesidades. En pleno siglo XX, el deseo de sentirse parte integrante y activa de la sociedad y la necesidad de socialización, comunicación e información se hacen cada vez más vitales. Los hombres se vinculan entre sí y con la naturaleza a través de objetos cada vez más sofisticados: televisores, teléfonos, autos, etc.. Es en esa medida que poseerlos permite obtener una cuota de poder, de participación, de información.

Sólo el conocimiento y análisis de la cambiante naturaleza humana nos permitirá entender porqué hay quienes optan por comer poco para comprar un televisor.

4.- Las proposiciones de alternativa al modelo vigente han consistido tradicionalmente en plantear en el primer plano la satisfacción de las necesidades que han sido definidas como básicas: alimentación, salud, vivienda, educación y empleo productivo para todos.

Es necesario replantearse este enfoque a la luz de una concepción más integral del ser humano. Y superar una definición académica, incorporando de manera dinámica los condicionantes históricos y socio-culturales que determinan las pautas de consumo. En nuestro caso, es indispensable analizar y comprender los cambios ocurridos en la realidad objetiva y subjetiva del país como única manera de plantear una alternativa viable.

Una visión diferente debe anteponer a la total libertad y al reino del consumidor no la igualación de las pautas de consumo, el ascetismo o la negación de las ventajas del desarrollo, sino la igualación de las posibilidades de escoger y de tener acceso a un conjunto diversificado de bienes que permitan satisfacer necesidades individuales jerarquizadas.

El desafío para un régimen humanista, especialmente en los países pobres, es cómo construir una base material e insertar la economía a nivel internacional de manera de responder a las demandas y preferencias de los individuos y que no sea un "conocedor omnipotente" el que se arroge el derecho de jerarquizar "científicamente" las necesidades de sus pueblos.

(1) R. Gutierrez, "Consumismo, el caballo de Troya del régimen"
"Análisis" N° 32, Marzo 1981.

(2) Thorstein Veblen "Teoría de la clase ociosa"
Fondo de Cultural Económica, 1963

Notas Sobre el Problema del "Consumismo"

Gonzalo Daniel Martner

Este trabajo es una presentación de temas ligados a los problemas planteados por el artículo "Pan y Baratijas" de J. Bengoa. Se nos perdonará el carácter general de las reflexiones aquí expuestas, pero esto nos parece necesario en una primera aproximación.

Haremos en primer lugar una breve incursión sobre la pertinencia de los enfoques usuales a los que se recurre en la interpretación de los fenómenos del consumo.

I.- La crítica de la economía política ha centrado su discurso en la puesta en evidencia del carácter fetichista del mundo de las mercancías, que opaca las relaciones que establecen los hombres entre sí en el intercambio de éstas al hacerlo aparecer como una relación entre cosas y no como una relación social.

Siendo el principio de equivalencia de las mercancías la cantidad de trabajo humano que contienen, los trabajos diversos se reducen a un gasto productivo físico y psíquico y los trabajos complejos, a trabajo simple especialmente necesario. El resultado de estas operaciones es una abstracción: de los productos del trabajo no queda más que su "objetividad fantasmagórica, una simple gelatina de trabajo humano indiferenciado". El valor de cambio es propiamente inasible y, por tanto, mistifica a los individuos. De ello sigue que debe reivindicarse el trabajo directamente social, las formas materiales de los trabajos reales útiles, orientados a la producción de valores de uso, lo que permitiría establecer relaciones no fetichistas entre los hombres y superar de ese modo la alienación. (1)

Pero aquí cabe una observación: el valor de uso, la utilidad, no es simplemente la relación de una necesidad del hombre a una propiedad útil de algún objeto, es también una relación social. Del mismo modo que en el valor de cambio el hombre como productor no es creador sino fuerza de trabajo social abstracto, en el valor de uso el hombre como consumidor de bienes no aparece únicamente en una relación de apropiación de la naturaleza, sino también inserto en la determinación social de la utilidad y mediado por la abstracción constituida por el sistema de necesidades. Existe también un fetichismo de los valores de uso, tal vez más misterioso aún, pues se funda en la falsa evidencia del carácter natural de las necesidades.

O, dicho de otro modo, la alienación no aparece sólo en el fetichismo de las mercancías en tanto valores de cambio, sino también en el fetichismo de los valores de uso, de la lógica social de la utilidad. (2)

Por otra parte, puede explicarse la lógica de las baratijas a través de la teoría del consumidor manipulado, como antinomia al "consumidor soberano", que está a la base de la teoría económica neoclásica. Por ejemplo, Galbraith señala que son tales los medios de que disponen los empresarios en el capitalismo - a través de la publicidad y los medios de comunicación- que logran

near y estimular todo tipo de necesidades superfluas (3). Pero esto no explica cual es el proceso de creación de estas necesidades en los receptores del mensaje publicitario ni las fronteras entre lo superfluo y lo necesario, quedando en última instancia sujeta, a criterios morales - de los intelectuales, en este caso - la delimitación entre lo sano y lo perverso en materia de consumo. Es necesario explorar otros derroteros.

II.- En primer lugar, resulta pertinente retomar una serie de distinciones metodológicas relativas al comportamiento histórico social de los individuos a su conciencia social, propuestas por E. Bahro (4). La primera de ellas delimita la "conciencia absorbente", ligada a las tendencias de conducta integral. Esta conciencia excedente, la capacidad psíquica libre, se desdobra a su vez en intereses emancipatorios orientados al crecimiento, diferenciación y autorealización de la personalidad en todas las esferas de la actividad humana, vale decir la autoapropiación de la condición humana, y en intereses compensatorios como reacción a las frustraciones y carencias ligadas a la no satisfacción de aspiraciones y deseos y la aparición de diversas necesidades sustitutivas concomitantes.

Este concepto de intereses compensatorios es aquí de gran utilidad pues permite explicar la vigencia de la aspiración a "la posesión y el consumo de la mayor cantidad posible de las cosas y servicios lo más valioso (para el cambio) posible, sin paramientos que en lo relativo a las necesidades auténticamente humanas, la satisfacción se queda demasiado corta. También la aspiración de poder caer, como una especie de departamento superior, entre los intereses compensatorios".

Así, más allá de la evidencia práctica de los bienes y servicios y de la espontaneidad de los comportamientos, opera en el consumo (y en la aspiración a consumir), un interés compensatorio y no sólo el interés de adquirir bienes y servicios dotados de una utilidad objetivable. Se establece a través del consumo no tanto la satisfacción de necesidades, como una relación con los aspectos exteriores de la jerarquización social y los signos que los expresan: se aspira a un estatuto y ello las más de las veces a través de un simulacro de funcionalidad, pues lo útil sirve de pretexto para lo que no es más que un despliegue de signos prestigiantes. En tales actos, opera simultáneamente un efecto de diferenciación y un efecto de asimilación que atraviesa la jerarquización social. Es el caso de las capas de altos ingresos de nuestro país cuando, entre bienes de utilidad equivalente, optan por adquirir los más caros (efecto de diferenciación), o por aquellos importados que son el nexo con sus aspiraciones de asimilación al "american way of life" y al mundo capitalista desarrollado (efecto de asimilación). Es el caso de las clases sociales dominadas y pauperizadas que buscan - conciente o inconscientemente - al adquirir baratijas abstraerse simbólicamente de su subalternidad (efecto de asimilación), aún al costo de desviar parte de sus escasos recursos destinados a la satisfacción de necesidades básicas, y en el mismo acto tomar distancia ilusoria respecto de quienes comparten su condición (efecto de diferenciación).

Así, en la esfera de la subjetividad se da una relación conflictiva entre los intereses de compensación y los intereses de emancipación. Los primeros conciernen en esencia la aspiración de consumo de ciertos bienes, lo que plantea el problema de la posibilidad material de su concretización para aquellos que se sitúan más allá del estrecho círculo de los dueños del poder y la riqueza en el marco del actual modelo económico.

Es un hecho que la situación de pauperización es la realidad básica de los sectores populares, pero también es cierto que se puede a través de los mecanismos de crédito o -como lo señaláramos- sacrificando abiertamente el consumo básico, acceder a algunas de las baratijas ofrecidas, es decir, básicamente bienes de consumo durable.

El cuadro anexo sintetiza el acceso al consumo de bienes durables por quintiles de hogares, y evidencia que el 40% inferior está prácticamente excluido de él. No obstante, la aspiración a consumir también los involucra, generando frustraciones y distorsiones en los patrones de consumo que pueden estar provocando "descompensaciones" de importancia y traducirse en rebelión contra lo existe.

III.- Desde el punto de vista de proyectos alternativos, los intereses de compensación no pueden simplemente reducirse arbitrariamente en beneficio de los intereses de emancipación y ponerse a su servicio, ya que justamente representan una exigencia de satisfacción profundamente anclada en la esfera psíquica. De ahí que todo proyecto alternativo no puede limitarse a reivindicar la satisfacción de las necesidades básicas (alimentación, salud, vivienda, educación) en la aceptación tecnocrática, a riesgo de encaminarse hacia perspectivas ascéticas de carácter compulsivo y necesariamente autoritarias.

Pero a su vez, sería erróneo plantearse como insuperable la multiplicación ilimitada de las necesidades, pues buena parte de ellas son el fruto de los intereses compensatorios, por lo que la superación de las condiciones de subalternidad y opresión que están en la base de ellos tenderían a permitir (no sin conflictos, ni accidentes) la superación de sus condiciones de existencia.

Por otra parte, bregar contra el consumo conspicuo en tanto instancia integradora al sistema de dominación vigente y sustituto de las instancias tradicionales de producción de hegemonía, no pasa tanto por denunciarlo en sí, como por estimular que el deseo vital, existencial de la transformación de la sociedad sustentado en las necesidades radicales de emancipación se enraice en la estructura síquica de los sujetos de ella. Para lo cual es crucial el valor convocante del proyecto alternativo concreto y de las prácticas que lo sustenten - pues, como señala Cortázar, "lo que cuenta, lo que yo he tratado de contar, es el signo afirmativo frente a la escalada del desprecio y del espanto, y esa afirmación tiene que ser lo más solar, lo más vital del hombre: su sed erótica y lúdica, su liberación de los tabúes, su reclamo de una dignidad compartida en una tierra ya libre de este horizonte diario de colmillos y de dólares".

EVOLUCION DEL CONSUMO TOTAL Y "ACCESO" AL CONSUMO DE BIENES DURABLES

GRUPO DE HOGARES	EVOLUCION DEL CONSUMO TOTAL		"ACCESO" A BIENES DURABLES	PORCENTAJE DEL TOTAL DE BIENES DURABLES	CONSUMO PROMEDIO ESTIMADO 1980 (\$)
	Período: 1969-1978	Período: 1978-1980			
20% Más pobre	Empeora muy fuertemente	Mejora respecto a 1978, pero no recupera nivel de 1969.	Situación Actual		
20% Medio bajo	Empeora fuertemente	Mejora respecto a 1978 pero no recupera nivel de 1969	Sin acceso (salvo TV b/n y radios portátiles)	3.2%	6.175
20% Medio	Empeora menos que grupo anterior	Mejora con respecto 1978 y recupera nivel de 1969	Sin acceso (salvo bienes anteriores y bicicletas, radios de mesa y grabadoras)	5.7%	11.167
20% Medio Alto	Mejora levemente	Mejora fuertemente	Acceso muy limitado (salvo anteriores y artefactos para el hogar, tacadiscos y equipos modulares)	8.5%	17.079
20% Más rico	Mejora fuertemente	Mejora fuertemente	Con acceso	13.4%	27.983
			Amplificación y diversificación del consumo de bienes durables	71.2%	68.972

FUENTE: VECTOR, INE, Encuesta Presupuestos Familiares 1978.

NOTAS

- (1) Véase Heri Renis, L'echec de l'Economie de Marx
- (2) Véase Jean Baudrillard, Críticas de la economía política del signo.
- (3) J.K. Galvrith, El nuevo Estado Industrial.
- (4) Rudolf Bahro, La alternativa. Parte II

Necesidades Humanas y Proyecto Socio-Cultural

(Presentación en el Seminario, 10 de Julio)

Luis Weinstein

Un sector importante del país, orientado por su ideología y valores hacia la perspectiva socialista, ha debido experimentar en los últimos años una tarea de crecimiento personal, de madurez, en tres planos sobrepuestos: la elaboración de una herida y una pérdida; el asumir dimensiones insospechadas en el adversario, "el objeto malo"; y el debilitamiento del marco de referencia básico propio.

Conciente e inconcientemente se ha ido evadiendo o afrontando el duelo colectivo por la derrota del movimiento popular en su momento más hermoso, de consolidación del esfuerzo colectivo de muchos años y de expectativas fantaseadas de cambio social aparentemente próximas a su materialización. Cada muerte, exilio, pérdida de trabajo o quiebre psicológico individual tiene su réplica depresiva, aplastante, generadora de impotencia, en la muerte de los proyectos individuales y colectivos, en la pérdida de la utopía.

Por contraste, el enemigo dado por muerto, por castrado, por "momio", se muestra inesperadamente sólido, con propuestas globales. La acometividad brutal del terror viene acompañada por un proyecto, una racionalidad que se quiere negar a toda costa desde un profundo mecanismo defensivo. La fantasía no puede ser más difícil de asumir, un monstruo cruel y a la vez coherente, seductor, infinitamente egoísta y a la vez capaz y eficiente.

En tercer término, el suelo se mueve. Hay que revisar no sólo las causas de la derrota sino la esencia misma del quehacer político. Emergen nuevas visiones de lo que fue nuestra historia. Se es más atento a las insuficiencias y rigideces de las ortodoxias, de los modelos.

Es el "escenario" de lo subjetivo. Un dinamismo inconcientemente consciente de reubicación existencial, histórica y cotidiana. Todo ello en las condiciones concretas de la restricción y la zozobra económica, del miedo terebrante, de la desconfianza bloqueadora, de las separaciones, del individualismo, la competencia, la banalidad.

Hay una especie de aluvión de incitaciones hacia el aquí y el ahora, el enmarcarse en la contingencia. La represión abruma copando casi todos los espacios sociales y deslizándose -piel adentro- hacia la subjetividad más íntima.

Lentamente, empobrecidos en todas las dimensiones, vamos en encontrando las raíces, la posibilidad de convertir la crisis en crecimiento, la derrota en experiencia, la pérdida en incitación a lo creativo, las dudas en fuente de un reflexionar sin prejuicio, la fuerza del adversario en invitación a que desarrollemos nuestra capacidad de ser íntegros.

Por ese camino va surgiendo una visión nueva de la política, más ancha, más polidimensional. Se nos quiere "erradicar" la política, pero descubrimos que el ámbito de ella se extiende hasta abarcar la vida cotidiana, los grupos, los proyectos personales, la subjetividad.

Advertimos que los problemas más apremiantes son antiguos, son propios de la cultura dominante. El régimen se ufana de ser "autoritario", mientras nosotros vamos entendiendo que el gran problema social es el poder. El poder arbitrario, el autoritarismo presente en toda nuestra historia en nuestros partidos., nuestro pueblo, nuestras familias, nosotros mismos. Un poblador, sabio, lo dice, sorprendiendo a un auditorio de intelectuales: "la represión empieza cuando el niño se le prohíbe participar en las conversaciones de los grandes". Nos considerábamos democráticos, pero siempre fuimos- somos machistas, sectarios, paternalistas, instrumentalizadores.

Aparece una corriente de búsqueda. Son estudiantes, obreros, pobladores, ex presos, familiares de muertos y desaparecidos, mujeres y hombres de diversos ámbitos, que aun las preocupaciones políticas tradicionales con inquietudes sobre feminismo, ecología, tecnologías alternativas, autogestión.

Hay constancia de que, en un escenario que parece ser nuevo, el protagonista es el mismo, el ser humano. Lo central es el poblador, trabajador, intelectual, joven, con sus necesidades, sus conflictos, su dinámica psíquica.

Sin embargo, en esta dialéctica de lo viejo y lo nuevo se diferencia, con dimensiones desconocidas, la problemática ética. Surgen grupos autónomos e integrantes de partidos e instituciones que plantean con toda fuerza exigencias de relaciones personalizadas de transparencia en las interacciones, de cuestionamiento de los vínculos autoritarios e instrumentalizadores.

En ese contexto, en los medios alternativos empieza a plantearse una visión nueva del lugar de lo subjetivo en la praxis política.

Se advierte, por ejemplo, un creciente distanciamiento de muchos con los moldes de apreciación reduccionista, prerjuiciosos, en que la atención a lo subjetivo se asimilaba a deformación pequeño burguesas, carentes de firmeza (¿objetividad?).

Se acortan distancias con quienes problematizan la relación hombre mujer, la recreación el cuerpo, la socialización del niño, la relevancia de la vida cotidiana, la ecología la alienación, la salud mental.

En esta valoración de lo subjetivo se plantea, con sentido autocrítico, el tema del autoritarismo. El autoritarismo no está sólo fuera, en los otros, en la represeión macro social. Es parte de nosotros mismos. Nos movemos en un enfrentamiento de tendencias hacia la muerte y hacia la vida, en dirección contrapuesta a la creatividad o el poder. Sin encarar al autoritarismo, el tema del sujeto político permanece opacificado, poco accesible.

En el contrapunto entre lo contingente y lo perdurable, la temática de lo subjetivo puede ser analizada desde una visión positivista que se agota en la constatación del silencio, la soledad, el escepticismo, la manipulación, la sumisión, el dolor o la adaptación. Más allá de ello, cabe el ahondar en supuestas acerca del hombre, en una política de base antropológica. El desgaste producido por la represión en todos sus ámbitos hace difícil legitimar la aproximación antropológica. En la coyuntura, se la puede estimar sobredimensionada, inaccesible.

En los hechos, no se trata de entrar en un terreno abstracto, de hacer abandono de la acción inserta en la realidad vigente. El objetivo es clarificar, desentrañar la visión global sobre el hombre que siempre está oculta detrás de las prácticas cotidianas y políticas.

El proyecto hegemónico actual se apoya en una concepción del hombre autoritario-mercantil que dice relación con diversas necesidades humanas.

Se apoya la necesidad de seguridad con el énfasis en la creciente dominio-sumisión de la dinámica psíquica. (No falta la persona de relieve que aconseje "aprender a obedecer" para prepararse para mandar).

En el polo doctrinario liberal, se focaliza la necesidad de acumular, de acrecentamiento, del tener, a través del desarrollo de la competencia de "intereses" personales. La historia es conocida; del interés surgiría la eficiencia, los logros en la competencia... los "derrames" de bienes... el mismísimo bien común.

Si la eficiencia evoca la puesta en juego de dinamismos activos, de práctica que posterga el momento de gratificación, no cierra, sin embargo, las puertas a su complemento; el consumo. Se propende a la fascinación con el objeto, manipulando fantasías. Luego viene la búsqueda de la identidad por medio de la relación con la cosa, su posesión.

La necesidad de afecto se niega en la competencia. Sin embargo, la elasticidad del proyecto permite que las asperezas de las interacciones sociales generales se articulen con el realce que se da a la pareja, el amor y la familia, idealizadas por los medios de comunicación de masas, y la promoción del consumo como presunto oasis de relaciones solidarias.

El proyecto popular tradicional tiende a soslayar las consideraciones antropológicas a través de un discurso con un sesgo macro social, voluntarista y racionalista, negador del polo del pequeño grupo y de la vida personal, del que rodea a la recreación, de los ámbitos de la emoción, del cuerpo, del inconciente, de la naturaleza, la trascendencia, la estética, los valores.

El miedo, el desgaste, las frustraciones de estos años han hecho también posible, paradójicamente, la apertura hacia una postura más globalizadora más cerca del hombre de carne y hueso y de su vida cotidiana.

En el desarrollo de una política antropológica el marxismo se hace vivo y acepta el diálogo con la problemática del psicoanálisis, del existencialismo, del cristianismo, del pensamiento oriental, del movimiento libertario y autogestionario.

En una perspectiva socialista crítica, multidimensional, queremos plantear una serie de propuestas preliminares, expuestas en forma muy sintética, sobre las necesidades humanas.

La teconocracia ha puesto de moda el concepto de necesidades básicas. Por ellas se entiende supuestos requerimientos mínimos, aislables del conjunto de necesidades humanas. Se trata de lo "indispensable", el atender al hombre, a la sed, al sueño, al frío y al calor, a la fatiga. Se esquematizaron un tiempo entre nosotros con el llamado del Frente Popular: "Pan, techo y abrigo".

Esta concepción, tan en boga, es, al parecer, de una lógica consistente. Asumida por planificadores en todas partes del mundo ha sufrido un resquebrajamiento con la creciente preocupación mundial por el tema de la salud mental. Los estudios en niños muestran la importancia "básica" de otras "necesidades"; la seguridad, el afecto, el estímulo. La observación del escenario internacional nos entrega evidencia diaria de cómo la vida y la muerte de sociedades enteras depende, a veces, de fanatismos religiosos, de perjuicios sociales, de liderazgos carismáticos. En el hombre lo "físico" y lo psicosocial se interpenetran profundamente.

Se hace notoria entonces, una primera área de problematización, en lo que parecería más sólido, una distinción entre lo necesario para vivir y lo aparentemente superfluo. Se hace patente el recuerdo del "pan" y circo "romano", de la expresión gráfica del hombre primitivos, de la ubicuidad de lo niño en el adulto, de que la neurofisiología demuestre que el hombre se desequilibra si no sueña. Cuáles son, por lo tanto, las necesidades básicas del hombre real, el hombre concreto, con corteza cerebral activa inserto en un proyecto y una vida cotidiana.

El proyecto político dominante pone énfasis que denotan una concepción no estrictamente biológica de las necesidades básicas. Su polo regresivo, represor, gira, en torno al eje miedo-seguridad. Con ello se garantiza la internalización del modelo propio. positivo, la propuesta de "basar" la vida en la competencia y la obtención de bienes que desbordan los requerimientos fisiológicos, el consumismo.

Se habla de seguridad, de eficiencia, de creatividad. Se las instrumentaliza. Esos valores no pueden darse en las condiciones de un régimen que aísla, hace competir, achata, vuelve temeroso. Sin embargo, la práctica demuestra que, aquí y en otras partes, hay muchas personas que se muestran satisfechas, activas, aparentemente interpretadas, tal vez "tocadas" en alguna "necesidad básica" por el proyecto político hegemónico.

La interpretación tecnócrata, desarrollista, de lo "básico", lo hace sinónimo de lo vital "pre humano". Se trataría de los

requerimientos indispensables para mantenerse vivo, sin llegar a alcanzar lo diferencial, lo específico del hombre.

Se alcanza una visión distinta si se empieza por caracterizar al ser humano. El hombre tiene una "situación" especial en la realidad, ubicándose tanto en el mundo natural como en una realidad creada por él mismo, la cultura.

El hombre es ser de necesidades vitales, de sueño, de alimentación, de termoregulación, de agresión, de defensa. Sin embargo, ellas se encuentran en trabazón con su condición especial de poseedor de ámbito propio, con una "pliegue" ante la realidad "objetiva", separado, individualizado, por su conciencia en sí.

La definición de lo que es propio del hombre es el tema central de la antropología filosófica y ha recibido múltiples enfoques.

En estas notas, de índole muy general, queremos sólo insistir en la relación profunda entre lo natural y lo cultural. El hombre nace inerme, con una débil dotación instintiva y un largo período de dependencia en que no sobrevive sin relaciones sociales de una determinada "calidad". Lo cultural se inscribe, se hace precozmente "vital".

Para el hombre lo "básico" es "natural", es también "social" e, inevitablemente "personal".

Introducidos a la problemática de las necesidades básicas reconocemos, de inmediato, la presencia de una contradicción constitutiva que ha sido siempre destacada en todas las aproximaciones antropológicas. El hombre es, al mismo tiempo, un ser "avanzado", un superador de la naturaleza, un transformador y, también, un "personaje" débil, frágil, inseguro. "Una caña pensante", dijo Pascal, señalando esta contradicción de fondo en una metáfora perdurable.

Es el gran clivaje, fuerza y debilidad. Situación precaria, inestable en el mundo natural; apertura a un mundo propio, el de la cultura. Necesidad de conservarse, de defenderse; necesidad de avanzar, de crecer, de crear.

La búsqueda de seguridad, el temor a la agresión, al cambio, se ahincan en lo más profundo del hombre, en su infancia, en la historia.

El proyecto diferenciado, la transformación del medio y de sí mismo emergen de la relación particular del hombre con el mundo, de su capacidad de moverse con símbolos, de su necesidad de "acrecentamiento". Las dos constelaciones de necesidades son constitutivas, básicas. Hay necesidad de conservarse y crecer.

El hombre es conciente de sí, de allí su "separatividad" en términos de Fromm. Su "darse cuenta" de la realidad es, al mismo tiempo, una imposición. El hombre es "arrojado" al mundo, es expuesto, esta "ahí", nos dice Heidegger. La realidad del

hombre es inseparable de un "necesitar" hacerse cargo de ella, como plantea Zubirí.

De esa manera, el hombre tiene una fuente de certeza básica, el requerir enfrentar riesgos, durezas, "resistencia de la realidad. Desde esa ineludibilidad, le viene, al mismo tiempo, inseguridad "contingente" y un aporte a una seguridad más profunda, de índole ontológico, una seguridad de ser. Es alguien en situación.

Por otro lado, en la medida que el hombre se "despoja" de su entorno, se hace preguntas, permite que crezca su imaginación, la realidad se hace menos densa, menos firme, permeable al infinito, a la metafísica.

En el fondo del problema del hombre está su acceso a la duda, a la incertidumbre. Mientras más concreta, más operativa su inserción en la realidad, más defensiva, más dedicada a estar "seguro", menos "poroso" será a lo confuso, a la vivencia de relatividad, a la necesidad conciente de buscar lo absoluto. Sentirá su "hacer" como absoluto.

La ambigüedad se da en el moverse entre una vivencia directa de familiaridad con el contexto en que se vive, de enfrentamiento de rutinas, de certezas pragmáticas, y el pasar a la conciencia directa, o subliminal, de que su identidad no es objetivable, de que el sentido de su existencia se le escapa.

El hombre se defiende de la ambigüedad refugiándose en el orden, en la autoridad, en la reducción de sí mismo, en poner límites a su búsqueda de emancipación. De allí que la tolerancia a la ambigüedad señala una capacidad de fondo, más o menos desarrollada en cada ser humano y en las diferentes culturas.

Conformismo, autoritarismo, pragmatismo, son tendencias mutiladoras del desarrollo humano, que entre otros papeles, tienen la función de intentar negar la problemática de la ambigüedad. Es el caso típico: el poder resuelve una diferencia en una pareja machista o en un grupo autoritario evitando las sinuosidades de las decisiones provisionales, de que existan variaciones, relativizaciones, ambigüedades en los mecanismos existente para dirimir una duda.

Existe la necesidad de hacer frente a situaciones, variables, más o menos amenazantes, más o menos satisfactorias, más o menos ensanchadoras del yo.

El ser humano puede encarar su contingencias y su proyecto de vida modulando dos categorías básicas: la conciencia de límite y el desarrollo y actualización de sus capacidades.

La conciencia de límite alude a la necesidad de asumir el polo débil del hombre, la certeza de que se va a morir, la existencia de la enfermedad y el envejecimiento, el límite en las posibilidades en las fuerzas, la barrera de lo determinado, lo genético, lo estructural, los requerimientos de aprendizaje, la imprescindible

modulación del deseo y la omnipotencia.

La opción madura, politizada, se abre a un proyecto que, re reconociendo los límites estructurales y de coyuntura, propoende a un desarrollo personal, a una diferenciación. En ese camino se encuentra la capacidad de tolerar la ambigüedad, en enfrentar los conflictos, de avizorar las contradicciones, de desarrollo condiciones para la comunicación y la creatividad.

En sentido inverso se mueve la búsqueda de poder. Se trata de operar desde "circunstancias", sin una transformación personal. Se privilegian relaciones de mando sumisión, en el desarrollo autoritario. Se busca apoyo, sin autonomía y creatividad, en la dependencia. Se oscila entre causar sufrimiento o experimentarlo, en el sadomasoquismo.

Detrás de la conciencia de límites y de capacidades y del cuestionamiento del poder suyace una necesidad de fondo, la de autonomía.

La autonomía juega, dialécticamente, con la capacidad vincular. El hombre solo es incompleto. No alcanza a ser totalmente hombre. El hombre diferenciado ha traspasado sus "membranas", siente afecto, "comprende", imagina, intuye, participa, reflexiona, cumple tareas en un proyecto colectivo.

El hombre experimenta una necesidad de trascender. No se experiencia, no completa su conciencia de sí con la relación con otro sujeto. De allí la profundidad de la auténtica relación hombre-mujer, abierta al encuentro, a atravesar la barrera de la famili-aridad, a "encontrar" la unidad en la diversidad de los sexos, en la "otredad".

En la medida q-ue avanza la humanidad como un todo, esta necesidad se hace más c ompleja, Hoy no puede hablarse de hombre diferenciado que no problematice a la humanidad como conjunto, que no crezca en imaginación sociológica hasta asumir conciencia de especie.

El hombre necesita posesionarse de su identidad como proyecto, como problema. El otro lado, la sombra de la identidad, es la alienación, el ser ajeno. En la alienación se vuelca el gran tema del "sentido" de la realidad. Ante lo ambiguo de todo, el sentido lo da el "angostamiento" de lo pequeño, en los límites, en los órdenes; o se abre a la transparencia, a la entrega de lo propio, el darse, buscando el espacio propio para ello, en las horas libres, en el trabajo social, en la imaginación, en los vínculos.

La alienación es objetiva, propia de la realidad del hombre explotado, mutilado, incomunicado. Puede ser tambien subjetiva, de falta de conciencia de esa situación enajenante, de estar "fuera de sí".

En posesión de la problemática de la ambigüedad, de la contradicción, del poder, el límite y las capacidades, de la alienación y la identidad, surge la necesidad de una imagen rica,

polifacética del ser humano y de su proyecto liberador.

Desde ese ángulo, frente al hombre de impulso, al gozador unilateral, al asceta, o al cumplidor de tareas, se hace imprescindible recuperar el proyecto de un ser humano diferenciado capaz de disfrutar, de moverse sin represiones en las dimensiones del cuerpo, de la sensualidad, de la estética, la reflexión, la imaginación, la ejecutividad, los lazos humanos.

El avance en el proyecto individual y social en diversos planos debe recoger la problemática existencial, de la certeza, de los límites, las contradicciones entre lo inconciente y lo normativo, la generosidad de la utopía y el respaldo del estudio de las condiciones concretas, de la metodología científica. Ser multidimensional.

En el logro de esta visión multilateral surge la contradicción entre disciplina y apertura, la necesidad de asumir los procesos, la cuidadosa articulación del trabajo y el aprendizaje, en sostenida dedicación y la receptividad al salto cualitativo, la intuición creadora, la introvisión. Frente a la rigidez y la difusión, la necesidad de flexibilidad, dedicación y coherencia.

Las diferentes necesidades humanas, de seguridad y acrecentamiento, tolerar la ambigüedad, enfrentar las contradicciones, asumir el poder, la alienación, la multidimensionalidad, son encarados por los individuos aislados, las colectividades, las familias, las parejas. Entre todas esas instancias, el pequeño grupo puede tener un valor formativo especial. Allí se dan condiciones para equilibrar la confianza básica con la variedad de perspectivas y situaciones. En la medida que el grupo se autogestione, puede prefigurar la práctica de una sociedad "deseable". La combinación de tareas específicas de "activación" social con el desarrollo de un estímulo para la práctica de la crítica y la autocrítica en una formación grupal, disciplinada y creadora, facilitan el proceso de diferenciación personal, sumando la percepción de los otros a la propia en el proyecto de hacernos cargo de nuestras contradicciones y nuestras metas, de nuestras necesidades más vitales y más profundas.

La Dimensión de lo Subjetivo

(Presentación en el Seminario, 10 de Julio)

Raúl Gonzáles

1.- INTRODUCCION

Debo comenzar diciendo que mi forma de aproximación al tema guarda una estrecha coincidencia con el contenido del tema mismo. Se trata de una aproximación "existencial" en tanto tiene su punto de arranque en lo que ha sido mi experiencia universitaria. Es allí, o mejor dicho, desde allí, que hemos ido captando un mundo y enfrentándolo con el ánimo de cambiarlo. Y es en ese intento y en sus dificultades implícitas que hemos ido redescubriendo un mundo que empieza, cada vez con mayor nitidez, a revelarse como novedosa, como original; y que dificultosamente acepta ser reducido a dos o tres calificativos, a dos o tres llamamientos. Se empieza a sentir de alguna manera que es un mundo que ignoramos y que, de tanto convocarlo, hemos olvidado reconocerlo. Es un mundo que esconde una complejidad de elementos subjetivos que habitan en la cotidianeidad de la gente y que no logran conectarse (o ser conectados) con una alternativa a lo que nos toca vivir. Y allí surge la sospecha que una serie de imágenes que nos hacemos de la política refuerzan ese distanciamiento. Sin duda, cruza en mí la necesidad de revalorar lo subjetivo; un cierto rechazo a un exceso de objetivismo y cientifismo que hay detrás de nuestra concepción y acción políticas. Una necesidad de refundar la política, de hacerla más cercana a la vida, de hacerla más cercana a lo cotidiano, a lo que vive y siente la gente.

Sin embargo, uno empieza a notar que aquel problema no está situado en lugares tan especiales ni responde a preocupaciones tan particulares. De alguna forma este problema de acceder a lo que hoy ocurre en Chile, de acceder a lo cotidiano, a lo que la gente hace y piensa y siente, comienza a ser planteado en muchos lugares distintos y desde variadas perspectivas. Comienza a cundir la duda generalizada que el análisis que hacemos de la realidad social no capta los procesos reales y termina solo cosificándolos. Así mismo, la política que levantamos fomenta la escisión entre ese mundo cotidiano y un mundo aparte, distinto y desconectado de aquel. La política se hace una realidad ajena a la gran mayoría (y, por supuesto también quienes la ejercen.); y esa gran mayoría no logra proyectarse a través de un proyecto político no sentido como propio.

2.- LO SUBJETIVO EN LA POLITICA

Parece necesario, en primer lugar, precisar la relevancia del tema de lo subjetivo. Precisar su ubicación y su jerarquía. El intento de definir su relevancia nos traslada directamente a la pregunta desde dónde se debe fundar la política; desde donde se

debe arrancar la convicción y la voluntad políticas para que ellas sean sólidas y permanentes; desde dónde debe arrancar la acción política para que sea sentida con propiedad como expresión de la vida misma y no como mera participación en algunos hechos colectivos dispersos, como arma de transformación de aquellas condiciones que rodean nuestras vidas colectivas e individuales. Todo ello está en dependencia de la conexión de la política con lo subjetivo.

De aquí podemos hacer una segunda reflexión: la existencia de un sesgo objetivista, reflejado en el modelo de actores y de acción política que poseemos, de contradicciones prefijadas entre clases y grupos sociales preconstituidos y en el marco de una historia predeterminada (todo esto "científicamente" comprobado, se supone). Se da, por tanto, una tendencia a fundar la política en aquellas objetivaciones anteriores; y la historia misma, la historia real, la historia de los grupos sociales, es analizada en términos de cómo acceden (o no acceden) a esas contradicciones. La vida real, y lo que de ella emana, pareciera más un accidente respecto de ese curso que algo con valor por sí mismo.

Esto produce un efecto esencial. Partir de contradicciones, intereses y leyes objetivadas, como fundamentos apriorísticos y sobredimensionados de la acción política, conduce irremediablemente a la búsqueda de un proyecto social institucionalizado que daría cuenta de esas contradicciones, asumiría esos intereses y abriría curso sin fricción al carro de la historia ya determinado. Así, el quehacer político podría más acento en generar los mecanismos de encarnación de dicho proyecto y menos en crear las condiciones y los espacios que vayan permitiendo el nacimiento de sujetos sociales que van creando a su vez, un proyecto que los libere.

Este objetivismo termina reduciendo la importancia de las condiciones subjetivas y de los sentimientos colectivos vitales como factores de la construcción social de un orden alternativo. Así, ellos aparecen, desde el punto de vista del diagnóstico político, como un dato indicativo de cuánto de lo "objetivo" ha sido asumido ya; es decir, mostrarían cuál es la distancia que media entre el estado de la preconciencia presente y "la" conciencia a cristalizar por otrolado desde la perspectiva de la acción política, dichas condiciones subjetivas y sentimientos vitales aparecen como datos al servicio de las formas a utilizar para ir vaciando lo "verdadero" y lo "objetivo" sobre la base social. La característica de la relación política así planteada es la del propietario del conocimiento con el no propietario, la de profesor-alumno, la de conciente-inconciente.

La perspectiva que debe enmarcar el tratamiento y la idea que nos hacemos de lo subjetivo, pienso, debe ser muy diferente. Debemos concebir el estado subjetivo, el clima subjetivo, no como simple indicador de cuánto se ha accedido "al" conocimiento y "al" proyecto (y, por tanto, indicador de "cuánto falta") sino que su propia dinámica y despliegue debe ser un aspecto vitalmente constituyente de dicho proyecto. Los espacios sociales, los espacios de interrelación colectiva, no pueden ser entendidos como meros lugares receptáculos de entrega y puesta en marcha de lo objetivado, sino como lugares depositarios de variadas subjetividades que van impulsando

prefigurando contenidos en constante renovación; que van develando las contradicciones efectivas con una determinada realidad material, histórica, actitudinal y afectiva; y que van imaginando un cierto modo de superación. En este sentido, la relación de los partidos con la base social ya no es de simple entrega de un proyecto que ellos ya poseen, representan y encarga, sino una relación de adquisición de proyecto. La importancia y el "éxito" de ellos no se mide como una cuestión de eficacia movilizadora en torno a sí, sino, principalmente, en las creaciones, representaciones y sentimientos que se realicen a nivel social.

¿Significa esto fundar la política al margen del conocimiento de la realidad, de sus concatenaciones y del anticipo de posibles problemas futuros?. EL razonamiento no concluye en ello, sino en el reconocimiento que la idea de creación y construcción de un proyecto social, vital y cotidianamente sentido, no es un fenómeno reducible al ámbito de la razón científica; habrá siempre comprometidos en ello una serie de cuerpos valóricos, fuerzas morales, postulados ideológicos y expresiones vitales que es necesario que se desplieguen y sean concretados materialmente por los mismos sujetos que los portan, como única manera de construir una razón pública conectada (y no impuesta) a la vida cotidiana. La "visión de mundo presente", en la perspectiva de la transformación y liberación social, no es concebida, así, como una simple deformación respecto a-la "visión de mundo científica" (la "ciencia de la Historia") sino como un construido donde va jugándose permanentemente el predominio de formas no científicas de entender, sentir y enfrentar la realidad. Es la dimensión de las verdades morales, de las convicciones valóricas y de los impulsos vitales; es, también, la dimensión de la imaginación.

Si no se asumen así los desafíos de la politización de un pueblo la lógica del "partido conciencia" termina reproduciendo, a pesar de lo deseado, relaciones de dominación que no resuelven el fenómeno más sintomático de las experiencias de creación de un orden nuevo: la enajenación, el extrañamiento, por parte de la gran mayoría, de su relación con la política o con lo público; y la pérdida de engarce permanente y positivo entre la vida cotidiana y el "mundo" de los gobiernos, de los estados y de las grandes decisiones.

El "gobierno de la vida cotidiana" aparece así vitalmente desconectado o en relación de sumisión con el "gobierno político", y aunque existan opiniones y demandas sobre éste, no se le concibe como lugar de ejercicio propio, sino de los "otros".

Pensemos solamente en las grandes abtenciones y las fabulosas campañas publicitarias electorales que son necesarias en el mundo occidental en el reducido sistema de participación real en el mundo socialista, donde el mayor síntoma de déficit - desde el punto de vista de la construcción socialista- no es tanto el control sobre los disidentes como la existencia de una enorme masa de la población que no participa de las decisiones sociales "claves", y que tampoco posee un impulso vital a hacerlo: se trata, en suma, de la ruptura entre estado y sociedad civil que es precisamente lo que el socialismo se impone como principal tarea superar donde lo privado y lo cotidiano no será un mundo escindido de lo político y de lo

público). Pero la superación de esa escisión requiere desde ya una determinada forma de entender cómo se va construyendo y ejerciendo la acción política.

3.- ALGUNAS NOTAS COMPLEMENTARIAS

Todo lo anterior lleva a proponerse un engarce muy fuerte entre acción política, subjetividad y sentimiento. Esto a su vez, nos impulsa a conocer mejor cuales son esas realidades subjetivas y vitales. Tres cuestiones generales, de implicancias para lo que nos preocupa, es necesario mencionar para darle un marco definitivo al tema.

En primer lugar, una doble realidad que el régimen militar ha creado. Por un lado, la exacerbación de la separación entre cotidianeidad y subjetividad con la acción y formulación política opositora y, por otro lado, la eliminación de la focalización de la política en un lugar visible y material (régimen político): Surge así la posibilidad de repotenciarla, haciéndola cubrir múltiples espacios volviendo "políticos" una gama muy variada de problemas.

En segundo lugar, el logro de un bloque social portador de un proyecto popular convocante para la sociedad chilena compromete con mucha fuerza interpelaciones de índole moral-valórica e ideológico-cultural de representación masiva.

Por último, la constatación que las dinámicas subjetivas y vitales y las consecuentes disputas de hegemonía respecto de los contenidos de aquellas están influidas, generan conductas y producen realidades asociadas a ámbitos que están más o menos separados o cobran una gran autonomía de las relaciones de producción reinantes.

4.- TRES PROBLEMAS CLAVES

Estas últimas constataciones, más las premisas sentadas en un inicio, dan el sentido y el marco a un inventario de los elementos de la subjetividad popular y social sobre los cuales el pensamiento organizado de izquierda aparece incapaz de asociarlos a un proyecto. Dentro de ellos hay tres problemas que resultan más visibles y esenciales. Me refiero al fenómeno democrático-libertario, al fenómeno cristiano-religioso y al fenómeno nacional por lo que entregaré algunas reflexiones sobre los dos últimos.

a.- Lo cristiano-religioso.

Lo primero es determinar el punto clave en torno al cual "lo cristiano" puede girar como aporte a un proceso de transformación social. Ese punto está situado, me parece, en el aporte concreto

a la realización de un "proyecto de humanización", de un "deber ser de los hombre entre si". En el significado - o en la búsqueda de significado- de un proyecto de humanización, puede encontrar su espacio de confluencia natural el despliegue de una actitud y acción cristiana y la construcción de un proyecto popular. Al aporte de lo cristiano en este terreno debe quedar subordinada aquella discusión que se aproxima a lo cristiano y al fenómeno de la fe en tanto oposición con lo científico. Incluso, desde el mismo punto de vista de los cristianos debe existir una verdadera vocación de aportar a partir de lo propio, y no arrastrar una especie de complejo respecto de las dimensiones "científicas".

Hay que superar también la discusión acerca de si estamos hablando de una alianza táctica o estratégica entre "lo revolucionario" y "lo cristiano", o entre los cristianos y los no cristianos. Se trata de que la construcción misma de un proyecto popular pueda incorporar, modularmente, aspiraciones valóricas y tipos de sentir generados o reproducidos en el universo cristiano. No se trata, por tanto, de la constitución de una alianza estratégica o táctica sino de un construido unitario, de un invento histórico, del cual lo cristiano participa fluidamente. Desde los cristianos, esto implica que su integración como fuerza de cambio no implica asumir lo prefijado e "históricamente necesario", sino entregar un aporte constructor a lo que va apareciendo como históricamente mejor. En su concreción, esta idea involucra, al menos, dos exigencias. De una parte, un esfuerzo de traducción de lo cristiano en el discurso popular; la terminología que aparece como propia del mundo cristiano (pensemos aquí, por ejemplo, en el amor o en la sociedad amorosa). Por otro lado, un esfuerzo de representación de lo cristiano en la lucha popular y en sus contingencias, reconociendo tipos de reacciones o de dilemas que provienen, privilegiadamente, desde allí y que determinan formas peculiares de acceso a dicha lucha.

Una tercera reflexión, que abre un ancho espacio de comunicación entre lo cristiano y el conjunto de otros factores involucrados en el mundo popular es el significado de la "teología desde la praxis" (y para la praxis), es decir, la reflexión de la praxis a la luz de la fe. Esto sitúa el aporte cristiano desde la realidad misma, pues surge en conexión vital con el mundo real: la teología expresa existencialmente ese mundo y, por ende, contribuye ricamente a pronunciarse sobre su transformación. El aporte cristiano, así, deja muy atrás la labor de "bautizo" del cambio social mediante la búsqueda de sus fundamentos bíblicos, para transformarse en una lectura-acción de y sobre la realidad. Desde este punto de vista "reflexionar sobre la fe como praxis liberadora es reflexionar sobre una verdad que se hace y que no sólo se afirma" (G. Gutierrez). A partir de estas premisas se podrán redescubrir (descubrir en un sentido distinto) ciertas formas de cultura religiosa popular que constituyan puntos de arranque en la búsqueda de una convivencia más humana.

Una última reflexión: el énfasis que el discurso y la intención cristiana de cambio pone en la dimensión personal del cambio. Esto constituye un aspecto ético relevante del mundo cristiano. El discurso y la acción transformadora no solo deben estar guiados por la motivación de un sociedad solidaria, justa, etc., sino también

por la búsqueda y construcción presente de un hombre solidario, justo, etc.. La expresión humana concreta de esos valores, su vivencia cotidiana, establecen un vínculo afectivo y cultural de poderoso influjo entre los cristianos.

b. — Lo Nacional-Patriótico

Respecto de este ámbito de fenómenos, cuatro ideas muy básicas que siguen a una primera constatación: la existencia de una identidad nacional básica, de un sentido de pertenencia colectivo que actúa como factor explicativo de conductas y sentimientos. Esto constituye el punto de partida en la preocupación por lo nacional-patriótico de un bloque social.

Así, en primer lugar, un proyecto popular no solo debe asumirse y presentarse ante los ojos del país como superador de una situación injusta y opresiva sino, también y simultáneamente, como la construcción de una nación mejor. Es la patria misma la que es asumida, en su historia, en su sentido común, en sus esperanzas, por el proyecto popular.

De aquí se desprende una segunda cuestión. ¿Quién refleja esa patria de modo mas permanente? ¿Donde se dibuja ella preferentemente? ¿Cuál es su residencia privilegiada, o dónde se siente más acogida? La patria como "sentimiento que el país propio suscita" debe ubicarse y ser constantemente expresada en el amplio mundo popular. Las vibraciones, logros y frustraciones de ese mundo deben aparecer como los de la patria misma.

Siguiendo lo anterior, deben ser asumidos problemas cuyo carácter no es reducible a un mero particularismo de clase sino que reflejan una identificación con la nación misma, con su dignidad. En otras palabras, se cuida a la patria de los daños y deterioros que se le provocan. Los problemas ecológicos, la explotación irracional de ciertos productos, la defensa de las riquezas básicas, el éxodo de técnicos y científicos, etc., son componentes permanentes del proyecto.

Por último, un proyecto popular debe lograr articular políticamente aspiraciones existentes y arraigadas en el sentido común colectivo y que foman parte de su idea de progreso, de su destino deseado. El proyecto popular debe ofrecerse como realizador de esas aspiraciones colectivas. Lo que fue para la sociedad chilena el ideal de la industrialización durante décadas ofrece un ejemplo de ese tipo de aspiraciones.

Sin duda, que el tema es bastante más amplio y profundo. Lo que sí está fuera de duda es que hoy, en Chile, un proyecto popular viable deberá ser, simultáneamente, un proyecto nacional.

5.- LA OPCION HUMANISTA COMO COMPONENTE DE LA SUBJETIVIDAD EN EL ACTUAL ESCENARIO (A propósito del debate sobre las formas actuales de hegemonía).

Resulta pertinente penetrar el tema de la opción humanista con una disquisición acerca de las formas de construcción hegemónica que actualmente se despliegan. En primer lugar, pareciera una pista desviada tratar de descubrir los mayores logros hegemónicos actuales (del régimen militar) por el lado del discurso. La hegemonía o los mayores logros de hegemonía del actual régimen no parecen derivarse tanto de lo que dice (y de lo que convence a partir de lo que dice) como de la instalación material y concreta de un nuevo escenario repleto de lógicas, operaciones y relaciones que producen determinado tipo de conductas, a partir de las cuales se edifican racionalizaciones e ideologizaciones reforzantes de dichas conductas - y que operan, por tanto, como "convencimiento"-.

Sin embargo, al análisis anterior es necesario adicionarle una situación que se va produciendo paralelamente y que complejiza bastante más lo que podamos decir respecto de la hegemonía. Me refiero al desarrollo paralelo de una conflictividad y frustración existencial. Es cierto que se va dando aquel nivel de hegemonía anteriormente relatado, una cierta absorción de las personas por parte del escenario instalado; pero, junto a ello se despierta una cierta desesperación vivencial exacerbada.

Tomemos un ejemplo universitario. En el "escenario universitario instalado" se ha producido una racionalización de muchas conductas impuestas por la autoridad: la lógica del academicismo, del disciplinamiento, del individualismo, etc. Sin embargo, paralelamente a ello, en una dimensión mayor a la "normal", el universitario siente a la universidad como un espacio frustrante, poco gratificante de lo íntimo, ahogante. Por decirlo en términos directos y carnales, el universitario, como nunca, desea que llegue el domingo para no ir a clases; como nunca desea las vacaciones (benditos espacios liberadores); como nunca desea que no haya clases; como nunca siente el peso agobiante de las exigencias, etc.. podríamos decir que el universitario pretende cada vez más negarse como tal para sentirse más libre.

Esta no es una situación particular del universitario sino de carácter mucho más general. Tenemos que, existiendo una cierta hegemonía que opera a nivel de la racionalización de conductas forzadas, ésta co-existe con una realidad existencial y vivencial angustiante. Sin duda, también hay que tomar conciencia que hay algunas válvulas de escape que el sistema genera frente a esta contradicción. Así, por ejemplo, es innegable que al despotismo de la universidad (o al despotismo de la fábrica) se opone, como contrapunto, como "espacio de libertad" el cautivante mundo del mercado. La situación de extrañamiento existencial en aquellos

mundos del trabajo y del estudio, que cubren gran parte de nuestras horas, se vacía en la fascinación del momento del consumo de todo tipo (al menos como aspiración, lo que no deja de encerrar otra contradicción). A pesar de ello, ni con mucho parece resolverse esas sensaciones ahogantes de no realización, de vacío.

Todo esto lleva a plantearse cómo ser alternativo en este orden de cosas; cómo encontrar y formular, teórica y prácticamente salidas a esta serie de problemas humanos, a esta frustración vivencial.

Respecto a este último quiero incorporar lo de la opción humanista, vitalmente humanista, que debe atravesar la acción el discurso popular. Aquella situación de conflictividad existencial es la que despierta una cierta subjetividad humanista, un deseo íntimo bloqueado de mayor humanidad, una gran dificultad para recoger esta subjetividad humanista. Siguiendo a B. Parra, cabe señalar que "resulta curioso que el empleo abundante de la metáfora en el terreno científico se ve aparejado con un rechazo tan firme al uso de símbolos y alegorías del lenguaje de los sentimientos y de las perspectivas generosas. La valía de éstas últimas no se negó ni siquiera en los momentos en que se rechazaba con más energía el humanismo teórico...". Creo que este abandono no resulta tan curioso cuando se le piensa en el marco de un proceso que fue identificando progresivamente orden y razón alternativos como derivaciones directas de la ciencia. La negación de lo utópico como afirmación de lo científico hizo olvidar que, en definitiva, estábamos conversando del hombre.

6.- ALGUNOS ELEMENTOS DE SUBJETIVIDAD EN EL AMBITO UNIVERSITARIO

Quiero entregar, para terminar, algunos elementos o paisajes de la situación subjetiva que he percibido a nivel universitario.

En primer lugar, surge nítida la dificultad de una gran mayoría de los estudiantes para poseer la esperanza de algo distinto. Ello no está referido al plano de la eficacia o viabilidad de ciertos objetivos sino directamente al plano del surgimiento de ideales o utopías. La dinámica de los ideales apasionadamente discutidos, rotos y reemplazados, o de las utopías que fascinan, está lejos de ser el ambiente tipo. Prima un conformismo que va adaptando las conductas individuales a las exigencias impuestas, una actitud utilitarista y pragmática, de mero presente; donde se tratan de resolver casi técnicamente las dificultades que pueda imponer ese presente, sin entrar a cuestionarse sus características más de fondo.

Sin embargo, ese conformismo "exterior" coexiste, como ya hice mención anteriormente, con un inconformismo íntimo, con una gran insatisfacción existencial derivado del vivir diario universitario. Es la sensación de un mundo ahogante, lleno de exigencias y formalidades, donde el placer de conocer y las supuestas ansias de aprender son extirpadas de raíz por la dinámica desesperante de la carga académica, de la rutina, del miedo a "salir mal". Más

bien se trata de castigo de aprender. El aumento de actitudes "neuróticas" que genera la universidad, las tensiones y desequilibrios nerviosos que anteceden a los exámenes y pruebas forman el corazón de esta relación de premio/castigo, y, por tanto, semejante con el saber. Se trata, en definitiva, de una situación no deseada pero que no encuentra salidas alternativas claras y creíbles.

No hay por tanto un apego positivo, vitalmente sentido, hacia la universidad real. Pero tampoco hay alternativas asumidas. Y se da respecto a esto una relación estática con la historia. No existe una proyección histórica. No existe la sensación de estar situado en un cierto momento de la historia y que esta avanza en cierta dirección o que hay que impulsarla en cierta dirección. No existe, por tanto, un llamado a la opción o a la acción que parezca provenir de las exigencias del movimiento de la realidad misma. Es una percepción de un mundo que, a pesar de sus modificaciones, aparece estático, sin direccionalidad, con un sentido vacío; que esta ahí, presente, pero que no va hacia ningún lugar.

Otro aspecto relevante es la estrechez del mundo concienciado. El mundo digerido al nivel de la razón y de la sensación es un mundo pequeño, es el mundo más cercano. Hay fronteras raramente sobrepasadas a partir de experiencias originales que amplíen la visión de mundo que se posee; que saquen de ambientes repetitivos y rutinarios. Piénsese lo fundamental que es para ensanchar las perspectivas de los jóvenes el acceso de otros mundos y, en específico, el ejercicio de experiencias de trabajo popular que introducen en la conciencia un conjunto de elementos nuevos que revolucionan muchas veces nuestras percepciones y sensibilidades frente a la realidad. Por el contrario, hoy día, la universalización y el ordenamiento de la realidad se hace sobre la base de una práctica social de limitadas dimensiones espaciales.

Hay un tipo de relación con la carrera, con la escuela y con la universidad marcada por sentimientos de inestabilidad general. Así surge un impulso muy grande a tener algún vínculo seguro con el mundo, que dé algo de seguridad, algo de ubicación. Esta necesidad de "apearse" al mundo acentúa el miedo a perder la carrera. Es como quedar sin nada, desnudo. Muchos estudiantes descontentos y frustrados con su realidad universitaria sienten, a pesar de ello, que al menos su calidad de alumnos les da una ubicación que bien vale la pena cuidar.

Relacionado con esto último actúa también una especie de autosospecha y de autocontrol asociado a los sentimientos de ilegalidad que rodea a ciertas actividades estudiantiles. La participación en una organización o en una actividad pareciera ser tensada por el peso de lo prohibido, por rebalsar las fronteras de la ley, por quedar al margen de lo aceptado. Esto, que parece ser obvio bajo un régimen autoritario, vale señalarlo en cuanto adquiere dimensiones mayores que las que a veces suele pensarse.

En las referencias que se hacen respecto de quienes asumen roles destacados en la actividad estudiantil se acentúa con gran fuerza el que se constituyan, más que en "fríos estrategas", en

fuertes referentes humanos de relaciones horizontales. Se da un resaca del "político", o de una cierta forma de ser político o dirigente, asociada al estratega frío, con cierta tendencia a organizar y direccionar al margen de la gente; en definitiva a manipular.

Lo anterior no está desligado, de un cierto escepticismo reinante respecto a las grandes metas que puedan ordenar un conjunto de acciones; y a los argumentos más directos que traten de darle sentido. Es un cierto escepticismo frente a lo discursivo lo que supone muchas cosas detrás. Sin duda, entre los sectores universitarios más críticos y activos, se produce una compleja dialéctica entre el escepticismo y la esperanza.

Debate

(Tarde del 10 de Julio, Segundo Debate)

H. A. GARRETON

Voy a plantear desordenadamente algunos puntos que me sugieren las exposiciones, tratando de ligarlos con otros temas del seminario,

Lo primero está referido al tema del consumismo, entendido como una forma de articulación entre este mundo llamado de "lo subjetivo" y el mundo llamado de "lo político". Hay por lo menos dos cosas interesantes a recalcar. Una sobre la cual no tengo mayor información - es la relación de los sectores populares con el consumismo, donde deberíamos contar con cierta información objetiva. Habría que ver cuánto efectivamente hay de consumismo en los sectores populares. Según algunos estudios por ejemplo, hasta el año 78, en términos del consumo de bienes importados, el 20 o 30% de los sectores más pobres consumía un 0%. No sé si ha habido cambios, pero este es un dato importante para la discusión.

Ahora, supongamos que hay consumismo en los sectores populares. ¿Dónde está lo malo?, ¿Cuál es el problema en que haya consumismo?. Normalmente la crítica la hacen los sectores que consumen contra aquellos que consumen por primera vez, haciéndoles ver que, al consumir, se "desclasas". Se trata en el fondo de una conciencia de clase que es destruida por los televisores color u otro producto. Tengo mis dudas que la cosa sea así.

Estoy muy de acuerdo con lo que planteaba L. Weinstein en el sentido que el concepto de necesidades básicas es un concepto tecnocrático, porque supone alguien que elige, que decide cuáles son las necesidades básicas. ¿Porqué se puede decir que una señora en una población, por ejemplo, no debiera consumir el televisor y debiera consumir carne?. Lo interesante es ligar esta interrogante a una fenómeno macro-social, y concretamente con la democracia. De algún modo el tema de la democracia es contradictorio con el de las "necesidades básicas" o del "consumismo". Porque resulta que en un sistema democrático lo que más va a exigir la gente es consumir. Entonces en un determinado momento, la democracia en Chile, para cambiar el modelo de desarrollo, va a tener que alterar el patrón de consumo y, por lo tanto, tendrá que imponer alguna forma de autoritarismo. Aquí veo una tensión que se asume muy fácilmente entre los sectores de raíz cristiana: "estamos por la democracia, estamos en contra del "consumismo" y por las "necesidades básicas". Se trata de una mezcla de autoritarismo y democracia que me parece contradictorio. ¿Hasta dónde la crítica al "consumismo" no es una crítica elitaria, que reproduce los modelos de una política elitaria, y que se transforma en antidemocrática?.

Ahora, desde el punto de vista más sociológico, esto de que el consumismo es integrador en países subdesarrollados es discutible, pues también puede convertirse en un elemento de inestabilidad del sistema. Si aceptamos que el consumo popular existe (lo que es una interrogante) y un país crece varios años al 10% para caer de repente al 3%, precisamente el sector que se inició en el consumo es el que va a perder. Queda abierta una fuente de insatisfacción, de expectativas insatisfechas tremendamente grandes. Por lo tanto, el consumismo en este tipo de países es "de dulce y de grasa" respecto a la estabilidad del régimen.

Escuchaba con bastante simpatía las dos intervenciones pero, a la vez con algún excepticismo frente a la perspectiva que insinúan particularmente la de R. González) en el sentido de proponer una política de distinto cuño, que rompería con el tipo de política a la que estamos acostumbrados.

Veo una fuerte crítica a una determinada concepción tradicional de la política y se plantea que dicha concepción, de una u otra forma, no integra satisfactoriamente el mundo de lo cotidiano, el mundo de lo subjetivo, requiriéndose por tanto un tipo de política distinta de aquella. Sin embargo, si uno mira la experiencia estudiantil que le tocó vivir en los años 60, llevada a cabo dentro de los marcos de la política criticada ahora, uno se da cuenta - no se cual es la experiencia de otros- que no había tal disociación entre lo cotidiano y la política; es decir, nuestra actividad política plasmaba lo cotidiano y lo subjetivo con mucha fuerza. Eso me hace plantearme si aquello que se da como solución de una crisis no es acaso expresión de la crisis, si aquello que se indica resolvería - por la vía de una política distinta- los problemas que se perciben hoy, no es acaso un síntoma de las condiciones que el poder impone.

Creo que efectivamente hay elementos que requieren ser rectificados a partir de lo que es la experiencia última, pero no sé si en el sentido exacto que indica R. González. Pienso que aquella disociación que hay entre lo cotidiano, lo subjetivo y la política, surge por dos cosas que son nuevas, y que no son resultado de la política tal cual la concebíamos antes. En primer lugar, por la escisión que el régimen impone entre lo cotidiano y la política, cuestión que no es atribuible a la política, sino al régimen. Cargarle a una política de izquierda más bien tradicional ese peso o esa responsabilidad resulta excesivo, en la medida que la disociación que existe es justamente porque se impide el reencuentro efectivo entre lo cotidiano y la dimensión política. ¿Hasta que punto, entonces no es el escenario actual el que hace que esa disociación aparezca tan fuerte?. Sin embargo, pienso también que no todo es atribuible a las condiciones que hoy se imponen en el país, sino que, evidentemente, hay elementos de crisis de la política a la que estábamos acostumbrados. La realidad es que el discurso racional de esa política resulta ahora incoherente, o sea, hay allí una razón deficiente. Y cuando el discurso no entra, a mi modo de ver no entra en parte importante por la incoherencia de su racionalidad. Pero ésta incoherencia no debe llevarnos a dudar de la razón misma, sino a buscar formas de racionalidad que superen una razón deficiente. Este es un aspecto, ligado al proyecto de las fuerzas democráticas. Lo otro tiene que ver con el momento moral del proyecto político, donde creo también hay vacíos importantes de la propuesta socialista. Pero esto no implica acudir a la irracionalidad, a la exacerbación de elementos subjetivos dentro de la política, sino a una revisión también racional de la utopía, del objetivo moral de un proyecto democrático.

Una segunda novedad es, a mi juicio, la crisis de los partidos políticos. La actual experiencia autoritaria creo que pone de manifiesto aquellos elementos autoritarios dentro de la acción de los partidos en los cuales estábamos acostumbrados a desenvolvernos: más allá de la racionalidad, más allá de la moralidad del proyecto, el instrumento político al que estábamos acostumbrados exhibe deficiencias y se empiezan a reconocer los elementos de autoritarismo presentes en el "partido conciencia-ciencia".

L. Weinstein señalaba como "dimensiones afectivas" manipuladas por el sistema. Varios estudios han demostrado la existencia de una técnica de dominación que pasa por un control social de la emoción. Es decir, nos encontramos frente a un autoritarismo que está trabajando con una visión del hombre como cuerpo, como ser de emociones, como ser de afectividad y de subjetividad: lo invoca, lo interpela y lo manipula a esa manera, a diferencia de una izquierda que pone el acento en los elementos racionales.

Ahora, parece ser que la propuesta libertaria no puede, sino interpelar al sujeto en cuanto sujeto racional, como en un momento lo señalara J. Martínez; pero la interpelación en cuanto sujeto racional no debe hacernos olvidar que hay un conjunto de elementos distintos que no pueden ser considerados como meramente residuales. Sobre esto, es interesante una consideración histórica acerca de lo que era el discurso popular a comienzos de siglo. En la época de fundación del movimiento popular, con Recabarren, encontramos la inclusión de numerosos elementos que en el discurso político posterior fueron siendo dejados de lado. Está presente el problema de la familia, de la patria, de la religión de la educación. Ahí había una idea de movimiento popular como educador y había una manera de interpelar a los sujetos que no suponía una conciencia de clase ya constituida, preexistente; que no suponía una clara conciencia de intereses sino que estaba justamente buscando que los sujetos se desarrollaran en cuanto tales y fueran construyendo su visión de las cosas, y en donde la imagen del partido es la de un educador. Una serie de consideraciones de tipo histórico llevaron luego a exagerar la visión de la política como lo meramente objetivo.

Todos podemos estar de acuerdo con R. Echeverría en el sentido de que la política es el ámbito de lo público, y que no podemos pensar en un proyecto de subjetivización de la política porque la sacaría de lo que le es propio. Pero justamente se trata de explicar esto de "lo público".

Hoy se da un fuerte proceso de privatización como una consecuencia de la implantación de la estrategia autoritaria: es indudable que ello hace pasar a primer plano los elementos subjetivos. En la medida que esto ocurre en los sujetos concretos y reales, podemos hacernos la pregunta que formulaban los expositores: ¿de qué manera vamos a articular estos elementos subjetivos?. Lo que aquí está en juego son dos concepciones de la política. La concepción más habitual y tradicional que entiende la política como alianza de clase y la concepción que entiende la política como una articulación de sentidos. En esta última la visión es más amplia, el sujeto no aparece solamente definido por su posicionalidad económica, es decir, por su inserción en el sistema productivo, sino por un conjunto de posicionalidades en las cuales se desarrolla (la posicionalidad familiar, la posicionalidad de su edad, etc.) de manera tal que la política se presenta como articuladora de posicionalidades. Esa política buscaría incorporar estos elementos, no para subjetivizar la política y quitarle este carácter de pública, sino para enriquecerla y prefigurarla como creación colectiva de un proyecto cultural. Tengo la impresión que ello estaba intuitivamente presente en las primeras décadas del movimiento popular chileno, y que hoy se debe retomar.

Desde estas consideraciones se puede examinar el problema del consumo. Creo, a diferencia de lo planteado por M.A. Garretón, que el problema del consumismo no es solo signo de un falso ascetismo planteado por los intelectuales. Me parece que en el tema del consumismo hay que distinguir aspectos diferentes. En primer lugar, que nos encontramos con una doctrina económica y una doctrina moral para la cual toda decisión de consumo es, por

definición, una decisión racional. Una propuesta socialista tiene que incorporar una crítica a la irracionalidad del consumo. Aceptar que todo consumo es racional por ser decisión de un sujeto racional es aceptar las formas de manipulación que allí hay envueltas. Ahora, por supuesto, no se trata de entregar a una elite tecnocrática la decisión de cuales son las necesidades básicas. Pero la idea y estrategia de necesidades básicas que se está desarrollando por distintos economistas, sociólogos y psicólogos, creo que poseen un elemento muy destacable que consiste en la consideración de que el ser humano es un ser compuesto de necesidades y no un mero sujeto de preferencias, como lo sostiene la doctrina de liberalismo (Friedman) para el cual la decisión de dejar de comer por consumir tal o cual objeto es perfectamente racional por el mero hecho de ser la decisión de un sujeto. Frente a ello, la única alternativa no es la estrategia tecnocrática, sino que hay la posibilidad de apuntar hacia una ética social de las necesidades colectivas. El problema del consumo debe entonces ser discutido a nivel de base, pues el consumismo no es más que una búsqueda de satisfacciones sustitutivas ante un modo de vida que no puede ofrecer respuestas a otras necesidad.

G. BRAVO

Plantear que existen problemáticas subjetivas no alude a una negación de la ciencia: es decir, recuperar lo subjetivo, recuperar la vida cotidiana, no implica hacer un panegírico a la irracionalidad. A lo que se alude es a la crítica de una concepción de la política que tiende a enfatizarla como una técnica cuyo lugar de realización es el aparato estatal con el hombre asimilado al militante. A lo que alude esta crítica, es a la necesidad que la política se funde en la vida diaria de la persona. Es decir, que si cada uno de nosotros está envuelto en múltiples situaciones y determinaciones como la educación de sus hijos, la problemática del barrio, etc., se necesita hacer política y plantearse como individuo frente a esa sociedad con una determinada postura personal en medio de un diálogo colectivo. A lo que alude esa introducción de elementos subjetivos es justamente a politizar las necesidades que surgen de la vida cotidiana y para lo cual la ciencia es, evidentemente, un elemento fundamental. Lo que hay en este cambio de concepción de la política no es, por tanto, una negación de la ciencia.

E. TIRONI

Aquí se está cuestionando el "militantismo político profesional", toda esta difundida idea que existe una "ciencia de victoria" que se expresa en ciertos "militantes" de un "partido ejercito" que tiene que imponer su voluntad aunque haya que pasar por sobre las cabezas de los sectores "retrasados" del pueblo, como lo decían los gobernantes de Campuchea cuando mandaban bajo pena de muerte a los habitantes de las ciudades al campo. De aquí se sigue una externalidad respecto de la vida cotidiana de uno mismo, una sublimación del presente en aras de un futuro resplandoroso y una sublimación del individuo en función de un proyecto que se tilda colectivo. Todo esto aparece hoy cuestionado y comienza a emerger la búsqueda muy fuerte de una identidad individual y de una identidad social. Se asume, por ejemplo, que el autoritarismo no es un fenómeno localizado en el Diego Portales o en La Moneda sino presente en todos los ordenes de la vida de cada uno; se intenta

Si se considera, por un lado, los efectos del reflujo, de la represión misma más los efectos de estos dos aspectos de proyecto político y de instrumentnto político, creo que se entiende esta invocación a la subjetividad. Pero creo que no hay nada que lleve a desmerecer los elementos de racionalidad, los elementos de coherencia interna de un discurso que, siendo distinto al que estábamos acostumbrados, no puede ser un discurso fundamentalmente subjetivo en su orientación.

Por otro lado, el planteamiento de basar la política en lo cotidiano, muestra ciertas incoherencias en la medida que se reconoce que hay elementos de desesperanza, de escepticismo: a partir de él resulta bastante estéril e inconducente fundar una perspectiva distinta. Tienen que ser incorporados como parte de una perspectiva política que surge de condiciones muy reales y actuales, pero hacer de ellos los elementos decisivos de otro tipo de política creo que es bastante problemático, ya que por el diagnóstico que se hace de la subjetividad, no veo posibilidades reales de desarrollar una alternativa política que resuelva la crisis.

M. CANALES.

Quiero referirme al punto de la recuperación de lo subjetivo, que aquí ha sido acompañado de la preocupación extra acerca de la recuperación de lo cotidiano para la defición de las prácticas políticas y como contenido propio del accionar político.

Creo que detrás de lo que ha planteado R. González hay una afirmación clave: él desecha la idea de que la historia marcha por la inexorabilidad de las leyes que la cruzan. Esto constituye el punto de partida para la recuperación de lo subjetivo y de lo cotidiano. A partir de esta conciencia de una historia no escrita, se deriva claramente que no hay posibilidad de una ciencia del futuro, que no hay posibilidad de definir científicamente y, por tanto, a través de una cierta racionalidad estricta y solamente en función de ella, lo que el futuro habría de ser. Es un llamado, en consecuencia, a la invención colectiva del futuro y la posibilidad de transformar esa invención colectiva del futuro no va a ser, a mi modo de ver, expresión de una mera lógica o racionalidad, sino también de elementos que integran otros elementos de la vida humana, como los que mencionaba L. Weinstein.

Lo cotidiano aparece muy ligado con lo anterior. Es cierto lo que dice R. Echeverría en términos que la situación en que nos desenvolvemos después del 73 nos llevó a multiplicar los temas y objetivos de la política. Es, por lo menos, lo que nos pasó a nosotros en la Universidad: los contenidos y los temas en torno a los cuales nos constituíamos como expresión política se diluían y llegamos a ver, casi por necesidad, que era necesario construir una práctica política que no admitía reducirse a ciertos temas específicos y que obligaba a volver a lo cotidiano; volver allí mismo donde los hombre estaban desenvolviéndose. Esto, claro, expresa una situación nueva, donde como tanto se ha dicho- no hay mediaciones ni un estado interlocutor. Pero también expresó posteriormente - y esto lo creo fundamental- una nueva concepción de la política, que atacaba las bases mismas de lo que entendíamos por política y por práctica política. Y allí lo cotidiano adquirió un sentido profundo, porque se pasó a entender que la invención del futuro no es una cuestión de elite sino colectiva. ¿De donde podrían estas colectividades inventar el futuro?, ¿De dónde podrían partir aquellos

público. Esto en una situación de atomización que impone el orden autoritario, que trata de impedir la generación de un proyecto nacional aglutinante. Así, el énfasis en lo cotidiano y en lo subjetivo como forma de generación de este proyecto nacional no puede entenderse como una sub-valorización de lo político - nacional. Se debe reconocer que subsisten ambos espacios: lo "social-corporativo" - por ponerle un mal nombre- y lo político nacional; y que estamos en una coyuntura en que los políticos nacional mantiene su validez como lugar de integración y de comunicación de lo "social-corporativo".

4. REQUISITOS DE UN NUEVO SUJETO

Sobre la Alternativa Popular de Integración

Javier Martínez

Las notas que siguen buscan ser útiles para pensar algunos de los problemas implicados en la construcción de un proyecto hegemónico popular. Son principalmente un conjunto de distinciones y proposiciones orientadas a perfilar el problema más que a articular una verdadera respuesta del mismo. En la breve exposición que sigue se ha procurado por otra parte no repetir, en la medida de lo posible, las argumentaciones que con mayor profundidad y profusión de antecedentes se han venido presentando en el último tiempo en nuestro medio intelectual alternativo. Ellas forman parte ya de una cultura compartida que parece innecesario recordar, pero a la que se debe la totalidad de las ideas aquí contenidas, las que sólo agregan la responsabilidad y limitaciones de su autor.

Se hace uso aquí repetidamente de un lenguaje "funcionalista", en particular del término "integración social"; ello es plenamente deliberado: de una parte, no quisiera presentar en "gramsciano" o en "marxista" una reflexión que en lo que a mí respecta, al menos, se emparenta demasiado estrechamente con una problemática funcional. Por otro lado, quizá tales parentescos sean buenos estimulantes contra el trauma ideologista, que suele alejarnos de los conceptos por su sólo su sonido y repuntación.

En lenguaje funcionalista, como se sabe, hablar del problema de la integración social alude a dos cuestiones estrechamente relacionadas: en primer lugar, a un conjunto de mecanismos orientados a la integración (estructuras de roles especializadas en esa función); y, en segundo lugar, a un sistema simbólico de referencia, de determinado contenido, a partir del cual los actores forman expectativas y orientan su acción. Estas dos dimensiones son las que articulan esta breve presentación, partiendo de la idea de que la "lucha por la hegemonía" es básicamente la lucha por establecer los ejes de integración sobre los que habrá de reproducirse la vida social en Chile. Se busca plantear un contorno teórico del problema sin dar cuenta de los procesos concretos que se han venido desarrollando en estos años y que son material de un análisis especial (y ojalá preferente) en el seminario (1).

La idea central que aquí se sostiene es que el régimen instaurado en 1973 ha avanzado profundamente en la destrucción del orden social preexistente en Chile, acabando con las bases de integración que éste proveía; con ello la política se ha trasladado de lugar (de la representación y el gobierno a la constitución de una cultura cívica alternativa) y sus antiguos instrumentos y legalidades se vuelven obsoletos. Por otra parte, el régimen militar no ha logrado crear las bases para la reproducción de un nuevo sistema de consensos sociales sin la presencia permanente de la acción coactiva, aunque la recurrencia o uso ha dado vigencia autosostenida a un sistema de castigos individuales en los planos de la política y del mercado. Una respuesta popular exige, ante todo, superar la relación individual con el mercado y la política, y se plantea principalmente como la construcción de un proyecto de comunicación social.

1.- La desintegración y el lugar de la Política

El derrocamiento de la institucionalidad política (no sólo de un gobierno) en 1973, y la puesta en acción de una política económica de irrestricta apertura al exterior bajo el comando del capital financiero, han terminado con los factores integrativos principales en que descansaba la estabilidad del orden social precedente en Chile.

a) En primer lugar ha desaparecido, como es obvio, el juego negociador de un sistema político que logró integrar bajo su "arbitraje" a los sectores sociales mayoritarios del país. "La política", con ello, ha dejado de ser esa actividad de mediación y representación de intereses sociales ante instancias institucionales de decisión comúnmente aceptadas, como se la entendiera en el pasado.

Hasta 1973, la lógica que definía la acción política era efectivamente la lógica del Estado liberal-representativo. La labor de organización, transmisión, presión y fiscalización de las demandas sociales definía el quehacer de los sujetos políticos principales: los partidos, encargados de representar estas demandas en las instancias institucionales en que se acordaba la asignación de los recursos materiales y simbólicos de índole pública.

(Es importante señalar que aún las versiones más "radicales" de la política tenían este sello característico: buscaban representar, con mayor amplificación y urgencia, las demandas consideradas más impostergables frente a lo que se percibía como una burocracia lenta y clasista. Pero se trataba siempre de representar esas demandas ante el poder público. Incluso en algunos casos-límite, en que algún sector buscó imponer vías de hecho "al margen" (como se decía) de las decisiones del sistema político, el referente principal era el sistema político y su lógica de representación y no la exterioridad que esos sectores se atribuían ideológicamente: en la ausencia real de alguna fuerza efectiva e independiente capaz de disputar el monopolio coercitivo del Estado, la "acción de hecho" se fundaba más bien en el cálculo de los costos de representación que implicaba para la alianza en el poder la represión del sector movilizado; se trataba pues de "jaques" tácticos orientados a conseguir algún desplazamiento del rey, pero en modo alguno de volcamientos del tablero destinados a provocar el fin del juego).

No existiendo el campo en que mediar y representar los intereses sociales, los partidos políticos pierden su necesidad frente a los sectores sociales como instancias constituyentes de movimientos efectivamente nacionales (operando la transformación de los intereses parciales en demandas y éstas en perspectivas globalizadores) y dotados de eficacia para la obtención de decisiones públicas. Las plataformas y programas no logran así agregar la energía social que requieren para hacerse movilización y caen en cambio, las más de las veces, al vacío de un auditorio escéptico. Este proceso tiene un sello definitivamente desintegrador si se tiene en cuenta que en nuestro país, como se ha dicho muy acertadamente, "la arena político-partidaria fue el principal

instrumento de constitución y autoreconocimiento de un movimiento social; el lugar en el cual una clase, grupo o categoría social se reconocía a sí misma, más que como un puro agregado relativamente homogéneo, como un movimiento persiguiendo intereses; la herramienta a través de la cual esos intereses podían competir por realizarse o intentar también universalizarse" (2)

b) En segundo lugar, se ha operado una transformación muy profunda de la economía, que puede caracterizarse también - desde el ángulo general de visión que aquí nos interesa- como una transformación desintegradora de la estructura económica nacional (que -para decirlo de un modo extremo- tiende a pasar de la interdependencia a la yuxtaposición de actividades).

Los paradigmas teóricos del desarrollo nos habían acostumbrado - de Spencer a Marx- a considerar el proceso económico con una perspectiva de sello evolucionista: el crecimiento era el resultado de una creciente diferenciación, pero ésta traía a su vez consigo una cada vez mayor interdependencia entre las actividades económicas. Tal paradigma obtenía una cierta evidencia empírica en el desenvolvimiento efectivo del proceso industrializador, dentro de los marcos proteccionistas de la estrategia de sustitución de importaciones.

Sin embargo, no sucede lo mismo en el contexto de la irrestricta apertura externa realizada por el régimen militar: el crecimiento espectacular tanto de la importación como de la exportación rompe, en beneficio del capital financiero, los necesarios lazos intersectoriales de la actividad económica estableciéndose nuevas relaciones de cada sector con actividades realizadas en el exterior. Sucede pues una suerte de "salto copernicano" en el proceso de desarrollo, por el cual éste pasa a ser mejor descrito como un crecimiento radicalmente desigual y cada vez menos interconectado de las actividades. (3).

Las consecuencias de este fenómeno son muy importantes: el efecto multiplicador de lo que sucede en cada rama de la actividad económica - de las alzas o caídas en sus niveles de actividad- es cada vez menor y, en consecuencia, lo que sucede en cada sector es de cada vez menor "interés público". Es ésta la base material de la prescindencia de acción del Estado en los conflictos laborales, por ejemplo, y del escaso efecto nacional que éstos alcanzan en relación con el pasado; lo es también de la creciente heterogeneidad de la clase obrera misma, que debe agregarse a los factores políticos que dificultan su articulación nacional, y de la propia disminución de su importancia cuantitativa.

c) En tercer lugar, se ha operado una profunda desmovilización social (4), expresada en una caída radical de los flujos de comunicación (incluyendo los medios masivos, los transportes, la circulación de medios y objetos culturales, las relaciones interpersonales directas).

Este tercer aspecto de los fenómenos tendientes a la desintegración tiene con respecto a los otros dos señalados más arriba una conexión que cabe sin embargo diferenciar.

La desmovilización es, en parte, una resultante natural de la castración política de la sociedad y de una economía cuya dependenciase define como yuxtaposición más que como "red" de actividades: la necesidad de los flujos comunicativos pasa a situarse en niveles muy inferiores a los del pasado.

Para utilizar un símil orgánico (como aquellos tan socorridos en los escritos funcionalistas), digamos que este proceso conforma una cierta anemia de la sociedad, que hace lentas sus reacciones y movimientos (es como si la sociedad padeciese de una pesada somnolencia: los tiempos que ayer se contaran en días son hoy materia de meses y aún de años); y que esta "anemia" se origina en una deficiente alimentación política y económica. Tales deficiencias aparecen a su vez entremezcladas: son de calidad (estables) y de cantidad (variables): de allí que el repunte en los niveles de la actividad económica o la apertura de algunos "espacios" políticos -modificaciones de cantidad- tengan siempre un efecto positivo sobre los flujos de comunicación, pero con un "techo" cualitativo mas bajo.

Ahora bien, es en este terreno de la movilización - de los flujos de comunicación en su acepción más amplia-, es decir, en el "sistema circulatorio" de la sociedad, donde debe realizarse hoy día, a mi juicio, lo más central y decisivo de la política popular. Los instrumentos a partir de los cuales se desarrollaba la política como representación o como gobierno (los partidos y el aparato administrativo del Estado) deben alcanzar una redefinición en este nuevo terreno, para consituirse en instrumentos de fundación de una nueva cultura cívica.

La nueva sociedad que se busca fundar desde el Estado difícilmente logrará en efecto dar origen a una nueva cultura cívica compartida, requisito indispensable de la cual ha de ser la creación de un espacio participativo común para todos los ciudadanos.

Tanto un sistema político esencialmente militar como un mercado excluyente en sus beneficios, que son los pilares característicos del actual régimen, se acercan bastante a la imagen opuesta de ese requisito indispensable.

Sin embargo, ha de cuidarse la conclusión demasiado rápida de que en consecuencia "las propias contradicciones del régimen" harían por sí mismas la labor que la oposición no ha logrado hacer.

En lo que toca al sistema político, la explicación de este resguardo fue hace tiempo puesta por Dostoiewski en boca de un imaginario inquisidor jesuita: "Con nosotros, todos se sentirán felices, sin que se les ocurra sublevarse, ni destruirse mutuamente. ¡Oh! les persuadiremos de que sólo pueden ser libres renunciando en nosotros su libertad y sometiéndose a nosotros. (...) Ellos mismos se convencerán de que tenemos razón, al recordar los horrores de esclavitud y de desorden a que les condujo tu libertad (5). La independencia, el libre arbitrio y la ciencia los pondrán en tales aprietos y cara a cara de tales maravillas e inescrutables misterios, que muchos, los violentos y fieros, se destruirán a sí mismos;

otros, también violentos, pero débiles, se aniquilarán mutuamente, mientras los que queden, flacos y desdichados, se arrastrarán a nuestros pies, gimiendo: ¡Si, tenéis razón, sólo vosotros poseéis su misterio, y a vosotros volvemos: salvadnos de nosotros mismos!" (6).

Esta es, básicamente, la misma explicación que cabe dar respecto a la "adhesión" generada por un modelo económico excluyente: más que una integración a sus beneficios, el régimen ha logrado incluir a cada vez mayores sectores de la población entre aquellos que han de temer, entre los que sufren los riesgos de cambios súbitos en el mercado: la vía no ha sido la de repartir recompensas, sino la de blandir castigos. Como lo señala M.A. Garretón; "más que integrar consensos y apoyos en un modelo global de sociedad, se intenta (en este tipo de regímenes) encontrar en la atomización la referencia a intereses particulares que hagan aceptable la situación y riesgosa o amenazante la alternativa de cambio". (7).

Lo que sí cabe señalar es que el campo de la integración de las clases populares es en gran medida un terreno libre, que el régimen no puede llenar con una orientación positiva consistente: la estabilidad apela a una lógica de auto-preservación, pero ella es éticamente vacía (o, por la vía del consumismo inducido, ella es productora de un vacío ético). Más aún, la lógica de autopreservación que se induce a los ciudadanos se impone sobre un campo de valores arrasados en nombre de la pura fuerza, lo que da origen desde el comienzo una cierta subcultura política muy extendida que permanece "congelada" desde el golpe militar.

2.- Contenidos de un Proyecto Popular Integrador.

La base de una lógica de autopreservación (y sus derivaciones habituales: empirismo cínico, pragmatismo, hedonismo, etc.) es el establecimiento de una relación de naturaleza exclusivamente individual entre los actores sociales y los mecanismos de alocación de recursos (el mercado y la política). De allí que el desarrollo de una alternativa sea, principalmente, un problema de comunicación y sus problemas puedan ordenarse bien entorno de la ya vieja pregunta de la comunicaciones. Quién dice que, a quiénes y por qué medios. Veamos uno por uno estos problemas:

a) Quién. Este es el problema del sujeto político capaz de lograr la movilización-integración del conjunto de las clases subalternas, que cabe tratar aquí en su dimensión más descriptiva como el "tipo" de partido necesario.

¿Cuáles son las características que se requieren del sujeto político que busca constituirse en integrador y comunicador (más que sólo en representante o gobernante)?.

En primer lugar, la de convertirse en lugar de encuentro de dimensiones vitales diversas y no sólo en una "formación de combate" que gira en torno del problema exclusivo del poder político. Un "partido" que busca ser constructor de una nueva perspectiva

hegemónica ha de apelar al hombre en su conjunto y no sólo al "cuadro"; ha de convertirse a sí mismo en una micro-sociedad del futuro, en la cual todos los intereses sociales del campo popular encuentran un lugar de expresión. Un partido que se propone el desarrollo de una perspectiva hegemónica popular es por ello, esencialmente, un movimiento "de masas" y no "de cuadros": aspira a servir como lugar de constitución de la masa misma en sujeto de la historia, y no a reemplazar su rol protagónico a través de una conspiración que se desarrolla en su nombre.

En segundo lugar, se deriva de lo anterior la necesidad, para un "partido" o "movimiento" de este tipo, de convertirse en una instrumento de creación cultural: el desarrollo de una nueva perspectiva hegemónica es incompatible con la idea del partido como cristalización de una ideología particular o verdad establecida. Tal cristalización es indispensable como elemento unificador de la acción y la iniciativa en las formaciones de combate, pero se transforma en un lastre dogmático si se ha de recoger la variada gama de dimensiones sociales que requiere la constitución de una nueva cultura cívica. Como es evidente esto implica también una vida interna democrática que destierra el fetichismo de las jerarquías como instancias principales de cautela de una "plan de acción".

La relación dirigentes-dirigidos, así como aquélla entre partido y movimientos sociales, se aleja del modelo profético de "revelación de la verdad" para acercarse al del concurso por la convicción racional.

En tercer lugar, un sujeto político que aspire a ser constructor de una nueva perspectiva hegemónica ha de estar profundamente enraizado en la historia política del movimiento popular nacional. Surge como una lectura de esta historia -y en esa lectura expresa su voluntad transformadora-, para proyectarla sobre el presente como una propuesta renovada. El enraizamiento en la historia del movimiento popular no impide desde luego la autocrítica, que ha de ser un signo característico de la misma lectura de esa historia. Pero es en cambio la base material de su carácter de construcción colectiva, contra la idea de la formación mesiánica, que surge como conciencia intelectual exterior al movimiento popular histórico efectivo, construido por los hombres de carne y hueso que han precedido a la constitución del "partido" de nuevo tipo. En la construcción de la nueva cultura cívica, la historia ha de concebirse por una parte como crítica y por otra como continuidad.

Ahora bien, este sujeto político es un "partido" en el sentido de que es la encarnación de una voluntad continua, que no se agota en la resolución de cada coyuntura sino que las va enhebrando una tras otra en la prosecución de su perspectiva de integración social: es por ello, a la par que un lector de la historia cotidiana, una instancia de orientación de la acción del movimiento social frente a cada encrucijada que esa misma historia presenta. Se abre, por ello, el tema de la multiplicidad o pluralismo de partidos al interior de un bloque popular cuyo tratamiento exige pasar al segundo nivel del problema comunicativo que tenemos planteado.

b) Dice qué. Este es un problema crucial, en torno del cual ha girado gran parte de la discusión de la oposición al régimen militar en estos años. En un hecho que en 1973 - y desde antes incluso- se hizo evidente una crisis de agotamiento del estilo de desarrollo prevaleciente en Chile desde el fin de la anarquía política de la primera mitad de los años treinta. Es un hecho también que el modelo impuesto por el régimen militar (entendido como un modelo coherente de sociedad, Estado y economía) representa un proyecto que parte del dato de esa crisis y da cuenta de ella, lo que otorga a la iniciativa del régimen un carácter fuertemente innovador, y, si vale la expresión, "progresista": no se trata de una nueva vuelta atrás, sino de una verdadera refundación de la sociedad que se inserta en las nuevas condiciones y tendencias del sistema capitalista mundial.

Sin embargo, no deja de ser curioso constatar que la oposición democrática parece pasar por alto la crisis efectiva del estilo de desarrollo precedente; esto se aprecia con claridad en la crítica que la oposición hace de las medidas del régimen, en que el paradigma alternativo termina por ser siempre el del pasado inmediato como si éi fuera repetible y no hubiera de enfrentar las mismas encrucijadas a las que el país se vió sometido a comienzos de los años setenta.

Un primer requisito para la construcción de una perspectiva hegemónica popular es, por ello, el de dar cuenta de esa crisis de agotamiento proponiendo una lectura de la misma capaz de fundar una alternativa con proyección de actualidad y futuro.

La visión que busca imponer el régimen no es, desde luego, la única ni la mejor lectura de la crisis de nuestro desarrollo nacional en los primeros años de la década que acaba de concluir. La encrucijada podía resolverse, como se hizo, haciendo que el sistema político reflejara fielmente el imbalance de poder propio de nuestra estructura económica capitalista. Pero podía resolverse también profundizando el control democrático de toda la sociedad sobre las decisiones económicas, extendiendo la esfera de las decisiones públicas en lugar de reducirlas, haciendo prevalecer la democracia sobre el mercado como mecanismo de alocación y criterio de eficiencia.

Una lectura de esta especie, si ha de ser algo más que un recurso retórico, debe concebir el "socialismo" como una prolongación de la democracia política a la esfera económica (lo que supone desde luego un compromiso profundo con la propia democracia política), prolongación necesaria en la misma medida en que las actividades económicas (por el grado de desarrollo que alcanzan, esto es, por el grado de su socialización o interdependencia) alcanzan el estatuto de actividades de interés público: actividades cuyo desarrollo concierne al conjunto de la sociedad.

El compromiso popular con la democracia es la base de su proyecto de integración social y no sólo un compromiso "táctico"; es a partir de los valores universales de la democracia, que trajo al conjunto de la humanidad la revolución burguesa, que un proyecto popular realiza la crítica de las limitaciones burguesas de la democracia; limitaciones que se refieren a la restricción de

las materias de decisión públicas y no a los principios permanentes del sufragio universal, de la división de poderes, etc., Un proyecto popular es la continuación consecuente de la revolución liberal, que ha sido negada por las clases que fueron sus portadoras.

El hecho de que el conjunto de la oposición al régimen militar recurra al pasado como paradigma de crítica al presente, es un síntoma de la diversidad de lecturas que en el seno de esa misma oposición subsisten acerca de la crisis de la democracia chilena y del estilo de desarrollo precedente. Sin embargo, a medida que se ha venido asentando el proyecto del régimen, se ha clarificado que la alternativa entre gobierno y oposición es algo más que eso: es una alternativa constitucional entre el "bloque del mercado" y el "bloque de la democracia", al interior de cada uno de los cuales existen - como entodo arco constitucional - una diversidad de partidos que prefiguran a su vez, en gérmen, a gobierno y oposición. Por esta razón, la profundización del contenido democrático del proyecto popular (y de la relación entre democracia política y democracia económica) es la clave para la constitución de una verdadera alternativa hegemónica en el Chile actual. En este sentido, la profundización de un pensamiento socialista libertario parece de capital importancia para la constitución política de un bloque opositor que supere la mera agregación de partidos: tal pensamiento, en efecto, puede constituirse en la plomada de la alternativa constitucional democrática.

Debido al carácter de alternativa constitucional, o de cultura cívica alternativa, que ha de presentar la oposición a un régimen como éste, parece claro que es la utopía, más que el "programa", lo que debe constituir el centro de la reflexión: ello se condice, por otra parte, con el carácter más valórico que instrumental que ha de presentar un discurso que busca resumir el conjunto de las esferas de la sociedad civil en un proyecto cultural, y no sólo una determinada correlación de fuerzas tras una estrategia de poder particular.

c.- A quiénes. Un proyecto hegemónico popular debe, por otra parte, fundir la unidad de un conjunto cada vez más heterogéneo de sectores, lo que otorga a su perspectiva un sello más propiamente "nacional-popular" que definitivamente clasista. Tal proyecto expresa más bien al conjunto de las clases trabajadoras que al "proletariado" en sentido estricto, que es cada día más una realidad de vigencia imaginaria y que ha disminuido al tiempo su importancia cuantitativa y estratégica en las nuevas condiciones de la acumulación capitalista nacional.

Tal proyecto constituye, por otra parte, una alternativa de afirmación de la dignidad humana en el contexto de una sostenida degradación a que han sido sometidas las clases populares por el capitalismo autoritario. Es en ese sentido que un proyecto popular provee el terreno de convergencia del "pueblo cristiano" y el "pueblo marxista" - aunque ambas denominaciones expresan bastante pobremente las realidades a las que aluden-.

Sin embargo, estas afirmaciones generales deben dar paso a una reflexión más inmediata acerca del desarrollo mismo de un

proyecto hegemónico popular en las condiciones de hoy.

En efecto, tal desarrollo requiere de la apertura de cada vez mayores espacios de libertad en el seno de la sociedad civil, en que sea posible en cierta medida vivir un orden social democrático y no sólo proclamarlo ideológicamente. Ahora bien, esta posibilidad aparece por ahora limitada solo a escasos sectores socialmente marginados. ¿Cuáles son los espacios, en que es posible agregar la iniciativa del conjunto de los sectores populares?.

d) A través de qué medios. Esta es la cuarta dimensión del problema comunicativo, esto es, de los medios a través de los cuales puede reproducirse una nueva cultura cívica: el problema de los medios es el de los espacios alternativos, en los que la vivencia de relaciones democrático-solidarias puedan difundir la contestación a las relaciones atomizadas que conforman el aparato integrativo dominante. La comunicación personal directa es en este sentido irremplazable, pero ella requiere de un marco social de realización y reproducción.

Más allá de su relativa inmunidad - que ha sido en todo caso puesta en cuestión más de una vez - parece ser ésta una de la claves de explicación del papel de agente constitutivo que adquiere hoy la iglesia (o las iglesias) con respecto al movimiento social: la iglesia provee, en primer lugar, una columna vertebral de espacios físicos en los que puede realizarse el encuentro de distintos sectores del pueblo; y provee, en segundo término, un sentido cultural de pertenencia a un proyecto utópico que trasciende la diversidad de de intereses inmediatos e integra en un sistema común de referencias simbólicas. El desarrollo de redes nacionales de espacios físicos de encuentro del pueblo con la cultura parece, en este sentido una clave para la constitución de una nueva ciudadanía.

- (1) Existe otra acepción del término integración, que se vincula a los estudios sobre la marginalidad social. En este sentido, el término aparece como sinónimo de incorporación de un sector marginal a la sociedad ya constituida de los sectores dominantes. Es obvio que el término no está utilizado aquí en este sentido.
- (2) M. A. Garretón: Procesos Políticos en un Régimen Autoritario. Dinámicas de Institucionalización y Oposición en Chile, 1973-1980. FLACSO, Octos. de Trabajo N° 104; Santiago, Chile, diciembre 1980, p. 39
- (3) Me refiero sobre todo a la interconexión dentro de las actividades de la "economía real"; naturalmente alguien podría hacer la lectura inversa, destacando la preeminencia del capital financiero como crecimiento de la "interdependencia"
- (4) Utilizo este concepto en el sentido que le ha asignado Karl M. Deutsch. Véase The Nerves of Government, varias ediciones, y especialmente "Social Mobilization and Political Development", en American Political Science Review, 55, septiembre 1961. El término podría asimilarse también a la idea de "visibilidad social de las alternativas".
- (5) Se dirige a Cristo reencarnado (J.M.)
- (6) Los Hermanos Karamzov, Cap. V. "El Gran Inquisidor", en que Iván relata a Aliocha su penetrante visión sociológica del problema de la religión.
- (7) M. A. Garretón. op. cit., p. 9.

III
LA APROPIACION
DEL PODER
SOCIAL:
EL PROBLEMA
DE LA
LIBERTAD

En el contexto de las discusiones anteriores, parece necesario semeter a crítica y reelaborar algunas cuestiones centrales de lo que constituido históricamente la teoría política que informa al movimiento popular; es éste quizás el nivel que mejor sintetiza el conjunto de carencias y virtualidades del pensamiento de "izquierda", en la medida en que condensa (en el problema de la organización del poder social) la diversidad de los problemas de la vida social en una propuesta comprensiva. Nos parece útil distinguir, en esta parte del seminario, al menos tres ejes de reflexión o unidades temáticas.

1.- El problema de la representación y del partido: el establecimiento habitual entre clase/teoría/conciencia necesaria/partido, que conduce a la idea de "partido-vanguardia", parece al menos difícilmente sostenible cuando el análisis de la sociedad se profundiza algo más allá de las oposiciones fundamentales que se establecen en el marco de las relaciones sociales de producción - y, aún en ese caso, si la teoría se concibe como algo más que un conjunto de "verdades" preestablecidas". Este hecho ha dado origen especialmente en el último tiempo, a importantes trazos de una teoría crítica del problema de la representación política de las clases subalternas y, más en general, a la teoría de su organización. La relación entre el movimiento social y su intelección parece ser, en este punto, de capital importancia.

2.- El problema de la democracia. La cuestión de la representación se encuentra estrechamente ligada al problema de la democracia. De hecho, ha sido la crítica al sistema político generado por los "partidos-Estado" lo que ha conducido a la crítica de la relación unívoca clase/partido y a poner en discusión las formas orgánicas de desarrollo y representación del movimiento popular. Sin embargo, parece necesario asignar a este tema una atención diferenciada con el fin de cubrir adecuadamente sus distintas dimensiones. Proponemos en este punto diferenciar dos aspectos del problema, a saber:

a) La discusión relativa a la crisis de la democracia y sus causas. Es evidente que, hoy día presenciamos en diversas regiones del mundo una crisis de la democracia como forma de organización estatal y de representación de los sectores sociales en el poder político; nuestra propia experiencia nacional ha sido, en este caso, paradigmática. Esta crisis sin embargo, parece no responder a situaciones pasajeras o meramente coyunturales, sino, por el contrario, expresar una tendencia profunda de las sociedades contemporáneas. ¿Cuál es la raíz - social y estatal, si pueden diferenciarse ambos niveles- de esta crisis de la democracia, cuáles son sus formas de aparición y las tendencias alternativas que se insinúan después de su colapso? ¿cómo es posible ampliar y profundizar la dimensión representativa del Estado democrático sin precipitarlo al mismo tiempo a su crisis?

b) La idea socialista de la democracia. Estrechamente ligado al punto anterior aparece el tema de la idea socialista de la democracia política, que ocupara un importante lugar en la reflexión de los clásicos del pensamiento socialista universal antes de ser relegado

a un segundo plano a través de la distinción entre "democracia formal" (equivalencia entre los ciudadanos) y "democracia real" (que pasó a ser, las más de las veces, la conquista - no importa bajo que condiciones políticas- de ciertos derechos económicos y sociales básicos para la poblaciones). ¿Cuáles son, sin embargo, los rasgos fundamentales de una idea socialista de la democracia, qué agregan a las conquistas políticas obtenidas por la humanidad desde la revolución burguesa, de qué manera esta idea socialista de la democracia provee un camino de salida frente a la crisis del Estado democrático en el mundo moderno?

3.- La idea de la libertad. La idea de la libertad política fue también, desde un comienzo, consustancial al pensamiento socialista. Puede representarse de hecho a éste como un pensamiento que buscó desarrollar la idea libertaria luego que la burguesía, convertida en clase dominante, redujo el ideal revolucionario de la ilustración a la mera libertad de industria y comercio convirtiendo en identidad la ~~idea~~ ^{idea} ciudadano-propietario. El pensamiento socialista rescató la idea de la libertad como poder de realización de las potencialidades humanas, pero traspasando al mismo tiempo el sujeto de la libertad del individuo a la sociedad a su conjunto (y, en consecuencia, del libre arbitrio individual a la conciencia colectiva de ~~las~~ ^{las} ~~determinaciones~~ ^{determinaciones} de la historia). Parece imprescindible profundizar en la idea libertaria del socialismo, dando cuenta al mismo tiempo de las deformaciones a las que este pensamiento, convertido en rector de la vida estatal, ha dado lugar a lo largo de este siglo.

Junto a esta reflexión, parece imprescindible releer la historia del movimiento popular chileno y del pensamiento social en Chile desde el punto de vista del desarrollo (u obstaculización al mismo) de la idea libertaria. La propia continuidad entre el romanticismo liberal chileno del siglo XIX y el movimiento socialista del siglo XX debiera examinarse críticamente.

El problema de la libertad, en las dos dimensiones señaladas debiera permitir realizar una recapitulación de las reflexiones del seminario desde el punto de vista de una propuesta política de izquierda: dibujar algunos de los trazos principales de su utopía y, a partir de ellos, comenzar una relectura de la realidad nacional que supere la mera constatación empírica".

(De la Convocatoria al Seminario, Abril de 1981.).

1. CRITICA DE LA NOCION TRADICIONAL DEL "PARTIDO"

LA VOIX DE LA TRADITION
ET LA PATRIE

Por la Muerte del "Iskra"

Javier Martínez

" El Gobierno es la razón pública en acción "

(Presidente José Manuel Balmaceda)

¿Es el punto de partida el "conocimiento científico" de la historia, de la formación social de que se trata y de su devenir?

Me parece que hay en esto un modelo de relación entre teoría y movimiento de masas -esto es: un modelo de "partido"- que está representado muy claramente por el paradigma de "Iskra" y que, en más de un sentido, taponaba la creatividad de un proyecto alternativo.

La construcción social de la libertad supone, efectivamente, resolver la cuestión capital de la construcción de la conciencia colectiva. Pero ésta se constituye al menos en tres dimensiones: de la regulación normativa, de la información y de la voluntad o proyecto a realizar en la historia.

La normatividad - esto es: la regulación del crimen- es por sí sola importante para fundar un espacio histórico de humanización. Si redujésemos a ella el problema de la conciencia colectiva, la afirmación de Balmaceda que preside esta exposición debiera retrucarse por esta otra: "¡el Gobierno es la fuerza pública en acción!" (familiar...?).

La construcción de la conciencia como razón colectiva ha sido siempre, por eso, una temática central del pensamiento libertario. ¿Cómo resolver, sin embargo, el problema de la relación entre información y proyecto, entre conocimiento y voluntad?

1.

La crítica de "nuestro marxismo" no puede pasar por alto su mistificación decimonónica del conocimiento científico: mientras el positivismo ingenuo se enfrenta hoy a la monstruosa realidad imperialista y anti-ecológica que ha engendrado como hija natural, la dialéctica materialista no puede dejar de ver en la esclerosis burocrática el espejo de sus propias miserias.

El optimismo dieciochesco del "progreso" se hizo carne en la ideología de la ciencia positiva bajo la forma de una superposición de lo verdadero y lo deseable: la voluntad dejaba de depender de una elaboración realizada al margen de la ciencia y convertíase, con ello, en un dato misterioso que había de ser develado en la naturaleza misma de las cosas. Si ese dato se encontraba en la realidad inmediata del objeto o si, por el contrario, éste se presentaba como una virtualidad de su dinámica inmanente, fue la raíz de una disputa escolar y práctica que nos llegó con la cultura. Pero, cualquiera fuese el caso, debíamos reconocer como base constructiva la premisa de que lo deseable se establece, como los hechos, con el concurso de la ciencia.

-Paréntesis: Poca diferencia hace, para nuestros propósitos expositivos, la legitimidad marginal otorgada por el positivismo al razonamiento normativo por la vía de la distinción entre la empiria y la ética, entre "ser" y "deber ser": porque es un hecho evidente el

que, para este razonamiento el terreno del deber ser no constituye sino un residuo decreciente y obstructivo que, cuando más, solo podría ser librado al debate de un pluralismo agnóstico (irresoluble, insondable). ¿Cómo podría ser de otro modo, en efecto, para quien pretende establecer las esencias, las leyes de la naturaleza, y por tanto al mismo tiempo los atentados contra-natura?

(Piénsese por ejemplo en los economistas contra el magisterio eclesiástico, en los politólogos de la "moderna teoría de las decisiones" contra la empatía de los políticos, etc., y en el hábito galileano que los impele a la lucha -armada incluso- de "verdad contra oscurantismo", como ayer los misioneros contra las bárbaras costumbres halladas en Indias...).

"Nuestro marxismo" -o, para decirlo francamente, el marxismo- hizo suyo por su parte ese entusiasmo dieciochesco, transformación a su vez la verdad científica en interés de clase y la ideología en reacción o atraso.

2.

Esta superposición de lo verdadero y lo deseable se traduce en una negación del espacio de la voluntad: en una reducción de lo deseable a lo históricamente necesario y, por ende, a lo normativo. Dados determinados términos de la ecuación, una y sólo una es la solución posible. Si la información es acertada no puede haber duda teórica ni, en estricto rigor, ecuación alternativa. De allí que la mistificación del razonamiento científico - el no reconocimiento de que la información es construida - conduzca siempre a la dictadura. (No hay en esto novedad alguna; como tampoco en que tal dictadura convierte al razonamiento científico en su contrario, esto es, en una formulación ritual, grotesca y ramplona, destinada a defenderse de cualquier modo contra la creatividad).

3.

Una política basada en la "verdad científica de la historia" no puede ser conducida sino por los que son capaces de desentrañar la esencia de entre las múltiples apariencias engañosas que la envuelven: la "línea correcta" se desprende de la realidad y pasa entonces a tener independencia absoluta de la voluntad: ella no se construye, se descubre. Hay un parentesco estrecho entre el filósofo -rey de Platón y la luz que viene del Comité Central (o, para el economismo chato, de Chicago...).

El periódico de partido baja la luz. Es organizador en cuanto revelador de la verdad establecida de los intereses de clase que necesariamente han de ser asumidos por la clase una vez descontaminada de la ideologías distorsionadoras.

Pero, al mismo tiempo, la verdad no puede ser descubierta por la propia clase: presas de un "trade-unionismo" espeso, las masas requieren la iluminación de los ideólogos burgueses que se han "elevado a la comprensión del movimiento histórico".

De allí que el problema del periódico es sobre todo de lenguaje, de docencia: "Iskra" es el profesor de las masas. El que "baja" la explicación y el qué hacer consecuente.

Paréntesis: La hipótesis del ascensor (sube democracia; baja centralismo) es sin duda ingeniosa. Pero deja en pie el hecho de que las opiniones democráticas se procesan arriba, a la luz de la "ciencia del proletariado", y de la taxonomía que la organización va precipitando: desviación X; desviación Y; línea correcta.

4.

No es solo por ser ciencia "humana" que la pretensión de una y sólo una solución a una ecuación histórica es una sandez. Es por su propia condición de ciencia que esa pretensión debe rechazarse en el marxismo y en la ciencia social positiva. La ideología "científica" no tiene nada que ver con la ciencia, sino con el monopartidismo: ¿cómo permitir, en efecto, la representación en pie de igualdad de la verdad y el error, cómo no reprimir un error que amenaza oscurecer la verdad?.

(Marcuse: "La tolerancia de la libertad de palabra es el camino del adelante, del progreso en la liberación, no porque no haya una verdad objetiva y el adelanto deba ser necesariamente un compromiso entre una variedad de opiniones, sino porque hay una verdad objetiva que puede ser descubierta, afirmando y comprendiendo aquello que es y aquello que puede hacerse con el propósito de mejorar al conjunto de la humanidad").

5.

La voluntad que busca consenso, que desata energías espirituales que habrán de coordinarse por sí mismas en un movimiento; esto es lo esencial de la política libertaria. No es una readecuación teórica en cuanto tal lo que permitirá salir del marasmo. "Toda previsión", decía Gramsci, "es una voluntad". Por decirlo de alguna manera, la condición fundamental de la revolución ha pasado a ser una re-volición masiva de la libertad, que habrá de generar su propia teoría a partir de una nueva lectura de la información.

Es en ello que consiste, a mi juicio, la tarea política de los intelectuales: en hacer de esa voluntad una razón que se propone; en proponer una lectura libertaria de la historia, de la situación, de la virtualidad: en proponer un horizonte. (Lacrau: "un enfoque teórico es fructífero en la medida en que se revela como multiplicador de la creatividad espontánea que, surgida en áreas particulares, no había podido desarrollarse plenamente por falta de un principio de sistematización..." , etc.).

La ciencia es apenas la materia prima -una de las materias primas- del arte político. La palabra política está expuesta al público y su única verificación se encuentra en la fecundación que pueda realizar sobre la imaginación y la creatividad colectivas: en su capacidad de multiplicación, no en el sentido de creación de eco, sino de audiencia.

Paréntesis: ¿Búsqueda del eco o búsqueda de la audiencia? Esta es la diferencia entre el fascismo de la "acción directa" y la política libertaria: porque mientras para el primero se trata de elevar al fortísimo el mandato de las normas cristalizadas en la ideología dominante, para la segunda se trata de superar a ésta y aquéllas por una nueva razón que ha de hacerse voluntad. El tipo de referencia simbólica es lo que define el carácter de las energías a desatar (de transformación - es decir, de socialización- o de política).

6.

Una política libertaria está pues en contradicción con la acción de secta de los "iniciados en la verdad". El periódico que nuclea, en lugar de liberar imaginación y energía social autónoma, hace de la razón un cristal. Es preciso en cambio abrir al público las combinaciones (destapar el I Ching) si se ha de abrir a él la acción autogestionada, la coordinación de las propias voluntades. Tomás Moro se maravillaba al relatar los sorprendentes juegos de los utopianos, en que no intervenía el azar sino la razón; jugando uno de los contendientes con las piezas de las virtudes sobre el tablero, y el otro con los vicios, creaban y recreaban permanentemente una sólida sabiduría moral sin el concurso de dogmas teológicos establecidos (y creaban y recreaban, al mismo tiempo, el propio juego que les servía de base): el pueblo construía con ello, su propia teoría del Universo... El modelo de Utopía, ¿no será acaso el modelo de la "razón pública en acción"?

Ciencia, Política, Democracia

Justo Mellado

" Se trata de la crisis del marco teórico-programático de nuestra izquierda; o de otro modo, de la crisis de nuestro marxismo; y, también de la crisis de ese conjunto indefinible de convicciones que sostenían nuestra voluntad y nuestro discurso" (**).

Publicado en PROPOSICIONES N° 2, Septiembre 1980

(**) "Inventario" E. Tironi).

PROPOSICIONES

- 1.- Por "nuestro marxismo" designo una concepción general que define lo teórico como el espacio de realización de una lectura utilitaria de la coyuntura política, y la teoría, como un instrumento de conocimiento de un campo de fuerza determinado.
- 2.- Por "interpretación" entenderé el trabajo de observación y diagnóstico del campo de fuerzas; así como el ejercicio de cálculos del índice de maniobra de las representaciones políticas del movimiento popular en vista a proponer una alternativa de modificación de dicho campo.
- 3.- La "crisis de nuestro marxismo" puede ser entendida, en primer lugar, como crisis de aplicación (donde lo político no puede llevar a efecto el imperativo teórico); en segundo lugar, como crisis de interpretación (donde lo teórico no puede proporcionar a lo político en conocimiento adecuado del campo de fuerzas).
- 4.- La "crisis de aplicación" es un efecto de la crisis por la que atraviesan las representaciones políticas de la clase obrera y el pueblo, y se traduce inevitablemente en crisis de conducción política; la crisis de interpretación es un efecto de la crisis por la que atraviesa la actividad de los intelectuales incorporados a la causa proletaria, y se traduce en crisis de conocimiento.
- 5.- La actividad de conducción política y la actividad de conocimiento son realizadas por (y en el seno de) las representaciones políticas de la clase obrera y el pueblo.
- 6.- La resolución de la crisis general de "nuestro marxismo" reside en la restitución de un punto de partida seguro del conocimiento, como de una readecuación de los índices de aplicación de la alternativa de modificación del campo de fuerza.
- 7.- La restitución del punto de partida, así como la readecuación de los índices de aplicación, dependen de la voluntad política del sujeto representado (en cuyo seno convergen las actividades de conducción y de conocimiento), para reestablecer las condiciones de su posición de fuerzas en el seno de la formación social.

1.

A partir de las Proposiciones será posible pensar la hipótesis de que toda tentativa de resolver la crisis de " nuestro marxismo" está condenada al fracaso, si no se realiza una crítica radical de la "noción de ciencia" que lo sustente.

Dicha noción parece corresponder "grosso modo" al ideal de las ciencias del siglo XIX, cuando propugna el establecimiento de ciertas leyes inexorables que rigen el desarrollo del proceso social, asegurando la modificación de los estados de civilización y permitiendo su sucesión de acuerdo a su conformidad con un destino racional de la humanidad. Sin embargo, la adecuada sucesión requiere la participación de un agente conductor que pueda encarnar la verdad objetiva del desarrollo social. El agente, en cuanto encarnación de la verdad objetiva del proceso, tendrá por misión imponer dicha verdad al conjunto de la sociedad como condición del conocimiento de la posición de cada clase, como de sus actividades combativas en el transcurso de dicho advenimiento.

La necesidad el agente radica en la existencia de fuerzas regresivas que ponen en peligro la inexorabilidad de las leyes, razón que lo lleva a ser exigido por la clase portadora del progreso universal y cuya posición garantiza la sucesión de los estados para dirigir el combate y destrucción de las fuerzas regresivas y asegurar, definitivamente, la estabilidad del avance de la verdad objetiva que encarna. Me refiero, por supuesto, a las nociones de "partido, y de "burguesía " y de "proletariado".

Dicho combate, como la reducción de las fuerzas regresivas, lleva implícita la organización de un orden social que reemplaza al anterior, unificando totalmente el destino racional de una humanidad que hasta entonces no había hecho más que vivir en la prehistoria. De esta manera, el ideal de las ciencias del siglo XIX sustenta y legitima por todos los medios un tipo de relación de subordinación de la clase respecto de su Representante (1), al definirse éste como encarnación de la verdad objetiva del proceso social; verdad a la que se accede sólo por el ejercicio que el método de dicha ciencia habilita. Es posible desde la posición de una tentativa restauradora, afirmar que el ejercicio crítico sobre ese ideal de las ciencias, lo que pone en duda no es el marxismo como "ciencia", sino una de sus interpretaciones dominantes, influida por la lectura engelsiana de Lenin.

Desde ésta perspectiva es dable pensar en la formulación de una alternativa teórica que resitúe la tradición marxista desde su fuente y reoriente algunos componentes del discurso leninista, con el objeto de salvar la vigencia de sus premisas actuales, a las que se ha atribuido un valor universal a partir del "éxito" de la "insurrección bolchevique" de 1917. Esta práctica nos conduce a pensar "efectos de lectura" que tendrían lugar en el seno de los movimientos sociales, suponiendo el caso que las obras teóricas puedan producir un efecto en sentido propio, como de hecho lo conciben los agentes políticos al determinar el carácter de sus discursos como "totalidades particulares expresivas" de una "totalidad teórica superior" o "eminente", que debe cuidarse de ser puesta en duda, so-pena de poner en evidente peligro de derrumbe las conclusiones con que opera en el conocimiento de las realidades.

Si existe una "interpretación positiva-engelsiana" de las leyes del desarrollo histórico, a la que corresponde una práctica autoritaria del agente que busca encarnar su verdad objetiva, es necesario pensar privilegiar una "interpretación dialéctica y crítica" que permita restituir la confianza en el destino humano, por parte de una teoría surgida para liberar a los hombre de sus cadenas y no para cambiar unas cadenas por otras.

Sin embargo, en la reflexión marxista chilena, en ningún caso la idea de restitución del sentido propio de la teoría marxista implica la puesta en cuestión del tipo de relación que se establece entre la clase o clases dominadas en la sociedad y sus representaciones políticas. A lo más, esta idea de restitución acarrea consigo la redefinición del rol del representante, con el propósito de arrancarlo del circuito totalitario; pero la noción de encarnación subsiste; sólo se modifica su modo de concretarse. Subsiste, pues, aquella consideración según la cual es posible lograr modificaciones en la conducta de los los agentes con el sólo reemplazo de sus ejercicios interpretativos y de las bases que los sostienen. Más no faltará quien afirme la influencia de las transformaciones del campo de fuerzas en la manera como los agentes perciben la teoría en que apoyan su conocimiento, con el pretexto de que las ideas, al ser "confrontadas" con la realidad y no encontrar el grado de adecuación conveniente, sufren transtornos fundamentales que las obligan a replantear sus aptitudes.

En Chile, la interpretación engelsiano-práctica es corregida por una interpretación histórico-crítica, que privilegia el rol cuestionador de la realidad contradictoria, que pone en jaque de manera permanente el estatuto del agente de la representación, como un llamado constante a la autoconciencia de su función, así como al estudio y resituación de las bases de su lectura. Sin embargo si la primera interpretación se le imputa un "realismo político" que termina por abandonar los principios, a la segunda interpretación se la acusa ajustarse demasiado a los principios olvidando su inserción real.

2.

A partir de la hipótesis anterior propongo considerar la correspondencia minifiesta entre "el ideal de las ciencias físico-químicas" y una concepción totalitaria de la acción política. Desde esta posición, es posible la percepción del estatuto del sujeto que, separado de la clase que sostiene universalmente dicha acción, "encarna" la racionalidad y garantiza la conducción del movimiento social. De este modo, el problema de la crisis de "nuestro marxismo" es trasladado desde el "ideal científico" que lo sostiene, al sujeto portador de sus principios, de sus métodos, de sus análisis; en fin, de su empresa global de conocimiento. ¿Qué se podrá esperar, entonces, de un sujeto que se instala en el escenario social con la aptitud análoga de un físico dispuesto a considerar el campo de fuerzas como un laboratorio?. No deja de ser un problema grave el no poder asegurar condiciones de

reversibilidad de la experiencia social. Pero si es un "hecho" que la historia se repite (a veces como tragedia, a veces como farsa), la reversión de los hechos podrá ser efectuada en virtud de una reconstrucción (abstracta) del pasado, como matriz de una cierta constancia, a partir de la cual será posible establecer leyes de alguna manera generales, que al establecer los límites más o menos estables del campo de fuerzas para un período o fase, harán posible el ejercicio de cálculo y de previsión de los hechos y de las acciones.

En la concepción progresista de la historia, la sucesión y articulación de los modos de producción y sus residuos, parece seguir un curso inalterable. El advenimiento de la sociedad capitalista convierte la historia en "historia planetaria" y total; no sólo hace saltar las barreras de la territorialidad corporativa sino que abre el acceso a la "transparencia" de las leyes de su disolución. En dicha disolución el capitalismo hace realidad el acceso al conocimiento de la historia humana y prefigura la transparencia de las relaciones sociales en la medida que produce el agente de su propia destrucción; pero no es menos cierto que dicha producción instala también en la escena al agente de su propia conservación (la burguesía). En esta unidad real contradictoria, cada uno de los términos opuestos se supone como condición de la fuerza antagónica del contrario. En el campo de fuerzas estatuido, lo que uno gana en terreno, lo hace sobre el terreno "cedido" por el otro. La política, como práctica de la fricción y de la ocupación posicional, construye un lenguaje de fuerzas, en el cual, el triunfo de uno de los términos supone la inversión de la relación de dominación en provecho del desarrollo humano.

El desarrollo, por inexorable y progresivo que haya sido presentado, no por ello realizará de manera autoproducida el paso del capitalismo al socialismo; como no ocurrió tampoco en el paso del feudalismo al capitalismo. Ahora bien, en la medida del fracaso de algunas transformaciones sociales a nivel planetario la teoría de la transición ha sido puesta en evidente estado de insuficiencia, por no decir de ausencia. Marx, como siempre, habría proporcionado algunos esbozos que debían ser retomados por su posteridad; sin embargo, en alguna parte de su historia dicha posteridad ha sido incapaz de producir la teoría necesaria. Subsiste el reconocimiento de principio, que dicho paso, oculto en la maraña de su posibilidad estructural, precisa de un agente desencadenante que desvelé la forma de su paso, así como permita y ejerza el cálculo y la previsión científica orientada a señalar el camino y los plazos dentro de los cuales dicho paso ha de realizarse.

La transición, pues, exige que el agente potencial de la superación histórica anticipe en acto el advenimiento de la transparencia; es decir, el conocimiento del fundamento real del proceso, dificultado por la ubicación del agente antagónico en situación dominante que pondrá todo su ingenio en mantener el velo que impide el acceso a la verdad del destino humano. Más el agente potencial no puede acceder a la verdad porque la situación en que se encuentra se lo impide objetivamente; razón

por la que surge la necesidad de recibir el auxilio de una ciencia que le permita acceder al núcleo de la verdad, que será la verdad objetiva del proceso. La ciencia exterior internalizada por el agente tendrá por función permitir el acceso metódico a la verdad objetiva del proceso, sin lo cual no podrá ejercer la función correlativa de provisión y cálculo de la acción del agente en el campo de fuerza estatuido.

Entonces; el espacio del campo de fuerzas será uno, la verdad que lo rige será una, su accesión será realizada por una sola entidad; aquella que ha operado la importación de la ciencia y que en nombre del agente será la única habilitada para encarnar dicha realización.

Pues bien: ¿de qué ciencia se trata? De una ciencia que se veía venir; es decir, exigida por la historia misma para resolver los problemas inherentes a su desarrollo discontinuo, porque sabido es que la realidad sólo se plantea problemas que puede resolver. El surgimiento del marxismo, pues, sólo es posible en el siglo XIX, previa constitución de ciertas condiciones objetivas, de las cuales, la más importante es sin duda el desarrollo del proletariado moderno; es decir, aquel agente histórico en virtud de cuya acción se hará efectiva transparencia de las relaciones sociales, como ha sido apuntado con anterioridad. Cabe concluir, de este modo, que la verdad objetiva del proceso es puesta en estado de revelación por la práctica del movimiento popular organizado, que abre las vías de acceso al conocimiento de la totalidad social concebido como campo de fuerzas, cuyos componentes se articulan de acuerdo a códigos precisos. El establecimiento de la ciencia marxista, aparece ligado al problema del estatuto de su portador, es decir, del partido político. En suma, el ideal decimonónico de las ciencias naturales se combina con una concepción militar dieciochesca para dar curso a una noción de la política y de lo político entendida como práctica de la victoria (del éxito y de la rentabilidad significativa), según la cual, la "realización exitosa" de un programa será asimilada a la verdad de un conjunto de proposiciones secretadas por una ciencia especial que ha construido su objeto "en la necesaria transformación" de los hechos sociales. Ciencia de hechos y no de imaginaciones; como una parodia social de la ciencia galileana.

Mientras tanto, las detenciones o atrasos (planetarios) en el avance del movimiento revolucionario serán imputables a una crisis del portador, que se traduce en la incapacidad que tiene para conocer el campo de fuerzas y realizar su actividad de cálculo y previsión. El avance o atraso del movimiento serán eternamente imputables al conocimiento y un conocimiento como éste surge de la necesidad de transformar un campo que se rige, él también por leyes inexorables, y cuya transformación efectiva depende de la fuerza real conocida por la clase subordinada.

El desencadenamiento de la crisis de "nuestro marxismo" tiene lugar cuando deja de realizarse el imperativo de accesión

a la verdad objetiva en el campo particular de fuerzas de una formación social como la nuestra. La imputación sería del siguiente tono: la actividad reductora de "nuestro marxismo" ha sido incapaz de proporcionar la verdad de nuestra formación. Es en este sentido que me he esforzado por distinguir esta crisis generalizada como una doble crisis de aplicación y de interpretación. Sin embargo, es posible afirmar la inexistencia de una crisis real y sostenida, y propugnar el reconocimiento de una crisis transitoria referida al problema del acceso al conocimiento, que a una crisis de conocimiento propiamente tal. En este caso, el camino de una solución exige insistir en las condiciones de acceso al conocimiento a partir de la restitución de una categorial que hasta entonces (1973-1980) habría sido insuficientemente empleada por sus cultores. Al mismo tiempo, un cierto "fatalismo" nos conduciría a defender una noción de ruptura que divide la historia del conocimiento social chileno en un "antes" y un "después" de septiembre de 1973. De este modo, "antes", al menos se conocía, aunque de manera insuficiente, "hoy", en cambio, apenas se conoce; y aquello que se conoce no parece cumplir con las exigencias de una renovación. En oposición al "fatalismo" un cierto optimismo militante afirma, desde ya, la existencia de un espacio en constitución en cuyo seno se preparan las condiciones de una restitución metodológica que podrá traducirse, en un plazo cercano, en conocimiento nuevo y objetivo de la nueva situación concreta: el "nuevo escenario" de la sociedad chilena. Ciertamente, frente a esta exigencia, las antiguas normas del marco teórico-programático de la izquierda chilena ya no permiten la adecuada apropiación de la verdad objetiva del proceso social.

No cabe duda que el punto de partida habitual se ha desintegrado y no se encuentra desde qué ni desde donde fundar una crítica sólida a la realidad actual y diseñar a la par una alternativa convincente.

La crítica tiene por misión entregar los elementos sobre cuya base se podrá diseñar una alternativa; más, no se trata de una alternativa cualquiera, sino convincente, es decir, realizable. La crítica(2) es quien proporciona los indicadores sobre cuya base será calculada la tensión de las fuerzas del campo. La alternativa impone con su necesaria actualización, la urgencia de un diseño que haga coincidir los intereses del sector dominado con las proposiciones de conducción de la entidad representativa en una coyuntura determinada. El diseño, pues, presupone la crítica y, la crítica es impotente si no se traduce en diseño concreto. Es una idea de poder y traductibilidad la que mantiene en alto la voluntad de la entidad representativa como agente de la crítica y proponente del diseño a las amplias mayorías que sabrán (o no sabrán) hacerlo suyo.

La apropiación esperada dependerá tanto de la claridad expositiva como de la proposición de acciones sectoriales concretas, pero referidas a la totalidad del proceso. La confianza de la entidad representativa en la razón es infinita. Las masas sólo conocen en y por la práctica. La razón teórica posee una base práctica innegable. Hasta aquí, la fábula del progreso racional de las ideas en el seno de la clase obrera.

Si estas ideas son acogidas, ¡qué mayor prueba de su corrección!, y por este camino, el consenso social es atribuido a la acquiescencia de un grupo respecto a la institución que traduce sus tensiones y descifra el jeroglífico de su figuración.

La crítica se traduce en diseño, pero al mismo tiempo, la entidad cognoscente traduce los sentimientos e ideas dispersas de las masas, con el objeto de provocar su conexión con la máquina propositiva que actúa como aparato selectivo de intereses potenciales cuya manifestación se hará explícita en la medida de su ajuste con el marco del diseño. En suma, diseño y alternativa han de seguir un camino real, apegado al campo de lo posible.

Exigida por una necesidad histórica de conocimiento, la entidad se instala para modificar las condiciones de una ignorancia determinada y perpetuar la distancia entre sí y la clase, como separación necesaria en virtud de la cual será posible saber quién es quién, viviendo cotidianamente dicha separación como una unidad férrea que sella la capacidad ofensiva de este mediador que negociará por ella y para sí una ubicación de privilegio en el campo de fuerzas. Su resultado social no puede sino ser la organización de una sociedad construida a su imagen y semejanza.

CONCLUSION

El interés de plantear estas observaciones apunta a denunciar el carácter ilusorio de la resolución de la crisis de "nuestro marxismo", porque, en sentido estricto, no hay crisis que resolver, sino más bien reajuste de conocimiento y reorganización de las entidades representativas de la clase obrera y el pueblo. A mi entender, lo que se ha denominado crisis, es el modo habitual que tiene el Movimiento de presentarse a sí mismo durante los períodos de reflujo. Si de crisis se trata, ésta no es una crisis de principios, sino de "aplicabilidad", producto de una derrota de envergadura, luego de la cual se ha de esperar la aparición de una nueva coyuntura en la que se podrá invertir el capital acumulado en el período de reflujo, incorporando a sus temas de reflexión y de convocación algunos tópicos que no habrían sido tomados en cuenta en épocas anteriores como elementos de formación de una alianza amplia.

Lo que he denominado "crisis de implementación" y "crisis de conocimiento", se revela en estos instantes como núcleo de insuficiencias y carencias teórico- programáticas que han de ser reestablecidas con todos sus derechos en el marco monolítico de una concepción de la política reducida al enfrentamiento de bloques. Se puede escribir esta historia relatando sus ausencias, y de hecho, ésta es una tendencia que domina. Tanto E. Tironi como J. Martínez proponen avanzar y traspasar el obstáculo de las ausencias; pero parecen obviar el problema de quién es el nuevo relator institucional de esta historia. A mi entender, la lucha política no sabría circunscribirse al nivel exclusivo de las relaciones de fuerzas aparentes sin embargo, eso es lo único que sabe; además lo sabe de modo incompleto.

El partido, la misión histórica del proletariado, el fundamento de la ciencia, forman parte de una cadena orgánica que ordena el espacio social como lo haría una formación militar preparada al combate. (La "vida partidaria" como vida excepcional, porque el estado de urgencia es su condición permanente). No podríamos entonces, dejar de recordar a Lenin gran lector de Von Clausewitz, ni tampoco los pequeños clásicos maoístas de la época de la gran marcha, ni los comentarios heroicos escritos por el vencedor de Dien-Bien Phu, que abriera el camino de una concepción que fundamentara más de una década de ensayos insurreccionales en nuestro subsiste y consolida una "visión" del mundo, un cierto "sentido común" marxista que tendrá un comportamiento análogo, tanto en los frentes de batalla propiamente tales como en las batallas cotidianas de cada frente de trabajo militante, estatuidos en trincheras privilegiadas de una guerra prolongada que se extiende a la totalidad del tejido social.

El dominio de las relaciones de fuerza no es el dominio único ni exclusivo de la lucha política. El hecho que sea el único, manifiesta el carácter excluyente de su ubicación. Las llamadas "luchas minoritarias" que se desenvuelven haciendo caso omiso del campo de fuerzas y de sus agentes, son relegadas al sitio que ocupan los residuos sociales, fácilmente identificadas como patología espontaneísta del movimiento global. Sus objetivos poco tienen que ver con el "pan, trabajo y libertad", al menos de manera visible, y son circunscritas al rango de preocupaciones pequeño-burguesas de las sociedades capitalistas avanzadas. Más con ello se es fiel a la reproducción del modelo centralista del capital en sus distinciones impertinentes de metrópoli-satélite y/o de adelanto-retraso, porque permite a las direcciones políticas decidir los grados de pertinencia y de privilegio de los "temas relevantes del período". En definitiva, cada período expresaría sus contradicciones en un pequeño número de temas relevantes "de por sí", en función de cuya imposición, las fuerzas sociales en presencia luchan denodadamente.

Por el contrario, lo minoritario apunta a la ausencia de centro de referencia (3). La lucha política centralizada, en cambio, requiere la existencia de máquinas de guerra capaces de oponerse al adversario; requiere igualmente la existencia de organismos políticos que se inserten en el campo de relaciones de fuerza; sus organizaciones deben ser "representativas", coordinar las luchas, proponer una estrategia y una táctica.

Sin embargo, la sola existencia de los "socialismos reales" nos ha mostrado que incluso después del "derrocamiento" del poder de la burguesía, la forma de dicho poder podía reproducirse en el Estado, en la familia y en las filas de la revolución. La lucha de clases en general, nos sigue mostrando que incluso antes del "derrocamiento" del poder de la burguesía, la forma de dicho poder se reproduce "contaminando" las filas de la revolución, actualizando en el seno de la familia, del Estado, etc., el germen de la nueva dominación. Ciertamente, bajo este aspecto, el partido político ha sido la prefiguración de la sociedad futura.

El "Inventario" de E. Tironi, centra su interés en la incorporación a la "reflexión de izquierda" de algunos temas que no estaban incorporados a su tradición, como en la reforma del estilo político, con el objeto de establecer una férrea capacidad de convocación social. Mis observaciones sólo desean dejar instalada, junto a esta exigencia del momento, la necesidad de investigar el problema del estatuto de la institución convocante; es decir, el lugar que ocupa el sujeto social cognoscente, la forma de su instalación y el modo como produce su discurso unificador.

NOTAS

- (1) Justo Mellado, "Un aspecto decisivo". Revista Proposiciones" N°1, (mimeo) Sur Profesionales Consultores.
- (2) Justo Mellado, "Política y Metáfora", Revista Margen N° 2, Febrero-Marzo 1981.
- (3) Justo Mellado, "Reivindicación del margen como abstención de la impostura", Revista "Inter/medios". Junio - 1981.

2. APROXIMACIONES A LA LIBERTAD

Sobre la Idea de la Libertad

Javier Martínez

Nos convoca la idea de la libertad: esto es, de la flexibilidad y transparencia de la organización social, de su maleabilidad, frente al impulso creativo específicamente humano. Por esta razón parece adecuado hablar de la libertad dentro de la historia; o, en otros términos, decir que el problema de la libertad debe tratarse conjuntamente con el del despliegue del impulso creativo humano en la historia.

Hablamos aquí de la libertad de los modernos: de aquella organización flexible, transparente y en consecuencia maleable, que puede darse en medio de las interdependencias que caracterizan a las sociedades complejas. Razón por la cual se habla, hoy, de la libertad como un problema de doble referencia: el Estado y el mercado.

1.

El aspecto crucial desde el cual ha de ser enfocada la reflexión sobre la democracia, y el sistema democrático mismo, es el de la relación que se postula o establece entre economía y política. Inequivocamente, toda postulación o sistema que piensa a la política en una relación de servidumbre respecto de la economía es o deviene un esquema totalitario.

a.- Por "totalitarismo" ha de entenderse un sistema que, de modo estable y autoreproductivo, amputa sistemáticamente la libertad personal en la vida cotidiana.

b.- La distinción (propia de la ideología jurídica) entre la esfera pública y la esfera "privada" de la libertad personal no es sino una falsa distinción, orientada a imponer sobre los pueblos la ley de hierro de la acumulación económica; y oculta, en sí misma, la tendencia al totalitarismo.

c.- Consecuentemente, la distinción entre "autoritarismo" y "totalitarismo", fundada en la vigencia o no de la libertad privada, no es hoy sino la forma burguesa del totalitarismo y la contracara equivalente del "despotismo ilustrado" de corte burocrático que pretende para sí mismo la interpretación del "interés público".

2.

La necesidad teórica y práctica de postular y establecer el signo de dominio en la relación entre economía y política se deriva de la contradicción consustancial a estos dos órdenes sociales: entre necesidad y libertad. El supuesto contractual-romántico de la armonía de ambos órdenes, que está en la base del discurso revolucionario liberal y su derivación jacobina -el anarquismo-, sólo puede por ello ser precursor, pero nunca fundante, de un nuevo orden social estable.

a) La libertad privada - en el sentido que esta expresión alcanza en Occidente, esto es, de la libre disposición individual de los bienes con fines productivos- es por definición, en las sociedades en que la división del trabajo ha logrado una complejidad avanzada, una libertad restringida y minoritaria. Del mismo modo, la libertad pública es, en los regímenes burocráticos de planificación central, un "atributo de partido". Se trata pues, alternativamente, de libertades del propietario o de libertades del funcionario: no de la libertad del ciudadano, que es esencialmente indivisible.

b.- En un orden de mercado formalmente libre, la vida política democrática está destinada a sobrecargarse de las demandas igualitarias - de protección, de compensación, de asistencia- que se derivan de los desequilibrios que la propia forma mercantil oculta; el totalitarismo mercantil consiste precisamente en la destrucción de ese espacio democrático y en la traslación a la política de los desequilibrios que se encuentran en la base del mercado.

c.- En consecuencia, el totalitarismo mercantil conlleva en su núcleo más íntimo la negación de todo sistema político basado en el equilibrio de poderes y contrapoderes: a la identificación entre Gobierno y Estado.

d.- La democracia capitalista, por lo dicho más arriba, sólo puede concebirse de modo duradera como un sistema regulado de intervenciones políticas en la economía orientadas a dar satisfacción limitada a las demandas igualitarias. La idea de la democracia como correlato del mercado libre (Friedmann) es por ello intrínsecamente falsa a menos que la idea democrática sea reducida a la democracia censitaria sensu stricto: puesto que el mercado es, en sus formas más perfectas, una organización democrático-censitaria.

3.

La tradición dominante del pensamiento liberal post-revolucionario se ha construido con base al privilegio de la llamada "libertad económica" (o privada) sobre la libertad política. En ello radica su carácter esencialmente conservador con respecto a la irrupción libertaria de la Ilustración, que sólo alcanza un importante desarrollo posterior en el socialismo científico entendido como crítica política de la economía.

a.- La reacción teórica contra la idea del contrato social y político de libre arbitrio (formulada con especial énfasis en los escritos de Locke y Rousseau) invirtió de hecho la unidad nuclear desde la que se piensa el orden político: mientras para los contractualistas clásicos este último alcanza realidad institucional como resultado de la ebullición de las libertades individuales -y no representa pues más que el consenso en esa ebullición-, para sus críticos la unidad irreductible es el orden social establecido (el orden de la propiedad) y la libertad individual sólo puede

concebirse como el respeto de ese orden; por otra razón, la tradición liberal post-revolucionaria encontró sus fuentes inspiradoras en los intentos de secularización de la legitimidad de la autoridad monárquica (Hobbes, Constant) y su posterior desarrollo en el organismo funcionalista (Spencer), relegando el problema de la libertad individual exclusivamente a la libertad de industria y comercio.

b.- La forma teórica principal que alcanzó este desplazamiento fue la crítica del fundamento racional del orden político: bajo la forma de oposición entre razón y tradición (Burke), entre razón e inclinación psíquica (Hume), o entre razón e instinto (Pareto). la crítica de tal fundamento ha estado permanentemente asociada al reclamo de limitar la democracia, al tiempo que se desarrolla la "libertad" económica privada sin límite alguno. El supuesto de que parten los economistas liberales, de un "homo oeconomicus" plenamente racional, tiene pues como correlato imprescindible la realización a un "homo politicus" plenamente irracional - o, lo que es lo mismo en el terreno práctico, de un hombre sometido a una racionalidad que lo trasciende y antecede (establecida como poder físico).

c.- Es por este carácter profundamente antirracionalista en el terreno político que puede distinguirse con más nitidez al liberalismo post-revolucionario de la tradición liberal clásica: mientras para ésta el orden se constituye por la agregación racional de opiniones, para aquél el orden es sinónimo de dispersión (idea que, por lo demás, conforma el principio rector de la actividad policial del Estado: el caos es siempre la agregación que se manifiesta, el orden es la dispersión de las masas).

d.- La interpretación del pensamiento de Marx como una crítica económica de la política, que se hiciera manifiesta en la tradición stanilista, no hizo más que prolongar hasta el extremo la crítica de la política como razón.

De este modo la orientación liberal post-revolucionaria a la dispersión compulsiva de los ciudadanos, justificada en nombre de la "libertad" (privada), sólo pudo ser invertida por la agregación compulsiva justificada en aras de la "igualdad" (colectiva).

e.- El postulado básico de Marx y otros socialista, sin embargo, puede leerse desde un ángulo completamente opuesto: se trata en él de continuar y extender el argumento liberal clásico de la política como razón (como control humano de su entorno), prolongando la lógica democrática a la acumulación económica. Se trata pues de una crítica política de la economía, y no de una crítica económica de la política. La cuestión principal, por eso, de la contradicción entre fuerzas productivas sociales y decisión privada sobre el uso de las mismas, no puede resolverse sino por la vía de una democratización radical de la gestión económica. La idea de la libertad puede entenderse así como una relación de adecuación entre quienes toman las decisiones de gestión y gozan (o sufren)

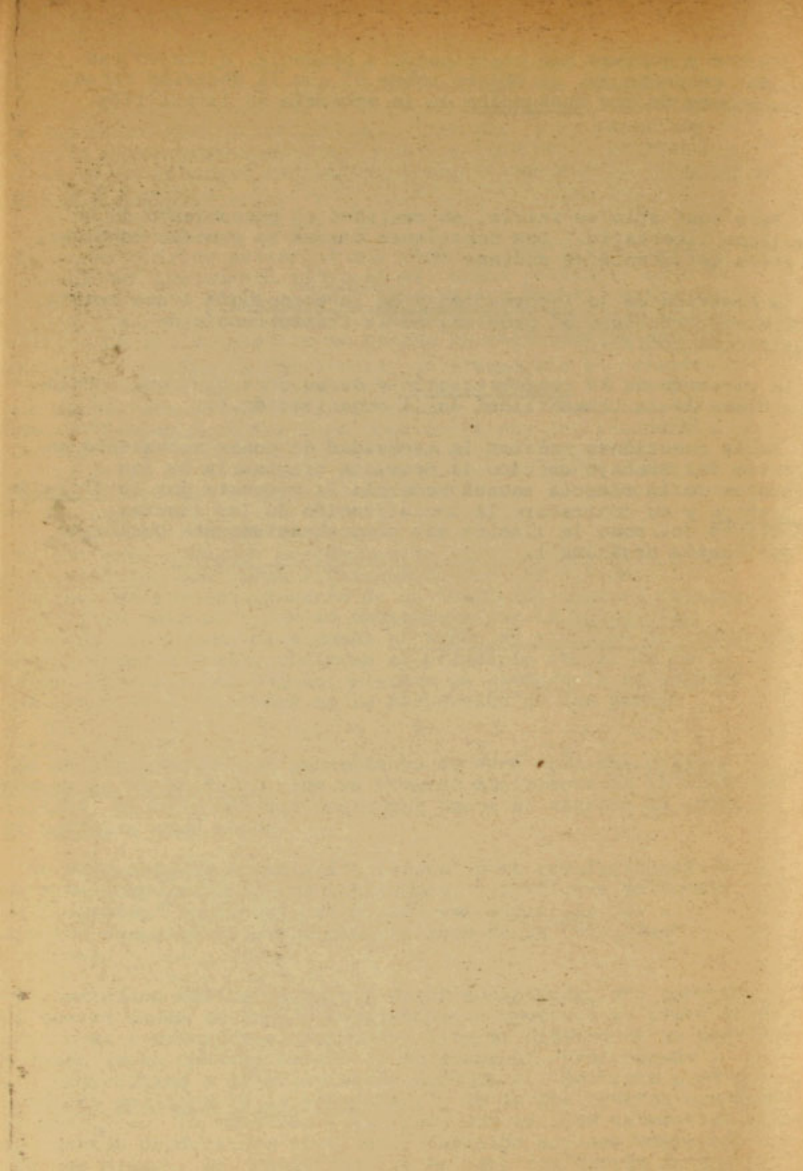
los efectos y quienes han contribuido a producir, o tienen una necesidad respecto de, el objeto sobre el que la decisión recae. Se trata pues de una subsunción de la economía en la política.

Pero aquí sólo se inicia, en realidad el pensamiento de un socialismo libertario. Dos cuestiones claves es preciso resolver, que ahora únicamente se anotan:

1.- La cuestión de la información y de la tecnología (que apunta, en términos actuales, al problema de la transparencia de la organización social);

2.- La cuestión de la representación y de su control (que apunta al problema de la flexibilidad en la organización.).

Ambas cuestiones señalan la necesidad de poner nuevamente en el centro del trabajo crítico la pregunta originaria de los fundadores de la ciencia social moderna: la pregunta por la división del trabajo y su contracara, la socialización de las fuerzas productivas (o, como la llamara más comprehensivamente Durkheim, la "solidaridad orgánica").



La Idea de Libertad: Algunas Preguntas

Rafael Echeverría

Intento plantear, desde una perspectiva bastante personal algunos problemas sobre la relación entre socialismo y libertad. Tengo la impresión que el socialismo, hoy día, no está desafiado solamente por cambios en el escenario nacional, sino también, de alguna forma, en algunos elementos críticos de la utopía que se le asocia y que trascienden, evidentemente, las condiciones estructurales que podamos observar en el país. Por lo tanto, quiero plantear algunos interrogantes globales más que sugerir algún tipo de interpretación general sobre el problema de la libertad y el socialismo.

Parto de la base de que estamos viviendo lo que llamaría una espesa neblina ideológica, y que entramos a los temas desde ciertos cuerpos teóricos elaborados o interpretaciones históricas, sin que comúnmente logremos recuperar la frescura de lo concreto ni seamos capaces de elaborar una propuesta con una capacidad de interpretación social efectiva. Por diversos motivos el socialismo se encuentra, de una u otra forma, en una crisis de sentido, y quizás sea más útil iniciar un bombardeo de preguntas simples antes que recurrir al exámen riguroso de ciertas teorías. Por esta razón quisiera expresar únicamente las inquietudes que me suscita el tema que se ha propuesto.

¿Qué es la libertad? ¿Cuál es su contenido? Al hacer estas preguntas, me doy cuenta de que ésta es una manera equivocada de plantear el asunto. La libertad es fundamentalmente un función de posibilidad que surge de la necesidad; es el horizonte de algo que se ve como posible a partir de situaciones históricas muy concretas. Por lo tanto, no es algo que podamos definir independientemente de la historia; es algo cuyo sentido lo dan las condiciones concretas a partir de las cuales se la invoca. La libertad es un elemento que no puede disociarse de las necesidades históricas reales. Esto me hace sospechar de aquella división entre reino de la necesidad y reino de la libertad, porque este reino de la libertad no se puede invocar, no tiene sentido, sino a partir de las necesidades. Lo mismo ocurre con el concepto de lo "humano", cuando se habla, por ejemplo, de construir una sociedad plenamente humana. El hombre es una bandera de lucha, al igual que la libertad, una bandera alzada por las distintas clases que exigen condiciones distintas de existencia en virtud de restricciones, coacciones y necesidades no satisfechas. La libertad se nos aparece, entonces, como un elemento con raíces en el presente, que surge de las condiciones de clase de la sociedad. Distintas clases la invocan en función de sus intereses y de las posiciones que ellas ocupan en la estructura social.

La libertad, por lo tanto, es un concepto extraordinariamente ambiguo ya que la historia le va dando contenido distintos e

inevitablemente le seguirán dando contenidos diferentes en la medida en que emerjan nuevas clases. Esto es lo que da sentido, por lo demás, a toda la posición idealista hegeliana que ve en la historia el desarrollo de la libertad. Porque la historia desarrolla contenidos distintos de libertad, pareciera que la libertad se desarrolla a través de la historia. Por lo tanto, podemos decir que la libertad es una bandera de lucha que las clases levantan contra coacciones y opresiones que perciben como superables, en un estadio que se les presenta como posible.

Pero esto nos hace entender que la libertad no es ni la Bandera, ni la Lucha, ni el Estado. Frente a la libertad hay que manejarse con gran modestia, porque debemos entender, de acuerdo con esto que distintas clases la invocan, sinceramente muchas veces, pero con contenidos completamente distintos. Ahora debemos preguntarnos cuál es el sentido que nosotros le conferimos a la libertad y de qué forma ese concepto se opone a otros conceptos de libertad invocados por otras clases.

Es importante tomar en cuenta cómo la burguesía se enfrenta al problema de la libertad, porque indudablemente ella emerge en la historia agitando muy fuertemente ideas libertarias. Lo que la burguesía plantea, en torno a las banderas que se agitan durante la Revolución Francesa, es el intento de una ampliación social de la política, frente a una política excluyente que la mantenía al margen de las decisiones públicas. Este reclamo naturalmente está muy vinculado a sus particulares intereses de clase: se trata de una ampliación social de la política de carácter censitario, donde los derechos de ciudadanía están ligados a la propiedad, pero que abren, al menos, un cauce para un proceso de creciente ampliación de lo político.

De esta manera, cuando se dice que lo político es el ámbito de lo público, se está solamente haciendo un juicio histórico, porque no siempre lo ha sido. En la política ha perdido ese carácter. Indudablemente la burguesía desencadena este proceso (donde se suman un conjunto de otras clases para profundizarlo), pero sigue pensando la libertad a partir de la propiedad, particularmente de la propiedad privada de los medios de producción. Precisamente por esto, las clases que en la economía capitalista se encuentran en condiciones de explotación, perciben y reclaman contra la insuficiencia de una libertad planteada de esta manera.

Seguramente, la cuestión más importante que se encuentra en el origen del pensamiento socialista es el planteamiento de que, así como se desarrolla un proceso de ampliación social de lo político, se requiere un proceso de ampliación social de lo económico. Esta es la bandera (extraordinariamente presente en los socialistas utópicos y que después se pierde de manera importante) que aspira al control social sobre la propiedad. Por lo tanto, la convocatoria del socialismo tiene una raíz libertaria muy fuerte, donde el problema de la igualdad, que tantas veces se le asocia, no es sino una función de la libertad. Es la propiedad la que hace que la libertad social, es decir, la libertad que la sociedad alcanza en su conjunto, se distribuya desigualmente: mayor libertad para unos, menor libertad para otros; grados de libertad

desigualmente distribuidos en razón de la propiedad.

La oposición que se plantea entre igualdad y libertad confunde el problema, porque la exigencia por la igualdad tiene un sentido estrictamente libertario; está planteada en términos de una distribución que permita que la libertad social se distribuya sin menoscabo de unos y otros. Lo que me parece extremadamente importante es destacar la alta significación histórica de la ampliación social de lo político, la necesidad de defender esta conquista y de comprender la necesidad de no sacrificarla tras la consecución del objetivo de la ampliación social de la economía. Desde la perspectiva de este objetivo, la política cumple, además, con dos funciones suplementarias: como posibilidad de rectificar o de corregir los efectos desiguales que surgen del ámbito de lo económico (la social-democracia centra su política precisamente en este elemento correlativo) y como ámbito a partir del cual se hace posible llevar a cabo la ampliación social de la economía por la vía de la socialización de los medios de producción. No puede extrañar, por lo tanto, el reconocimiento frecuente de que la política es la que permite la empresa socialista.

En este sentido, me inquieta el planteamiento que a menudo se hace desde la izquierda, según el cual frente a la democracia burguesa, habrá un tipo de democracia política diferente, que el socialismo aportaría como tal. Siempre me ha costado entender de qué exactamente se está hablando, cuál es el tipo de democracia política socialista tan diferente. A mi modo de ver, la experiencia de los socialismos reales introduce nuevamente un proceso de apropiación privada de lo político, ya no por la vía de la aristocracia tradicional, sino por la vía de un Partido que impide que la sociedad participe efectivamente del poder. No quiero negar los avances que en materia de satisfacción de necesidades básicas el socialismo alcanza, pero indudablemente hay un elemento importante de clausura en la medida que el proceso de ampliación social de lo político ha vuelto atrás, y en que el proceso de socialización de lo económico también termina siendo privadamente controlado por la burocracia del Partido. Emergen, entonces, un conjunto de síntomas que son extremadamente inquietantes porque el proyecto que se reclamaba para toda la sociedad, empieza a divorciarse de ella. Fenómenos como la gerontocracia, el nepotismo, y el distanciamiento crítico del partido con respecto a las masas que justamente se pretenden interpretar, son rasgos alarmantes de muchas sociedades socialistas.

Simultáneamente, se ha comenzado a hablar de la crisis de ciertas democracias, donde curiosamente los sectores burgueses que la invocan han argumentado que la política se ha excedido o, como reiteradamente apunta Friedman, la mano invisible de la economía opera en sentido inverso a la mano visible de la política. También se plantea, por lo tanto, una forma distinta de privatización de lo político, es decir, de disminuir los niveles de soberanía popular alcanzados o de obstruir el dominio público del poder.

Esto ocurre evidentemente en América Latina, donde la capacidad correctora del Estado beneficiar en Algunos casos, o transformador en otros, ha puesto entela de juicio los intereses dominantes. Pero

también ocurre con las ideologías neo-conservadoras en Estados Unidos, Inglaterra y otros países que proponen "quitar el Estado de las espaldas de los ciudadanos", lo que muestra solamente un intento de privatización de la política de nuevo cuño.

El problema es que, a partir de nuestras propias proposiciones teóricas de la defensa de la experiencias socialistas, debilitamos la posibilidad de disputar adecuadamente los planteamientos autoritarios. Por ejemplo, cuando el pensamiento de derecha afirma el carácter determinante de lo económico (la libertad económica es la importante, sin ella no hay otro tipo de libertad), esto hace sintonía con el tipo de determinación postulada por el marxismo y que se ha expresado en la construcción de sociedad socialista. La misma crítica de la ideología autoritaria de derecha a la política también reconoce afinidades con las experiencias socialistas hacia las cuales nosotros mismos planteábamos que había que mirar.

Yo creo que todo esto nos plantea la necesidad de revisar nuestras concepciones sobreideologizadas y de revisar también nuestras posiciones frente a los socialismos actuales, aunque no para decir partamos de nuestra subjetividad , sino para iniciar una reflexión sostenida, coherente y clara, donde la consistencia moral de nuestro proyecto libertario pueda restablecerse.

Se podrían plantear muchos otros problemas adicionales. La relación que se postula, por ejemplo, entre propiedad social y socialismo nos parece insuficiente y restrictiva. Si el socialismo lo concebimos como la apropiación social de la historia, ¿Hasta qué punto es lícito, hoy en día, no considerar que la información es poder y que toda distribución desigual del poder reduce esa apropiación social sobre la historia y, por ende, el propio concepto de libertad invocado por el socialismo?. Así como ésta, podrían plantearse múltiples otras preguntas. Sugerir algunas ha sido el propósito de esta intervención.

La Aspiración Libertaria y las Ideas Socialistas en Chile

(Presentación en el Seminario, 11 de Julio)

Eduardo Valenzuela

En esta exposición trataré brevemente sobre las ideas socialistas en Chile, haciendo resaltar algunos momentos históricos en que estas ideas han obtenido una consistencia y configuración particular. No pretendo hacer historia estrictamente, sino proponer algunas reflexiones sobre el pensamiento socialista chileno, frecuentemente olvidado cuando se trata de promover una nueva discusión sobre teoría socialista y continuamente exorcizado cuando se trata de imponer una nueva moda teórica o cuando se cambian las consignas políticas del momento.

El primer momento, sobre el que voy a hablar más detenidamente trata de la constitución del socialismo chileno en las dos primeras décadas de este siglo. Como se sabe, el socialismo originario constituye en Chile de la crítica al capitalismo y a las clases y en este sentido, rompe de alguna manera con la tradición del liberalismo del siglo anterior, cuyo espesor revolucionario estaba enteramente desnaturalizado en un racionalismo moderado y parlamentarista. No obstante, esta crítica del capitalismo no se hace propiamente desde el marxismo. En términos generales, el socialismo de comienzos de siglo conoce escasamente el método marxista, y ciertamente, desconoce absolutamente la tradición leninista. Probablemente, este es la razón por la cual nuestra historiografía marxista ha reconocido en este período, más bien los esfuerzos de organización y lucha obrera, antes que la conciencia política del movimiento obrero de esos años.

En su original vertiente anarquista, el socialismo aparece enteramente como la realización de la libertad individual en un orden que haya socializado efectivamente el poder económico y político. El anarquismo es propiamente una versión que podríamos llamar jacobina e intransigente del liberalismo político, que pretende realizar a través de la revolución socialista las aspiraciones libertarias de las grandes revoluciones democrático-burguesas del siglo dieciocho. El anarquismo - tanto como el socialismo moderado de Recabarren- hereda todas las preocupaciones del liberalismo revolucionario: su optimismo racionalista, el anticlericalismo y la crítica de la moral tradicional, el pacifismo y la crítica a los ejércitos permanentes, a lo que añaden la crítica a la propiedad privada y al Estado lo que los acerca evidentemente al comunismo.

Entre los anarquistas, la utopía comunista adquiere una presencia cotidiana que, como se sabe, se transfiere a la acción política. Efectivamente, los anarquistas se resisten a cualquier compromiso político y se niegan a constituir partidos en virtud de una concepción algo milenarista y catastrófica de la revolución social. En esto está presente ciertamente una característica común del socialismo de aquella época: la exclusión radical del movimiento obrero, que produce una conciencia política celosamente independiente -algo inclinada al radicalismo utópico- y una acción política fuertemente antiinstitucionalista.

Este mismo temperamento doctrinario está presente en Recabarren, aunque dentro de una concepción más templada y realista acerca de las posibilidades políticas del movimiento obrero. La insistencia de Recabarren será que el socialismo es una realización colectiva de la clase obrera que requiere una acción paciente y metódica de todos los trabajadores. En el folleto "¿Que es el socialismo?" (síntesis de su concepción socialista hacia 1912, cuando funda el Partido Obrero Socialista), Recabarren expone un programa extraordinariamente interesante, casi olvidado por la historiografía marxista tradicional, que se ha esforzado por mostrarnos un Recabarren ideológicamente inconsistente o inmaduro, por lo menos, hasta iniciada la década del veinte.

En este programa Recabarren rechaza la exacerbación de la lucha reivindicativa y el uso indiscriminado de la huelga como instrumento principal de lucha contra el capitalismo. Tampoco otorga mucha importancia al partido y a la cuestión de la representación parlamentaria de los intereses obreros. Conviene leer y repasar los puntos más importantes de este programa para tener una imagen más exacta de la concepción socialista en Recabarren.

En primer lugar, la lucha reivindicativa, la organización gremial y la huelga son instrumentos eficaces para la lucha obrera, sólo en la medida en que permitan conquistar mejores condiciones de vida, y por lo tanto, liberar a los trabajadores del agobio del trabajo. La reducción de la jornada de trabajo es conveniente porque brinda la oportunidad de mejorar la organización y conciencia obrera que requiere, evidentemente, entre otras cosas, de tiempo libre. La lucha económica o reivindicativa está siempre ligada

- la formación de una conciencia colectiva.

La lucha económica que interesa a Recabarren tiene principalmente que ver con la creación de cooperativas obreras. Recabarren piensa, si se quiere algo ingenuamente, que la cooperativa obrera es el instrumento principal de destrucción del poder los capitalistas. y le otorga una gran importancia a la formación de cooperativas de producción y consumo, autoadministradas por obreros, que vayan realizando anticipadamente la apropiación de los medios de producción. Como es sabido, Recabarren funda varias cooperativas, especialmente panaderías, con este propósito.

El tercer elemento de su programa es, también en forma muy destacada, la acción cultural: la propaganda y la educación. En cuanto a la acción política, Recabarren otorga mucha importancia a la conquista de los municipios, y secundariamente a la conquista de representaciones parlamentarias. La autoadministración municipal permite organizar localmente el poder obrero y atender directamente las demandas de los trabajadores, con mayor eficacia, ciertamente, que la acción parlamentaria. En este sentido, a pesar de que el socialismo de Recabarren está fuertemente influido por las orientaciones de la II Internacional, está muy lejos de postular un socialismo reformista de corte parlamentario al estilo europeo. En general la experiencia del mancomunalismo salitrero está muy presente en su pensamiento.

Por último, la acción del partido aparece vinculada a una tarea de unificación e integración de este conjunto de organizaciones y luchas obreras. Ciertamente se trata de una concepción preleninista del partido. El partido no es vanguardia que se autoasigna una concepción superior ni se atribuye los intereses universales del proletariado. El divorcio entre lo social y lo político todavía no se produce: la conciencia política surge de la experiencia de lucha y organización social de los trabajadores.

Existen pues dos características comunes del socialismo de comienzos de siglo. Por un lado, la acción obrera se construye y realiza casi enteramente fuera del Estado y pretende realizar anticipadamente la extinción de ese Estado en una democracia social de trabajadores. Por otro, se trata de un socialismo estrictamente preleninista: La revolución política no es tarea de una vanguardia organizada, sino el resultado de la acción política, social y cultural de los trabajadores que conquistan desde abajo la sociedad capitalista.

En un segundo momento, la promediar los años veinte, comienza a romperse más o menos abiertamente con este socialismo originario. En primer lugar, se introduce el marxismo en Chile. En nuestro país, el marxismo aparece casi inmediatamente como una ortodoxia, que concibe al socialismo ya no como una razón histórica de los explotados, sino como una razón científica que descansa en una interpretación de las leyes históricas que rigen el desarrollo de la sociedad. La política se convierte en ciencia, es decir, en el quehacer de una conciencia exterior y sobrepuesta al movimiento obrero. Mientras tanto, la lucha y organización obrera se reduce principalmente a las demandas corporativas, representadas o administradas políticamente por los partidos. En segundo lugar, se constituye correspondientemente el partido leninista que, a la vez, encarna esta razón científica y establece una relación objetiva con la clase obrera.

No voy a insistir mucho en la crítica de este esquema clásico, sino únicamente para señalar la ruptura más o menos radical que se produce con respecto al socialismo de comienzos de siglo. El socialismo como razón colectiva que se construye en la historia se transforma en razón científica preestablecida a esa historia. Por otro lado, la concepción de un partido que unifica y expresa la lucha real de los trabajadores se transforma en un partido que postula una relación objetiva con la clase obrera y se proclama, por lo tanto, vanguardia o representante todopoderoso de sus intereses universales.

Un tercer momento tiene que ver con la formación del socialismo en Chile, y especialmente, con el socialismo de la década del treinta. En general, las relaciones del socialismo chileno con el marxismo son, en estos años, extraordinariamente ambiguas. El socialismo se funda fuertemente asociado a la tradición del liberalismo político, y discrepa radicalmente de la ortodoxia marxista por lo menos en torno a una cuestión: la interpretación economicista de la historia.

Aclaremos desde ya que el esfuerzo político del socialismo del treinta será provocar un entendimiento entre los movimientos radicalizados (o radicales) de la pequeña burguesía (despreciados políticamente por los comunistas) y el proletariado. El problema por lo tanto, será como construir una perspectiva socialista para un movimiento nacional popular verdaderamente diverso y, si se quiere, heterogéneo.

Entre los elementos constitutivos del socialismo chileno figura, en primer lugar, la crítica del socialismo soviético, como un socialismo que no ha sido capaz de resolver el problema de la democracia social y política de los trabajadores. En otras palabras, el socialismo soviético se desvirtúa en un economicismo a ultranza que confunde el socialismo con la mera socialización de las fuerzas productivas, pero que no logra modificar en un sentido democrático las relaciones sociales y políticas.

El segundo elementos constitutivo del socialismo será el rechazo, por lo tanto, a una interpretación economicista de los procesos históricos y, especialmente, de la naturaleza humana como una entidad enteramente determinada por su posición de clase. Este reduccionismo de clase (que está presente en el desprecio de los comunistas por los movimientos radicales pequeño burgueses) no puede ser admitido por el socialismo, cuyo esfuerzo consiste precisamente en conectar el liberalismo revolucionario con el socialismo revolucionario.

El tercer elemento constitutivo será correspondientemente el rechazo a una concepción científica del socialismo, que está señalado en la conocida fórmula de que el marxismo es sólo un método, abierto a las influencias de otras corrientes de pensamiento.

Por último, el cuarto elemento constitutivo será el rechazo, que se mantienen durante los treinta, a la concepción leninista del partido, que explica el carácter de movimiento político que tuvo el socialismo chileno en aquellos años. La resistencia a constituir un partido proletario (al modo leninista) y a aceptar la llamada "dirección proletaria" sobre los procesos revolucionarios se compadeció con un análisis que evitaba el reduccionismo de clase, porque políticamente pretendía constituir un movimiento que sobrepasara los marcos del sindicalismo obrero.

Estas fueron las bases constitutivas del socialismo del treinta que dieron forma a lo que se ha llamado el "grovismo". En Grove es posible encontrar, si se quiere algo confusamente, todas estas intuiciones iniciales del socialismo. En Grove se encuentra efectivamente la convicción de que la política no se constituye inmediatamente desde las posiciones económicas de clase, y el reproche al marxismo por su excesiva glorificación del proletariado y el trabajo manual, en perjuicio de los trabajadores intelectuales cuyo potencial revolucionario estaba enteramente demostrado en los años veinte y treinta. Por lo mismo, Grove no aceptó la idea de un partido proletario ni habló tampoco acerca de la hegemonía obrera dentro del movimiento

socialista. La posibilidad del socialismo descansaba en la construcción de una razón colectiva no entera ni fatalmente determinada por la economía y, por lo tanto, no rígidamente determinada por las posiciones económicas de clase. En otras palabras, el movimiento revolucionario que requería nuestro país tenía que ser un movimiento democrático popular amplio y diverso frente al cual el marxismo ortodoxo era insuficiente y excesivamente dogmático.

Como se sabe el "grovismo" fracasa con la experiencia del Frente Popular. El socialismo se quiebra. Por un lado, una parte del PS evoluciona hacia una concepción parlamentaria y finalmente pragmática de la política, que descontando a los oportunistas del 40, será históricamente representada por Allende. Por otro lado, se desarrolla el incorformismo histórico de origen marxista (anticolaboracionismo), que será finalmente responsable de un creciente proceso de marxistización cuya culminación se produce en los años sesenta. En esta década, el PS será ya enteramente un partido marxista-leninista cuyas intuiciones iniciales se pierden por completo. La historiografía socialista (vincula especialmente a esta corriente) será una continua exorcización del pasado socialista cuyo pecado original consistió en desafiar la ortodoxia marxista.

Por último, quiero hacer referencia a un cuarto momento que tiene que ver con la renovación del pensamiento marxista en la década del 60 y, especialmente, con la aparición del estructuralismo marxista. El estructuralismo, por lo menos de la manera como se traduce políticamente en Chile, representa efectivamente un avance respecto del marxismo vulgar u ortodoxo. La idea de una "determinación en última instancia" tiene el mérito de romper con un economicismo estrecho y permite plantear la acción política como la creación de una conciencia colectiva no inmediatamente fundado en el interés corporativo. La característica central de la renovación marxista en los sesenta es precisamente su rechazo al corporativismo y al parlamentarismo de izquierda, es decir, la crítica a la "izquierda tradicional". Por lo tanto, la novedad consiste en plantear una nueva relación entre el partido y las masas que reemplace la relación burocrática, parlamentaria o instrumentalista que usualmente regía: en cambio, se trata que las masas tomen conciencia ya no únicamente de sus intereses más inmediatos sino de sus intereses históricos de clase. Todo el esfuerzo parecía dirigido a transformar los movimientos de masas en clase dirigente.

No obstante, según tal escuela, las masas naturalmente son ignorantes de sus intereses de clase y sólo pueden asumir una concepción global de la historia y de sus determinaciones a través de una verdad científicamente preestablecida. Los fundamentos del leninismo están enteramente presentes en la estructuralismo marxista. El resultado fue, evidentemente, la consagración del socialismo como razón científica anterior a la conciencia histórica real de los movimientos sociales, y la construcción correspondiente del partido leninista. El estructuralismo termina fatalmente asociado a la tradición

oficial del marxismo, mientras políticamente juega un papel que se extiende desde la ortodoxia comunista hasta el jacobinismo socialista de los setenta.

Libertad Individual y Estado
(Presentación en el Seminario, 11 de Julio)

Luis Razeto

El primer número de la revistas Estudios Públicos (diciembre 1980), a través de una serie de artículos de F.A. Hayek, K. Brunner, A. Fontaine, H. Cortés, M. Friedman, G. Tullok y J. Puchanan, ha puesto al centro de la atención de los ambientes intelectuales y políticos chilenos el problema de las relaciones entre economía y política, y entre libertad y Estado.

La evidente relevancia del tema, tanto en general como en el contexto del proceso económico-político chileno, y la seriedad y altura intelectual en que ha sido planteado, hacen oportuno reflexionar sobre las posiciones fundamentales asumidas por la mencionada revista, que promete ser una importante tribuna y centro de elaboración de una línea de pensamiento que tiene en nuestro país un elevado poder decisonal.

Ahora bien, la discusión teórica y la crítica científica pueden tener un interés específico, que no sea puramente propagandista sino que sirva a la efectiva comprensión de los problemas, sólo si existe o se logra establecer un espacio teórico compartido entre la crítica y su objeto, o sea, entre quienes sostienen posiciones diferentes sobre la temática del debate. De no ser así, la crítica permanece externa y es estéril a los efectos de avanzar en el conocimiento, limitándose a la reafirmación de las propias posiciones.

En nuestro caso, el espacio de coincidencia puede establecer en torno a tres afirmaciones, de distinto tipo. La primero es un juicio de valor: la libertad individual es un principio fundamental de la convivencia humana, cuya realización histórica y defensa debe ser objeto de preocupación prioritaria por quienes están interesados en los asuntos públicos. La segunda es una constatación: la democracia, como forma de organización del Estado construida históricamente para garantizar la vigencia de la libertad individual, está en crisis en las sociedades contemporáneas. La tercera afirmación define un proyecto o propósito de acción: para defender la libertad individual amenazada y superar la crisis de la democracia, es preciso reducir el tamaño y el poder del Estado.

Como estas afirmaciones pueden no tener un significado unívoco, es conveniente precisar ulteriormente su contenido, siendo probable que en tal esfuerzo de especificación comiencen a aparecer las diferencias conceptuales y los elementos de crítica más significativos.

La libertad individual

La libertad individual es un valor constitutivo de la persona humana en cuanto tal, fundamento de sus deberes y derechos, conforme al cual cada uno puede decidir autónomamente sobre las cuestiones esenciales de su vida, haciéndose responsable ante la sociedad de las consecuencias de sus decisiones y de los resultados de su propia acción. En las distintas épocas y contextos históricos la libertad de las personas tiene expresiones y formas de realización diferentes, más o menos profundas, dando también lugar a distintos tipos de excesos y distorsiones. En la época moderna la libertad individual se presenta fundamentalmente en tres niveles de actividad: la

libertad de pensamiento y de opinión, la libertad política y de asociación, y la libertad de trabajo e iniciativa económica.

No cabe duda que a la afirmación progresiva de estas libertades se puede atribuir el inmenso desarrollo, profundamente revolucionario en su contenido, que han tendido las ciencias, la política y la producción en las sociedades modernas y contemporáneas. Cabe observar, al mismo tiempo, que este desarrollo multifacético ha dado lugar a crecientes procesos de socialización de las mismas ciencias, política y producción; socialización que implica tanto la distribución de los beneficios (conocimientos, poder, bienes y servicios) de tales actividades entre los miembros de la sociedad, como también el despliegue de éstas a través de grandes asociaciones y organizaciones. La socialización - hija legítima y complemento necesario de la libertad individual - ha tenido sin embargo límites y distorsiones relevantes (desigualdades, masificación, relaciones de dominio, antagonismos) cuya raíz puede encontrarse en el hecho que la libertad individual no ha sido nunca un bien generalizado, que grandes grupos humanos han llegado apenas a los umbrales de su ejercicio, quedando sus vidas condicionadas por los efectos de las libertades de otros más que por su actualización de la libertad propia.

Además, la afirmación irrestricta de la libertad individual no acompañada suficientemente del reconocimiento y promoción de otros valores esenciales de la persona humana como ser social, cuales son la fraternidad y solidaridad, puede conducir y de hecho ha conducido a menudo, a un empobrecimiento de la dimensión moral de las actividades y comportamientos individuales y colectivos, a la acentuación de las injusticias y desigualdades sociales, a una conflictualidad permanente y no siempre constructiva. En las sociedades con un grado de desarrollo limitado y desigual - como la nuestra - el énfasis que se ha de poner en estos valores de solidaridad y ayuda mutua deriva fundamentalmente de la necesidad de encontrar soluciones globales y rápidas al problema de la satisfacción de las necesidades básicas en extendidos sectores sociales, lo cual es una condición necesaria para la existencia misma de la libertad individual.

En lo dicho están implícitas una serie de anotaciones críticas respecto de los planteamientos de varios de los autores de la revista que comentamos. Se aprecia en ellos una cierta unilateralidad en cuanto la preocupación principal pareciera ser la afirmación de la libertad de iniciativa económica, quedando en segundo lugar la preocupación por la libertad de pensamiento, y bastante oscurecida la libertad política y de asociación. Son afirmadas como garantía principal de la libertad individual la propiedad privada y la ausencia de interferencias gubernamentales en el libre juego del mercado, sin considerar que la concentración excesiva a que puede conducir el mercado atenta contra la libertad de quienes quedan excluidos de la propiedad de sus medios de trabajo. Sin considerar que la asociación política crea espacios de libertad alternativos para quienes no pueden fundarla sobre la propiedad que no tienen. Sin considerar que la vía de acceso hacia una libertad más profunda y definitiva es la búsqueda de la verdad, y que el apoyo institucional jurídico y económico de esta búsqueda libre es la condición principal para la construcción de una sociedad de hombres libres.

En algunos de los planteamientos que comentamos se puede apreciar, además, un cierto anacronismo en la consideración del problema. En cuanto hacen un reconocimiento - por decir lo menos- muy parcial del valor de la socialización, que es vista no como resultado y complemento de la libertad individual sino como su negación, no parecen percibir adecuadamente el hecho que en las sociedades organizadas y complejas actuales la defensa de la libertad individual consiste, en gran medida, en garantizar el desarrollo de las iniciativas personales en el seno de las asociaciones y organizaciones (incluido el Estado) de que los hombres forman parte. La historia, en efecto, no ha transcurrido en vano, y el problema es hoy inmensamente más complejo que hace dos siglos cuando consistía principalmente en la afirmación jurídica del individuo auto-dirigido y sujeto de iniciativa. Especialmente en F.A. Hayek es manifiesta la tendencia a considerar nuestro actual problema de la libertad con los mismos conceptos y modelos que fueron válidos en una época sobrepasada y que dieron lugar al proyecto liberal clásico. Esto nos lleva a la segunda afirmación.

El "modelo" del Estado democrático moderno.

La democracia es un método y una organización de Gobierno de la sociedad. Ella surgió históricamente como una manera de construir el orden social en una sociedad que reconoce a los individuos la libertad de pensamiento, de asociación y de trabajo. Diseltos los vínculos tradicionales (medievales) entre los hombres, dados por la adhesión de todos a un mismo sistema de ideas y creencias, por la adscripción a funciones productivas predefinidas que se heredaban de padres a hijos, y por la pertenencia estable a grupos jerárquicamente ordenados, la sociedad adquirió en los albores del mundo moderno una movilidad y dinamismo tal que el problema del orden social necesario se presentó en un nivel cualitativamente superior y más complejo que el que había tendido en todas las sociedades anteriores. Surgieron formas de pensamiento diferente y opuestas, se formaron intereses económicos individuales y de grupo que se contraponen entre sí, ~~los hombres~~ se organizaron por afinidades ideológicas y de intereses, dando lugar a múltiples asociaciones que se proponen objetivos contrastantes.

En tales nuevas condiciones el problema era: ¿cómo unificar a los hombres en torno a objetivos comunes, cómo articular los distintos intereses en un proyecto compartido, cómo integrar funcionalmente las distintas organizaciones y asociaciones en un sistema institucional coherente?. ¿Cómo hacer compatible la libertad individual y el orden social, impidiendo que un exceso de ordenamiento comprima las libertades, o que la liberación de las actividades humanas disuelva el orden general?. Pero éste es sólo un nivel del problema, y quedarse en él sería una simplificación.

En el orden social anterior, entre el sistema de dirección y poder (la "sociedad política", como la llamó Hegel) y el sistema de actividades económicas, sociales y culturales (en lenguaje hegeliano, la "sociedad civil"), existía organicidad: se trataba de un orden jerárquicamente dispuesto, donde cada grupo social y

cada tipo de actividad se mantenía en su propio espacio vital, y donde los dirigentes y los dirigidos tenían una misma moral y un mismo cuerpo de ideas, de carácter fundamentalmente religioso, que los vinculaba entre sí y los ligaba en una fidelidad superior. (Este era, por cierto, el "modelo" teórico del orden social medioeval, su realización práctica distaba de corresponderle plenamente). La sucesiva disolución del orden medioeval, y la paulatina afirmación de las libertades individuales fueron provocando una escisión o separación entre la sociedad civil y la sociedad política. Por un lado, la sociedad civil se transforma completamente, con el desarrollo de las ciencias, del racionalismo y del empirismo, con la expansión de nuevos métodos de producción y organización industrial, con la formación de la burguesía y la nuevas clases sociales, con el despliegue de las ideologías y de los partidos políticos que las impulsaban. Por otro lado el poder político reacciona autoritariamente en su esfuerzo por conservar o restaurar el antiguo orden, trata de asegurar para sí por lo menos el monopolio de la violencia y de la administración burocrática. Los fenómenos históricos a través de los cuales se despliega este doble proceso son conocidos: renacimiento, reformas, ciencias positivas, ideologías, asociaciones, industrialismo, mercantilismo, por un lado; formación de ejércitos permanentes desarrollo de la burocracia, contrarreformas, absolutismo, por el otro. El surgimiento de las Monarquías absolutas, del Estado absoluto como forma de gobierno, es el primer intento de recomponer el orden social sin comprimir la libertad económica, en dimensiones nacionales y en forma autoritaria; pero el Estado absoluto fracasa pues en realidad no hace sino cristalizar la separación entre sociedad civil y sociedad política, entre dirigentes y dirigidos.

¿Cómo construir una nueva organicidad, cómo superar la separación entre sociedad civil y sociedad política, cómo elaborar una nueva unidad entre dirigentes y dirigidos en un nuevo orden social que no niegue la recién conquistada libertad individual y tenga en cuenta la enorme diferenciación que se ha producido a todo nivel en la vida social?. Son éstos las interrogantes que, sumadas a las que indicamos anteriormente, se plantearon una serie de pensadores políticos que elaboraron el proyecto de un Estado democrático moderno.

El "modelo" que construyen, y que progresivamente, a través de largos y complejos procesos revolucionarios se va estructurando primero en Europa y que se va extendiendo luego a otras regiones del mundo, contiene los siguientes elementos fundamentales, que delimitan lo que hoy podemos entender por democracia moderna.

-Autonomía de la sociedad civil respecto de la sociedad política. Las actividades culturales, religiosas, económicas, científicas, políticas y económicas tienen en la sociedad civil su espacio de desarrollo libre y competitivo, de modo que en su desarrollo abierto a todas las búsquedas y expresiones creativas se va definiendo el curso de la historia y la evolución de la sociedad. Garantía de la autonomía de la sociedad civil es la sujeción del Gobierno a un orden constitucional que establece los límites de su poder y los derechos de los ciudadanos

-Representatividad de la sociedad política y de los poderes públicos. El poder político debe ser representativo de la sociedad civil en sus distintas y múltiples expresiones, de manera que la legitimidad de los poderes se construye en la sociedad civil y se manifiesta a través de la expresión de la voluntad soberana del pueblo. Instrumento principal de la representatividad del Estado es el voto libre, universal y secreto, a través del cual se escoge a los gobernantes y se delegan los poderes legislativos en una Asamblea en la que tienen expresión proporcional todos los intereses, corrientes de pensamiento y tendencias políticas que tengan relevancia en la sociedad civil.

-Gobierno de las mayorías, con reconocimiento de los derechos de las minorías. La institucionalidad del Estado no es monolítica, sino que tiene una estructura dual que contempla el Gobierno de las mayorías y la oposición legítima de las minorías.

-Carácter no-ideológico del Estado. El Estado no tiene una ideología oficial permanente; es institucional y formalmente neutro respecto de las ideologías y formas de pensamiento (incluidas las concepciones religiosas) que se desarrollan en la sociedad civil. Estas formas ideológicamente vacías del Estado, se llenan de aquellos contenidos intelectuales y morales que se desarrollan autónomamente en la sociedad civil, siendo el Estado orientado, cada vez, por aquellas concepciones que logran en aquella un desarrollo mayoritario o hegemónico. Solo así las distintas expresiones culturales podrán sentir que el Estado no las excluye a priori, pudiendo confiar en que su expansión en la sociedad civil las puede llevar a cumplir funciones políticas dirigentes. (La neutralidad ideológica del Estado democrático evidentemente no puede ser absoluta, pues las formas mismas de la institucionalidad democrática implican un contenido intelectual y moral importante, cuales la igualdad ante la ley, los derechos humanos, el pluralismo, etc. que es tarea del mismo Estado difundir. Hay también un conjunto de ideas y valores generales compartidos por todos o que son patrimonio cultural adquirido por la humanidad y la nación, que el Estado democrático debe asumir y desarrollar.).

-Separación institucional de los poderes públicos. Con el objeto de impedir los excesos del poder y su autorreproducción por parte de un grupo determinado puesto en condiciones de manejar todos los instrumentos decisivos, los poderes legislativo, ejecutivo y judicial están institucionalmente separados y son autónomos en su funcionamiento, existiendo instancias de coordinación y de control recíproco.

Ahora bien, este modelo teórico de la democracia moderna tuvo, en su desarrollo histórico concreto, una evolución significativa como consecuencia de una serie de problemas que se fueron presentando en su implementación práctica. Dos son los nudos problemáticos más significativos, que podemos denominar sintéticamente "problema de la representatividad" o legitimidad y "problema de la eficiencia".

La representación de la sociedad civil en el Estado es un principio simple, pero su concreción práctica es asunto extremadamente complejo. La complejidad deriva de dos órdenes de problemas

interrelacionados. Por un lado, del hecho que en la sociedad civil no existen solamente individuos libres y sujetos de derechos, sino que se constituyen también grupos de personas vinculados por comunidad de intereses y por afinidad de ideas. Dependiendo del lugar que ocupen en la producción y de la división técnica y social del trabajo se han formado en la sociedad moderna las grandes clases sociales y numerosas categorías y agrupaciones menores, cada una con funciones e intereses particulares, y con muy distintas cuotas de poder económico y social. La relativamente libre circulación de las ideas ha dado lugar, a su vez, a la formación de distintos tipo de agrupaciones ideológicas, religiosas, culturales y políticas, que ofrecen cada una proyectos de sociedad diferentes y respuestas y soluciones alternativas frente a los problemas del desarrollo histórico. La representación de ésta sociedad civil compleja en un Estado unitario plantea, pues, problemas más complicados que aquellos que los teóricos fundadores de la democracia creyeron resolver definitivamente con la institución del voto individual y universal. Por otro lado, la representación de intereses e ideas particulares (individuales y de grupos) en un Estado coherente e integrado cuyos objetivos no son los de ningún individuo o grupo particular sino los del conjunto de la sociedad (el bien común), plantea la necesidad de que cada uno de los intereses y concepciones particulares, al entrar a formar parte del Estado representativo, se muten (como dice Hegel) en el interés general, o sea, que se transformen a través de un proceso de universalización; lo cual significa que tales intereses e ideas, en cuanto presentes en la sociedad política, no pueden ser idénticos a como se expresan en la sociedad civil.

Ambos aspectos del problema (la necesidad de representar grupos de intereses e ideas, y la necesidad de universalización de los intereses e ideas particulares) obtienen en el modelo democrático una solución orgánica a través del sistema de los partidos políticos. Función primordial de los partidos políticos en una sistema democrático pluralista es, en efecto, la representación política (en el Estado) de los intereses y concepciones de los grupos sociales y de las corrientes de pensamiento que se han formado en la sociedad civil; representación que no implica la simple afirmación de tales intereses e ideas particulares en el seno del Estado, sino su transformación, su elevación a interés general, su compatibilización con el bien común. Estos son los aspectos más altos e importantes de la política en una democracia representativa moderna, dependiendo la calidad y perfección de un sistema democrática, más que de las normas jurídicas y de las precauciones institucionales y constitucionales establecidas, de la calidad y perfección con que los órganos de la representación (los partidos) cumplan sus funciones políticas específicas.

El otro problema, que hemos denominado " problema de la eficiencia", tiene también una específica complejidad. La doctrina liberal clásica suponía que el libre juego del mercado determinaba espontáneamente la asignación óptima de los recursos, quedando garantizada la eficiencia del conjunto por su funcionamiento sin interferencias gubernamentales; pero la realidad histórica vino a contradecir esta creencia, demostrando que la coordinación de

los objetivos particulares y parciales en un proyecto nacional de desarrollo es una necesidad del sistema. Además, hay un problema específico de eficiencia de los poderes públicos en el ejercicio de sus funciones propias que no puede ser desconocido, frente al cual el complejo sistema de la representación manifiesta insuficiencias: el movimiento de la sociedad civil es más rápido que la capacidad de composición y mediación que ofrece el sistema representativo.

El problema de la eficiencia de las democracias ha encontrado respuesta en la configuración de un Estado que tienen dos principios de organización paralelos y complementarios, y consecuentemente dos estructuras interrelacionadas en un sistema de poder y dirección complejo. Junto al principio y al sistema de la representación (cuyos órganos principales son los partidos políticos, el parlamento, los medios de comunicación, etc.) se configura un principio y un sistema burocrático (cuyos órganos, relativamente independientes de la opinión pública, son todos los aparatos de la burocracia civil y militar). Mientras el lado representativo de Estado se legitima a través de las expresiones políticas de la voluntad ciudadana, el lado burocrático obtiene su legitimidad en base a la eficiencia que muestra en el ejercicio de sus funciones y a las competenciatecnicas que manifiesta poseer. Todas las formas de Estado moderno son de hecho una combinación de representación y burocracia, siendo lo característico de los Estados democráticos la subordinación de los órganos y poderes burocráticos a los órganos y poderes representativos. Así, las democracias modernas asumen de hecho la forma de un Estado representativo-burocrático en que predomina el elemento representativo, mientras que los regímenes autoritarios se constituyen como Estado donde predomina el elemento burocrático, quedando subordinado o, al límite, negado, el factor representativo.

La crisis de la Democracia.

Nos hemos extendido en la caracterización de las democracias modernas pues sólo la consideración de su compleja estructura y de sus múltiples problemas permite comprender adecuadamente la crisis que manifiestan en las sociedades contemporáneas. Los autores cuyos planteamientos han sugerido estas reflexiones críticas, especialmente F.A. Hayek que parece constituir uno de los puntos de referencia principales de varias de las contribuciones de la revistas, tienden a concentrarse en uno sólo de los aspectos de esta crisis: el crecimiento desproporcionado del poder del Estado causado por la atribución concedida a las asambleas legislativas de dictar leyes positivas y particulares y de interferir en el libre juego del mercado con políticas redistributivas y organizativas.

La crisis de la democracia es, en cambio, un fenómeno complejo que tiene múltiples manifestaciones y causas históricas, económicas y políticas. No podemos pretender en este artículo hacer un análisis exhaustivo del problema, debiéndonos limitar a la indicación de algunas de sus dimensiones generales más relevantes:

- Un primer elemento de la crisis, que fuera anotado hace ya cincuenta años por A. Gramsci, entre otros, consiste en el hecho que mientras la vida económica tiende cada vez más aceleradamente al internacionalismo, la vida política se ha desarrollado en el sentido del nacionalismo. Las políticas económicas proteccionistas son una de las expresiones de esta contradicción, pero no la única; el militarismo y las carreras armamentistas entre los Estados, que han incidido aún más fuertemente sobre las economías y la producción de las naciones, son quizás la consecuencia negativa más relevante. Cabe notar que este primer elemento de la crisis no es un problema específico de las democracias sino de todas las formas estatales contemporáneas, pero ha tenido efectos especialmente sobre ellas dado que ha sido en las democracias donde la tendencia al cosmopolitismo (no solo de la economía sino de toda la sociedad civil: ciencias, artes, cultura, tendencias políticas, etc.) ha alcanzado su desarrollo más alto.

- Un segundo elemento de la crisis es la masificación de los comportamientos y de los grupos sociales que no han accedido a aquellas condiciones económicas, culturales y políticas que consienten la expansión de las libertades individuales. La afirmación restringida de éstas en ciertos sectores elitistas ha comportado una distorsión de sus naturales y benéficos efectos de socialización, dando lugar a la masificación de las mayorías: consumo de masas, opinión de masas, movimientos masivos, recreación de masas, etc. El Estado ha debido hacer frente a las presiones de las multitudes inorgánicas llegando a constituir su problema principal el control de las masas. También aquí el problema no es exclusivo de las democracias, pero sus efectos han sido más relevantes en éstas pues se trata de un modelo de organización que no fué elaborado para dirigir una sociedad de masas sino una sociedad de hombres y comunidades libres.

Un tercer elemento de la crisis tiene su origen en las profundas desigualdades sociales y de poder real que ha producido la economía industrial concentradora de cantidades inmensas de recursos, y consiste básicamente en el hecho de que muy grandes grupos sociales subalternos perciben que sus intereses, aspiraciones y cultura están muy insuficientemente representadas en el Estado. Esto ha dado lugar al desarrollo de amplios y poderosos movimientos sociales y políticos que rechazan la democracia representativa y que luchan por proyectos estatales alternativos (especialmente socialistas). La división que se ha producido en la sociedad civil es tan profunda que las capacidades de composición política de los intereses y proyectos diferentes se han visto sobrepasadas: el Estado logra su unidad y coherencia (precaria) recurriendo a transacciones, compromisos, demagogias, coerción.

Un cuarto elemento de la crisis consiste en el conflicto que se ha venido verificando y acentuando progresivamente entre el lado representativo y el lado burocrático del Estado. La raíz del conflicto es estructural, en cuanto ambos sistemas de autoridad legitiman su poder conforme a principios y por vías diferentes, generándose un permanente conflicto por los espacios de competencia de cada uno. Lo paradójico es que en este conflicto

ambos lados del sistema de poder se acusan recíprocamente de no cumplir los requisitos que están a la base de la propia legitimidad, con lo cual se desprestigian recíprocamente sin colaborar a su mutuo perfeccionamiento: el lado burocrático denuncia la ineficiencia del lado representativo, mientras éste subraya la no-representatividad del lado burocrático. Pero el problema principal es otro, y consiste en el hecho de que mientras la burocracia (civil y militar) tiene una tendencia a separarse como un cuerpo social a parte, los órganos de la representación tienden a quedarse en los niveles particulares en que los intereses e ideas se presentan en la sociedad civil, no cumpliendo adecuadamente la necesaria elaboración universal de los mismos. De éste modo, los dos mecanismos que el Estado democrático tiene para vincular la sociedad civil y la sociedad política y relacionar a gobernantes y gobernados, cumplen mal sus funciones de nexo: la burocracia, constituyendo un cuerpo interno a la sociedad política, los órganos de la representación permaneciendo en los límites de elaboración de la sociedad civil.

El problema del tamaño del Estado y de la "contención del poder".

La crisis de los Estados democráticos modernos, tal como la hemos considerado en sus elementos más sobresalientes, aparece como un problema y un proceso epocal, de largo período, que no puede encontrar una solución simple y coyuntural. Si la democracia es, como creemos, la forma de organización del Estado más perfecta y civilizada que haya existido históricamente, la comprensión profunda de su crisis no debe llevarnos a descartarla reemplazándola por bárbaras alternativas dictatoriales sino a repensarla, a renovarla, a corregirla y adaptarla a las nuevas condiciones históricas. Afirman coincidir en esto los autores que comentamos, pero el remedio, el proyecto que ofrecen es demasiado simple. La reducción del tamaño del Estado y la contención del poder político es un aspecto relevante en la elaboración de una solución orgánica al problema; pero ella tiene validez solamente si es integrada en un proyecto coherente y refinado de transición hacia una nueva civilización integral, integral en el sentido que abarque conjuntamente las actividades y estructuras económicas, políticas y culturales. Si fuera, por el contrario, sólo un intento de liberar el mercado y las actividades económicas privadas de todo control social o público y la reafirmación simple de los postulados democráticos liberales con que fueron fundados los Estados representativos modernos, es más que probable que el resultado sea una acentuación de la crisis que se quiere enfrentar. Sería injusto afirmar que es éste el propósito de los distintos autores de "Libertad y Leviatán"; en particular, el trabajo de A. Frontaine, por su riqueza de consideraciones históricas y teóricas se distancia más claramente de este reduccionismo. Pero es posible que en espíritus menos refinados quede aquella como la conclusión práctica más relevante.

Los elementos de la crisis de la democracia que hemos destacado permiten percibirla en su esencia como el resultado de un proceso progresivo de separación entre dirigentes y dirigidos, entre la sociedad política y la sociedad civil. El problema histórico-

político que el proyecto del Estado democrático se proponía resolver, se ha vuelto a presentar, en nuevas formas, con otros contendios, en condiciones históricas diferentes. Las elaboraciones teóricas que se necesitan para enfrentarlo han de ser tanto más profundas y realistas que las de los fundadores intelectuales de las democracias modernas.

En todo caso, parece evidente que la elaboración que se necesita debe comenzar por la superación de la estadolotría (como la llama A. Gramsci) que ha caracterizado el pensamiento de la mayoría de los intelectuales de este siglo. Las soluciones que se han propuesto desde las primeras décadas para hacer frente a las distintas manifestaciones de la separación entre sociedad civil y sociedad política han estado, en efecto, dominadas por la tendencia a la absorción de la sociedad civil en la sociedad política, con la consiguiente hipertrofia del Estado y de las burocracias, y la sobrepolitización de las actividades humanas. La construcción de una nueva sociedad "a medida humana" requiere un proceso inverso, de progresiva reabsorción de la sociedad política en la sociedad civil; pero tal proceso puede tener consecuencias políticas contrarias a las deseadas, y concretamente fortalecer las tendencias autoritarias del Estado, si no está acompañado de una transformación de la sociedad civil - en sus actividades económicas, sociales y culturales - a través de un vigoroso proceso de democratización, y de una profunda vitalización del carácter representativo del Estado.

Una última observación es necesaria. Toda la problemática que hemos enfocado en este artículo a nivel teórico general se presente siempre en contextos históricos diferentes que la cualifican y especifican, conforme al grado de desarrollo económico, el tipo de cultura, las tradiciones nacionales y regionales, las experiencias sociales y políticas, etc. de las sociedades determinadas. Cualquier aplicación mecánica a las situaciones particulares de cada país, del análisis, conceptos, modelos y proyectos elaborados a nivel general, no sólo es teóricamente errónea sino también políticamente arbitraria, y en cuanto tal antidemocrática en la medida en que no se funda en la realidad, la mentalidad, las aspiraciones y las experiencias de cada pueblo. La teoría general es sólo un instrumento para el análisis concreto de las realidades particulares y para la proyectación histórico-política de las soluciones apropiadas a los problemas nacionales específicos.

La Democracia y el Campo de lo Político

(Presentación en el Seminario, 11 de Julio)

Norbert Lechner

Voy a ofrecer una entrada lateral al tema de la democracia, planteando la pregunta, ¿qué sentido tiene hacer política?. La idea que está en el trasfondo de esta "entrada" es: no se puede renovar el régimen político sin, a la vez, renovar el "hacer política". En estos momentos, tenemos cierta conciencia de que lo político es un concepto o un espacio perdido, y lo que hacemos es algo así como "buscar ese tiempo perdido".

Ciertamente, ha habido un desplazamiento de los límites entre lo político y lo no político. Los límites entre uno y otro espacio aparecen cuestionados, por lo menos, desde dos ángulos distintos. Por una parte, por el liberalismo, en el sentido que le dan los neo-conservadores, quienes sostienen la idea de que el mercado es un orden natural y es preciso ajustar la sociedad a esa economía mercantil. Si aceptamos un orden natural no queda lugar para la política. Para repensar la política necesitamos una confrontación crítica con la tradición socialista que se levantó contra ese liberalismo. El materialismo señala que el mercado no es un orden natural y reclama la protección de la sociedad contra la economía mercantil, o sea, reclama la recuperación de lo colectivo. Posteriormente, el socialismo se ha ido dislocando hacia un tipo de economicismo olvidando que la reproducción material es para la sociedad y de la sociedad. Afirmar una base económica "en última instancia" es confirmar la tesis liberal sobre el mercado como orden pre-social. Quiero decir: la producción material de la vida es siempre también construcción política de la sociedad.

Quisiera hacer, entonces, un intento de preguntar por el significado del "hacer política" en torno a cuatro ejes.

El primer eje estaría constituido por la oposición entre orden natural espontáneo y orden social construido. El orden natural es lo que afirma, por ejemplo, Hayek cuando dice, "debemos defendernos de la ilusión de que podemos crear deliberadamente el futuro de la humanidad". El mercado aparece como orden espontáneo sobre el cual no hay que interferir. Obviamente esto tiene su trasfondo en el naturalismo que ya aparece con los liberales en el siglo XVIII y XIX y la pretensión de trasponer las leyes naturales a la sociedad, considerando la sociedad como un proceso natural y el trueque como una propensión intrínseca del hombre. Ahora bien, los estudios antropológicos de las últimas décadas nos muestran que todas las relaciones sociales son construidas, que no existen leyes sociales semejantes a las leyes de la ciencia natural y que, incluso las relaciones de parentesco son relaciones construidas socialmente. Por lo tanto, tampoco hay un mercado a priori; también el mercado es un orden construido.

La pregunta es, entonces, ¿en torno a qué principios se

constituye el mercado?. Si tomamos en cuenta el enfoque antropológico que nos sirvió para exponer lo anterior, aparecen algunos principios como la reciprocidad basada en relaciones simétricas o el principio de redistribución basado en un tipo de centralidad o el tipo de administración doméstico en la economía primitiva, basado en el principio de autarquía. Estos principios nos permiten entender cómo las sociedades "primitivas" organizan su reproducción material. El liberalismo, en cambio, sostiene que la ganancia y la propensión hacia el trueque es el principio social constitutivo: del "estado de naturaleza" surge el mercado, la economía mercantil y finalmente una sociedad mercantil adaptada a esa economía. Frente al impacto del laissez-faire surge la defensa de la colectividad, es decir, la pretensión de dirigir o controlar el mercado. El "Welfarestate" y el socialismo son dos formas de protección de la convivencia social contra el fracaso del mercado autoregulado como principio constitutivo. Estos intentos de controlar la economía han llevado a formas de control burocrático sobre la sociedad misma. Frente a la omnipresencia estatal, incapaz de resolver las crisis económicas, vuelve a renacer bajo signo neoconservador el individualismo.

Ni individualismo ni sistema unidimensional; tratemos de pensar lo que es "sociedad" en términos de diversidad, de distancias y conflictos entre hombres donde la construcción del orden social requiere, por una parte, determinar colectivamente los límites y, por otra parte, la forma cómo se construyen las mediaciones.

El segundo eje podríamos trazarlo como "técnica versus interacción". La regularidad de las relaciones sociales, las llamadas leyes sociales aparecen como una objetividad, una resistencia que ofrece la sociedad a la voluntad humana de disponer sobre las condiciones de vida. Creo que la manera inicial más lúcida de entender este problema ha sido la de Maquiavelo: el descubrimiento de la necesidad que enfrenta el hombre público. Ya hay en Maquiavelo un tipo de moralización de la necesidad, donde la libertad se plantea frente a la necesidad y se produce la separación entre moral y política. Una frase muy linda, quizás la más maquiavélica de Maquiavelo dice: "si tenemos miedo al hambre y tenemos miedo a la cárcel no debemos tener miedo al Infierno". La frase destaca esa necesidad que obliga a sobrepasar los límites morales, a aceptar no ser bueno para actuar sobre la necesidad.

En términos de técnica, la acción racional es cálculo medio-fin. Todo está centrado en aumentar el conocimiento y disminuir la ignorancia, utopía tecnocrática de tener una sociedad totalmente transparente. La libertad es pensada en términos de calculabilidad y de noarbitrariedad, o sea, de eliminar lo sorpresivo y lo imprevisible. Esto conduce a la concepción neo-conservadora de este régimen acerca de la libertad como libertad negativa: soy libre en la medida en que nadie interfiera sobre mí, lo que significa, soy libre en la medida en que yo puedo calcular los movimientos de los otros. Angel Flisflisch, en un trabajo publicado en Flacso, ha insistido muy bien en que esto deja totalmente de lado acciones recíprocas

ya que la acción racional así concebida siempre como acción externa sobre algo que aparece como muerto. Por lo tanto queda pendiente la pregunta acerca de ¿qué pasa con la libertad del otro? . Tenemos que plantear una concepción de libertad, donde mi libertad no esté separada de la libertad del otro, es decir, donde la libertad sea pensada como "yo soy libre en la medida en que el otro es libre". En este sentido una política racional tiene que apuntar a la interacción

El punto de partida es saber que la realidad social no tiene un significado unívoco, que no es posible matematizar la sociedad ni preverlo todo, porque la realidad tiene significados ambiguos y está abierta a diferentes interpretaciones. Ya se ha hablado en este seminario sobre el problema de la ambigüedad y la tentación que existe siempre de resolver autoritariamente la ambigüedad a través de un mandato. El problema es pensar un tipo de acción racional que tenga en cuenta la existencia de diferentes códigos con los cuales construimos e interpretamos la sociedad. En este sentido, hacer política está vinculado, por un lado, con la construcción de estos códigos interpretativos y, por otro lado, con el contexto material donde se inserta la producción y recepción de la interpretaciones.

Un tercer eje abarcaría la tensión entre " acción instrumental y expresión simbólica". Al hablar de técnica ya insistí sobre la visión de la política como acción instrumental: una realidad formal que ve todas las relaciones en términos de medio-fin. La idea weberiana de la racionalización creciente y permanente de la sociedad a través del cálculo medios - fines desemboca finalmente en que los fines ya no son discutidos sino que aparecen como naturales, como prefijados por el mercado. La crisis moderna radica en buena parte en esa independización de la racionalidad formal de nuestra experiencia cotidiana. Este es uno de los grandes problemas que están detras de una serie de otros fenómenos: la separación entre una manera depensar unidimensional y lo que sentimos cotidianamente. Creo que no se puede reducir la crisis de las sociedades modernas ni al problema de la explotación económica ni a la represión política, sino que existe una crisis cultural que se basa justamente en esta fuerza de la racionalidad formal que nos impide subjetivamente captar y expresar lo que estamos viendo y viviendo.

La imposición de la racionalidad formal sobre la vida social produce una conciencia patológica que se manifiesta, por ejemplo, en la regresión a formas preuniversalistas donde caemos en esquemas de amigo-enemigo para asegurar un mínimo de sentido, de certezas y de solidaridad. También se da una conciencia patológica cuando se nos obliga a reprimir ciertas necesidades no asimilables a esa racionalidad formal. El culto a la inmediatez, a la autenticidad, a lo íntimo es una manera de encerrarnos frente a esa racionalidad formal que finalmente conduce a una inmunización frente a la realidad, o bien, a una reacción contra ella, que se expresa, por ejemplo, en el terrorismo. Efectivamente, hay que ver el terrorismo inserto en este tipo de conciencia patológica que crea la sociedad capitalista. Aún comprendiendo las raíces de la violencia actual establezcamos una clara distancia. Hay

que evitar un tipo de violencia que sirve para criminalizar a la disidencia, para restablecer a la sociedad su buena conciencia, legitimar el disciplinamiento social y transformar a la oposición en el chivo expiatorio que disculpa al gobierno de sus responsabilidades.

Vuelvo atrás: la izquierda surge como protesta contra el avance implacable del mercado, que empieza a incorporar a la fuerza de trabajo como mercancía, la tierra como mercancía, la educación, la salud y la vivienda como mercancía, etc. Frente a esta absorción de la sociedad por la economía el socialismo es una autodefensa de la colectividad amenazada por la "libertad del mercado" y la insuficiente atomización.

En esta construcción de una identidad colectiva hemos perdido de vista, en el último tiempo, la importancia de la expresión simbólica. La política, obviamente, es acción instrumental; pero también acción simbólica. Basta recordar lo que eran las elecciones o las manifestaciones callejeras. No se pueden entender solamente como formas de presión sobre el gobierno, no son solamente una manera de informar al gobierno "yo estoy en contra del alza de la movilización colectiva", ni se iba a las manifestaciones para escuchar el discurso. Se trata de actos rituales que actualizan mitos colectivos, como en el caso de las elecciones que se convocan en base al principio de la soberanía popular. La soberanía popular es un mito, y Hayek tiene razón en esto; para se trata de mitos necesarios para mantener unida a una sociedad. La construcción de una identidad colectiva abre un conjunto de problemas relacionados con la acción simbólica que también forman parte del quehacer político.

Por último, un cuarto eje de reflexión apunta a la problemática relación entre "subjetividad y formalización". Veíamos anteriormente cómo la racionalidad formal excluye los atributos personales. En las relaciones formales me da igual que el otro sea gordo o flaco, que esté de buen o mal humor. En estas relaciones se establecen ciertas reglas que limitan la libertad subjetiva. El otro es previsible en su comportamiento; si yo me siento a la mesa con él, sé que va a actuar de cierta manera. La formalización pone cierta distancia entre nosotros, provocando en el ámbito político una crisis de representación, a sea la conciencia de la distancia que existe entre la política oficial y nosotros.

Yo quiero hacer aquí una defensa de la formalización: siempre hay una distancia entre el individuo y los otros, entre la subjetividad y las normas sociales. Se trata de una distancia insalvable, a menos que pensemos en una sociedad comunista de relaciones sociales directas. Esa distancia existe y es la que provoca una conciencia de culpabilidad en cada cual por no estar unido al otro, por no ser idéntico con el otro, por estar permanentemente transgrediendo las normas. Esta culpabilidad expresa una sensación de angustia que está justamente acentuada y sobre la que trabaja un régimen autoritario a través de la atomización de las relaciones sociales. Una manera de exorcisar esta angustia

es acortar distancia, confesar esta subjetividad culpable a través de lo íntimo, lo auténtico. En este proceso se suponen dos cosas: se confiesa la verdad y se busca una identidad, ser un sólo corazón.

Estas dos cosas son extremadamente peligrosas para la política: la idea de que hay una verdad y la idea de conseguir una identidad subjetiva. Yo creo que estas fuerzas motrices de la subjetividad no permiten hacer política. O dicho de otra manera: si partimos de la subjetividad debemos reconocer que hay distancias, que mi subjetividad es diferente de la subjetividad del otro, que existe diversidad, que no es posible unificar en términos materiales sino únicamente formales. Yo creo que hay dos posibilidades de formalización: el juego como un modo de ir construyendo reglas que se van jugando y el ritual en tanto formalización muy flexible y ambigua que vamos desarrollando para acortar distancia y, a la vez, mantenerlas. Estas formalizaciones forman parte de la política. La política no puede ser subjetividad plena; tiene que aceptar las distancias y trabajar sobre estas formalizaciones.

